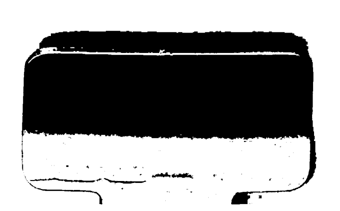








JOSÉ LEÓN PAGANO

El Parnaso Argentino



BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Calle de Mallorca, 166 y 168
1904

A Roberto Payró

J. L. P.



Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona.

LA POESÍA AMERICANA [1]

(A manera de prólogo)

Si hay cielos y climas propicios á la imaginación como los de Grecia é Italia, deben contarse entre ellos los del Nuevo Mundo, en donde sus primeros descubridores creyeron hallar el paraíso terrenal, y admiraron constelaciones desconocidas y esplendentes. No sólo el mundo material se agrandó con el hallazgo de América, sino que tomó creces con él la fuerza intelectual del hombre, á quien vemos desde fines del siglo xv, desplegar mayor inventiva y audacia. Colón, piloto y cosmógrafo, se transforma en poeta en presencia de las primitivas y fragantes florestas, y dirige á los Reyes Católicos aquellos bellísimos trozos de poesía descriptiva, rebosando en profundo sentimiento de la naturaleza, que la historia nos ha dado á conocer con el humilde título de cartas. Su vida misma es una odisea; así como las narraciones de las proezas de los conquistadores pueden considerarse como romanceros escritos con sus espadas tintas en sangre de indígenas.

(1) El renombre que en la República literaria americana deja el inolvidable Juan María Gutiérrez, su imparcialidad al tratar del estado tendencias y valor de la poesía en el nuevo mundo y su conocimiento cabal de cuantos la han cultivado, nos inducen á colocar al frente y á manera de prólogo, el adjunto precioso estudio cuyos conceptos superan en valor á cuanto por nuestra cuenta pudiéramos decir.

(Nota del recopilador.)

Pero existen hechos más positivos para demostrar la influencia que nuestro continente ejerce sobre las facultades de crear y de sentir. Los españoles no han notado esos hechos ó intencionalmente los han dejado sin mención, siendo así que se manifiestan por sí mismos. ¿Cómo podrá negarse que la musa épica de los castellanos es una amazona americana? En sus manifestaciones más robustas y bellas, es hija legítima y fruto propio de las regiones vírgenes en donde la luz, el aire, el agua, los vegetales, revelan misterios al pensamiento y á la expresión de quienes comprenden y oyen su lenguaje.

Convienen los mejores críticos en que los poemas sobresalientes del Parnaso de nuestros padres son tres: la *Araucana,* el *Bernardo* y la *Cristiada.* Pues bien, todos tres fueron escritos en América. El primero, por el noble batallador Ercilla; el segundo, por un obispo, maestro tanto ó más que Ovidio y Petrarca en achaques del corazón, apellidado Balbuena; el tercero, por un santo varón que parece embriagado en el amor del Crucificado cual si hubiera bebido del vino hecho sangre de la última cena. En estas tres producciones resalta sin esfuerzo el sello impreso por el lugar en que fueron concebidas. Las octavas de Ercilla resuenan como clarines de guerra y pintan caracteres inquebrantables y hechos de bravura y patriotismo dignos de los hijos jamás domados de las selvas y breñas de Arauco. La impetuosa fantasía de Balbuena corre con extremada libertad en sus cantos y complicados episodios, á remedo del magnífico desorden con que la naturaleza sembró los bosques de ceibas y desató los tortuosos torrentes sobre el suelo de las Antillas. Y, bajo la apacible atmósfera de la ciudad de los reyes, ¿qué otras inspiraciones que las del amor y de la caridad pudieran despertarse en las sensibles entrañas del Padre Ojeda?

Antes que la civilización cristiana penetrase en América, era ya muy estimado en ella el talento poético.

Algunos príncipes mejicanos difundieron las máximas de la moral, lloraron su esplendor decaído y celebraron los primores de la naturaleza, bajo las formas de la poesía. El nombre *harabicus* con que se distinguían los vates durante el reinado de los Incas peruanos, significaba, en lengua de los mismos, *inventor*, probando así que exigían de sus canto-

res el ejercicio de la más alta facultad del espíritu humano. La voz de los *harabicus*, según el testimonio de Garcilaso, se alzaba en los triunfos, en las grandes solemnidades del imperio, y sus poesías como la historia estaban destinadas á perpetuar el recuerdo de las hazañas y de los acontecimientos nacionales.

Mas no por eso estaba encerrada exclusivamente la poesía en aquellos emporios de civilización antigua. Las tribus indómitas que inspiraron los cantos de Ercilla, tenían sus *Jempin*, nombre expresivo que significa: «dueño del decir» y que conviene perfectamente á los poetas de Arauco, estando á la opinión de uno de sus más afamados cronistas.

Quienes adoraron al astro del día como una de sus primeras divinidades, debieron experimentar el entusiasmo que distingue al poeta, ayudándose para expresarlo de las imágenes pintorescas propias de los idiomas primitivos. Por esa razón es que, según los viajeros en América y sus numerosos historiadores, casi no hay una tribu, ya more en las llanuras ó en las montañas, que no posea sus varones inspirados y su poesía más ó menos rústica.

Cuando la lengua de Castilla se arraigó en la parte meridional de nuestro continente, sus hijos enriquecieron á la madre patria «no menos con los tesoros de su suelo que con sus aventajados talentos que fecundiza un sol ardiente y desarrolla una naturaleza grandiosa y magnífica» (1). Ellos cantaron en el habla de Mena y de León,

No con ruda zampoña
Sino con lira grave (2).

y muchas y muy lozanas hojas del *Laurel de Apolo*, dejó caer el monstruo de los ingenios españoles sobre sienes americanas.

Don Juan de Alarcón, guía del gran Corneille en sus más celebrados aciertos, y la virgen mejicana, de quienes extensamente nos hemos ocupado, no son los únicos nombres gloriosos del Parnaso americano en la época colonial. Oña,

(1) Don Eugenio de Ochoa, *Tesoro del Teatro español*, tomo V.

(2) Lope de Vega, *Laurel de Apolo* publicado por primera vez en 1630, hablando de un antiguo poeta chileno.

Castellanos, Aguirre, Delso, Olavide, son los precursores de Navarrete, que rivaliza con el autor de la *Noche serena* en elevación y candor; de Gorostiza, que logró colocarse á la par de Moratín, entre Martínez de la Rosa y el fecundo Bretón de los Herreros, y de otros muchos que como Lavardén, en el Río de la Plata, cultivaban la literátura poética espontáneamente y casi sin estímulo.

Por entonces el sonido de las liras americanas se perdía entre el grande concierto de las españolas: el hilo de agua, por decirlo así, se engolfaba sin dejar huella en el mar á cuyo alimento contribuía. Pero la revolución política que convirtió los virreinatos en repúblicas, encordó con bronce aquella lira. Y como la única ocupación de los brazos fué el manejo de la espada, y la victoria la exclusiva inspiratriz del ingenio, el carácter de la poesía, durante la lucha de la emancipación, fué puramente guerrero.

Entonces canta Fernández Madrid al *Padre de Colombia* y á los *Libertadores de Venezuela;* López entona su *Himno* imperecedero; Olmedo eterniza el nombre de *Junín* á par del suyo; y otros muchos entusiastas y nobles siguen el carro de la victoria hasta el término de su carrera.

De entonces hasta los días actuales, toma la poesía otra dirección en América.

Los poetas pudieron pensar en sí mismos é interesar con sus dolores ó con sus dichas personales. Las flores, el cielo, la mujer, la naturaleza, la tradición histórica, los recuerdos, en fin, hijos del silencio, entraron como colorido en el pincel del poeta. Aquellos mismos que antes cantaron á los héroes, cantan á las *Rosas*, ó vierten á la lengua materna las descripciones de Delille ó los pensamientos de Pope. Pesado traduce á David y se inspira en los sagrados libros; Valera (infatigable atleta poético) traduce á Horacio, y muere con la Eneida en la mano, esforzándose por continuar la versión de este poema.

Todos nuestros escritores en verso han respetado religiosamente las conveniencias de la decencia y de la moralidad, y cada uno ha podido escribir al frente de sus producciones estas palabras de un vate de la antigüedad: «Sacerdote de las musas, canto para las almas inocentes y puras.» La trivialidad no tiene sonido en la lira americana. Sus notas son

levantadas y nobles como son grandiosos los objetos de la naturaleza que la inspira. El cinismo y las provocaciones á la risa, propias de las literaturas achacosas y artificiales, se buscarán en vano entre los buenos versos firmados por nuestros poetas.

Esta distinguida calidad puede explicarse por sus antecedentes personales, pues los más de ellos se educaron para el foro, se sentaron en las asambleas legislativas, representaron á sus gobiernos en países extranjeros, los presidieron á veces, y siempre pertenecieron al movimiento político ó á la administración de sus respectivas repúblicas.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.



Los vientos celebraban sus amores,
besando al Océano en la mejilla;
las aves se decían sus secretos,
volando por la selva florecida;
la luz fecunda
de eterna vida,
inundaba los mundos virginales
en ondas de celeste melodía

. . . .

. . . .

(Fragmento de una de sus poesías)

Andrade Olegario V.

Atlántida

Canto al porvenir de la raza latina en América.

WAKE.
Hamlet.

I

Cada vez que en la cumbre desolada
De la ardua cordillera,
Y tras hondo angustioso paroxismo,
Como caliente lágrima postrera,
Brota de las entrañas del abismo
Misterioso raudal, germen naciente
De turbio lago, caudaloso río,
Ronca cascada ó bramador torrente,
Pardas nubes descienden á tejerle
Caprichoso y movible cortinaje,
Y abandonan los negros huracanes
Sus lóbregas cavernas
Para arrullar con cántico salvaje
Su sueño, y en señal de regocijo,
Sobre muros de nieve sempiternas,
Despliegan, combatientes del vacío,
Taciturnos guardianes

Del infinito páramo sombrío,
Sus flamulas de fuego los volcanes!

Raudales de la historia son las razas,
Raudales que en la cuna
Vela el misterio y con afán prolijo
La Fábula, Nereida soñadora
Que el verde junco con la yedra aduna,
Como la dulce madre que despliega
Sobre la tersa frente de su hijo
Teñida por los rayos de la aurora
Su manto, de amor ciega,
Envuelve con fantásticos cendales!
Mientras se llena el mundo
De rumor de catástrofes. En tanto,
Con las alas abiertas,
Cruza la tierra el ángel del espanto
Y agita sus antorchas funerales
El incendio iracundo
Sobre la tumba de las razas muertas!

Allá en el fondo obscuro
Del valle que á los pies del Apenino
Se extiende como alfombra de esmeralda
¡Palenque misterioso del destino!
Do el Tíber serpentea
Del monte Albano en la risueña falda,
Vago rumor se siente...
El rumor de una raza despertada
Con el sello de Dios sobre la frente!
Y en el confín lejano
Del mar, que muere en la desierta playa
Del Asia envejecida,
Con eterno lamento,
Hondo clamor hasta los cielos sube,

Que en son medroso, el viento
Esparce por la tierra estremecida!

La raza que despierta
Como enjambre irritado, en las sombrías
Hondanadas del Lacio,
Es la raza latina, destinada
A inaugurar la historia
Y á abarcar el espacio
Llevando por esclava á la victoria!
Y el clamor que resuena
De la alta noche en la quietud sagrada,
Es el grito de Ilión, que se desploma
Como gigante estatua derribada,
Astro que se hunde en tenebroso ocaso
Cuando surge en Oriente el sol de Roma!

II

Raudal que al descender á la llanura
Se torna en ancho río,
Aquella tribu obscura
En turbulento pueblo convertida
Sintió dentro del seno
La inquietud de la ola comprimida,
El rumor interior, la voz de trueno
Que emplaza á las naciones
A las gigantes luchas de la vida!
Y se lanzó impaciente
En pos de sus destinos inmortales,
Dando al viento los bélicos pendones,
Siniestros mensajeros del estrago,
Y encendiendo en el negro promontorio,

Para servir de faro á sus legiones,
La colosal hoguera de Cartago!

Nada detuvo el vuelo soberano
Del águila latina.
La tierra despertó como de un sueño
Al sentirla pasar. El Oceano,
Generoso corcel que el cuello inclina
Cuando siente á su dueño,
Rugió de gozo y le rindió homenaje;
Todo lo holló con planta vencedora:
La montaña y el páramo salvaje,
Las misteriosas selvas seculares
En que al compás de místicas endechas
Afilaba el germano taciturno
Con siniestra ansiedad el haz de flechas,
Y las negras pirámides distantes,
Que á la luz del crepúsculo parecen
Abandonadas tiendas de campaña
De una raza extinguida de gigantes!

Grecia le abrió los brazos, olvidada
De su antiguo esplendor. La Iberia altiva,
Como severa reina destronada,
Dobló la frente ensangrentada al yugo,
Mas no su corazón—eterna hoguera
En que la llama de Sagunto ardía
Con rojizo fulgor.—La Galia fiera
Lanzó á los aires resonante grito,
Y el escudo de bronce hirió tres veces
Sobre el dolmen maldito!
Pero cayó espirante en la contienda
Para dormir el sueño del esclavo
De César en la tienda!
Y el Sármata cruel, el Bretón bravo,
El Escita ligero,

El sombrío, feroz Escandinavo
Que en las brumas polares
De otro mundo olfateaba el derrotero,
Fueron á prosternarse en sus altares!

¡Largo su imperio fué! Largo y fecundo.
¡El hacha del Lictor estuvo siglos
Alzada sobre el mundo!
Cantó su origen inmortal, Virgilio,
Sus desastres, Lucano,
Mientras brillaba en el lejano Oriente
la luz primera del ideal Cristianismo!
Y en brazos de los Césares dormía,
Al rumor de los sáficos de Horacio,
Enervada y tranquila,
Cuando sintió tronar en el espacio
El rudo casco del corcel de Atila!

Despertó, ¡pero tarde! En vez del rayo
Que en sus manos un día
Viera la tierra atónita, llevaba
El áureo tirso, y en la mustia frente
La corona de yedra de la orgía!
Corrió al foro llamando á sus legiones
Dispersas y distantes,
Y sólo contestaron los histriones
Mezclados al tropel de las Bacantes!
Volvió al cielo los ojos, y en el fondo
del cielo, en sangre tinto,
Creyó ver que cruzaban en silencio,
Como un augurio aciago,
La sombra lastimera de Corinto
Y el fantasma lloroso de Cartago!

Era tarde en verdad. El sol de Roma,
Luz de la historia y esplendor del orbe,

Del Aventino tras la obscura loma
Y de la plebe trémula á los ojos
Para siempre se hundió.—Rojo cometa
Del horizonte en la desierta cumbre
Apareció tras él, vibrando enojos—
Nubes del Septentrión, vientos del polo,
Sobre la tierra inquieta
Esparcieron sus ráfagas de horrores.—
Sólo quedó de pie, soberbio atleta
Vencido, no tumbado,—destacando
En las sombras el dorso giganteo,
Como el genio de Roma en lucha eterna,
Centinela de piedra,—el Coliseo!

III

No perecen las razas porque caigan,
Sin honor ó sin gloria,
Los pueblos que su espíritu alentaron
En hora venturosa ó maldecida.
Las razas son los ríos de la historia,
Y eternamente fluye,
El raudal misterioso de su vida!
El río que en otrora
Turbulento y audaz cruzó la tierra,
Ya por blandas y vírgenes llanuras
O por yermos de arena abrasadora
Al soplo animador de la fortuna,
De su cauce alejado
Fué á morir como lóbrega laguna

Inmóvil y callado!
Pero el raudal ingente
De la ánfora sagrada, la corriente
Inagotable y pura, despeñada

Por ignoto sendero,
Con rumor de torrente surgió un día
En la tierra encantada
Del indómito Ibero,
Donde todo es amor, luz, harmonía,
El sol más bello, el aire más liviano,
Y siempre altivo, desbordante y joven,
Palpita y siente el corazón humano!

Así como al salir de su desmayo
La tierra estremecida
Del sol primaveral al primer rayo,
Parece que sintiera
En el aire, en el monte, en la pradera,
En ondas tibias circular la vida;
España despertó con fuerza nueva,
Y unidas en eterno maridaje
La pasada romana fortaleza
Y la savia salvaje
Del hijo del Pirene, diestro en lides,
Engendraron la raza destinada
A suceder á la cesárea estirpe,
La raza soberana de los Cides!

Llenó el mundo su nombre! Las Naciones,
del monte Calpe hasta el peñón marino
En que vela el britano,
Creyeron que se alzaba en lontananza
La sombra augusta del poder latino,
Que de nuevo volvía
A ser el dueño del destino humano!
Y España, como Roma, poseída
De vago afán, de misterioso anhelo,
Soñaba con batallas, cuando un día,
Al tender la mirada por el cielo
Desde las altas cumbres de Granada,

Vió surgir en lejanos horizontes
La Visión de la América encantada!

Dos mundos sujetó bajo su imperio!
Y dejó de su espíritu los rastros
En fecundas, espléndidas creaciones!
Como Ajax inmortal, retó á la tierra,
Y ansiosa de combates
Fué á renovar en Africa prodigios
Y hazañas de Escipiones;
Pero también se derrumbó impotente,
No del potro del Vándalo á las plantas
Ni del cruel vencedor al ceño airado,
Sino cuando cayó sobre su espíritu
La sombra enervadora del Papado!

IV

Mientras España duerme acurrucada
Al pie de los altares,
Calentando su espíritu aterido
En la hoguera infernal de Torquemada,
Francia recoge el cetro abandonado
De la historia y prepara
Otra hoguera, á que arroja
Con ánimo esforzado
Fragmentos de Bastillas,
Instituciones viejas, privilegios,
Y de un vetusto tronco las astillas:
Hoguera á cuya lumbre soberana
Va á forjar, como fragua ciclopea,
Su eterno cetro la razón humana!

Cuando llega la hora
De las grandes, fecundas convulsiones,

La hora en que al compás de las borrascas
Se tumban ó levantan las naciones,
Dios envía á la tierra los gigantes
Del genio ó de la espada,
Cual si necesitase de almas fuertes
Y músculos pujantes,
Para no perecer en la jornada.
Así la Francia tuvo
En las horas más grandes de la historia
El genio de Voltaire para anunciarle
El tremendo, supremo cataclismo,
Y el brazo poderoso
De Napoleón, el genio de la gloria,
para alzarla espirante del abismo!

La fuerza es en el mundo
Astro de inmensa curva, que á su paso
Deja como reguero de laureles,
Fulgor de incendios, resplandor de soles,
Pero astro que se pone en el ocaso
Tras nubes de rojizos arreboles.
Brillante fué el imperio de la fuerza!
Brillante pero efímero; la espada
Que sobre el mapa de la Europa absorta
Trazó fronteras, suprimió desiertos
Y que quizá de recibir cansada
El homenaje de los reyes vivos,
Fué á demandar en el confín remoto
El homenaje de los reyes muertos,
La espada de Auterlitz, la vieja espada
En los escombros de Moscou mellada,
Ya no describe círculos gigantes
Esparciendo el pavor de la derrota,
Cayó en los campos de Sedán sombríos,
Ensangrentada y rota!

V

Anteos de la historia,
Los pueblos que el espíritu y la sangre
Llevan de aquella tribu aventurera
Que encadenó á su carro la victoria,
Ya los postre ó abata
La corrupción ó la traición artera
No mueren aunque caigan.—Así Roma
En su tumba de mármol se endereza
Y renace en Italia, como planta
Que el polvo de los siglos fecundiza.
Así España sacude la cabeza
Tras largas horas de sopor profundo,
Y arroja los fragmentos
De su pasada lápida mortuoria,
Para anunciar al mundo
Que no ha roto su pacto con la gloria!
Y Francia, la ancha herida
Del pecho no cerrada,
En la sombra se agita cual si oyera
Rumores de alborada!

VI

Soberbio mar engendrador de mundos!
Inquieto mar Atlante!
Que ora manso, ora horrible, en giro eterno,
Ya imitando el fragor de roncas lides,
Ya gritos de angustiadas multitudes
O gemidos de sombras lastimeras,
Te vuelcas y sacudes
En la estrecha prisión de tus riberas!

Soberbio mar, de cuyo fondo un día
La colosal cabeza levantaron,
Coronada de liquen y espadañas,
Al ronco son de tempestad bravía
Náufragos del abismo las montañas,
Mientras el cielo en la extensión desierta
Que eternas sombras por doquier velaban,
Lanzaba el primer sol su rayo de oro,
Inmensa flor de luz, recién abierta,
Sobre la cual en harmonioso coro
Enjambres de planetas revolaban!

Tú eres el mismo mar que alzaste un día
Bajo arcadas fantásticas de brumas,
Al vaivén de las olas adormido
Y envuelto dulcemente
En pañales de espumas,
Girones de la túnica de armiño
De tus playas bravías,
Huérfano de la historia! un mundo niño.
Con cuánto amor velabas
Su cuna, y qué sombrías
Nieblas sobre tu frente desplegabas
Para que el aire errante, el viento inquieto,
Y el astro vagabundo
No fuesen á contarle tu secreto
A la codicia insana de otro mundo!

Con qué ansiedad te alzabas,
El labio mudo, palpitante el seno,
A interrogar el horizonte obscuro
De vagas sombras y rumores lleno,
Cuando el alba indecisa aparecía
Mensajera de Dios en el Oriente,
Trayéndote perfumes de los cielos
Para mojar tu frente!

Y qué grito salvaje,
Mezcla de rabia y de pavor, lanzabas,
Retorciendo los brazos,
Cuando una vela errante aparecía,
Y en la tarde traía,
Bramando el oleaje,
De algún bajel deshecho los pedazos!

VII

Siglos pasaron sobre el mundo, y siglos
Guardaron el secreto!
Lo presintió Platón cuando sentado
En las rocas de Engina contemplaba
Las sombras que en silencio descendían
A posarse en las cumbres del Himeto;
Y el misterioso diálogo entablaba
Con las olas inquietas
Que á sus pies se arrastraban y gemían!
Adivinó su nombre, hija postrera
Del tiempo, destinada
A celebrar las bodas del futuro
En sus campos de eterna primavera,
Y la llamó la Atlántida soñada!

Pero Dios reservaba
La empresa ruda al genio renaciente
De la latina raza, domadora
De pueblos, combatiente
De las grandes batallas de la historia!
Y cuando fué la hora
Colón apareció sobre la nave
Del destino del mundo portadora:
Y la nave avanzó. Y el Océano,
Huraño y turbulento,

Lanzó al encuentro del bajel latino
Los negros aquilones,
Y á su frente rugiendo el torbellino
Jinete en el relámpago sangriento!
Pero la nave fué, y el hondo arcano
Cayó roto en pedazos
Y despertó la Atlántida soñada
De un pobre visionario entre los brazos!

Era lo que buscaba
El genio inquieto de la vieja raza,
Debelador de tronos y coronas,
Era lo que soñaba!
Ambito y luz en apartadas zonas!
Hélo armado otra vez, no ya arrastrando
El sangriento sudario del pasado
Ni de negros recuerdos bajo el peso,
Sino en pos de grandiosas ilusiones,
La libertad, la gloria y el progreso!

Nada le falta ya! lleva en el seno
El insondable afán del infinito,
Y el infinito por doquier le llama
De las montañas con el hondo grito
Y de los mares con la voz de trueno!
Tiene el altar que Roma
Quiso en vano construir con los escombros
Del templo egipcio y la pagoda indiana,
Altar en que profese eternamente
Un culto sólo la conciencia humana!
Y el Andes, con sus grandes ciclopeas,
Con sus rojas antorchas de volcanes,
Será el altar de fulgurantes velos
En que el himno inmortal de las ideas
La tierra entera elevará á los cielos!

VIII

¡Campo inmenso á su afán! Allá dormidas
Bajo el arco triunfal de mil colores
Del trópico esplendente,
Las Antillas levantan la cabeza
De la naciente luz á los albores,
Como bandadas de aves fugitivas
Que arrullaron al mar con sus extrañas
Canciones plañideras,
Y que secan al sol las blancas alas
Para emprender el vuelo á otras riberas!

Allá Méjico está! sobre dos mares
Alzada cual granítica atalaya,
Parece que aun espía
La castellana flota que se acerca
Del golfo azteca á la arenosa playa!
Y más allá Colombia adormecida
Del Tequendama al retemblar profundo,
Colombia la opulenta
Que parece llevar en las entrañas
La inagotable juventud del mundo!

¡Salve, zona feliz! región querida
Del almo sol que tus encantos cela,
Inmenso hogar de animación y vida
Cuna del gran Bolívar! Venezuela!
Todo en tu seno es grande,
Los astros que te alumbran desde arriba
Con eterno, sangriento centelleo,
El genio, el heroísmo,
Volcán que hizo erupción con ronco estruendo
En la cumbre inmortal de San Mateo!

Tendida al pie del Ande,
Viuda infeliz sobre entreabierta huesa,
Yace la Roma de los Incas, rota
La vieja espada en la contienda grande,
La frente hundida en la tiniebla obscura;
Mas no ha muerto el Perú! que la derrota
Germen es en los pueblos varoniles
De redención futura;
Y entonces cuando llegue,
Para su suelo la estación propicia
Del trabajo que cura y regenera
Y brille al fin el sol de la justicia
Tras largos días de vergüenza y lloro,
El rojo manto que á su espalda flota
Las mieses bordarán con flores de oro!

Bolivia! la heredera del gigante
Nacido al pie del Avila, su genio
Inquieto y su valor constante
Tiene para las luchas de la vida;
Sueña en batallas hoy, pero no importa,
Sueña también en anchos horizontes
En que en vez de cureñas y cañones
Sienta rodar la audaz locomotora
Cortando valles y escalando montes!
Y Chile el vencedor, fuerte en la guerra,
Pero más fuerte en el trabajo, vuelve
A colgar en el techo
Las vengadoras armas, convencido
De que es estéril siempre la victoria
De la fuerza brutal sobre el derecho!
El Uruguay que combatiendo entrega
Su seno á las caricias del progreso,
El Brasil que recibe
Del mar Atlante el estruendoso beso
Y á quien sólo le falta

El ser más libre, para ser más grande,
Y la región bendita!
Sublime desposada de la gloria!
Que baña el Plata y que limita el Ande!

De pie para cantarla! que es la patria,
La patria bendecida,
Siempre en pos de sublimes ideales,
El pueblo joven que arrulló en la cuna
El rumor de los himnos inmortales!
Y que hoy llama al festín de su opulencia
A cuantos rinden culto
A la sagrada libertad, hermana
Del arte, del progreso y de la ciencia.
¡La patria! que ensanchó sus horizontes
Rompiendo las barreras
Que en otrora su espíritu aterraron,
Y á cuyo paso en los nevados montes
Del Génesis los ecos despertaron!
¡La patria! que olvidada
de la civil querella, arrojó lejos
El fratricida acero
Y que lleva orgullosa
La corona de espigas en la frente,
Menos pesada que el laurel guerrero!
¡La patria! en ella cabe
Cuanto de grande el pensamiento alcanza,
En ella el sol de redención se enciende,
Ella al encuentro del furor avanza,
Y su mano, del Plata desbordante
La inmensa copa á las naciones tiende!

IX

Ámbito inmenso, abierto
De la latina raza al hondo anhelo!
El mar, el mar gigante, la montaña
En eterno coloquio con el cielo...
Y más allá desierto!
Acá ríos que corren desbordados,
Allí valles que ondean
Como ríos eternos de verdura,
Los bosques á los bosques enlazados,
Doquier la libertad, doquier la vida
Palpitando en el aire, en la pradera
Y en explosión magnífica encendida!

¡Atlántida encantada
Que Platón presintió! promesa de oro
Del porvenir humano. Reservado
A la raza fecunda,
Cuyo seno engendró para la historia
Los Césares del genio y de la espada:
Aquí va á realizar lo que no pudo
Del mundo antiguo en los escombros yertos:
¡La más bella visión de las visiones!
¡Al himno colosal de los desiertos
La eterna comunión de las naciones!

El nido de cóndores

I

En la negra tiniebla se destaca,
Como un brazo extendido hacia el vacío
Para imponer silencio á sus rumores,
Un peñasco sombrío.

Blanca venda de nieve lo circunda,
De nieve que gotea
Como la negra sangre de una herida
Abierta en la pelea.

¡Todo es silencio en torno! Hasta las nubes
Van pasando calladas,
Como tropas de espectros que dispersan
Las ráfagas heladas.

¡Todo es silencio en torno! ¡Pero hay algo
en el peñasco mismo,
Que se mueve y palpita cual si fuera
El corazón enfermo del abismo!

Es un nido de cóndores, colgado
De su cuello gigante,

Que el viento de las cumbres balancea
Como un pendón flotante.

¡Es un nido de cóndores andinos,
En cuyo negro seno,
Parece que fermentan las borrascas,
Y que dormita el trueno!

Aquella negra masa se estremece
Con inquietud extraña:
¡Es que sueña con algo que lo agita
El viejo morador de la montaña!

¡No sueña con el valle, ni la sierra,
De encantadoras galas;
Ni menos con la espuma del torrente
Que humedeció sus alas!

¡No sueña con el pico inaccesible
Que en la noche se inflama
Despeñando por riscos y quebradas
Sus témpanos de llama!

No sueña con la nube voladora
Que pasó en la mañana
Arrastrando en los campos del espacio
Su túnica de grana!

¡Muchas nubes pasaron á su vista,
Holló muchos volcanes,
Su plumaje mojaron y rizaron
Torrentes y huracanes!

Es algo más querido lo que causa
Su agitación extraña:

¡Un recuerdo que bulle en la cabeza
Del viejo morador de la montaña!

En la tarde anterior, cuando volvía,
Vencedor inclemente,
Trayendo los despojos palpitantes
En la garra potente,

Bajaban dos viajeros presurosos
La rápida ladera;
Un niño y un anciano de alta talla
Y blanca cabellera.

Hablaban en voz alta, y el anciano
Con acento vibrante,
«Vendrá, exclamaba, el héroe predilecto
De esta cumbre gigante.»

El cóndor, al oírlo, batió el vuelo;
Lanzó ronco gaznido,
Y fué á posar el ala fatigada
Sobre el desierto nido.

Inquieto, tembloroso, como herido
De fúnebre congoja,
Pasó la noche y sorprendiólo el alba
Con su pupila roja!

II

Enjambre de recuerdos punzadores
Pasaban en tropel por su memoria,
Recuerdo de otro tiempo de esplendores,
De otro tiempo de gloria,

¡En que era breve espacio á su ardimiento
La anchurosa región del vago viento!

Blanco el cuello y el ala reluciente,
Iba en pos de la niebla fugitiva,
Dando caza á las nubes en Oriente;
¡O con mirada altiva
En la garra pujante se apoyaba,
Cual se apoya un titán sobre su clava!

Una mañana ¡inolvidable día! —
Ya iba á soltar el vuelo soberano
Para surcar la inmensidad sombría
Y descender al llano,
A celebrar con ansia convulsiva
Su sangriento festín de carne viva.

Cuando sintió un rumor nunca escuchado
En las hondas gargantas de Occidente;
El rumor del torrente desatado,
¡La cólera rugiente
Del volcán que en horrible paroxismo
Se revuelca en el fondo del abismo!

Choque de armas y cánticos de guerra
Resonaron después Relincho agudo
Lanzó el corcel de la argentina tierra
Desde el peñasco mudo;
¡Y vibraron los bélicos clarines
Del Ande gigantesco en los confines!

Crecida muchedumbre se agolpaba
Cual las ondas del mar en sus linderos;
Infantes y jinetes avanzaban
Desnudos los aceros,

Y atónita al sentirlos la montaña,
Bajó la frente, y desgarró su entraña!

¿Dónde van? ¿Dónde van? ¡Dios los empuja!
Amor de patria y libertad los guía;
¡Donde más fuerte la tormenta ruja,
Donde la onda bravía
Más ruda azote el piélago profundo,
Van á morir ó libertar un mundo!

III

Pensativo á su frente, cual si fuera
En muda discusión con el destino,
Iba el héroe inmortal que en la ribera
Del gran río argentino,
Al león hispano asió de la melena
Y lo arrastró por la sangrienta arena!

El cóndor le miró, voló del Ande
A la cresta más alta, repitiendo
Con estridente grito: «¡éste es el grande!»
Y San Martín oyendo,
Cual si fuera el presagio de la historia,
Dijo á su vez: «¡mirad! esa es mi gloria!»

IV

Siempre batiendo el ala silbadora,
Cabalgando en las nubes y en los vientos,
Lo halló la noche y sorprendió la aurora;
¡Y á sus roncos acentos,
Tembló de espanto el español sereno
En los umbrales del hogar ajeno!

Un día... se detuvo; había sentido
El estridor de la feroz pelea;
Viento de tempestad llevó á su nido
Rugidos de marea;
¡Y descendió á la cumbre de una sierra,
La corva garra abierta, en son de guerra!

¡Porfiada era la lid!—Por las laderas
Bajaban los bizarros batallones,
¡Y penachos, espadas y cimeras,
Cureñas y cañones,
Como heridos de un vértigo tremendo
En la sima fatal iban cayendo!

¡Porfiada era la lid!—En la humareda
La enseña de los libres ondeaba
Acariciada por la brisa leda
Que sus pliegues hinchaba:
¡Y al fin entre relámpagos de gloria,
Vino á alzarla en sus brazos la victoria!

Lanzó el cóndor un grito de alegría,
Grito inmenso de júbilo salvaje;
¡Y desplegando en la extensión vacía
Su vistoso plumaje,
Fué esparciendo por sierras y por llanos
Girones de estandartes castellanos!

V

¡Desde entonces, jinete del vacío,
Cabalgando en nublados huracanes,
En la cumbre, en el páramo sombrío,
Tras hielos y volcanes,

Fué siguiendo los vívidos fulgores
De la bandera azul de sus amores!

¡La vió al borde del mar, que se empinaba
Para verla pasar, y que en la lira
De bronce de sus olas entonaba,
Como un grito de ira,
El himno con que rompe las cadenas
De su cárcel de rocas y de arenas!

La vió en Maipú, en Junín, y hasta en aquella
Noche de maldición, noche de duelo,
En que desapareció como una estrella
Tras las nubes del cielo;
¡Y al compás de sus lúgubres graznidos
Fué sembrando el espanto en los dormidos!

¡Siempre tras ella, siempre! hasta que un día
La luz de un nuevo sol alumbró al mundo:
El sol de libertad que aparecía
Tras nublado profundo,
¡Y envuelto en su magnífico vislumbre,
Tornó soberbio á la nativa cumbre!

VI

¡Cuántos recuerdos despertó el viajero
En el calvo señor de la montaña!
Por eso se agitaba entre su nido
Con inquietud extraña;
¡Y al beso de la luz del sol naciente
Volvió otra vez á sacudir las alas
Y á perderse en las nubes del Oriente!

¿A dónde va? ¿Qué vértigo lo lleva?
¿Qué engañosa ilusión nubla sus ojos?

¡Va á esperar del Atlántico en la orilla
Los sagrados despojos
De aquel gran vencedor de vencedores,
A cuyo solo nombre se postraban
Tiranos y opresores!

¡Va á posarse en la cresta de una roca,
Batida por las ondas y los vientos
Allá, donde se queja la ribera
Con amargo lamento,
Porque sintió pasar planta extranjera
Y no sintió tronar el escarmiento!

¡Y allá estará! Cuando la nave asome
Portadora del héroe y de la gloria,
Cuando el mar patagón alce á su paso
Los himnos de victoria,
Volverá á saludarle; como un día
En la cumbre del Ande,
Para decir al mundo: ¡Este es el grande!

Balcarce, Florencio

La partida

I

El Dios que la tierra y el cielo domina,
Que alienta la hormiga, y el cóndor y el león,
Me ordena que deje la playa argentina:
Adiós, Buenos Aires, amigos, adiós.

Cual hoja que pende de rama marchita,
Que baten los vientos, las aguas y el sol,
Y trémula al soplo del aura se agita
Su caída anunciando continuo temblor.

Tal seca mi vida de muerte el aliento,
Mi paso vacila, se arruga mi faz;
Y ya desprenderme del árbol me siento,
Y entre hojas ¡ay! secas al suelo bajar.

Mas, viene en mis sueños el ángel luciente
De dulce esperanza, mi amigo más fiel,
Su mano acaricia mi lívida frente,
Sus labios me dicen palabras de miel.

«Allá tras los mares existe otro suelo,
Que oculta, me dice, tu antiguo verdor.»

Su voz creo y sigo, pues viene del cielo;
Adiós, Buenos Aires; amigos, adiós.

II

El ángel esparce destello divino,
Moviendo sus alas en aérea región;
Destello que alumbra del negro destino
Los hondos arcanos, la obscura mansión.

Allí me describe con vivos reflejos
El mundo y los siglos que vienen en pos;
¡Oh Patria! tu nombre reluce á lo lejos,
Y el sello celeste que Dios le imprimió.

Hermosos trofeos te sirven de asiento,
Y en tanto que ciñe la gloria tu sien,
Te den mis amigos la paz y el contento,
Con frentes ya calvas dictando la ley.

Y aquella corona que yace marchita
Con dos ó tres hojas de tierno laurel,
¿Á quién pertenece que el mundo no habita?
A alguno que el cielo... ¡La mía es tal vez!

Mas no, que el Destino mi muerte aun no ordena,
No extinta del todo mi estrella quedó;
Su trémulo curso me arrastra hacia el Sena:
Adiós, Buenos Aires, amigos, adiós.

III

En medio del mundo, yo, pobre extranjero,
Debajo de un cielo de bronce á mi mal,

Veré sólo en torno desdén altanero,
En vez de caricias de amor maternal.

Pero odio y desdenes son precio mezquino,
Si el golpe de muerte consigo embotar,
Y algunos instantes robando al Destino
Llevar mis ofrendas ¡oh gloria! á tu altar.

¡Entonces mil veces feliz me diría,
Si viese la lumbre del sol que me crió;
Si el agua bebiese del río que un día
El pie de mi cuna bramando lamió!

De inicuos tiranos el ceño que espanta,
La turba de impíos que erguidos están,
Son granos de polvo que el viento levanta:
Cesando los vientos al suelo caerán.

Entonces ¡oh Patria! tu noble bandera
Flameando en las nubes con nuevo fulgor,
Hará que gozoso cantando yo muera:
Adiós, Buenos Aires, amigos, adiós.

IV

Pero ¡ay! que á mis oídos el viento que zumba
Es voz que me llama á la otra mansión;
Do clavo los ojos descubro una tumba,
Y un eco de muerte responde á mi voz.

Mirando á la patria, su oprobio me humilla;
Sus hijos dormidos su afrenta no ven:
Reluce en sus cuellos sangrienta cuchilla
Y horrendas cadenas arrastran sus pies.

¡Oh Patria! si nada tu gloria me debe,
Jamás su destino del hombre pendió...
Yo he sido una gota de agua que llueve
Perdida en la noche, que el polvo bebió.

Amigos, si os llama tal vez el acaso
Al suelo extranjero do voy á morir,
Por Dios, en mi tumba tened vuestro paso;
No todos, no todos se olviden de mí.

Adiós, dulce sombra del techo paterno,
Adiós, compañeros de infancia feliz:
Amigos queridos, mi adiós es eterno;
Adiós, Buenos Aires, mil veces y mil.

Campo, Estanislao del

Mi oración á todas horas

Señor mío Jesucristo,
Dios y hombre verdadero,
á quien, aunque nunca he visto,
con fe profunda venero:
heme postrado de hinojos
ante tu altar esplendente,
alzando á Ti de mis ojos
la mirada reverente;
humilde el suelo besando,
dándome golpes de pecho,
con cilicios macerando
mis piernas de trecho en trecho;
cubierto de cardenales
de faz ancha y purpurina,
que me sacan los ramales
de esta dura disciplina;
con el rostro macilento
por causa de ayuno tanto,
y entrecortado el acento
por el más amargo llanto;
suplicándote, Señor,
por la sangre que vertiste

para ser el Redentor
del mundo que redimiste;
y rogándote, Señor,
en fervorosa oración,
que siendo mi Criador
impidas mi destrucción.
Y pues misericordioso
infinitamente eres,
líbrame, Jesús piadoso,
del *album* de las mujeres.
El álbum, Señor, es peste
que no habrá quién la sofoque
si desde el reino celeste
no nos mandas á san Roque.
Líbrame, Señor, ya que eres
la fuente de todo bien,
del álbum de las mujeres
por siempre jamás, amén.

La cita

Era de noche. Cándidas, flotantes,
las nubes discurrían por los cielos,
salpicadas de estrellas, como velos
bordados de topacios y diamantes.
Los rayos de la luna, fulgurantes,
plateaban las lagunas y arroyuelos
que entre pliegues de verdes terciopelos
movían sus caudales murmurantes.
Crucé el jardín con paso cauteloso

hollando margaritas, que un quejido
exhalaban, heridas en su tallo.
Distinguí su vestido vagaroso,
me acerqué, me abrazó, lanzó un gemido...
porque al besarla yo... la pisé un callo.

Fausto

(Poesía en estilo gaucho)

Al poeta Ricardo Gutiérrez

I

En un overo rosao,
Flete nuevo y parejito,
Caia al bajo, al trotecito,
Y lindamente sentao,
Un paisano del Bragao,
De apelativo *Laguna:*
Mozo ginetaso. ¡Ahijuna!
Como creo que no hay otro,
Capaz de llevar un potro
Á sofrenarlo en la luna.

¡Ah, criollo! si parecía
Pegao en el animal,
Que aunque era medio bagual,
Á la rienda obedecía,
De suerte, que se creería
Ser no sólo arrocinao,
Sinó también del recao
De alguna moza pueblera:

¡Ah, Cristo! ¡quién lo tuviera!...
¡Lindo el overo rosao!

Como que era escarciador,
Vivaracho y coscojero,
Le iba sonando al overo
La plata que era un primor;
Pues eran plata el fiador,
Pretal, espuelas, virolas,
Y en las cabezadas solas
Traía el hombre un Potosí:
¡Qué!... Si traía, para mí,
¡Hasta de plata las bolas!

En fin: como iba á contar,
Laguna al río llegó,
Contra una tosca se apió
Y empezó á desensillar,
En esto dentró á orejiar
Y á resollar el overo,
Y jué que vido un sombrero
Que del viento se volaba
De entre una ropa, que estaba
Más allá, contra un apero.

Dió güelta y dijo el paisano:
—*¡Vaya* ZÁFIRO! *¿qué es eso?*
Y le acarició el pescueso
Con la palma de la mano:
Un relincho soberano
Pegó el overo que vía,
A un paisano que salía
Del agua, en un colorao,
Que el mesmo overo rosao
Nada le desmerecía.

Cuando el flete relinchó,
Media gü-lta dió Laguna,
Y ya pegó el grito:—¡Ahijuna!
¿No es el Pollo?
—Pollo, no,
Ese tiempo se pasó,
(Contestó el otro paisano)
Ya soy jaca vieja, hermano,
Con las púas como anzuelo,
Y á quién ya le niega el suelo
Hasta el más remoto grano.

Se apió el Pollo y se pegaron
Tal abrazo con Laguna,
Que sus dos almas en una
Acaso se misturaron,
Cuando se desenredaron,
Después de haber lagrimeao,
El overito rosao
Una oreja se rascaba,
Visto que la refregaba
En la clín del colorao.

—Velay, tienda el cojinillo
Don Laguna, sientesé,
Y un ratito aguardemé
Mientras maneo el potrillo:
Vaya armando un cigarrillo,
Si es que el vicio no ha olvidao;
Ahí tiene contra el recao,
Cuchillo, papel y un naco:
Yo siempre pico el tabaco
Por no pitarlo aventao.

—Vaya, amigo, le haré gasto...
—¿No quiere maniar su overo?

—Dejeló á mi parejero
Que es como mata de pasto.
Ya una vez, cuando el abasto
Mi cuñao se desmayó;
Á los tres días volvió
Del susto, y créame amigo,
Peligra lo que le digo;
El flete ni se movió.

—¡Bien aiga, gaucho embustero!
¿Sabe que no me esperaba
Que soltase una *guayaba*
De ese tamaño, aparcero?
Ya colijo que su overo
Está tan bien enseñao,
Que si en vez de desmayao
El otro hubiera estao muerto,
El fin del mundo, por cierto,
Me lo encuentra allí parao.

—Vean como le buscó
La güelta... ¡bien aiga el pollo!
Siempre larga todo el rollo
De su lazo...
—¡Y cómo no!
¿O se ha figurao que yo
Asina nomás las trago?
¡Hágase cargo!...
—Ya me hago...
Prieste el juego...
—Tomeló,
—Y aura, pregunto yo
¿Qué anda haciendo en este pago?

—Hace como una semana
Que he bajao á la ciudá,

Pues tengo necesidá,
De ver si cobro una lana;
Pero me andan con *mañana*
Y no hay plata, y venga luego.
Hoy nomás cuasi le pego
En las aspas con la argolla
Á un gringo, que aunque es de embrolla,
Ya le he maliciao el juego.

—Con el cuento de la guerra
Andan matreros los cobres,
—Vamos á morir de pobres
Los paisanos de esta tierra.
Yo cuasi he ganao la sierra
De puro desesperao...
—Yo me encuentro tan cortao,
Que á veces se me hace cierto,
Que hasta ando jediendo á muerto...
—Pues yo me hallo hasta *empeñao.*

—¡Vaya un lamentarse! ¡Ahijuna!...
Y eso es de vicio, aparcero:
Á usté la ha hecho su ternero
La vaca de la fortuna.
Y no llore, Don Laguna.
No me lo castigue Dios:
Sinó comparemolós
Mis tientos con su chapiao,
Y así en limpio habrá quedao,
El más pobre de los dos.

—¡Vean si es escarbador
Este Pollo! ¡Virgen mía!
Si es pura chafalonía...
—Eso sí, siempre pintor.

—Se la gané á un jugador
Que vino á echarla de *güeno*
Primero la gané el freno
Con riendas y cabezadas,
Y en otras tantas jugadas
Perdió el hombre hasta lo ageno.

¿Y sabe lo que decía
Cuando se vía en la mala?
El que me ha pelao la chala,
Debe tener brujería.
Á la cuenta se creería
Que el Diablo y yo...
—¡Callesé,
Amigo! ¿no sabe usté
Que la otra noche lo he visto
Al demonio?
—¡Jesucristo!...
—Hace bien, santigüesé.

—¡Pues no me he de santiguar!
Con esas cosas no juego;
Pero no importa, le ruego
Que me dentre á relatar,
El cómo llegó á topar,
Con *el malo,* ¡Virgen Santa!
Sólo el pensarlo me espanta...
—Güeno, le voy á contar,
Pero antes voy á buscar
Con qué mojar la garganta.

El pollo se levantó
Y se jué en su colorao,
Y en el overo rosao
Laguna al agua dentró.
Todo el baño que le dió,

Jué dentrada por salida,
Y á la tosca consabida
Don Laguna se volvió,
Ande á Don Pollo lo halló
Con un frasco de bebida.

—Larguesé al suelo, cuñao,
Y vaya haciéndose cargo,
Que puede ser más que largo,
El cuento que le he ofertao:
Desmanée el colorao,
Desate su maniador,
Y en ancas, haga el favor
De acollararlos...
—Al grito:
¿Es manso el coloradito?
—¡Ese es un trebo de olor!

—Ya están acollaraditos...
—Dele un beso á esa ginebra:
Yo le hice sonar de una hebra
Lo menos diez golgoritos.
—Pero esos son muy poquitos
Para un criollo como usté,
Capaz de prederselé
Á una pipa de lejía...
—Hubo un tiempo en que solía...
—Vaya amigo, larguesé.

II

—Como á eso de la oración,
Aura cuatro ó cinco noches,
Vide una fila de coches
Contra el tiatro de Colón.

La gente en el corredor,
Como hacienda amontonada,
Pujaba desesperada
Por llegar al mostrador.

Allí á juerza de sudar,
Y á punta de hombro y de codo,
Hice, amigaso, de modo
Que al fin me pude arrimar.

Cuando compré mi dentrada
Y dí güelta... ¡Cristo mío!
Estaba pior el gentío
Que una mar alborotada.

Era á causa de una vieja
Que le había dao el mal...
—Y si es chico ese corral
¿Á qué encierran tanta oveja?

— Ahí verá: por fin, cuñao,
Á juerza de arrempujón,
Salí como mancarrón
Que lo sueltan trasijao.

Mis botas nuevas quedaron
Lo propio que picadillo,
Y el fleco del calzoncillo
Hilo á hilo me sacaron.

Y para colmo, cuñao,
De toda esta desventura,
El puñal, de la cintura,
Me lo habían refalao.

—Algún gringo como luz

Para la uña, ha de haber sido,
—¡Y no haberlo yo sentido!
En fin, ya le hice la cruz.

Medio cansao y tristón
Por la pérdida, dentré,
Y una escalera trepé
Con ciento y un escalón.

Llegué á un alto finalmente,
Ande va la paisanada,
Que era la última camada
En la estiva de la gente.

Ni bien me había sentao,
Rompió de golpe la banda.
Que detrás de una baranda
La habían acomodao.

Y ya también se corrió
Un lienzo grande, de modo,
Que á dentrar con flete y todo
Me aventa, creameló.

Atrás de aquel cortinao
Un Dotor apareció.
Que asigun oí decir yo,
Era un tal *Fausto*, mentao.

- ¿Dotor, dice? Coronel
De la otra banda, amigaso;
Lo conozco á ese criollaso
Porque he servido con él.

—Yo también le conocí,
Pero el pobre ya murió:

¡Bastantes veces montó
Un saino que yo le dí!

Dejeló al que está en el cielo,
Que es otro *Fausto* el que digo
Pues bien puede haber, amigo,
Dos burros de un mesmo pelo.

—No he visto gaucho más *quiebra*
Para retrucar ¡ahijuna!...
—Dejemé hacer, Don Laguna,
Dos gárgaras de giñebra.

Pues como le iba diciendo,
El Dotor apareció,
Y, en público, se quejó
De que andaba padeciendo.

Dijo que nada podía
Con la ciencia que estudió:
Que él á una rubia quería,
Pero que á él la rubia no.

Que al ñudo la pastoriaba
Dende el nacer de la aurora,
Pues de noche y á toda hora
Siempre tras de ella lloraba.

Que de mañana á ordeñar
Salía muy currutaca,
Que él le maniaba la vaca,
Pero pare de contar.

Que cansado de sufrir,
Y cansado de llorar,

Al fin se iba á envenenar
Porque eso no era vivir.

El hombre allí renegó,
Tiró contra el suelo el gorro,
Y por fin, en su socorro,
Al mesmo Diablo llamó.

¡Nunca lo hubiera llamao!
¡Viera sustaso, por Cristo!
Ahí mesmo, jediendo á misto,
Se apareció *el condenao!*

Hace bien: persinesé
Que lo mesmito hice yo,
—¿Y cómo no disparó?
—Yo mesmo no sé por qué.

¡Viera al Diablo! Uñas de gato,
Flacon, un sable largote,
Gorro con pluma, capote,
Y una barba de chivato.

Medias hasta la berija,
Con cada ojo como un charco,
Y cada ceja era un arco,
Para correr la sortija.

«Aquí estoy á su mandao,
Cuente con un servidor,»
Le dijo el Diablo al Dotor,
Que estaba medio asonsao.

«Mi Dotor, no se me asuste
Que yo lo vengo á servir:

Pida lo que ha de pedir,
Y ordenemé lo que guste.»

El Dotor medio asustao
Le contestó que se juese...
—Hizo bien: ¿no le parece?
—Sejuramente, cuñao.

Pero el diablo comenzó
A alegar gastos de viaje,
Y á medio darle coraje
Hasta que le engatuzó.

—¿No era un dotor muy profundo?
¿Cómo se dejó engañar?
—Mandinga es capaz de dar
Dies güeltas á medio mundo.

El diablo volvió á decir:—
Mi Dotor, no se me asuste,
Ordenemé en lo que guste,
Pıda lo que ha de pedir.»

«Si quiere plata tendrá:
Mi bolsa siempre está llena,
Y más rico que Anchorena
Con decir *quiero*, será.»

No es por la plata que lloro,
Don Fausto le contestó:
Otra cosa quiero yo
Mil veces mejor que el oro.

—«Yo todo lo puedo dar,
Retrucó el Rey del Infierno,

Diga:—¿Quiere ser Gobierno?
Pues no tiene más que hablar.»

—No quiero plata ni mando,
Dijo Don Fausto, yo quiero
El corazón todo entero
De quien me tiene penando.

No bien esto el Diablo oyó,
Soltó una risa tan fiera,
Que toda la noche entera
En mis orejas sonó.

Dió en el suelo una patada,
Una paré se partió,
Y el Dotor, fulo miró
A su prenda idolatrada.

—¡Canejo!... ¿Será verdá?
¿Sabe que se me hace cuento?
—No crea que yo le miento:
Lo ha visto media ciudá.

¡Ah, Don Laguna! ¡si viera
Qué rubia!... Creameló:
Creí que estaba viendo yó,
Alguna virgen de cera.

Vestido azul, medio alzao,
Se apareció la muchacha:
Pelo de oro como hilacha
De choclo recién cortao.

Blanca como una cuajada,
Y celeste la pollera;

Don Laguna, si aquello era
Mirar á la *Inmaculada.*

Era cada ojo un lucero,
Sus dientes perlas del mar,
Y un clavel al reventar
Era su boca, aparcero.

Ya enderezó como loco
El Dotor cuando la vió,
Pero el Diablo lo atajó
Diciéndole:—«poco á poco:

Si quiere, hagamos un *pato:*
Usté su alma me ha de dar,
Y en todo lo he de ayudar:
¿Le parece bien el trato?»

Como el Dotor consintió,
El Diablo sacó un papel
Y lo hizo firmar en él
Cuando la gana le dió.

—¡Dotor y hacer ese trato!
—¿Qué quiere hacerle, cuñao,
Si se topó ese abogao
Con la horma de su zapato?

Ha de saber que el Dotor
Era dentrao en edá,
Asina es que estaba yá
Bichoco para el amor.

Por eso al dir á entregar
La contrata consabida,

Dijo:—«Habrá alguna bebida
Que me pueda remozar?»

Yo no sé qué brujería,
Misto, mágica ó polvito
Le echó el Diablo, y... ¡Dios bendito!
Quién demonios lo creería!

¿Nunca ha visto usté á un gusano
Volverse una mariposa?
Pues allí la mesma cosa
Le pasó al Dotor, paisano.

Canas, gorro y casacón
De pronto se vaporaron,
Y en el Dotor ver dejaron
Á un donoso mocetón.

—¿Qué dice?... ¡barbaridá!
¡Cristo padre!... ¿Será cierto?
—Mire: que me caiga muerto
Si no es la pura verdá.

El Diablo entonces mandó
Á la rubia que se juese,
Y que la paré se uniese,
Y la cortina cayó.

A juerza de tanto hablar
Se me ha secao el gargüero;
Pase el frasco, compañero...
—¡Pues no se lo he de pasar!

III

—Vea los pingos...
—¡Ah hijitos!
Son dos fletes soberanos.
—¡Como si jueran hermanos
Bebiendo la agua juntitos!

—¿Sabe que es linda la mar?
—¡La viera de mañanita
Cuando agatas la puntita
Del sol comienza á asomar!

Usté ve venir á esa hora
Roncando la marejada,
Y ve en la espuma encrespada
Los colores de la aurora.

A veces, con viento en la anca,
Y con la vela al solsito,
Se ve cruzar un barquito
Como una paloma blanca.

Otras, usté ve, patente,
Venir voyando un islote,
Y es que trai á un camalote
Cabrestiando la corriente.

Y con un campo quebrao,
Bien se puede comparar,
Cuando el lomo empieza á hinchar
El río medio alterao.

Las olas chicas, cansadas,
A la playa agatas vienen,
Y allí en lamber se entretienen
Las arenitas labradas.

Es lindo ver en los ratos
En que la mar ha bajao,
Cair volando al desplayao
Gaviotas, garzas y patos.

Y en las costas, es divino
Mirar las olas quebrarse,
Como al fin viene á estrellarse
El hombre con su destino.

Yo no sé que da el mirar
Cuando barrosa y bramando,
Sierras de agua viene alzando
Embravecida la mar.

Parece que el Dios del cielo,
Se amostrase retobao,
Al mirar tanto pecao
Como se ve en este suelo.

Y es cosa de bendecir,
Cuando el Señor la serena,
Sobre ancha cama de arena,
Obligándola á dormir.

Y es muy lindo ver nadando
Á flor de agua algún pescao:
Van, como plata, cuñao,
Las escamas relumbrando...

—¡Ah Pollo! Ya comenzó

A meniar taba: ¿y el caso?
—Dice muy bien, amigaso:
Seguiré contandoló.

El lienzo otra vez alzaron
Y apareció un bodegón,
Ande se armó una reunión
En que algunos se mamaron.

Un don Valentín, velay,
Se hallaba allí en la ocasión,
Capitán, muy guapetón,
Que iba á dir al Paraguay.

Era hermano, el ya nombrao,
De la rubia, y conversaba
Con otro mozo que andaba
Viendo de hacerlo cuñao.

Don *Silverio*, ó cosa así,
Se llamaba este individo,
Que me pareció medio *ido*
O zonzo cuando lo vi.

Don Valentín le pedía
Que á la rubia la sirviera
En su ausencia...
—¡Pues, zonzera!
¡El otro qué más quería!

—El Capitán, con su vaso,
A los presentes brindó,
Y en esto se apareció
De nuevo el Diablo, amigaso.

Dijo que si lo almitían

También echaría un trago,
Que era por no ser del pago
Que allí no lo conocían.

Dentrando en conversación,
Dijo el Diablo que era brujo:
Pidió un ajenco y lo trujo
El mozo del bodegón.

—«No tomo bebida sola,»
Dijo el Diablo: se subió
A un banco, y vi que le echó
Agua de una cuarterola.

Como un tiro de jusil
Entre la copa sonó,
Y á echar llamas comenzó
Como si juera un candil.

Todo el mundo reculó;
Pero el Diablo, sin turbarse,
Les dijo:—«No hay que asustarse,»
Y la copa se empinó.

—¡Qué buche! ¡Dios soberano!
—Por no parecer morao
El Capitán jué, cuñao,
Y le dió al Diablo la mano.

Satanás le registró
Los dedos con grande afán,
Y le dijo: -«Capitán
Pronto muere, crealó.»

El Capitán, retobao,
Peló la lata, y Luzbel

No quiso ser menos que él
Y peló un amojosao.

Antes de cruzar el acero,
El Diablo el suelo rayó.
¡Viera el juego que salió!...
—¡Qué sable para yesquero!

—¿Qué dice? ¡había de oler
El jedor que iba largando
Mientras estaba chispiando
El sable de Lucifer!

No bien á tocarse van
Las hojas, creameló,
La mitá al suelo cayó
Del sable del Capitán.

—«¡Este es el Diablo en figura
De hombre!» el Capitán gritó,
Y al grito le presentó
La cruz de la empuñadura.

¡Viera al Diablo retorcerse
Como culebra, aparcero!
—Oiganlé...
—Mordió el acero
Y comenzó á estremecerse.

Los otros se aprovecharon
Y se apretaron el gorro:
Sin duda á pedir socorro
O á *dar parte* dispararon.

En esto don Fausto entró,
Y conforme al Diablo vido,

Le dijo: —«¿Qué ha sucedido?»
Pero él se desentendió.

El Dotor volvió á clamar
Por su rubia, y Lucifer,
Valido de su poder,
Se la volvió á presentar.

Pues que golpiando en el suelo
En un baile apareció,
Y don Fausto le pidió
Que lo acompañase á un *cielo.*

No hubo forma que bailara:
La rubia se encaprichó;
De balde el Dotor clamó
Porque no lo desairara.

Cansao ya de redetirse,
Le contó el demonio el caso;
Pero él le dijo: —«Amigaso,
No tiene por qué afligirse:

Si en el baile no ha alcansao
El poderla arrocinar,
Deje: le hemos de buscar
La güelta por otro lao.

Y mañana, á más tardar
Gozará de sus amores,
Que á otras, mil veces mejores,
Las he visto cabrestiar.»

¡Balsa general! —gritó
El bastonero mamao;

Pero en esto el cortinao
Por segunda vez cayó.

Armemos un cigarrillo
Si le parece...
—¡Pues nó!
—Tome el naco, piqueló,
Usté tiene mi cuchillo.

IV

—Ya se me quiere cansar
El flete de mi relato...
—Priéndale guasca otro rato:
Recién comienza á sudar.

—No se apure: aguardesé,
¿Cómo anda el frasco?
—Tuavía
Hay con qué hacer medio día:
Ahí lo tiene, priendalé.

—¿Sabe que este giñebrón
No es para beberlo solo?
Si alvierto traigo un chicholo
O un cacho de salchichón.

—Vaya, no le ande aflojando,
Déle trago y domeló,
Que á raíz de las carnes yo
Me lo estoy acomodando.

—¿Que tuavía no ha almorzao?
—Ando en ayunas, don Pollo;

Porque, ¿á qué contar un bollo
Y un cimarrón aguachao?

Tenía hecha la intención
De ir á la fonda de un gringo
Después de bañar el pingo...
—Pues vámonos del tirón.

—Aunque ando medio delgao
Don Pollo, no le permito
Que me merme ni un chiquito
Del cuento que ha comenzao.

—Pues, entonces, allá va:
Otra vez el lienzo alzaron
Y hasta mis ojos dudaron
Lo que ví... ¡barbaridá!

¡Qué quinta! ¡Virgen bendita!
¡Viera, amigaso, el jardín!
Allí se vía el jazmín,
El clavel, la margarita,

El toronjil, la retama,
Y hasta estuatas, compañero,
Al lao de esa, era un chiquero
La quinta de don Lezama.

Entre tanta maravilla
Que allí había, y medio á un lao,
Habían edificao
Una preciosa casilla.

Allí la rubia vivía
Entre las flores como ella,

Allí brillaba esa estrella
Que el pobre Dotor seguía.

Y digo *pobre Dotor*,
Porque pienso, don Laguna,
Que no hay desgracia ninguna
Como un desdichao amor.

Puede ser; pero, amigaso,
Y en las cuartas no me enriedo,
Y en un lance en que no puedo,
Hago de mi alma un cedazo.

Por hembras yo no me pierdo:
La que me empaca su amor
Pasa por el cernidor
Y... si te vi, no me acuerdo.

Lo demás es calentarse...
El mate al divino ñudo.
—¡Feliz quien tenga ese escudo
Con que poder rejuardarse!

Pero usté habla, don Laguna,
Como un hombre que ha vivido
Sin haber nunca querido
Con alma y vida ninguna.

Cuando un verdadero amor
Se estrella en un alma ingrata,
Más vale el fierro que mata
Que el fuego devorador.

Siempre ese amor lo persigue
A donde quiera que va;

Es una fatalidá
Que á todas partes lo sigue.

Si usté en su rancho se queda;
O si sale para un viaje,
Es de balde: no hay paraje
Ande olvidarla usté pueda.

Cuando duerme todo el mundo,
Usté, sobre su recao,
Se da güelta, desvelao,
Pensando en su amor projundo.

Y si el viento hace sonar
Su pobre techo de paja,
Cree usté que es *ella* que baja
Sus lágrimas á secar.

Y si en alguna lomada
Tiene que dormir al raso,
Pensando en *ella*, amigaso,
Lo hallará la madrugada.

Allí, acostao sobre abrojos
O entre cardos, don Laguna,
Verá su cara en la luna
Y en las estrellas sus ojos.

¿Qué habrá que no le recuerde
Al bien de su alma, querido,
Si hasta cree ver su vestido
En la nube que se pierde?

Si en frente de esa deidá
En alguna parte se halla,

Es otra nueva batalla
Que el pobre corazón da.

Si con la luz de sus ojos
Le alumbra la triste frente,
Usté, don Laguna, siente
El corazón entre abrojos.

Su sangre comienza á alzarse
A la cabeza en tropel,
Y cree que quiera esa cruel
En su amargura gozarse.

Y si la ingrata le niega
Esa ligera mirada,
Queda su alma abandonada
Entre el dolor que la niega.

Y usté, firme en su pasión...
Y van los tiempos pasando,
Un hondo surco dejando
En su infeliz corazón.

—Güeno, amigo: así será,
Pero me ha sentao el cuento...
—¡Qué quiere! es un sentimiento...
Tiene razón, allá va:

Pues, señor, con gran misterio,
Traindo en la mano una cinta,
Se apareció entre la quinta,
El zonzo de don Silverio.

Sin duda alguna saltó
Por la zanja de la güerta,

Pues esa noche su puerta
La mesma rubia cerró.

Rastriándolo se vinieron
El demonio y el Dotor,
Y tras del árbol mayor
A aguaitarlo se escondieron.

Con las flores de la güerta
Y la cinta, un ramo armó
Don Silverio, y lo dejó
Sobre el umbral de la puerta.

—¡Qué no cairle una centella!
—¿A quién? ¿Al zonzo?
—¡Pues digo!...
¡Venir á osequiarla, amigo,
Con las mesmas flores de ella!

—Ni bien acomodó el guacho,
Ya rumbió...
—¡Miren qué hazaña!
Eso es ser más que lagaña
Y hasta da rabia, caracho!

—El Diablo entonces salió
Con el Dotor, y le dijo:
—«Esta vez priende de fijo
La vacuna, crealó.»

Y el capote haciendo á un lao,
Desenvainó allí un baulito,
Y jué y lo puso juntito,
Al ramo del abombao.

—No me hable de ese mulita:

¡Qué apunte para una banca!
¿A qué era mágica blanca
Lo que trujo en la cajita?

—Era algo más eficaz
Para las hembras, cuñao,
Verá si las ha calao
De lo lindo Satanás.

Tras del árbol se escondieron
Ni bien cargaron la mina,
Y más que nunca, divina,
Venir á la rubia vieron.

La pobre, sin alvertir,
En un banco se sentó,
Un par de medias sacó
Y las comenzó á surcir.

Cinco minutos, por junto,
En las medias trabajó
Por lo que carculo yo
Que tendría solo un punto;

Dentró á espulgar un rosal,
Por la hormiga consumido,
Y entonces jué cuando vido
Caja y ramo en el umbral.

Al ramo no le hizo caso,
Enderezó á la cajita,
Y sacó... ¡Virgen bendita!...
¡Viera qué cosa, amigaso!

¡Qué anillo! ¡Qué prendedor!
¡Qué rosetas soberanas!

¡Qué collar! ¡Qué carabanas!
—¡Vea al diablo tentador!

—¿No le dije, Don Laguna?
La rubia allí se colgó
Las prendas, y apareció
Mas platiada que la luna.

En la caja, Lucifer,
Había puesto un espejo..
—¿Sabe qué el Diablo, canejo,
La conoce á la mujer?

—Cuando la rubia gustaba
Tanto mirarse á la luna,
Se apareció, Don Laguna,
La vieja que la cuidaba.

¡Viera la cara, cuñao,
De la vieja, al ver brillar
Como reliquias de altar
Las prendas del condenao!

«¿Diande este lujo sacás?»
La vieja, fula, decía,
Cuando gritó:—«¡Avemaría!»
En la puerta, Satanás.

«¡Sin pecao! ¡Dentre, señor!»
— «¿No hay perros?—¡Ya los ataron!»
Y ya tamien se colaron
El Demonio y el Dotor.

El Diablo allí comenzó
Á enamorar á la vieja,

Y el Dotorcito á la oreja
De la rubia se pegó.

—¡Vea al Diablo haciendo gancho!
—El caso jué que logró
Reducirla y la llevó
Á que le mostrase un chancho.

—¿Por supuesto, el Dotorcito
Se quedo allí mano á mano?
—Dejuro, y ya verá, hermano,
La liendre que era el mocito.

Corcobió la rubiecita,
Pero al fin se sosegó,
Cuando el Dotor le contó
Que él era el de la cajita.

Asigun lo que presumo,
La rubia aflojaba laso,
Porque el Dotor, amigaso,
Se le quería ir al humo.

La rubia lo malició
Y por entre las macetas,
Le hizo unas cuantas gambetas
Y la casilla ganó.

El Diablo tras de un rosal,
Sin la vieja apareció...
—¡A la cuenta la largó
Jediendo entre algún maizal!

—La rubia en vez de acostarse,
Se lo pasó en la ventana,

Y allí aguardó la mañana
Sin pensar en desnudarse.

Ya la luna se escondía,
Y el lucero se apagaba,
Y ya tamién comenzaba
A venir clariando el día.

¿No ha visto usté de un yesquero
Loca una chispa salir,
Como dos varas seguir
Y de allí perderse, aparcero?

Pues de ese modo, cuñao,
Caminaban las estrellas
Á morir, sin quedar de ellas
Ni un triste rastro borrao.

De los campos el aliento
Como sahumerio venía,
Y alegre ya se ponía
El ganao en movimiento.

En los verdes arbolitos,
Gotas de cristal brillaban,
Y al suelo se descolgaban
Cantando los pajaritos.

Y era, amigaso, un contento
Ver los junquillos doblarse,
Y los claveles cimbrarse
Al soplo del manso viento.

Y al tiempo de reventar
El botón de alguna rosa

Venir una mariposa
Y comenzarlo á chupar.

Y si pudiera el cielo
Con un pingo comparar,
Tamién podría afirmar
Que estaba mudando pelo.

—¡No sea bárbaro, canejo!
¡Qué comparancia tan fiera!
—No hay tal: pues de saino que era
Se iba poniendo azulejo.

¡Cuando ha dao un madrugón
No ha visto usté, embelesao,
Ponerse blanco azulao
El más negro ñubarrón?

—Dice bien, pero su caso
Se ha hecho medio empacador...
—Aura viene lo mejor
Pare la oreja, amigaso.

El Diablo dentró á retar
Al Dotor, y entre el responso,
Le dijo: «¿Sabe que es zonzo?
¿Pa qué la dejó escapar?»

«Ahí la tiene en la ventana:
«Por suerte no tiene reja,
«Y antes que venga la vieja
«Aproveche la mañana.»

Don Fausto ya atropelló
Diciendo:—«¡basta de ardiles!»

La cazó de los cuadriles
Y ella... tamién lo abrazó.

—¡Oiganlé á la dura!
– En esto...
Bajaron el cortinao:
Alcance el frasco, cuñao,
—Agatas le queda un resto.

V

—Al rato el lienzo subió
Y deshecha y lagrimiando,
Contra un máquina hilando,
La rubia se apareció.

La pobre dentró á quejarse
Tan amargamente allí,
Que yo á mis ojos sentí
Dos lágrimas asomarse.

—¿Qué vergüenza!
– Puede ser;
Pero, amigaso, confiese
Que á usté tamién le enternece
El llanto de una mujer.

Cuando á usté un hombre le ofiende
Ya sin mirar para atrás,
Pela el flamenco y ¡sas! ¡tras!
Dos puñaladas le priende.

Y cuando la autoridá
La *partida* le ha soltao,

Usté en su overo rosao
Bebiendo los vientos va.

Naide de usté se despega
Porqué se haiga desgraciao,
Y es muy bien agasajao
En cualquier rancho á que llega.

Si es hombre trabajador
Ande quiera ganar el pan:
Para eso con usté van
Bolas, lazo y maniador.

Pasa el tiempo, vuelve al pago
Y cuanto más larga ha sido
Su ausensia, usté es recibido
Con más gusto y más halago.

Engaña usté á una infeliz,
Y para mayor vergüenza,
Va y le cerdea la trenza
Antes de hacerse perdiz.

La ata, si le da la gana,
En la cola de su overo,
Y le amuestra al mundo entero
La trenza de ña Julana.

Si ella tuviese un hermano,
Y en su rancho miserable
Hubiera colgao un sable,
Juera otra cosa, paisano.

Pero sola y despreciada
En el mundo ¿qué ha de hacer?

¿Á quién la cara volver?
¿Ande llevar la pisada?

Soltar al aire su queja
Será su solo consuelo,
Y empapar con llanto el pelo
Del hijo que usté le deja.

Pues ese dolor projundo
Á la rubia la secaba,
Y por eso se quejaba
Delante de todo el mundo.

Aura, confiese, cuñao,
Que el corazón más calludo,
Y el gaucho más entrañudo,
Allí habría lagrimiao.

—¿Sabe que me ha sacudido
De lo lindo el corazón?
Vea sinó el lagrimón
Que al oirle se me ha salido...

- ¡Oiganlé!...
—Me ha redotao:
No guarde rencor, amigo...
—Si es en broma que le digo...
—Siga su cuento, cuñao.

—La rubia se arrebozó
Con un pañuelo ceniza,
Diciendo que se iba á misa
Y puerta ajuera salió.

Y crea usté lo que guste
Porque es cosa de dudar...

¡Quién había de esperar
Tan grande desbarajuste!

Todo el mundo estaba ageno
De lo que allí iba á pasar,
Cuando el Diablo hizo sonar
Como un pito de sereno.

Una Iglesia apareció
En menos que canta un gallo...
—¡Vea si dentra á caballo!
—Me larga, creameló.

Creo que estaban alzando
En una misa cantada,
Cuando aquella desgraciada
Llegó á la puerta llorando.

Allí la pobre cayó
De rodillas sobre el suelo,
Alzó los ojos al cielo,
Y cuatro credos rezó.

Nunca he sentido más pena
Que al mirar á esa mujer:
Amigo: si aquello era ver
A la mesma *Madalena*.

De aquella rubia rosada,
Ni rastro había quedao:
Era un clavel marchitao,
Una rosa deshojada.

Su frente, que antes brilló
Tranquila como la luna,

Era un cristal, Don Laguna,
Que la desgracia enturbió.

Ya de sus ojos hundidos
Las lágrimas se secaban
Y entre-temblando rezaban
Sus labios descoloridos.

Pero el diablo la uña afila,
Cuando está desocupao,
Y allí estaba el condenao
Á una vara de la pila.

La rubia quiso dentrar,
Pero el Diablo la atajó,
Y tales cosas le habló
Que la obligó á disparar.

Cuasi le da el accidente
Cuando á su casa llegaba:
La suerte que le quedaba
En la vereda de enfrente.

Al rato el Diablo dentró
Con Don Fausto muy del brazo,
Y una guitarra, amigaso,
Ahí mesmo desenvainó.

—¿Qué me dice, amigo Pollo?
—Como lo oye, compañero;
El Diablo es tan guitarrero
Como el paisano más criollo.

El sol ya se iba poniendo,
La alarida se ahuyentaba

Y la noche se acercaba
Su negro poncho tendiendo.

Ya las estrellas brillantes
Una por una salían,
Y los montes parecían
Batallones de gigantes.

Ya las ovejas balaban
En el corral prisioneras,
Y ya las aves caseras
Sobre el alero ganaban.

El toque de la oración
Triste los aires rompía,
Y entre sombras se movía
El crespo sauce llorón.

Ya sobre el agua estancada
De silenciosa laguna,
Al asomarse, la luna,
Se miraba retratada.

Y haciendo un extraño ruido,
En las hojas tropezaban
Los pájaros que volaban
Á guarecerse en su nido.

Ya del sereno brillando
La hoja de la higuera estaba,
Y la lechuza pasaba
De trecho en trecho chillando.

La pobre rubia, sin duda,
En llanto se deshacía,

Y rezando, á Dios pedía
Que le emprestase su ayuda.

Yo presumo que el Dotor,
Hostigao por Satanás,
Quería otras hojas más
De la desdichada flor.

Á la ventana se arrima
Y le dice el condenao: –
«Dele no más sin cuidao
Aunque reviente la prima.»

El Diablo agatas tocó
Las clavijas, y al momento
Como un arpa el estrumento
De tan bien templao sonó.

—Tal vez lo traiba templao
Por echarla de baqueano...
—Todo puede ser, hermano,
Pero ¡oyese al condenao!

Al principio se florió
Con un lindo bordoneo,
Y en ancas de aquel floreo
Una décima cantó.

No bien llegaba al final
De su canto, el condenao,
Cuando el capitán, armao,
Se apareció en el umbral.

—Pues yo en campaña lo hacía...
—Daba la casualidá

Que llegaba á la ciudá
En comisión, ese día.

—Por supuesto, hubo fandango...
—La lata ahí no más peló,
Y al infierno le aventó
De un cintarazo el changango.

—¡Lindo el mozo!
—¡Pobrecito!
—¿Lo mataron?
—Ya verá:
Peló un corvo el dotorcito,
Y el Diablo... ¡barbaridá!

Desenvainó una espadita
Como un viento, lo embasó,
Y allí no más ya cayó
El pobre...
—¡Ánima bendita!...

—A la trifulca y al ruido
En montón la gente vino...
—¿Y el Dotor y el asesino?
—Se habían escabullido.

La rubia tamién bajó
Y viera afición, paisano,
Cuando el cuerpo del hermano
Bañao en sangre miró.

Agatas medio alcanzaron
A darse una despedida,
Porque en el cielo, sin vida,
Sus dos ojos se clavaron.

Bajaron el cortinao,
De lo que yo me alegré...
—Tome el frasco, priendalé...
– Sirvasé no más, cuñao.

VI

—¡Pobre rubia! Vea usté
Cuanto ha venido á sufrir:
Se le podía decir,
¡Quién te vido y quién te ve!

—Ansí es el mundo, amigaso:
Nada dura, don Laguna,
Hoy nos ríe la fortuna,
Mañana nos da un guascaso.

Las hembras, en mi opinión,
Train un destino más fiero,
Y si quiere, compañero,
Le haré una comparación.

Nace una flor en el suelo,
Una delicia es cada hoja
Y hasta el rocío la moja
Como un bautismo del cielo.

Allí está ufana la flor,
Linda, fresca y olorosa:
A ella va la mariposa,
A ella vuela el picaflor.

Hasta el viento pasajero
Se prenda al verla tan bella,

Y no pasa por sobre ella
Sin darle un beso primero.

¡Lástima causa esa flor
Al verla tan consentida!
Cree que es tan larga su vida
Como fragante su olor.

Nunca vió el rayo que raja
A la renegrida nube,
Ni ve el gusano que sube,
Ni el fuego del sol que baja.

Ningún temor en el seno
De la pobrecita, cabe,
Pue que se hamaca, no sabe,
Entre el fuego y el veneno.

Sus tiernas hojas despliega
Sin la menor desconfianza
Y el gusano ya la alcanza...
Y el sol de las doce llega...

Se ve el sol abrasador,
Pasa á otra planta el gusano,
Y la tarde... encuentra, hermano,
El cadáver de la flor.

Piense en la rubia, cuñao,
Cuando entre flores vivía,
Y diga si presumía
Destino tan desgraciao.

Usté que es alcanzador
Afijesé en su memoria,

Y diga: ¿es igual la historia
De la rubia y de la flor?

- Se me hace tan parecida
Que ya más no puede ser.
—Y hay más: le falta que ver
A la rubia en la crujida.

—¿Qué me cuenta? ¡desdichada!
—Por última vez se alzó
El lienzo, y apareció
En la cárcel encerrada.

—¿Sabe que yo no colijo
El por qué de la prisión?
—Tanto penar, la razón
Se le jué, y mató al hijo.

Ya la habían sentenciao
A muerte, á la pobrecita,
Y en una negra camita
Dormía un sueño alterao.

Ya redoblaba el tambor,
Y el cuadro ajuera formaban,
Cuando al calabozo entraban
El Demonio y el Dotor.

—¡Veanló al Diablo si larga
Sus presas así no más!
¿A qué anduvo Satanás
Hasta oir sonar la descarga?

—Esta vez se le chingó
El cuete, y ya lo verá.

—Priendalé al cuento que ya
No lo vuelvo á atajar yo.

—Al dentrar hicieron ruido,
Creo que con los cerrojos;
Abrió la rubia los ojos
Y allí contra ella los vido.

La infeliz, ya trastornada
A causa de tanta herida,
Se encontraba en la crujida
Sin darse cuenta de nada.

Al ver venir al Dotor
Ya comenzó á disvariar,
Y hasta le quiso cantar
Unas décimas de amor.

La pobrecita soñaba
Con sus antiguos amores,
Y creía mirar sus flores
En los fierros que miraba.

Ella creía que como antes,
Al dir á regar su güerta,
Se encontraría en la puerta
Una caja de diamantes.

Sin ver que en su situación,
La caja que la esperaba
Era la que redoblaba
Antes de la ejecución.

De repente se fijó
En la cara de Luzbel:

Sin duda *al malo* vió en él,
Porque allí muerta cayó.

Don Fausto, al ver tal desgracia,
De rodillas cayó al suelo
Y dentró á pedirle al cielo
La recibiese en su gracia.

Allí el hombre arrepentido
De tanto mal que había hecho,
Se daba golpes de pecho
Y lagrimiaba afligido.

En dos pedazos se abrió
La paré de la crujida,
Y no es cosa de esta vida
Lo que allí se apareció.

Y no crea que es historia:
Yo vi entre una nubecita
La alma de la rubiecita,
Que se subía á la gloria.

San Miguel, en ocasión,
Vino entre nubes bajando,
Con su escudo revoliando
Un sable tirabuzón.

Pero el diablo que miró
El sable aquel y el escudo,
Lo mesmito que un peludo
Bajo la tierra ganó.

Cayó el lienzo finalmente,
Y ahí tiene el cuento contao...

—Prieste el pañuelo, cuñao,
Me está sudando la frente.

Lo que admiro es su firmeza
Al ver esas brujerías.
—He andao cuatro ó cinco días
Atacao de la cabeza.

—Ya es güeno dir ensillando...
—Tome ese último traguito,
Y eche el frasco á ese pocito
Para que quede boyando.

Cuando los dos acabaron
De ensillar sus parejeros,
Como güenos compañeros,
Juntos al trote agarraron.
En una fonda se apiaron
Y pidieron de cenar.
Cuando ya iban á acabar,
Don Laguna sacó un rollo
Diciendo: - «El gasto del Pollo
De aquí se lo han de cobrar.»



J. Castellanos

Castellanos, Joaquín

El viaje eterno

A mi amigo querido Dr. J. H. Martínez Castro

El hombre es el sacerdote de la creación

LAMARTINE

Como la fuente de los grandes ríos
La cuna está del pensamiento humano
En los bosques sombríos;
El también va á perderse en otro Oceano,
Es un río también ancho y profundo
Que ora apacible se desliza y lento,
Ora se precipita turbulento
Como un mar desbordado sobre el mundo!

Es el río inmortal de las ideas,
Que por el cauce inmenso de la vida
Corre á desembocar al infinito,
Y con el limo universal que encierra
Pasa á través de arenas y de hielos,
Fecundando la tierra
Y reflejando en su cristal los cielos!

Habitador del bosque primitivo,
Fiera errante en la lóbrega espesura,
El hombre en la Natura

Antes de ser su rey, fué su cautivo;
Cautivo de los ciegos elementos,
Siervo infeliz de la materia bruta,
Su vida es una presa que la muerte
Al infortunio sin cesar disputa!

Con misterioso anhelo
En su cerebro apenas aletea,
Sin fuerza aun para tender el vuelo,
El ave de la idea!
No tiene patria aun, hogar, ni calma,
Y apenas si en sus sendas escabrosas
Le guía un vago instinto de las cosas
Especie de crepúsculo del alma!

Crepúsculo que anuncia
El día para el mundo del espíritu;
Vaga y confusa irradiación de un astro
Que allá en su oriente misterioso espera
Un mandato de Dios para lanzarse
A iluminar la esfera!
Alborada indecisa que precede
Con vagos arreboles
Al sol del pensamiento,
Reina invisible de los otros soles!

Como una joven madre cuando siente
El fruto de su amor dentro su seno,
Así la tierra toda
Se estremece con júbilo sagrado,
Y hasta el cielo sonríe alborozado
Con la sonrisa del azul sereno!

Ya tiembla la montaña amenazada
Por un audaz dominador de cumbres;
Ya siente casi hollada

La nieve virgen de su intacta cima
Oyendo á la distancia en la espesura
Los pasos de un titán que se aproxima
Con firme intento de escalar la altura!

De aquel mísero sér abandonado
Que cruzaba el desierto desvalido,
¿Qué luz sobre su frente ha descendido?
¿Qué diadema inmortal le ha coronado?
¿Por qué las selvas vírgenes y hermosas
Inclinan su ramaje
Y ante su planta deshojando rosas
Le rinden homenaje,
Y le ofrecen los árboles sus flores,
Las flores sus perfumes más suaves
Los campos sus vistosos atavíos,
Su más sonoro cántico las aves,
Y su más blando murmurar los ríos?

Es que ya lanza el fuerte Prometeo
Su grito audaz de rebelión y guerra,
Henchido de recónditos anhelos
Ya se apercibe un hijo de la tierra
Para el rapto de fuego de los cielos!

Es que el ave de luz, que en otros días,
En el cerebro de la bestia humana,
Dormitaba sin voz y sin aliento,
Ha batido con ímpetu sus alas
Pronta á lanzarse á desafiar el viento!
El huésped peregrino de las selvas,
Huérfano morador de la espesura,
Oye en el aire extrañas harmonías,
Misteriosas llamadas de la altura!
Sale de su guarida, avista el llano,
Y el rayo en su mirada centellea!

¡Es que ha brotado la primera idea!
¡Es que ha nacido el pensamiento humano!
Es que con pasmo siente
Que de su sér entre el caos profundo,
Ya se elabora en aparente calma
El misterioso génesis del alma
Más sublime que el génesis del mundo!

Salvaje aun, soberbio ya se muestra,
Y al ir del monte por la agreste falda
Suena el carcaj de flechas á su espalda,
Y el arco de Nemrod vibra en su diestra!

Vencedor de las fieras en el bosque,
Cuando regresa en busca del sosiego
Con los despojos de la res herida,
¿Quién ha encendido fuego
Al umbral de su rústica guarida?
¿Quién le sale al encuentro á su llegada?
¿Quién le espera de júbilo sonriente
Con guirnaldas de flores en la frente
Y caricias de amor en la mirada?

¿Quién? La mujer, su eterna compañera,
La que su rostro sudoroso enjuga,
La que con llanto sus heridas lava,
La que en hechizos y en ternura hermosa,
Entonces era la sumisa esclava
Para más tarde ser la noble esposa!
Y la madre bendita,
Y la madre fecunda, en cuyo seno
La venidera humanidad palpita!

Magnético poder, fuerza gigante
Latir hacía á la creación entera,
Y la tierra en su infancia

Bajo un cálido sol de primavera
Tibia exhalaba matinal fragancia!

El mundo ebrio de gozo,
Se estremeció en presencia del sagrado
Misterio del amor; la exuberante
Virgen Naturaleza primitiva
Sintió arder y agitarse en ese instante
Todo el torrente de su savia viva!
Vencida por la magia de un influjo
Desconocido y de un placer sin nombre
Pródiga desplegó todo su lujo
Para las bodas de su rayo; el hombre!

En la hora feliz de sus amores
Brindóle allí en las selvas tropicales
Un tálamo de céspedes y flores!
Por antorchas nupciales
Le dió los astros vívidos que alumbran
Las noches de los climas orientales!

Cuando dos séres por su bien perdieron
Esa inocencia estúpida, esa calma
Estéril de la bestia;
Allá en la vasta soledad sintieron
Con la del cuerpo la atracción del alma!
Cuando al rumor del agua cadencioso,
Y á los vagos murmullos del ramaje
Mezcló su eco harmonioso
El verbo humano en un edén salvaje,
La voz de la palabra modulada
Reveló al mundo incógnitas delicias,
La selva obscura se pobló de encantos,
El aura fresca suspiró caricias,
Y aprendieron las aves nuevos cantos!

Suspiros de pasión, vagos acentos,
Voces por vez primera articuladas,
Notas nunca escuchadas
Volaron sobre el ala de los vientos;

Y á la vista de Dios en los desiertos,
Sintiendo en noche cálida y hermosa
El impulso de un éxtasis sin nombre,
Unos labios de rosa
Con sus labios de fuego tocó el hombre!
Los deleites del cielo
Gustó la tierra por la vez primera;
Los campos florecieron de improviso;
De ese ósculo brotó la primavera;
Donde nació el amor, fué el paraíso!

Así su vida en trabajosa senda
Del aislamiento á la familia pasa
Forma la tribu en fin y alza la tienda:
Ese rústico esbozo de la casa!

Con el cuerpo robusto ya cubierto
Por la piel de una fiera
Doma al bruto y se lanza á la carrera
Por el ámbito inmenso del desierto!
Y el desierto le atrae y habla á su mente
Con la voz de las roncas tempestades,
Y allí su alma confundir se siente
Al alma de las vastas soledades!
Allí en sus obras Dios se le revela,
Y su infinita majestad admira;
No en las biblias humanas
Donde la imagen del Creador se vela
Con celajes de fábula y mentira
Que empequeñecen su inmortal grandeza,

Sino en tu libro eterno,
¡Oh santa y colosal Naturaleza!

Poeta y sacerdote de lo creado
Mezclaba el hombre en los primeros días.
El himno y la plegaria
Del mundo á las primeras harmonías!
Sus holocaustos ofreció en el templo
Grandioso de las selvas seculares,
A la luz de los amplios horizontes,
Sirviéndole de altares
La enhiesta cima de los altos montes!

Como fuente en su origen, clara y pura,
El alma humana virgen todavía,
Llena de fuerza y de candor vivía
En contacto filial con la Natura
Y en relación con Dios. Era su culto
El culto espiritual de los que oraban
Al aire libre en el espacio abierto;
Sencilla religión que profesaban
Los antiguos patriarcas del desierto!

Aun las nubes del error no eclipsan
Al sol del pensamiento,
Ni absurdos dogmas la razón empañan
Como al limpio cristal impuro aliento!
No había aún los falsos sacerdotes
Que la conciencia oprimen,
Que dando formas de virtud al vicio
De Dios invocan el sagrado nombre,
Y bendicen el crimen:
Entonces aun no había
Intermediarios entre Dios y el hombre!

El pensamiento humano
Va siempre en busca de un ideal divino;
Tiene la vasta inmensidad por rumbo,
La tierra por camino!
Es una tempestad de tempestades,
Donde se agitan férvidos anhelos,
Y su vida á través de las edades
Una ascensión sin término á los cielos!

Lanzado á la conquista del espacio
Su marcha en las naciones
Es primavera fúlgida de gloria,
Su triste alejamiento es un invierno
Moral. Los grandes hechos de su historia,
Son las jornadas de su viaje eterno!

La India, con sus espléndidas llanuras
Y sus altas cadenas de montañas
De colosal vegetación cubiertas,
Turbando el polvo de las razas muertas
Lo sintió circular por sus entrañas!

Buscando un nuevo y apartado asilo
Se lanza hacia el Egipto misterioso,
Páramo inmenso que fecunda el Nilo;
Vasto oasis, isla de verdura,
Que sobre el mar de arenas del desierto
A los rayos del sol duerme cubierto
Con la pompa oriental de su hermosura!
Dejó su nombre escrito
Allí con portentosos monumentos!
Esfinges y obeliscos de granito
Cuyos rotos fragmentos,
Despojos del naufragio de una raza
En el inquieto mar de las edades,
En tristes y calladas soledades,

De arenas sobre estériles colinas,
Parecen hoy cubiertos por la yedra,
Que del mudo poema de las ruinas
Son colosales páginas de piedra!

Sólo quedan de pie como guardianes
Del tiempo en esos anchos horizontes,
En altos conos que parecen montes
De apagados volcanes,
Las sombrías pirámides
Que la grandeza humana y la existencia
De las razas que han muerto,
Proclaman en presencia
De la grandeza eterna del desierto!

Hijo de las regiones de la aurora
Siempre con rumbo al Occidente avanza,
Y de la sombra en dirección se lanza
Para ahuyentar la noche aterradora
Cual otro sol que como el sol camina
Del Oriente al Ocaso,
Y detuvo su marcha peregrina
Cuando de Grecia en la región divina
Una patria feliz halló á su paso!
Dejando en ella espléndidos vestigios,
Y haciendo de sus obras monumentos,
En cada esfuerzo realizó prodigios
Y á cada idea ejecutó portentos!
En una lengua por el arte amada
De dulce ritmo y celestiales voces,
A cantar destinada
La gloria de los héroes y los dioses.
Inspira en melodioso balbuceo,
De su existencia en el primer periodo,
La Teogonía mística de Hesiodo

Y los sagrados cánticos de Orfeo!
Después levanta á su zenit glorioso
Al astro Inteligencia,
Y una inmortal constelación de genios
Del Arte y de la Ciencia
El firmamento espléndido corona,
Cuando en pasmoso y acabado estilo
Canta en Homero, en Píndaro y Esquilo
Y en Platón y Aristóteles razona.
Con el Homero del cincel, con Fidias
El gigantesco Partenón eleva,
Esa Iliada de mármol;
Y á las inquietas turbas populares
Con la voz de Demóstenes subleva
Como subleva el huracán los mares!

Enamorado de ese suelo hermoso
Donde la eterna Venus palpitaba,
De ese suelo que Flora embellecía
Y Céres fecundaba,
El errante viajero de los siglos
Deslumbrado por mágicos colores,
Entre las embriagueces lánguidas yacía
Aprisionado por la red de flores
Que el genio de la Fábula tejía!
En dulce adoración de la Belleza,
La verdad descuidaba,
Que es de su ruta el anhelado extremo,
Y en su culto á la gran Naturaleza
Ciego olvidaba al Hacedor Supremo!
Hasta que en medio á las alegres voces
Sócrates hizo oir su voz severa,
A cuyo acento retembló en la esfera
El viejo Olimpo y sus caducos dioses!

Es que las nubes del error ya eclipsan
Al sol del pensamiento,

Y absurdos dogmas la razón empañan
Como al limpio cristal impuro aliento;
Había ya los falsos sacerdotes
Que la conciencia oprimen,
Que dando formas de virtud al vicio
De Dios invocan el sagrado nombre!
Y bendicen el crimen;
Es que entonces ya había
Intermediarios entre Dios y el hombre!

Ellos, los que al filósofo de Atenas
Dieron la copa de cicuta; ellos
Que en su arrogancia vana
Creen que se mata la conciencia humana
Porque un campeón en su defensa muera,
Ellos darán mañana
La cruz á Cristo y á Juan Hus la hoguera!

La marcha del espíritu en los tiempos
Es como una Odisea de la historia:
Ulises es el símbolo, el emblema
De sus rudos contrastes y su gloria!
El pensamiento humano,
Que abate tronos como el héroe griego
Y se alza vencedor entre ruinas
Hollando sangre y destrucción y fuego,
También por las borrascas combatido,
Naufrago á veces se le mira errante
Vagar por entre escollos, perseguido
De enemigas deidades;
¡Rey destronado que de zona en zona
Navega por el mar de las edades
En busca de su patria y su corona!

Después se lanza á otra feliz ribera,
Y en pos de Grecia, la nación artista,

Levanta á Roma la nación guerrera
Destinada del orbe á la conquista.
Su trono asienta en el verjel latino
Que el Tíber baña en abundante riego,
Allí donde alza al éter cristalino
Su cúpula de nieve el Apenino
Y el Vesubio su cúpula de fuego!

Como la diosa Palas, ese pueblo
Nació armado á la vida
Para arrojarse con ardor fecundo
A la ciclópea lucha sostenida
Durante doce siglos contra el mundo!
Probando contra Aníbal su constancia
Se alzó más grande al borde del abismo
Y en la Iberia domó con su heroismo
El épico heroismo de Numancia!
Extendiendo hacia el África abrasada
Su cuerpo giganteo
Fué en sus brazos Cartago sofocada
Como en los brazos de Hércules, Anteo!
En tanto que la gloria conducía
Sus vencedoras águilas; en tanto,
Que de sus armas el fragor hacía
Trémulo el orbe enmudecer de espanto;
Mientras de la señora de los pueblos,
Sobre la regia frente, que de Marte
Los rayos coronaban,
Sus vates con amor entrelazaban
Al guerrero laurel, flores del arte!
Mientras hacían resonar el viento
De la epopeya con la nota grave,
Con el lírico acento
De la oda entusiasta y la süave
Cadencia del idilio
En deliciosos sáficos, Horacio,

Y en sublimes exámetros, Virgilio,
Roma se apoderaba del espacio!

Pero el espacio hambriento que devora
Lo que en sus negros ámbitos se abisma,
La hunde agobiada bajo el peso enorme
De su grandeza misma!

En vano por instantes se incorpora,
En vano asirse á la extensión desea;
Vacila y cae, y la extensión la absorbe,
Haciendo en pavoroso desconcierto
Despertar á las razas del desierto
Y en su ancha base estremecer al orbe!

Así volcado en rápido hundimiento
Cae en el mundo romano
Como vieja montaña desquiciada;
Pero se salva el pensamiento humano!
Porque su vago y misterioso efluvio
Flota sobre los grandes cataclismos,
Como en las vastas aguas del diluvio
Sobrenadaba el Arca en los abismos!
Y viendo entonces por doquier rüina
Fué del sagrado Gólgota á la cumbre
Buscando un foco en que avivar la lumbre,
Con que el orbe ilumina.

Ya en posesión de la verdad divina
Sale al encuentro de esas nuevas razas
Hijas de una región desconocida
Que vomita el desierto,
Y hallando el mundo á su expansión abierto
En busca de la luz van á la vida!
Sale á su encuentro y las detiene, y hace
Cuando la enseña de la cruz levanta,

Que se arrodillen con fervor profundo,
Ellas, á cuya planta
Se arrodillara con temor el mundo!
Después las alza con la frente ungida
Por el bautismo de la nueva idea,
Y entre el caos de los feudales tiempos
Donde la edad moderna se elabora
Sobre la noche universal pasea
El alma de Jesús como una aurora!

Siglos y siglos se escuchó en la tierra
El hurra de las razas vencedoras
Que en el futuro su poder distinguen
Mezclado al largo, incógnito y perdido
Sollozo de las razas que se extinguen
Rodando hacia el silencio y el olvido!
Dios preside en el alto firmamento,
Y preside el espíritu en la tierra
De una inmutable ley al cumplimiento,
Ley que el progreso universal encierra
Y hace que en pos de cien transformaciones
Se conviertan, dejando eternos rastros,
Las nebulosas pálidas en astros,
Y las razas errantes en naciones!

Nacen y mueren pueblos en la Italia;
Los Francos herederos de su gloria
Celebran el festín de la victoria

Sobre la tumba de la antigua Galia!
De la que sólo queda entre rüinas
Cubiertas por el manto de la yedra,
Las sombras de las druídicas encinas
Sobre los grandes dólmenes de piedra.

La abrupta cima de las altas rocas
Teniendo por asiento,
Y dominando en torno la campiña,
Se alzaban el castillo y el convento
Como nidos de aves de rapiña!
Del pueblo se hacen el sangriento azote
Cuando instituyen como santo fuero,
La servidumbre física, el guerrero,
La esclavitud moral, el sacerdote!

Dos poderes al mundo esclavizaban
Dictándole sus leyes:
Los reyes á los pueblos dominaban;
Los papas á los pueblos y á los reyes!
La injusta guerra por doquier ardía,
El pueblo soportaba los horrores,
Y obediente la Europa á sus señores
Oraba y combatía!
La Iglesia omnipotente
Alzando aquí un cadalso, allí una hoguera,
Tiraniza el espíritu, le oprime
Y castiga con bárbaro escarmiento
El delito sublime
de pensar en su propio pensamiento!
La noble España, émula de Roma,
La que á la sombra del pendón guerrero
Dando á las artes venturoso asilo,
Tuvo en Cervantes un rival de Homero
Y en el gran Calderón un nuevo Esquilo,
La nación que abarcando
Mayor espacio en la terrestre esfera
Hizo retroceder los horizontes;
Pueblo que en medio de los pueblos era
Lo que el monte Himalaya entre los montes!
Volcánico cometa que á su paso
Dejó un reguero fúlgido en la historia

Y fué á caer en silencioso ocaso
Desde el zénit del cielo de la gloria!
Es que en hondo sopor aletargado,
Fué al peso agobiador del fanatismo;
Celoso que rodó despedazado
Con pavoroso estrépito al abismo.

Desmintiendo su voz con sus ejemplos,
El clero oraba hipócrita de día,
Y de noche, á espaldas de los templos,
En bacanales lúbricas reía!
Reía; en tanto el pueblo,
La inmensa masa anónima que vive
Entre la pena de infortunios viejos
Y la congoja súbita que asombra,
Sollozaba allá lejos,
En las profundidades de la sombra!

¡El pueblo, eterno mártir olvidado,
Que espirante en la tienda de campaña,
En el taller hambriento y fatigado,
Y hambriento y desvalido en la cabaña,
Exhala su lamento,
Ese largo gemido sin respuesta
Que los monarcas en su alegre fiesta
No saben dónde se lo lleva el viento!
Aunque caen silenciosas,
Las lágrimas del pueblo no se pierden!
Son riego de simientes misteriosas!
Los hondos, tristes y llorosos ayes
Que lanzan las dolientes multitudes,
Como el vapor que brota de los valles
Del trópico en las altas latitudes,
Primero es una masa que invisible
Se extiende, y luego se condensa, sube,
Hasta formar la nube,
En donde el rayo estallará terrible!

Hierve la tempestad en los abismos
Haciendo que un rumor profundo y grave,
Retumbe sordo y pavoroso ruede
Del globo en las entrañas silenciosas;
Es la inquietud inmensa que precede
Al cumplimiento de las grandes cosas!

Por el cáncer del vicio corroída,
La Iglesia vacilaba en desconcierto
De Jesús con la túnica arropada;

Era un cadáver fétido cubierto
Con un manto de púrpura sagrada!
El grande, el inmortal Savonarola,
Sacerdote y tribuno,
Apóstol de la ley del Evangelio,
Y el noble pensador Giordano Bruno,
Mártir del evangelio de la ciencia,
En la hoguera espiraron
Para los redentores encendida,
Porque con mano intrépida arrancaron
Algo del velo de esa fe mentida;
Hasta que, ardiendo en entusiasmo santo,
Lutero apareció como un Mesías,
Y en medio al estupor de las naciones
Hizo pedazos ese impuro manto
Y la tierra barrió con sus girones!
¡Ese hondo tabernáculo de vicios
Así del todo abierto,
Así desnudo el ídolo del todo,
Mostró á la Europa atónita lo que era
La Iglesia: brillo y esplendor por fuera;
Por dentro, sangre y podredumbre y lodo!

Lutero, este Jesús del Occidente
Que restituye al hombre la conciencia,

Y Gutemberg, cuyo sublime genio
Presta á la inteligencia
Las alas fulgurantes del relámpago,
Socavan el cimiento
Del Vaticano, y con pujanza altiva,
Ponen en libertad al pensamiento
Como se suelta un águila cautiva!

Cuando el humano espíritu alborea
Después de largo eclipse,
Los primeros fulgores de la idea
Del genio brillan en la excelsa frente,
Como al alzarse el sol en el Oriente
Lo que primero dora, son las cumbres!
Los genios son los grandes emisarios
Que Dios al mundo envía,
Los que alzando sus índices gigantes
Del progreso y la luz muestran la vía!
¡Galileo y Colón con noble audacia,
Y con el torpe fanatismo en guerra
Hallaron como premio á sus anhelos,
El uno nuevos mundos en la tierra
El otro nuevos astros en el cielo!

El hombre un tiempo en su soberbia dijo:
«Los cielos y la tierra
Se han hecho para mí; yo soy el hijo
Predilecto de Dios; yo soy su imagen!
La mansión de mi vida
Alumbra el sol desde el inmenso espacio
Como perenne lámpara encendida
En la bóveda inmensa de un palacio!
Prendiendo el manto azul del firmamento
Con diamantinos broches,
Los ángeles suspenden las estrellas
Para que en el misterio de las noches

Mi vista ociosa se deleite en ellas!»
¡Sueños de vanidad! Con mente osada
Copérnico adivina el movimiento
De la gigante máquina del mundo,
Y ve la triste humanidad inquieta
El puesto humilde que en los cielos tiene
Nuestro pobre planeta;
Y débil humillada
Siente el hondo pesar del que despierta
Bajo el duro rigor de áspero dueño
Y en profundo abandono,
Después de creerse en la ilusión de un sueño
De pie en el alto pedestal de un trono!

Mirando todo bajo un plan diverso
Al que su necia presunción forjara,
La vasta inmensidad del universo
Con su humillante pequeñez compara;
Pero Kepler se espande
En portentosos cálculos, mostrando
Que en esa pequeñez hay algo grande,
Puesto que él desde el polvo de la tierra,
Mísera habitación de los mortales,
Átomo leve en la extensión perdido,
Se eleva á los espacios siderales
En alas de su espíritu atrevido;
En frente allí de la creación inmensa
Rásgase ante él de la verdad el manto,
Tiene sublimes éxtasis; y piensa
Pensamientos de Dios!
¡Mas ay! en tanto
Que audaz el genio humano
De la tierra exploraba el hondo abismo
Y audaz por los espacios discurría,
La esencia de su ser desconocía:
¡Se ignoraba á sí mismo!

¡Pero Descartes penetró del alma
En el mundo invisible, cuyo imperio
Estaba como un bosque primitivo
Poblado de tinieblas y misterio!
¡Al entrar derribó viejos errores
Y abrió nuevos senderos,
Como el valiente leñador que avanza
Y se interna en la lóbrega espesura,
Los troncos bate de árboles antiguos
Y abre camino en una selva obscura!

Halley, ese profeta de la ciencia,
Sublime indagador del infinito,
Con quien tuvo su espíritu gigante
Largas horas de muda confidencia,
Dice al cometa errante:
«Tal día brillarás en nuestro cielo.»
Pasa un siglo, y á la hora prefijada
Un nuevo astro con triunfante vuelo
Se presenta en la bóveda azulada!

Franklin la mira en días de tormenta,
Pero su mente á las alturas sube
Y en el aire extendiendo
El brazo de metal del pararrayo
Roba su chispa eléctrica á la nube!
Franklin ya tiene en su poder el rayo,
El arma de los dioses!
Y al valeroso Washington la entrega
Cuando á su patria llega
De la esperada libertad la hora,
Para que sea en sus robustas manos
La espada redentora
Con que arrebate el cetro á los tiranos!

¡Instantes de suprema espectativa!
Obscura nube espesa,
Fatídica se cierne en los espacios
Y en tanto en la mansión de los palacios
Nunca el rumor de los festines cesa!
¡El vicio entre la púrpura se engríe,
Algo en el seno de las sombras lucha;
La voz de los filósofos se escucha,
El pueblo lee y medita; Voltaire ríe!
¡El horizonte lóbrego y profundo
Fulgura el brillo de lejanas teas;
La atmósfera es de fuego, las ideas
Cruzan como relámpagos el mundo!
¡Armado avanza el pensamiento humano
Sin que nada en su senda lo desvíe,
Por grados la contienda recrudece,
Rousseau los corazones enardece
Diderot argumenta y Voltaire ríe!
¡Y en esa risa irónica y potente
Hay un vago estertor de multitudes,
Un rumor sordo de cadenas rotas
Que hace temblar la mitra y la diadema;
Esa risa sublime tiene notas
De burla, de sollozo y de anatema!

La descreída humanidad se hundía
En torpe y sibarítico marasmo;
Ya no la conmovía
La virtud, ni la fe, ni el entusiasmo;
Fué entonces que Voltaire con mano airada
Le azotaba la faz desvergonzada
Sirviéndole de látigo el sarcasmo!

¡Fué su implacable sátira el terrible
Demoledor ariete á cuyos golpes,
Temblaron con su pompa y con sus leyes,

El trono envilecido de los Papas
Y el trono ensangrentado de los reyes!
¡Papado, Monarquía!
¡Nuevas Babeles del orgullo humano
Que levantara audaz el despotismo,
Que tiene por cimiento la ignorancia
Y por cúpula inmensa el fanatismo!
¡Para que brille el día
Después de las tristezas de esa larga
Noche de pavorosa tiranía
Que fué del mundo horror y vilipendio,
No de los astros el fulgor bastaba;
Esa noche moral necesitaba
La llama abrasadora del incendio!

¡Y el incendio estalló, y ardió en la tierra;
Se levantó como un titán el pueblo,
Y cetros y coronas
Echando al fuego de sangrientas piras;
Hizo al salir de su mortal desmayo
Ministro de sus cóleras al rayo
Y al trueno heraldo de sus justas iras!

¡Como un mar azotado por los vientos
La muchedumbre ruge,
Y al estallar su contenido encono,
Se agita, se abalanza, y á su empuje
Deshechos ruedan el altar y el trono!
¡La Francia en honda convulsión lanzaba
Grito de libertad tan alto y fuerte
Que, para siempre sonará en la historia;
Fué un volcán en fusión que vomitaba
Lava de muerte en erupción de gloria!

¡Siempre en pos de los grandes cataclismos
En que se agita el mar ó los volcanes,

Soplan los tempestuosos huracanes,
Esa respiración de los abismos!
Poderoso huracán que en su carrera
Arrebata ciudades;
Que las selvas deshoja, hincha los ríos,
Traspasa las calladas soledades,
Trepa á la cima de los Alpes fríos,
Desciende de sus altos
Picos de nieve perennal cubiertos,
Se ensancha, crece, el horizonte llena,
Cruza los mares, vuela á los desiertos
Y se revuelca en la caldeada arena;
Surcado de relámpagos
Su torbellino denso,
Los potentes obstáculos arrasa;
Pero derrama por doquier que pasa
Polen fecundo en el espacio inmenso;
Eso fué Bonaparte!
¡Rayo de genio y huracán de gloria,
Que al rojo brillo de incendiarias teas
El polen esparció de las ideas
Con que la Francia iluminó la historia!

Después que desató esas tempestades
¿Por qué cruza de nuevo el oceano,
El viajero inmortal de las edades,
El pensamiento humano?

¡Es que más altas cimas
Quiere para brillar; es que anhelando
Espacios más profundos,
Busca como Colón ignotos climas
Y encuentra nuevos mundos!

¡Quiere encender el faro de su lumbre
Donde le dé la libertad su amparo,

Y halla para columna de ese faro
Del Chimborazo la soberbia cumbre!
Su brillo se dilata
Por la vasta extensión de un continente
Y se refleja fúlgido y potente,
En el espejo colosal del Plata.

La voz del heroísmo
Lanza su grito enérgico de alerta
Y en los antros sin luz del fanatismo
El alma de la América despierta;
San Martín y Bolivar, los titanes
De las patrias contiendas
Que serán el Alcides y el Teseo
De futuras leyendas,
Libre entregaron á la raza humana
Inmenso campo para obrar prodigios;
El Plata, el Marañón y el Amazonas
Conservan de sus pasos los vestigios;
Y todo, todo en las extensas zonas
Que en triunfo recorrieron
Su genio y sus proezas atestigua;
Son en el nuevo mundo lo que fueron
Los semidioses de la ciudad antigua!
¡Para librar naciones
Sus pobres pero intrépidas legiones
Atravesaron páramos sombríos;
Tiñeron con su sangre de leones
Las pampas y las selvas y los ríos;
Treparon las mesetas de los Andes,
Y pueblo alguno ni época en la historia
Hombres y hazañas contempló tan grandes
Sobre tan alto pedestal de gloria!
¡Al pie de esas gigantes cordilleras
Que hacen la tierra aproximar al cielo
Y bañarla en su luz; en las riberas

De ríos dilatados como mares,
De llanuras sin fin sobre la alfombra
Y bajo el ancho pabellón de sombra
De inexplorados bosques seculares,
Su trono asienta el pensamiento humano,
Rey del orbe moderno,
Y en el vergel del argentino llano
Detiene el curso de su viaje eterno!
¡Y aquí demorará siglos y siglos,
Que al fin encuentra en esta tierra virgen
En donde el sol del porvenir asoma,
Una patria más bella que la Grecia,
Más potente que Roma!
La patria americana,
En cuyo suelo espléndido y fecundo
Vendrá por fin á realizar el mundo
La libertad de la conciencia humana!

¡Es nuestra hermosa América un oasis
A donde en pos de las jornadas rudas
Por áridos desiertos,
La peregrina humanidad acampa;
Aquí la mente y la palabra vuela
Libre como los vientos de la pampa;
Savia primaveral nutre la vida,
Rumbo de oriente las ideas toman,
Se abaten viejos ídolos, altares
Caducos se desploman!
¡Y el hombre fuerte de la edad presente
Que corta istmos para unir los mares,
En este mundo joven mira y siente
Perforación de montes,
Cumbres que invitan á gigantes vuelos,
Vastos ensanchamientos de horizontes,
Inmensa sed de espacio, hambre de cielos!

¡En vano los eternos rezagados
En la marcha ascendente del progreso
Que dan la espalda al sol que se levanta.
Sobre el fango de tiempos ya pasados
Quieren hacernos resbalar la planta;
No lo conseguirán. Se puede al águila
Aprisionar, mas sólo cuando inerme
Sobre las grietas duras
Herida cae ó descuidada duerme,
Mas no cuando se cierne en las alturas!
¡Y hoy dueño del espacio
El pensamiento es águila de lumbre
Que vuela por los ámbitos profundos
De la insondable selva de los mundos
Hasta posarse en Dios, excelsa cumbre!

¡No es una ciencia atea,
Un futuro sin Dios, lo que predican
Los defensores de la nueva idea;
Son los fuertes obreros que edifican
El nuevo santuario de las almas;
Son los profetas que en su ardor fecundo
Anuncian entre vítores y palmas
La religión del porvenir, al mundo!
¡Es el templo en escuela convertido,
Y el culto inmaterial de la conciencia
Lo que en su ardiente prédica reclaman;
No es la ciencia sin Dios lo que proclaman,
Sino á Dios revelado por la ciencia!
¡Alma del infinito,
Desconocido espíritu sin nombre
Cuya grandeza por doquier contemplo,
La tierra es tu ara, la creación tu templo,
Y el sacerdote de ese templo, el hombre!

El borracho

¡Ya van tres noches de festín. En ellas,
Avido el corazón d- un algo inmenso,
Toda una vida en el placer condenso
Y aun tengo hambre de placer y amor!
¡Quiero beber mi juventud de un sorbo
Del goce en la frenética locura,
Como en el ansia de la sed se apura
Una copa repleta de licor!

¡Afluye á mi cerebro en onda cálida
La sangre haciendo estremecer el pulso,
Y vacilante, trémulo, convulso,
Con nerviosa inquietud,
Siento que el aire á mis pulmones falta;
Mi pecho en sorda agitación palpita
Y el golpe seco al retumbar imita
Del martillo clavando el ataúd!

¡Corra el deleite para mí á raudales;
Más que la tempestad, temo la calma;
Tormentas de placer sacudan mi alma
Que harto conoce ya las del pesar!
¡Dadme el ardor de las pasiones locas,
Dadme un edén de tropicales flores;
Quiero aturdirme en frenesí de amores
Y en un salvaje vértigo gozar!

Yo antes amé la vida del desierto
Á donde libre el corazón se espande (1),
A donde el hombre, inculto pero grande,
Parece dominar la inmensidad;
¡Ah! yo envidiaba al hijo de la Pampa,
Al rey de la llanura primitiva
Cuando tenía en su extensión nativa
Por único rival la tempestad!

¡Hoy busco las ciudades; hoy prefiero
La sucia fonda que con luz mezquina
Amarillenta lámpara ilumina,
A un paisaje bellísimo con sol;
La taberna es mi hogar; en este sitio
Donde se goza porque en él se olvida,
Vengo á tomar venganza de la vida
Usando como un arma el alcohol!

Aquí llegan los náufragos del mundo;
Aquí en la pobre y mísera taberna
El pueblo alivia la tristeza eterna
De un color cuyo fondo nadie ve;
Este es el sitio, la fatal guarida
En donde á unos la miseria lanza,
A otros un amor sin esperanza,
Y á muchos como á mí... ¡yo no sé qué!

¡Es como esas honduras que en los montes
Doran apenas pálidas vislumbres;
A veces lo que rueda de las cumbres
Es allí donde cae;
Sordas borrascas su interior conmueven

(1) En algunos poetas se verá empleado este verbo que no es castellano, pero que desde luego respetamos por usarlo bastante algunos escritores americanos: el equivalente español podría ser extender ó dilatar.—(N. del E.)

Estallan silenciosos cataclismos
Y tiene, como todos los abismos,
El misterioso vértigo que atrae!

Irresistible vértigo. . conozco
Un hombre de alto ingenio allí perdido;
Ebrios los padres de su padre han sido,
Su padre y sus hermanos ebrios son;
Los tristes frutos de su amor, los rasgos
De esa fatal herencia llevan fijos,
Y ebrios serán los hijos de sus hijos
¡Ay! hasta la postrer generación!

Yo he visto enfrente á una taberna el cuerpo
De un joven bello de elegante talle
Que un día sobre el cieno de la calle
Entre un charco de sangre amaneció;
Nadie sabe su historia ni su nombre,
No tuvo quien lo asista moribundo;
Su último y doloroso ¡adiós! al mundo
Nadie en el mundo oyó!

Eso me espera á mí... ¡pero bebamos!
Adentro, mis gozosos camaradas
Bailando con mujeres alquiladas
Se agitan al compás de un acordeón.
Allí en un charco de licor un ebrio
Resbala y cae con palmoteo y mofa
Y caído en el suelo filosofa...
¡He ahí al hombre, al rey de la creación!

De un organillo que en la calle suena
Mezclan al vago acorde, sus ronquidos,
Los que chorreando baba allí tendidos
Duermen en el sopor de la ebriedad (1);

(1) Otro americanismo que equivale á embriaguez.—(N. del E.)

Al fin se tiñe este grotesco cuadro
Con la luz virginal de la mañana;
Yo me acerco á mirar de una ventana
El lento despertar de la ciudad.

La vista de la aurora me transporta
A un mundo y á una época lejana;
Es la hora del toque de la diana
Y en distante cuartel suena un clarín.
¡Lo escucho en una orgía, y es el mismo
Que allá en los tiempos de la patria, grandes,
Retumbó en las quebradas de los Andes
Y en los campos de Maipu y de Junín!

¡Oh patria, yo, que hasta de Dios blasfemo
Y desprecio los ídolos del hombre,
Yo me arrodillo al pronunciar tu nombre;
Tú eres mi única fe, mi último amor!
¡Cuánto envidio á los mártires sin gloria
Que con la sangre ardiente de sus venas
Mojaron del desierto sus arenas,
Su vida dando por guardar tu honor!

¡Quién fuera de esos héroes ignorados
Que cuando caen, á tu bandera fieles,
Reclinan su cabeza sin laureles
En sepulcros sin flores ni inscripción!
¡Ah, pero ahora en vez de noble sangre
Inmundo barro nuestro suelo alfombra!
¡Ni siquiera morir bajo la sombra
Se puede de tu amado pabellón!

¡Almas de ardiente inspiración bañadas,
Jóvenes bardos de la patria mía,
No olvidéis que la grande poesía
Es hija de la santa libertad!

¡Cantáis brisas y flores, cuando al pueblo
Hay manos que sacrílegas lo oprimen!
¡Escarneced al criminal y al crimen,
O el cobarde laúd despedazad!

¡Para marcar el rostro de los siervos
O al amo imbécil fustigar con ira,
Con las cuerdas de bronce de la lira,
Poetas, es ya tiempo de imitar,
Al gaucho noble, al payador valiente
Que arranca una bordona á su guitarra
Y al extremo de un látigo la amarra
Cuando precisa herir al azotar!

¡Oh patria, al ver que tu destino entregas
A estúpidos mandones, me parece
Que de cólera el Plata se estremece,
Y pienso en los delirios de mi fe,
Que hasta las piedras de las calles sienten
Ira y vergüenza de que pisen ellos
Donde en los días de tu gloria, bellos,
Próceres y héroes han sentado el pie!

¡Ciudad de Mayo, que en un tiempo has sido
La joya de la América latina,
Pueblo de Juan Chasaing y Adolfo Alsina,
No, tú no eres el que viendo estoy!
¡Has perdido el vigor; tus ciudadanos
Se han hecho más cobardes que mujeres
Y una turba ruin de mercaderes
Depositaria de tu suerte es hoy!

¡Comprendes el oprobio y lo soportas,
Envilecida estás, y estás contenta!
¡Te has puesto abajo de la misma afrenta
Impávida gozando en tu abyección!

¡Yo degradado en joven, soy tu imagen;
Pero así en tu desgracia, patria mía,
Yo te amo y tus ultrajes lavaría
Con sangre de mi propio corazón!

. . . .

Aquí, desde este sitio y á esta hora
Voy el mundo á mirar á la manera
Que solitario en árida ribera
Contempla el pobre náufrago en la mar,
Las tablas sueltas de la rota nave
Donde viajaba á los amados puertos,
Y mira, de otros náufragos los yertos
Cadáveres flotar!

¡Allí para un bautismo han madrugado
Y á un niño envuelto con pañales finos,
Le ponen entre el cura y los padrinos
El sello de la santa religión,
Como en la fiesta de la *hierra* (1) ponen
Una señal al infeliz ternero
Cuyo destino es ir al matadero
O á tirar el arado en la opresión!

Cruza después un fúnebre cortejo;
Con pompa en él la vanidad disputa
Los homenajes que el dolor tributa,
¡Hoy cuántos llorarán al que murió!
¡Y antes que el cuerpo frágil se disuelva
Bajo la triste lápida mortuoria
Tal vez se habrá borrado su memoria
Entre los seres que en el mundo amó!

¡Después el cuadro cambia, y de una boda

(1) Herradero.

El grupo alegre desde aquí contemplo;
Se agolpan los curiosos hacia el templo,
Y en los delirios de su tierno afán,
Los novios sueñan que al edén caminan,
Sin pensar en su férvido alborozo
Que marchan ciegos de pasión y gozo
¡Y los ciegos no saben donde van!

¡No saben que el amor como la muerte
Nos lleva en dirección desconocida;
Toma al azar las almas en la vida,
Las hace un cielo próximo entrever,
Y las arrastra al vértigo y la noche;
Yo hallaré un calvario al fin de ese camino;
Implacable al herir es el destino
Cuando tiene por arma á la mujer!

Yo quise á una... La adoraba tanto
Como si la pasión de muchas vidas
Estuvieran en mi alma refundidas;
¡Era un amor salvaje y tropical!
¡Pero fría y tenaz calculadora
Me inmoló sin piedad á su egoísmo;
Por su culpa me arrastro en un abismo,
Por ella soy borracho y criminal!

Y ella vive triunfante, y yo caído,
Y aun siento que de allá desde su altura,
Me tiene como atado á su hermosura
Pendiente en el dogal de mi dolor:
Así un árbol hermoso en campo ameno
Gentil se ostenta sobre verde alfombra
Sosteniendo un cadáver que á su sombra
Lívido cuelga de un rama en flor!

Me traicionaron cuando yo tenía

Sed de emociones y hambre de placeres;
¿Pero á qué maldecir á las mujeres?
¡No son todas así!
Muchas saben amar; y lo que arroja
Más hiel y luto en mi existencia triste,
Es que yo veo que el amor existe
Y sé que ya no existe para mí!

¡Yo necesito emborrachar el alma!
¡Y anhelo, que á mi ocaso sin fulgores
Le prestan arrebol con sus colores
Las rosas más lozanas del jardín;
Quiero unir la alegría de las rosas
Al horror de los túmulos abiertos
Y que me sirva el cráneo de los muertos
De copa en un sacrílego festín!

¡Oh tú, joven beldad, hija del pueblo,
Que tras del mostrador de esta taberna
Te han condenado en una orgía eterna
A que marchites tu mejor edad:
Ven y deshoja flores en mi vaso;
Juntemos mi dolor con tu tristeza;
Joya en el barro, pierdes la pureza,
Y aun guardas, pobre niña, tu bondad!

¡Entre el horror de la embriaguez y el juego
Estallando en salvaje paroxismo,
Te ví, rayo de luz en este abismo,
Oleadas de furor apaciguar;
Si el dolor de los grandes infortunios
Arranca el llanto de tus ojos bellos,
Alma piadosa, llora por aquellos
Que como yo, no pueden ni llorar!

El extraño poder que rige al orbe,

Sin consultarme, sin que yo lo pida,
Me hizo el presente griego de la vida
Que no puedo en verdad agradecer;
Al mundo me lanzó como en la noche
Arroja el mar un náufrago á la playa;
De este destierro cuando al fin me vaya
¿Dónde irá lo que hay de íntimo en mi ser?

A la nada, al infierno, á cualquier parte.
Que sea lejos, lejos de este mundo,
Astro maldito, globo moribundo,
Que nutre á la podrida humanidad,
Donde abriendo la Muerte á cada paso
A nuestros pies alguna tumba nueva,
Una mitad del corazón nos lleva
Y nos deja á sufrir la otra mitad!

Los trovadores que con pulcro estilo
Hacen gemir sus liras enlutadas,
Comparan con las rosas deshojadas
Una vida infeliz;
La mía es cual las hierbas de un camino
Que al sol y á la intemperie se marchitan
Y el casco de las bestias que transitan
Las seca y las arranca de raíz.

Es malo ser poeta, pero á veces
Es grata de los versos la harmonía;
El pueblo siempre amó á la poesía
Y yo amo todo lo que vibra en él;
Tengo delirio por las arpas de oro
De Méndez, Rivarola y Obligado
Que en la sien de la patria han enlazado
Flores del arte al bélico laurel!

Yo sólo á falta del amor ó el vino,

O cuando el vino ó el amor me hastía,
Llamo á las musas que invocar solía,
Y siempre acude á mí la del dolor;
Ella con ronca voz me dicta cantos
Sin el ritmo feliz de la belleza;
Francos y rudos, tienen la aspereza
De la tosca canción del payador!

Es que en la selva que asoló el incendio
No anidan ya los pájaros cantores;
El árbol del desierto no da flores
Y cuando da, las seca el huracán.
No tiene rosas, ni verdor, ni tiene
Blandas ondulaciones de colina
La roca agreste de una cumbre andina
Cráter tal vez de incógnito volcán!

. . . .

Pero ya escucho que de lo alto suena,
Llamando á la oración de la mañana,
En la vecina iglesia la campana
Con metálica y lenta vibración.
Allí gentes del pueblo se encaminan
A elevar sus plegarias á los cielos:
El mundo de los últimos consuelos
Para las almas es la religión.

Yo ayer al templo fuí donde mi madre
A misa en otro tiempo me llevaba,
Y al pie del mismo altar en que ella oraba
Con profunda emoción me arrodillé.
Desde que ella murió, yo me hice incrédulo;
Ya no pisaba las iglesias nunca;
Quise rezar; la Salve medio trunca
Fué la única oración que recordé.

Al hallarme, después de larga ausencia,
Bajo esas naves donde tantas veces
Mi pobre madre levantó sus preces
A Dios, por mis hermanos y por mí;
Al mirar las imágenes que objeto
Eran de su piedad, me parecía
Que aun algo de ella en el recinto había,
Y como una mujer me enternecí.

Yo en mi cansado espíritu sentía
Lo que debe sentir el peregrino
Si lo llevan las vueltas del camino
A un sitio en que antes disfrutó de paz;
Y allí descansa y piensa entristecido
Que tiene que seguir su marcha errante,
Más penosa después de aquel instante
De reposo fugaz.

Mi pasado evoqué... Cuando la mente
En volver al pasado se encapricha,
¡Ay, los recuerdos de la muerta dicha
Vienen en ronda fúnebre á vagar
Por las sombras del alma, como dicen
Que en la alta noche de misterios llena,
Salen las tristes ánimas en pena
El sueño de los vivos á turbar!

¡Se elevan como pálidos espectros
Desde el limbo interior de mi memoria
Los falsos espejismos de la gloria,
Las vanas sombras del perdido bien!
Remonto el curso de mis bellos días
Hasta la dulce edad de mis amores,
Y hallo el tendal de las marchitas flores
Que me hicieron soñar con un edén!

¡La imagen ¡ay! de mi primer afecto,
Unico que gocé sin desengaños,
De mi casta pasión de quince años
Dulce idilio de amor primaveral,
Trae á mi mente los contornos vagos
De una figura angelical y tierna
Cuya memoria en mi alma será eterna
Si el alma, como espero, es inmortal!

¡Después, reminiscencias de la infancia...
Y la escuela y los juegos inocentes,
Y los seres queridos, hoy ausentes,
Que antes poblaban mi desierto hogar;
Cuando el pálido sol de esos recuerdos
De mi hondo hastío derritió la calma,
Sentí de lo recóndito del alma
Que porfiaba una lágrima en brotar!

¡Ella subió por último á mis ojos!
Al fin como la onda contenida,
Al fin iba á encontrar una salida
Tanto dolor que á solas devoré;
Yo no sé desahogarme, ignoro el llanto;
Pero en esa ocasión, aglomeradas,
Todas mis amarguras no lloradas
En la lágrima aquella condensé.

¡Y cuando iba á verterla, en el instante
En que brotaba ya, con torpe ejemplo
Un fraile vino y me arrancó del templo
Como se arroja un perro de un salón!
Salí á la calle y regresé á la orgía;
¡De entonces como en lóbrega caverna
Gotea el agua en filtración interna,
Me cae el llanto aquel al corazón!

¡Ay! desde entonces con afán profundo,
De mi fría existencia en la aridez,
Para olvidarme y olvidar el mundo
Busco el aturdimiento en la embriaguez.

En la sorda ansiedad que me devora,
Yo de mi propio sér preciso huir;
Duda el que piensa, y el que siente, llora;
Vale más no pensar y no sentir.

Vale más en un torpe desenfreno
Matarse en el suicidio del placer;
El alcohol es el mejor veneno;
El mejor, exceptuando la mujer!

Hiel en el fondo y néctar en el borde
Es de la vida el vaso engañador;
Música alegre en el primer acorde
Y al fin sollozo de mortal dolor!

Cuando en la orgía estúpida me abismo
No bebo por el gusto de beber;
Bebo porque en el fondo de mí mismo
Tengo algo que matar ó adormecer!

¡Y el hombre es un mendigo de placeres,
El mundo es una orgía en confusión,
Y en la escala infinita de los seres,
Borrachos todos en la vida son!

Los dandys y coquetas cuando exhiben
En los teatros, las plazas y las calles
Vistosos trajes y elegantes talles,
Ebrios, los pobres, van de vanidad!
Muñecos bien vestidos con que juega

En su existencia frívola y ociosa
Esa niña voluble y caprichosa
Que llaman sociedad!

La guerra es noble y la venganza justa
Si va en defensa de una santa idea,
Pero nunca, jamás cuando se emplea
Con un bastardo afán.
Para mí, esos laureados asesinos
Que logran por sus crímenes un solio
Las gradas al trepar del Capitolio
Ebrios de sangre van!

El tribuno inspirado cuyo acento
Escucha el pueblo con asombro y pasmo
Y á quien la turba en férvido entusiasmo
Lleva en marcha triunfal por la ciudad
Entre las muchedumbres que lo aclaman
En el día feliz de la victoria,
Ebrio de gloria va, porque la gloria
Es también una rápida ebriedad!

La pareja gentil de adolescentes,
Que bebiéndose el alma en las miradas,
Con las trémulas manos enlazadas
Se encienden por instantes en rubor.
Y por instantes, con ardiente rapto,
En dulces, largos, resonantes besos,
Unen sus labios abrasados... esos
Están ebrios de amor!

Las plantas se emborrachan con rocío:
Vaso de rica esencia son las flores
Donde van los insectos zumbadores
Y alegres liban su licor de miel.
Hasta el cóndor andino, cuando al alba

Vuela y se posa sobre una alta cumbre,
Bebe rayos de sol, y ebrio de lumbre
Se lanza al éter á reinar en él!

El artista en sus noches de delirio,
Cuando frente á la gran Na uraleza,
Buscando el ideal de la belleza
Le brinda inspiración la soledad,
Ebrio de ideas el cerebro siente
Y es de su alma en la celeste orgía,
Su divino licor la poesía,
Y su vaso la azul inmensidad!

¡Ah, yo también en las contadas horas
Que en esta vida disfruté de calma,
Gocé de esa embriaguez quo siente el alma
Cuando se tiene inspiración y amor;
Hoy que yo mismo agoto mi existencia
En la agonía de un suicidio lento,
Siento un constante vértigo, me siento
Borracho de dolor!

Todo se bambolea en torno mío;
Todo á mi oído fúnebre retumba;
Y ebria la humanidad hacia la tumba
Marcha en carnavalesca procesión;
El hombre errante y huérfano en la tierra,
La tierra errante y huérfana en el cielo,
Y en un sollozo universal de duelo
Refundida la voz de la creación!

El aire está impregnado de sollozos,
Estériles los campos y sombríos,
Crecen con sangre y lágrimas los ríos
Llevando sangre y lágrimas al mar!
Como fiera en acecho está el abismo,

Y en la Naturaleza y en el alma
Torva domina esa siniestra calma
Que suele las borrascas presagiar!

¡Todo es noche y dolor! Allá en la tarde
Ebrio se acuesta el sol en el ocaso
Y las estrellas con incierto paso
Ebrias caminan de su disco en pos!
¡La tierra es un sepulcro de que el cielo
Es la lápida inmensa y triste y muda;
¡Todo es noche y dolor!... Ebrio sin duda
Cuando hizo el universo estaba Dios!

¡Amigos, maldición sobre la vida!
Cuando yo caiga á vuestro lado, inerte,
Con una orgía festejad mi muerte
Y al campo mi cadáver arrojad.
Haced como en las islas magallánicas
Las tribus de sus páramos incultos,
Donde dicen que entregan insepultos
Los muertos á la vasta soledad!

¡Qué espléndido ataúd el de un paisaje
Que baña en luz la bóveda celeste.
O el alta cima de un peñón agreste
Siempre batido por el ronco mar!
Antes que me devoren los gusanos,
Bajo un montón de piedras bien cubierto,
Con mi cuerpo á las aves del desierto
Un salvaje banquete quiero dar!

Ellas son más benignas que los hombres;
Sólo devorarán mi carne fría,
Mientras lo grande que en mi ser había,
El mundo lo desgarra sin piedad!
¡Compañeros, un brindis á la muerte!

Si queréis nuestra fiesta interrumpamos
Para clavarnos un puñal, y vamos
A continuarla allá en la eternidad!

¡Y qué claro, qué espléndido está el día!
¡Cómo brilla la luz, la luz sagrada,
Que en la grande, en la excelsa obra creada
Fué la hija primogénita de Dios!
¡Si alguien, amigos, en la tierra os ama,
Mandadle vuestra triste despedida;
Yo en la hora fatal de la partida
No tengo á quién enviar mi último adiós!

Resto viviente del antiguo caos,
Náufrago de un inmenso cataclismo,
Nací de las tinieblas del abismo
Y aun laten sus borrascas en mi ser;
Cuando descienda al mundo de las sombras
Con mi dolor se agrandará el infierno,
Y mi alma errante en el espacio eterno
Hará la noche universal crecer!

El nuevo Edén

Envueltas en la pálida neblina,
Con las velas al viento desplegadas
Y por el viento rápido arrastradas,
Iban tres naves solas
Hacia la parte donde el sol declina,
Como siguiendo al sol entre las olas!

En una doble inmensidad hundidas,
Van en las sombras de la noche envueltas,
Del mar y el cielo en la extensión perdidas
Y el mar y el cielo á desafiar resueltas!

¿Qué numen las arrastra?
¿Qué jigantesco espíritu sin nombre
Las lleva y las impulsa?
No es un D os, no es un hombre,
No es el grupo gentil de las ondinas
Ni el coro de las náyades errantes
—Esas diosas marinas
Que las débiles barcas empujaban,
Y en medio á las tormentas señalaban
Su rumbo á los primeros navegantes!
Eres tu solo ¡pensamiento humano!
Que grande y solitario te paseas

Sobre las tempestades del oceano
Como una eterna tempestad de ideas!

La manera admirable con que quiso
El espíritu humano
Encarnado en Co'ón, llevar al hombre
Hacia un nuevo y hermoso paraíso
Envuelto en el arcano,
Ya la han cantado al celebrar la gloria
De tal empresa entre peligros tantos,
La épica musa en sus viriles cantos
Y en sus severas páginas la historia

Antes que se lanzara decidido
Sobre el vasto oceano de las aguas,
Fué un náufrago infeliz de la exis·encia,
Que errante, pobre, á veces moribundo
Pero jamás por el dolor vencido,
El oceano del mundo
Cruzó á la tabla de su genio asido!
Oceano cuyas sordas tempestades
El bajel de sus sueños estrellaron
Contra escollos de error, que amontonaron
El tiempo y las edades!
Luchó no obstante contra vientos y olas
Y alta la frente aunque la planta herida,
Cruzaba por las playas de la vida
Y esas playas para él estaban solas;
Porque también la soledad existe
En medio de las vastas multitudes
Para el que cruza en medio de ellas
Siempre desconsolado, siempre triste,
Siempre henchido de acerbas inquietudes!

Luchó y aunque del mundo en la pelea

Es luchar doblemente el luchar solo,
Su vida en una idea
Fijó como una brújula en el polo!
La corona de espinas del martirio
Que llevaba Jesús sobre la frente
El la llevaba al corazón ceñida
Al trepar la pendiente
Del calvario sin sangre de su vida!

Cuando el cóndor gigante
En las nevadas cúspides reposa
O en su guarida el león duerme tranquilo,
Nadie en los montes ni en las selvas osa
Turbar su sueño ó profanar su asilo!
Las montañas son grandes, son sublimes;
Al cielo mismo su presencia asombra
Y hacen que con el trueno las salude;
Sus valles la borrasca envuelve en sombra,
Y en sus bosques los árboles sacude;
Pero las blancas cimas,
Las venerandas cimas colosales
De la borrasca y el turbión se eximen;
Sólo entre los mortales
El ser grande es un crimen!—

Colon al vulgo, resignado escucha,
Sabiendo que la gloria
También corona á veces en la lucha
Frentes que no corona la victoria!
¡Se parecía á ese titán caído
Que la montaña inmensa que se alzaba
Con peso abrumador sobre sus hombros,
En su delirio ansiaba
Lanzar al cielo ó reducir á escombros!
El también es titán que altivo y firme
Por alzar forcejea

La montaña de errores del pasado
Yendo á su empresa colosal armado
Con la palanca enorme de la idea!
Y entonces lleno de un ardor fecundo
Vió que con ella en su poder tenía
La palanca que Arquímides pedía
Para mover el mundo!
Sale al fin de su mísero abandono
Cuando el índice eterno del destino
Apuntando en la sombra
Le señala á lo lejos su camino,
Y en las gradas magníficas de un trono,
De una espléndida corte en el proscenio
Y á los pies de Isabel y de Fernando,
La diadema del mando
Saludó á la diadema de su genio!
Teniendo allí pendiente de sus labios
El asombro anhelante de los reyes
Y el colérico asombro de los sabios,
Del universo físico las leyes
Explicaba con voz pausada y grave;
Luego exaltado en un ardor profundo
Se le oía exclamar: Dadme una nave,
Dadme una nave y os devuelvo un mundo!

. . . .

¡Nación de nuevos Leónidas que tienes
La gloria de Numancia en tus anales,
Coronas de oro y lauros inmortales
Para ceñir tus sienes!
Tú, que formaste un tiempo de tal modo
La alianza de la lira con la espada,
Que van á bordo, en su entusiasmo santo,
Cervantes, de la flota de Lepanto,
Lope de Vega, de la Grande Armada,
De ti, también de ti, puede decirse

Cuando tus yugos de opresión desatas
Noble patria del Cid y de Pelayo,
Que el cetro á los tiranos arrebatas
Y *á los cielos el rayo!*
De tus triunfos ¡oh Reina de la guerra!
El mayor triunfo ha sido
Buscar en los confines de la tierra
Un apartado Edén desconocido!

El mundo antiguo presintió el arcano
Que á esa nación un genio le revela
Y henchida de un deseo sobrehumano
Más luz, más vida, más espacio anhela!
Entonces, pretendiendo
Que en nuevas zonas y ámbitos profundos
Colón su raza y su poder espanda,
Le da tres naves y le dice: anda
Mi imperio á dilatar por otros mundos!

. . . .

El viejo Oceano reposaba á solas
Entre sus grutas de coral dormido,
Cuando de pronto erguido
Y sacudiendo su melena de olas,
Colérico endereza
De la almohada del polo, su cabeza;
Al ver que el hombre su poder provoca
Siente arrebatos de furor salvaje,
Y á sus aliados fúnebres convoca
Con el ronco clarín del oleaje;
Allí va la Ambición, torva y sombría,
En el semblante respirando enojos,
Con un puñal en las sangrientas manos
Y una venda en los ojos!
La sigue el Odio con su adusto ceño,
En actitud de acecho la Perfidia,
Y oculto el rostro en antifaz risueño

Va los labios mordiéndose, la Envidia!
Allí el Recelo hipócrita rastrea
Y en torno á cada nave y por delante
Desencajado, lívido el semblante
El pálido Terror revolotea!

Ellos llevan mortal abatimiento
Al alma de los tristes navegantes,
—Olas del mar humano
Que subleva con sordas convulsiones,
En frente á las borrascas del Oceano
La borrasca interior de las pasiones!
Sobre el piélago, errantes,
Les muestran en los vastos horizontes
Pardas siluetas de elevados montes
Las brumas del crepúsculo distantes!
Creyendo ver las playas anheladas
Con ansia esperan la naciente aurora
Y á esas playas amadas
El alba las disipa y evapora!
Así prosiguen su atrevido viaje
Llevados por un pálido espejismo
De miraje en miraje,
Y al borde ya del infinito mismo
Ven nada más que vastas soledades
Y el mar y el cielo, dos inmensidades
Formando un solo abismo!

¡Ah! luchar contra sombras en la sombra,
Hallar en torno el lóbrego vacío,
Sentir la cercanía de la nada,
Batallar sobre el piélago bravío
Con la muda extensión ilimitada
La noche y el terror! ¡Más bien quisieran
Que el abismo y sus ondas
Cuerpo y vida y espíritu tuvieran,

Y en vez de nieblas y de espuma blanca
De sangre un rojo y cálido torrente,
Para lidiar con ellas frente á frente
Al sol, en campo abierto y lucha franca!
Llevados sobre el denso torbellino
La mar, la mar inmensa y misteriosa,
Era para ellos entreabierta fosa
Y era para Colón ancho camino!
Para Colón que entre la airada turba,
Desafiando sus sordas convulsiones,
Firme y sereno la grandeza imita
Del profeta israelita
Encerrado en la cueva de los leones!
Y esa turba fanática y cobarde
Que el límite al pasar de su hemisferio,
Más que el hambre, el naufragio y la tormenta,
La incertidumbre, el vértigo, el misterio
De lo desconocido, la amedrenta!
A las algas marinas
Las toma por el musgo desprendido
De las gigantes ruinas
De otro mundo en las ondas sumergido!
Y teme al borde estar de las inmensas
Cataratas del mar, y haber llegado
Del antiguo Caos á lo más hondo
O de la eterna Noche al reino helado!
Creen que no tiene límite ni fondo .
El piélago insondable en que navegan,
Y que los blandos céfiros que llegan
Sus velas hinchan y sus naves mecen,
Ráfagas son de tempestad que crecen,
Las ondas, monstruos que la mar aborta,
Y ante su vista absorta
El rayo y los relámpagos parecen
Del horizonte ansiado en los confines,
Las espadas de fuego que brillaban

En las manos de aquellos querubines
Que el paraíso terrenal guardaban!

Y era en verdad un nuevo paraíso
Lo que buscaban al confín obscuro;
Dios en las sombras ocultarlo quiso
Para que en esta patria del futuro,
El hombre redimido en los ejemplos
De su largo pasado,
Solo pudiera entrar purificado
Como se entraba á los antiguos templos!

El astro de los orbes soberano
Desde su trono del zenit escucha
Sordo rumor lejano;
Luego contempla atónito esa lucha
De un alma y el oceano!

La grande alma de Colón lanzada
En esa travesía del abismo
Por la mano invisible de Dios mismo
Hasta una tierra incógnita, ignorada,
Para que esparza de su luz los rastros,
Porque su eterno espíritu fecundo
Para alumbrar el mundo,
Se vale de los genios y los astros!

Allá en la noche cuando el mar se calma,
De algas y de nenúfares cubierto,
Sus ondas asemeja á las colinas
Tapizadas de musgo, que las ruinas
Forman en las llanuras del desierto.
Entonces inclinado
Sobre la inmensidad, Colón medita,
En piadosa actitud, las manos junta,
Y en silencio dialoga con las olas;

¿Qué mensajes le traen? ¿Qué les pregunta?
Es que medita y que recuerda á solas
A los séres que amara;
Es que padece y con sus ansias puebla
El espacio indeciso de tiniebla
Que de su eden soñado lo separa!
Y del cielo en los ámbitos profundos
Llena de pensamientos luminosos
Esos campos del éter misteriosos
Donde Dios arrojara astros y mundos!
Como el profeta en la montaña santa
Del tempestuoso Sinaí, teniendo
Las nubes en su torno, y á su planta
De la borrasca el horroroso estruendo,
Con la sien de relámpagos ceñida
En medio al torbellino se levanta
Señalando la tierra prometida!

Así Colón en medio de los mares,
Con la vista clavada en el vacío
Donde á lo lejos una voz le nombra,
Se pasea en silencio en su navío
Meditando en la sombra!
Y meditando al mundo se encamina
Que su mente adivina!
Su alma lo sueña ornado de hermosura,
Dios lo promete á su piedad sin nombre
Y se lo entrega intacto la natura
Para que tome posesión el hombre!

¡Conquistador de lo desconocido,
Buzo en el mar del porvenir lanzado,
Que al hombre en cambio del Edén perdido,
Un nuevo edén has dado!
Profeta audaz evocador de mundos,
Que al continente virgen que dormía

Sueño de olvido en noche de silencio,
Cuando su voz potente lo conjura,
Con espléndidas galas se atavía
Y sale y se presenta
En todo el esplendor de su hermosura
A la luz, á la plena luz del día!

¡Nuevo jardín de Hespérides buscado,
Que por el alma universal has sido
Del tiempo en las tinieblas presentido
Y en las tinieblas del misterio hallado!
No, no eres tú la Atlántida divina
Que sentado Platón imaginara
En las rocas de Egina!
Tú eres la tierra virgen destinada
Al desposorio ideal con el futuro!
¡Tierra de promisión! tú, que arrancada
Al hondo seno del oceano obscuro,
Cual nace el rayo de la nube densa,
Como del alma el pensamiento mismo
Y cual los astros de la noche inmensa
¡Eres la hija de un parto del abismo!

Todo lo grande que en la tierra existe
Es primero en el seno de la tierra
Larva informe, crisálida dormida,
Que cuando el brillo de la luz la asombra
Buscando inmensidad, sale á la vida
De entre un desgarramiento de la sombra!

Tú eras también crisálida de un mundo
Que á la luz del espíritu despierta,
Y eres ahora que la vida absorbes
Inmensa mariposa de oro, abierta
Sobre una flor del campo de los orbes!

Esa flor es la tierra,
La tierra que se espande
Formando en su sublime ensanchamiento
Una dilatación profunda y grande
De la esfera en que reina el pensamiento!

Y este viaje inmortal al nuevo mundo
Será en la Historia un inmortal emblema
Del hombre, en el espacio vagabundo,
Que marcha sobre un piélago profundo
Tras de una santa aspiración suprema!
En pos de un algo que jamás alcanza
Como Colón la humanidad camina
Y del pasado al porvenir avanza,
De los siglos eterna peregrina,
Que engaña eternamente la esperanza!

¡Oh! el linaje humano
Es una especie de Colón eterno
Que marcha siempre hacia un edén lejano
Llevando en sus ideas un infierno!
Perdido navegante
Que de los vientos á merced se entrega,
—El globo es nave que lo lleva errante
Y el espacio es el mar en que navega!—

Allá de su horizonte en el miraje
Un destino inmortal contempla escrito
Y su vida es un viaje
Al través de la tierra al infinito!
Al infinito, océano de los mundos
Viaja buscando con secreto anhelo
La patria de las almas,
La misteriosa América del cielo!



Martín Coronado

Coronado, Martín

Renacimiento

Llega la primavera
tendiendo flores por la verde grama,
para que pase el dios que inquieto espera
y en el silencio de sus noches llama.

La luz inunda el cielo,
la tierra viste sus brillantes galas,
y el aire tibio, fatigado el vuelo,
bajo el risueño azul pliega las alas.

Surge otra vez radiosa
la eterna juventud de sol dorado,
que agita el corazón y abre la rosa
con su cálido aliento perfumado.

Levántate en mis brazos,
visión de amor de insaciable anhelo,
dulce como el mecer de los regazos
que incitan á soñar mirando al cielo.

Hermosa prometida
de las ternuras tímidas, levanta,

y vamos juntos á cantar la vida
bajo el palio triunfal que la agiganta.

Cantemos la alegría
de las rojas y espléndidas auroras,
con que despierta la inquietud del día
á henchir de savia y languidez las horas;

Las sombras escondidas
en la plácida calma de los montes;
las verdes lomas, como el mar tendidas;
el azul de los amplios horizontes;

La tardes vagarosas
besadas por el sol desvanecido,
las noches apacibles, rumorosas,
como roce de plumas en el nido.

Tú, que otrora encendiste
como un rayo de sol mi pensamiento,
y en el fondo del alma me escondiste
el dulcísimo arrullo de tu acento;

Ven, como el bien pasado,
á acariciar mi corazón vibrante;
sobre la alfombra de verdor del prado,
bajo la azul inmensidad brillante.

Ven á hundir en las ondas
de esta luz inflamada, tu hermosura,
y á desatar al sol las trenzas blondas,
como un nimbo de gloria, en la llanura.

Mi corazón te espera
con despertar de juventud dormida,

que se enciende al pasar la primavera
y florece en la frente encanecida;

Como la helada fuente,
cautiva del invierno en la montaña
que se despeña en olas de torrente
cuando brilla la luz y el sol la baña.

Buenos Aires.

Siempreviva

Cuando partí, su corazón, ya mío,
Lanzó su vida de mi planta en pos:
Aquel nido de amor quedó sombrío
Como tumba sin lágrimas... vacío
Como el alma sin Dios.

¿Por qué mi paso errante en su camino
No se desvió del rancho de su hogar,
Cuando triste, y doliente, y peregrino,
El martirio de amor de mi destino
Arrastraba al azar?

¡Fuí tan crüel! Mis ojos con empeño
La envolvían en rayos de pasión.
Para arrancar á la quietud del sueño
Su ternura de tórtola sin dueño
Dormida en su prisión.

Tenía la inocencia, esa fortuna
Reservada á los pobres del saber;
Y á quince años, hermana de la luna,
Guardaba aún el sello de la cuna
Su alma de mujer.

Me amó por fin: con lánguida mirada
Buscó la mía su pupila azul;
Como el sol que corona una alborada,
El amor en su frente inmaculada
Tendió su rojo tul.

Por las tardes vagábamos unidos,
Rozando mi tostado á su alazán:
Ella, trémula siempre ante los nidos,
Con tumultuoso oleaje de latidos
Revelaba su afán.

Muchas veces á mí se adelantaba
Lanzando á la carrera su corcel,
Y una rama á los molles arrancaba:
—¿La quieres para ti?—me preguntaba,
—Se parece al laurel.

O si no, con las flores de los tolas,
Miniaturas de nácar del jazmín,
Que en racimos abrían sus corolas
Tachonaba sus trenzas, dueñas solas
Del agreste jardín.

Y radiante de júbilo venía
Su victoria en mis ojos á buscar;
—¿No es verdad que estoy bella,—me decía,—
Que soy tu dueño, que tu lira es mía,
Que me vas á cantar?

Otras veces las cuestas empinadas
Ascendía, siguiendo el caracol
De la senda tortuosa en las quebradas,
Cubierta con las alas desplegadas
De su gorra de sol.

El vaivén de su cuerpo en la montura
Revelaba abandono y languidez:
Se doblaba su mórbida cintura
Como rama de sauce que asegura
Dos nidos á la vez.

Yo entonces la seguía; y orgullosa
De guiarme en la marcha: – ¡Por aquí!—
Repetía mil veces afanosa,
Y murmuraba á intervalos quejosa:
—No tan lejos de mí.

Pensativa otras veces, como inquieta
Del abismo sin luz del porvenir,
Parecía á mis sueños de poeta
Estrella de crepúsculo, sujeta
A temblar... y á morir.

Entonces de las manos me tomaba,
Me atraía hacia ella, y, sin querer,
Su secreto en mi oído abandonaba:
—Esa pampa tan verde—murmuraba—
¡Qué hermosa debe ser!

¡Y qué bella! ¡Y qué tierna! No colora
Al cielo el sol como el amor su faz;
Su sonrisa era el beso de una aurora,
Su palabra, caricia tembladora,
Arrullo de torcaz.

Todo pasó: la arena del camino
Marcó otra vez la huella de mi pie,
Y triste, y solitario, y peregrino,
Con la sombra inmortal de mi destino
Del valle me alejé.

¡Fuí cruel, cruel! Alma perdida
En la noche sin astros del dolor,
Al amor sollozante de mi vida
La inmolé sobre el ara conmovida
Por mi eterno clamor.

¡Ah! pero en vano amuralló la ausencia
De mi memoria el enlutado altar;
¡Mártir de mi delirio y tu inocencia,
Dios te ató en aquel día á mi conciencia:
No te puedo olvidar.

Tu adiós, tu último adiós vibra en mi oído
Como el eco tenaz de la expiación
Rayo de luna á mi pupila asido,
Tu blanca imagen arrullando el nido,
Es mi eterna visión.

Cuenca, Claudio M.

Jamás

Nube naciente de espumoso encaje,
De nácar, de oro y vaporoso tul,
Ostenta al alba su vistoso traje
Que ondula en medio del espacio azul.

Mece en el aire sus graciosas ondas,
Que un rayo viene de la aurora á orlar,
Y sus flotantes, purpurinas blondas,
Mira orgullosa en derredor flamear.

Mira la noche en occidente hundiendo
De las tinieblas el postrer capuz,
Y allá en el éter de entre el caos naciendo
Del sol risueño la primera luz.

Mira apacible sonreir el cielo,
Leve la brisa por su sien vagar,
Y en el vacío que hendirá su vuelo
Fragantes flores ante sí brotar.

Hunde sus ojos en la inmensa hondura
Que bonancible y cristalina ve,

Y en los abismos de la nada pura
Tropiezo no halla que temer su pie.

La aurora bella que al cenit la guía
Sonrosa el cielo por do alegre va;
El sol la mima, la corteja el día,
Y al tiempo mira sonreir allá.

Pero de pronto tempestuosa niebla
Del sol empaña la tranquila faz;
De horrendas nubes el cenit se puebla,
Brama rabioso el huracán voraz.

Débil juguete del airado viento,
Sus ondas ruedan al capricho allí;
Estalla el trueno su estampido cruento,
Serpea el rayo en derredor de sí.

Piélagos surca de vapor, movida
Por el antojo de brutal vaivén;
Sin ruta, guía, ni fulgor, perdida
Rueda en la niebla su asombrada sien.

De su ropaje desprenderse mira
Las joyas de oro que vistió al nacer;
Que hace, arrancadas de doquier con ira,
Una por una el huracán caer.

Mísera en vano por seguir insiste
Su leda ruta de inocencia y paz;
Porque burlada, descompuesta y triste
La traga al cabo el torbellino audaz.

Así es la vida: de oropel brillante,
Nube sentada en hermoso tren,

Que junto tiene á su primer instante
Envuelto en risas el postrer también.

Así es la vida: lontananza, estrella
De un cosmorama seductor, procaz;
Para el que empieza á contemplarla, ¡bella!
Para el que llega á su mitad, ¡falaz!

Así es la vida: si al través la mira
Del desengaño la madura edad:
Es risas, bienes y placer, ¡mentira!
Es penas, llanto y maldición, ¡verdad!

Su dicha es humo, su infortunio roca;
Su dicha pasa, su infortunio no:
Nada allí queda donde el bien la toca;
Suplicios sufre donde el mal tocó.

Así es la vida: presunción dorada,
En sus principios esperanza y fe,
Y en la mitad de su carrera, ¡nada!
Visión de luces que mentira fué.

Su gusto es brisa, tempestad su pena;
Sus goces olas, su desgracia mar;
Su copa el tiempo hasta los bordes llena
De miel insulsa, de inquietud y azar.

Cuando el cabello de la sien blanquea,
Cuando se empieza á marchitar la tez,
Cuando de cerca la fantasma fea
De la existencia ya se ve lo que es:

Náufrago el hombre por el mar airado
Busca la playa, pero tarde ya,

Porque bien pronto debe s+r tragado
Por el abismo en que suspenso está.

Cuando hoy la suerte su favor le niega,
Se dice el hombre: le tendré después;
Hasta que al cabo el desengaño llega
Sin ver de esa hora el arrebol tal vez.

Llévase el viento, como viento que era,
La pingüe renta que adquirır pensó;
Huye del fausto la falaz quimera,
Caen los palacios que en el aire alzó.

Unas tras otras se disi an luego,
Dicha, esperanza, juventud y paz;
Llévase el viento su pristino fuego,
Y lo que él lleva ya no vuelve más.

Agosta el llanto del dolor la risa,
La gracia y flo es de la edad pueril;
Y acaba el soplo abrasador aprisa
De las pasiones el ardor febril.

Cuando el cabello de la sien blanquea,
Cuando se empieza á marchitar la tez,
Cuando de cerca la fantasma fea
De la existencia ya se ve lo que es;

Ya el hombre entonces de los hombres duda,
Ya poco ó nada sus promesas cree,
Ya en calma fría su entusiasmo muda,
Ya en todo burla y desengaños ve.

Ya le ha faltado la amistad acaso,
Ya la hermosa le burló en su amor;

Ya muchas veces tropezó en el lazo
Que el mundo tiende al juvenil candor.

Cuando el cabello de la sien blanquea.
Ya no hay mañana, ni después, ni más;
De ayer apenas la fugaz idea,
Y de hoy, si pasa, el matador jamás.

Chassaing, Juan

A mi bandera

Página eterna de argentina gloria,
Melancólica imagen de la patria,
Núcleo de inmenso amor desconocido
Que en pos de ti me arrastras,
¿Bajo qué cielo flameará tu paño
Que no te siga sin cesar mi planta?

¡Cuando el rugido del cañón anuncia
El día de la gloria en la batalla,
Tú, como el ángel de la inmensa muerte,
Te agitas y nos llamas!
¡Allá voy, allá voy sobre las olas,
Allá voy, allá voy sobre la pampa,
Bajo el cañón del enemigo injusto
A levantarte un trono en su muralla!

¡Ah! ¡que la sombra de la noche eterna
Me anuble para siempre la mirada,
Si un día triste te verán mis ojos
Huyendo en la batalla,
Página eterna de argentina gloria,
Melancólica imagen de la patria!

Díaz Romero, Eugenio

El poeta y la sombra

EL POETA

Amo más que la gloria, el color de los cielos.
En sus islas de oro dormitan mis anhelos,
Como bajo las bóvedas de los templos obscuros
La oración de los mártires.

LA SOMBRA

Adoro los conjuros
Que brotan del silencio en las noches sin luna.
El misterio sus gemas á las mías aduna;
El misterio se impregna de sutiles emblemas
Y da una transparencia auroral á las gemas.

EL POETA

Yo amo como á ninguna floración la delicia
Que emerges cuando el astro de la noche se inicia.
Siento como una vaga y suprema esperanza,
Como una adormeciente y singular confianza
Bajo la gran caricia de tu palio divino.

Allí, mi alma triste ha apurado tu vino.
Allí labra la noche sus más raros cantares
Y Primavera nieva los más blancos azahares.
Allí yo...

LA SOMBRA

¡Oh! Apolinada, levanta tu incensario;
Quema la mirra grata en mi propio santuario;
Rompe bajo mis ojos tus collares de rimas,
Haz que llenen tus cantos los valles y las cimas,
Que las desmesuradas florestas tu armonía
Repitan y que suene tu franca melodía,
Que tu voz admirable ahuyente la amargura
Y haya paz en mi alma.

EL POETA

La negra sepultura
Que yace abandonada sin lágrimas ni flores,
Bañada en una calma que no turban rumores
De orquestas, ni de hojas, ni de la voz humana,
Y que de los antiguos sepulcros es hermana,
Reposa en el silencio que tus sueños anhelan,
En el silencio que alas maravillosas rielan...

LA SOMBRA

No, no quiero el silencio de las tumbas piadosas;
Quiero el himno inefable de tu lira, las rosas
Que celebran la música de tus divagaciones;
Quiero tu verbo alado como constelaciones;
Quiero tu pensamiento que arrullan las tristezas
Legendarias del viento. Yo quiero las ternezas
Con que cantas la vida en las horas inermes;
Yo quiero las caricias con que á veces aduermes

El corazón, que presa de una pasión suspira
Y en pos de los dolores que le atormentan gira.
Yo quiero, ¡oh! inconsolable tu palabra sonora,
El eco que modulas al despertar la aurora,
Y todo lo que admiren tus ojos de vidente,
Y todas las ternuras que hay bajo tu frente.

EL POETA

Bajo tus anchos velos adivino el arcano
De lo que ha concebido el pensamiento humano.
Debajo la espesura de tus montes de sombra,
Como bajo tu vasta y secular alfombra,
Mi alma se ha arrodillado como una sensitiva
Flor humana y rezado su plegaria votiva,
Y sentido ternuras, amarguras, pasiones,
Anhelos lamentables, fecundas sensaciones,
Esperanzas, ideales, sueños inmaculados,
Y del alma y la mente frutos no madurados;
Y todo eso brotaba en confusión doliente,
Para ti compañera de mi espíritu ardiente,
Para ti sola ¡oh sombra! que vendas nuestros ojos
Y quitas de los pechos heroicos los abrojos...

LA SOMBRA

Oye, suena á lo lejos música de violines.
Sus acordes son tristes. Suben por los jardines
Como almas desvalidas en las horas solemnes
Del crepúsculo, amado de los dioses perennes.
Oye cómo resbala su lírico gorjeo
Sobre el lago en silencio. Así sobre el Egeo
El amor de las flautas moría antiguamente.

EL POETA

Esa música llora un espíritu ausente.
Esa música es triste como las catedrales.

LA SOMBRA

Esa música es grande como los funerales.

EL POETA

¡Oh sombra! ese murmullo nacido de tu seno
Tiene no sé qué ritmo melancólico y bueno.

LA SOMBRA

No, no nacen de mi alma tan dolientes arpegios;
Diríanse melodías de los poetas regios,
Palabras desprendidas de perfumados labios,
Flores abandonadas que dicen sus agravios,
Ó quizás expansiones de penas y quimeras
Que aprovechan la calma de mis enredaderas
Para alzar sus lamentos. Mi corazón es frío.
Para él no han brotado los bálsamos de estío.
Para él los jardines no entreabren sus rosas
Ni sus alas polícromas tienden las mariposas.
Para él la suprema felicidad consiste
En amparar la queja del espíritu triste.

EL POETA

Las quejas de las harpas como los pensamientos
Tienen más armonía ritmadas por los vientos.

Y los vientos parecen sutilísimas violas
En la noche apacible.
                                        Desfallecen las olas
Cuando el azul distante se acribilla de estrellas,
Cuando suben, apenas, las más dulces querellas
Hacia su venturanza, y cual aves heridas,
Cantan la gran tristeza de las cosas dormidas.

LA SOMBRA

Quisiera, Apolonida, tus ritmos y tus flores;
Quisiera tus tristezas, ternuras y dolores;
Quisiera tu palabra que al levantarse, canta,
Como el pájaro cuando el alba se levanta,
Y no ser yo la fuente de las dudas del hombre.
A una causa obedezco si desdeño mi nombre,
Causa incógnita y grande que mi duelo resume,
Esfinge inverosímil que á la idea consume.

EL POETA

Yo sé de los espacios las lentas geometrías,
Yo conozco la aurora primera de los días,
Yo sé por qué las nubes son de azul y de grana,
Por qué cantan las aves al llegar la mañana,
Por qué todas las almas videntes desfallecen,
Por qué nuestros ideales en el azur se mecen,
Por qué adora el artista los blancos asfodelos,
Por qué su pensamiento se remonta á los cielos,
Por qué hablan las hojas ese lenguaje extraño
Y dulce,—así la aurora con que se inicia el año,—
Por qué tras del ensueño la verdad se adivina,
Por qué el sol de la tarde luminosa declina,
Y por qué hay un alma infinita y creadora
Que consuela al que sufre y bendice al que llora.

LA SOMBRA

Tú vienes, visionario, de lo desconocido;
Eres de una familia que casi se ha extinguido;
Eres el peregrino celoso del ensueño
Y acaso de las almas el anhelado dueño.
Cómo es de saludable para tu fantasía
El aliento que exhalo cuando se muere el día.
Cómo apuras la grata copa de mi frescura
Cuando se llena tu alma del licor amargura.
Cómo se abre tu pecho cuando la luna triste
En el éter sin mancha poco á poco se viste
De blancuras supremas. Como tu alma se abreva
En las caricias que ella con abandono nieva,
A la hora en que las selvas letárgicas ondulan
Y en que las misteriosas libélulas circulan.
Hora en que la existencia se apaga, lentamente,
Y en que hasta la plegaria nocturna se presiente.

EL POETA

Yo he ofrendado mi alma estival á la tarde.
Mi incienso sobre el ara de tus altares arde.
Yo soy el sacerdote de la triste penumbra.
Mi lámpara votiva está seca, no alumbra.
Por eso amo los íris pálidos de la niebla
Y me encantan los densos palios de la tiniebla.

LA SOMBRA

De los humanos seres, sólo el vidente sabe
En qué sitio sagrado amarrará su nave.
De las cosas amadas por el insigne Hesiodo,
El poeta es el numen revelador y el todo.

EL POETA

Mi alma se ha recamado de sutiles aureolas,
—Así un jardín bordado de selectas corolas—
Cuando sobre las ondas de los lagos amables
La noche va extendiendo sus pasos impalpables.
Yo adoro extrañamente tus absurdas congojas.
Yo adivino el secreto que modu'an las hojas,
Cuando sobre el imperio del orbe desparramas
Tus estandartes que hacen resplandecer las llamas.
Perdido algunas veces en las vastas praderas,
Ó errante hacia lo largo de remotas riberas,
Solo, delante el triunfo de la naturaleza,
Es cuando se ha incendiado de gloria mi cabeza.
Ese poder supremo de lo desconocido,
Ese vasto murmullo que adormece el oído,
Esa atracción oculta de muchos elementos:
—Estrellas, sombras, nubes, mares, selvas y vientos—
Ese íntimo connubio con lo que nos rodea;
¡Silencio, ante tus puertas se agiganta la idea!
Prepara en mi cerebro fecundas floraciones,
Y en mi espíritu es causa de dulces comuniones.
Pues bien: tú que me llamas inconsolable y triste,
Oh! sombra que cobijas cuanto en la vida existe,
Tú, ritmo armonioso que haces cantar la lira
Y ante cuya armonía la humanidad suspira,
Respóndeme si hay algo dentro del universo
Que no haya cincelado el oro de tu verso,
Si ha levantado un eco la voz del inspirado
Que antes tú, sabiamente, no hubieses modulado.

LA SOMBRA

Tu alma, caritativa como una fresca lila,
Perfumes solamente para el hombre destila.

Del vasto panorama que la mente interpreta
La clave, bella y múltiple, conócela el poeta.
Lo raro, lo inconcreto, lo invisible del mundo,
Acuden al llamado del gran meditabundo.
Lo que el artista egregio del pincel no adivina
Resuena en la palabra de luz adamantina.
Lo que á veces la flauta á modular no alcanza
Subyuga en tu instrumento de luz y de esperanza.
Por eso sensitivo, sigo tu vuelo augusto,
Por eso tus caricias inalcanzables gusto,
Por eso, cuando el himno de tu palabra suena,
Siento que en mi alma triste florece una azucena.

EL POETA

Yo he paseado mis sueños á través de tu duelo,
Como el cometa cruza la libertad del cielo.
Yo seguiré mi ruta, dolorosa y extraña,
Hasta trepar la enhiesta cumbre de la montaña.
Yo iré en pos del espíritu melancólico y grande,
Da todo lo que dentro de ti misma se expande,
Mientras tus pabellones me ofrezcan sus caricias
Y tus sacros altares fecunden sus delicias.

LA SOMBRA

En la noche sombría, en la noche azulada,
En medio de los templos ó bajo la enramada,
Lejos de los rumores, al amor de los nidos,
Tu espíritu y el mío estarán siempre unidos.

Rayo de otoño

Bajo un cielo de oro cruzamos la avenida
Llena de tuberosas tibias y ruiseñores.
El viento, dulce y suave, agitaba las flores,
Sobre las que la tarde, se detuvo, dormida.

Mi alma meditabunda, pálida, perseguida,
Evocaba en esa hora lírica sus amores.
Una fuente ondulaba apenas sus rumores
En alas de la brisa de fragancias ungida.

Paso á paso llegamos al estanque sonoro.
Y ella dijo: «La tarde, como un pájaro de oro
Vierte, sobre nosotros, su más fina dulzura.

¡Ah! morir, cuando se aman los verdes melancólicos,
Cuando cada corola solloza su blancura,
Y el espacio se llena de rumores eólicos...»

Deseo

Su alma, como una alondra divinamente pura
Erraba en los más blancos confines de los cielos;
Mas una tarde llena de sueño y de dulzura
Anheló de otra alma caricias y consuelos.

Con vestidos extraños recamó su hermosura.
Como una hada divina, presa de los anhelos

De la tierra, dijo ella: «Rásguese la blancura
Que oculta mi inocencia con transparentes velos.»

Y ante las maravillas supremas del espacio
Su alma, como un destello de ópalo y de topacio
Bajó del alto cielo constelado de aureolas.

Lloraron su partida los pálidos querubes,
Mientras que en los zafiros de las blancas corolas
Caía la tristeza de una tarde sin nubes!



Leopoldo Díaz

Díaz, Leopoldo

Byron

A Joaquín Castellanos

Dos hombres, á la vez, pasman la tierra;
Su lumbre, el genio, entre los dos reparte;
Napoleón, ese Byron de la guerra;
Byron, sublime Napoleón del arte.

¡Igual enigma en su destino incierto!
Fundidos en un molde sobrehumano,
Tiene aquel la grandeza del Desierto,
Y éste la majestad del Oceano.

En rápido bajel, sobre el undoso
Piélago que al azar surcó el marino,
El cantor de Don Juan va silencioso
Navegante sin rumbo en su camino.

No le arredra el naufragio de las olas,
Sabe que ruje el mar y que se calma:
Es el naufragio de las vidas solas
El que conoce y el que teme su alma.

Sobre su frente un mundo se desploma,
Y el hijo de la lucha y del estrago

Habla con los sarcófagos en Roma,
Con los viejos escombros en Cartago.

Nada le infunde espanto ni le asombra,
¡Excelsior! en su frente lleva escrito,
Y sigue dialogando con la sombra,
Luminoso y audaz, bello y maldito.

Y cruza las tinieblas, fulgurante,
Como en la noche sideral meteoro:
Carbón que se transforma en un diamante;
Grano de arcilla convertido en oro.

Dióle Satán, con su viril orgullo,
La altivez de su indómita energía,
El piélago insondable su murmullo,
Y el dolor su titánica elegía.

Irónica deidad le presta aliento,
Le persigue el demonio del hastío,
Y palpita su insomne pensamiento
Como en su cauce desbordado río.

El león es fuerte y reina en su guarida,
Tiene su nido el águila en la roca,
Y él, águila y león, la frente herida,
Jamás la cumbre de sus sueños toca.

Un lívido crepúsculo reviste
Con densa nube sus inquietos lares,
Y siempre gemebundo, siempre triste,
Se yergue la visión de sus pesares.

Y, cual fantasma, impenetrable y muda,
En arduo monte, ó desolada estepa,

Sigue al bardo la esfinge de la duda
Sobre el potro jadeante de Mazzepa.

Tántalo de la dicha, en su desvelo,
Asir la sombra de un delirio quiere:
La ilusión, como el cóndor, busca el cielo,
Y, al abatirse sobre el polvo, muere.

¡Cuánto misterio en su alma de coloso!
Asomarse á sus bordes es lo mismo
Que sondear el abismo tenebroso...
¡Y quién mide la hondura del abismo!

Germen de un mundo, en ráfagas dispersos,
Jirones de su espíritu, vibrantes,
Van en tropel flamígero sus versos
Arrastrando sus caudas centelleantes.

Caravana de genios luminosa
En fúlgida espiral sigue sus rastros,
Cual en vaga, distante nebulosa,
Los astros se aproximan á los astros.

Con sus alas enormes toca el suelo,
Sin que el lodo le alcance ni el delito,
Y al volar, es la curva de su vuelo
Parábola que asciende al infinito.

Sus nobles lauros profanar intenta
La envidia, que á los grandes acompaña,
Y él se yergue humillando toda afrenta,
Como surje, entre valles, la montaña.

¡Cuál esplenden sus altas concepciones!
Hay en sus gigantescas fantasías

Iris, nieblas, estruendos, convulsiones,
Relámpagos, sollozos y harmonías.

Consigo mismo en infernal contienda,
Algo lo empuja en su vaivén eterno:
Como el ave, en la gálica leyenda,
Del invierno tenaz pasa al invierno.

Connubio de lo humano y lo divino,
De su cruel fatalidad se engríe,
Y es, en trágica lid con el Destino,
Placer que llora y lágrima que ríe.

De su espíritu excelso en lo más hondo
Resplandecen ignotas maravillas:
Oculta el mar sus perlas en el fondo,
Y la espuma abandona en las orillas.

No gime con estériles gemidos;
Su vida en la batalla se acrecienta,
Como aquellos normandos aguerridos
Que peleaban al son de la tormenta.

Y cual rebelde Arcángel despeñado,
Ni tregua brinda, ni piedad implora:
Sus armas refulgentes le han quebrado,
Pero no su fiereza vengadora.

Los antros pavorosos de los mares,
Y las cumbres cerúleas de los montes,
Palpitan en sus cantos seculares
Y les dan sus soberbios horizontes.

Con un nuevo ideal, amplio y fecundo,
Que de la humana pequeñez se mofa,

El genio tempestad recorre el mundo,
Ya el látigo blandiendo, ya la estrofa.

Sus poemas, sus héroes, sus hazañas,
Brotan con sangre de su herido pecho:
Pelícano que rasga sus entrañas
Y ofrece al monstruo su corazón deshecho.

Lleva en su ser,—nostálgico sublime,—
Tiniebla y luz, crepúsculo y aurora.
Y en su alma, rebelión, brisa que gime,
Trueno que ruge, vendaval que llora.

Le place el aquilón cuando levanta
Su cimera de nítidas espumas,
Y, como Ariel sobre la nube, canta
El bardo de las ondas y las brumas.

Italia le circunda de esplendores,
Corónale de mirto en sus placeres,
Y, al semidiós britano, sus amores
Le da el coro triunfal de sus mujeres.

Es perfume, y es aura, y es latido,
Blasfemia, imprecación, llanto y locura;
Es raudal, y torrente, y alarido,
Noche, arrebol, celaje y amargura.

¡Fascinador gentil!... Ante su paso
Encadena las almas soñadoras,
Las envuelve con brumas del ocaso,
Y las incendia con fulgor de auroras.

Sueña con él la virgen pensativa
En las pálidas noches de Venecia,

Y le manda suspiros de cautiva,
Huérfana, y viuda, y sollozante, Grecia,

La voz augusta del martirio siente
Y, al salvaje clamor del victimario,
Responde alzando la apolínea frente
Con el férvido afán de un visionario.

¡Cómo en su fibra el entusiasmo late!
¡Qué brillo extraño en su mirar chispea!
Es Aquiles corriendo hacia el combate:
Pigmalión despertando á Galatea.

¡La Libertad! La Libertad le inspira;
Oye rugir en cólera sagrada,
Y, arrancando las cuerdas á su lira,
Con su lira de hierro hace una espada.

Voluptuosos festines abandona,
De su errante bajel tiende la vela,
Y, ciñéndose el casco por corona,
Hacia la patria de los dioses vuela.

¡Qué cuadro!... Con sus jóvenes guerreros
Botzaris... La montaña... El enemigo...
El raudo fulgurar de los aceros,
El mar azul de Jonia por testigo.

La homérica embriaguez de la batalla,
El agudo vibrar de los clarines,
El fúnebre estridor de la metralla,
Y la noche avanzando en los confines...

Por olímpica alfombra de laureles
Allá corre el gallardo peregrino,

Sobre alados indómitos corceles
Le arrebata en su senda el torbellino.

Y, á la sombra de helénicos pendones,
Mientras el duro batallar arrecia,
Entre el himno marcial de las legiones
Muere el bizarro paladín de Grecia.

¡Astro que roja claridad difunde
Y se derrumba en explosión ardiente,
Como una hoguera en que, á la vez, se funde
El metal ígneo y el crisol hirviente!

Al saludarle en el postrer recinto
Llorando van las últimas sirenas,
Se alzan los rotos bronces de Corinto
Y los tronchados mármoles de Atenas.

Su triunfo el Orbe estremecido aclama;
¡Byron!... repiten las riberas solas...
Y al hondo porvenir vuela su fama
Como va el huracán sobre las olas.

Albión, la ingrata Albión, su polvo encierra.
Grecia es página en mármol de su historia,
Y servirá de pedestal la Tierra
Al bronce eterno de su eterna gloria.

Símbolo

A Rubén Darío

Dijo á la blanca luna el asfodelo:
«¡Oh, reina del azur solemne y triste!
¿Qué misteriosa palidez te viste,
Ofelia vagabunda por el cielo?

Cándido cisne de color de hielo:
¿En qué profundo Flegetón caíste?
¿A qué brumoso páramo tendiste
Las plumas albas, con silente vuelo?»

Calló la flor... y doblegó en la urna
Su fúnebre corola taciturna
Cual simbólica imagen de lo inerte:

Mientras el astro, como esquife indiano
De vela de ámbar se perdió en lo arcano,
Con rumbo á las riberas de la Muerte.

Eros

Sobre las cumbres donde nunca llega
El ágil ciervo, montaraz perdido,
Donde suspende el águila su nido
Y el ala enorme, bajo el sol desplega:

Donde la luz reverberante, ciega,
Allí, está el fiero cazador erguido,

Alta la frente y el carcaj ceñido,
Con el humano corazón en brega.

Lleno de augusta majestad, extiende
Su arco flexible; los espacios hiende
Nube de dardos, en tropel sonoro;

Y altivo el gesto, en ademán severo,
Se alza divino el imperante arquero,
Bañado en sangre entre sus flechas de oro.

Afrodita

Vago rumor se extiende en las riberas
De la ondulante soledad callada,
Donde, en sueño prolífico, la Nada,
Incuba la legión de sus quimeras.

Tritones, Hipocampos y ligeras
Náyades, surcan la extensión sagrada,
Y, por conjuro mágico evocada,
Vibran su voz las syrtes plañideras.

Como en sonante caracol marino,
Se oye del ponto en las entrañas hondas
Un misterioso acorde sibilino:

Y, en la caricia de sus trenzas blondas,
Relampagueante el óvalo divino,
Surge, Afrodita, de las glaucas ondas.

Domínguez, Luis L.

El Ombú

Cada comarca en la tierra
Tiene un rasgo prominente:
El Brasil, su sol ardiente;
Minas de plata, el Perú;
Montevideo, su cerro;
Buenos Aires,—patria hermosa,—
Tiene su pampa grandiosa;
La Pampa tiene el Ombú.
Esa llanura extendida,
Inmenso piélago verde,
Donde la vista se pierde
Sin tener donde posar;
Es la Pampa misteriosa
Todavía para el hombre.
Que á una raza da su nombre,
Que nadie pudo domar.
No tiene grandes raudales
Que fecunden sus entrañas;
Pero lagos y espadañas
Inundan toda su faz,
Que dan paja para el rancho,
Para el vestido dan pieles,

Agua dan á los corceles,
Y guarida á la torcaz.
   Su gran manto de esmeralda
Esmaltan modestas flores
De aromáticos olores
Y de risueño matiz.—
El bibí, los marcachines,
El trébol, la margarita,
Mezclan su aroma exquisita
Sobre el lucido tapiz.
   No tiene bosques frondosos
Ni hermosas aves en ellos;
Pero sí pájaros bellos
Hijos de la soledad,
Que siendo únicos testigos
Del que habita esas regiones,
Adivinan sus pasiones
Y acompañan su orfandad.
   Así, nuncio de la muerte
Es el cuervo ó el carancho,—
Si la peste amaga el rancho
Sobre el techo el buho está;—
Y meciéndose en las nubes
Y el desierto dominando,
Las horas está cantando
El vigilante yajá.
   No hay allí bosques frondosos,
Pero alguna vez asoma
En la cumbre de una loma
Que se alcanza á divisar,
El ombú, solemne, aislado,
De gallarda, airosa planta,
Que á las nubes se levanta
Como faro de aquel mar.
   ¡El Ombú!—Ninguno sabe
En qué tiempo, ni qué mano

En el centro de aquel llano
Su semilla derramó.
Mas su tronco tan ñudoso,
Su corteza tan roída
Bien indican que su vida
Cien inviernos resistió.
Al mirar cómo derrama
Su raíz sobre la tierra,
Y sus dientes allí entierra
Y se afirma con afán,
Parece que alguien le dijo
Cuando se alzaba altanero:
Ten cuidado del Pampero,
Que es tremendo su huracán.
Puesto en medio del desierto,
El ombú, como un amigo,
Presta á todos el abrigo
De sus ramas con amor;
Hace techo de sus hojas
Que no filtra el aguacero,
Y á su sombra el sol de Enero
Templa el rayo abrasador.
Cual museo de la Pampa
Muchas razas él cobija:
La rastrera lagartija
Hace cuevas á su pie.
Todo pájaro hace nido
Del gigante en la cabeza;
Y un enjambre en su corteza
De insectos varios se ve.
Y al teñir la aurora el cielo
De rubí, topacio y oro,
De allí sube á Dios el coro,
Que le entona al despertar
Esa Pampa, misteriosa
Todavía para el hombre,

Que á una raza da su nombre
Que nadie pudo domar.
Desde esa turba salvaje
Que en las llanuras se oculta
Hasta la porción más culta
De la humana sociedad,
Como un linde está la Pampa
Sus dominios dividiendo
Que va el bárbaro cediendo
Palmo á palmo á la ciudad.
Y el rasgo más prominente
De esa tierra donde mora
El salvaje que no adora
Otro dios que el *Valichú*,
Que en *chamal* y poncho envuelto,
Con los *laques* en la mano
Va sembrando por el llano
Mudo horror, es el ombú.
¡Cuánta escena vió en silencio!
¡Cuántas voces ha escuchado,
Que en sus hojas ha guardado
Con eterna lealtad!
El estrépito de guerra
A su pie se ha combatido;
Su quietud ha interrumpido
Por amor y libertad.
En su tronco se leen cifras
Grabadas con el cuchillo,
Quizá por algún caudillo
Que á los indios venció allí;
Por uno de esos valientes
Dignos de fama y de gloria,
Y que no dejan memoria
Porque nacieron aquí!...
A su sombra melancólica
En una noche serena,

Amorosa cantinela
Tal vez un gaucho cantó;
Y tan tierna su guitarra
Acompañó sus congojas,
Que el ombú de entre sus hojas
Tomó rocío y lloró.
Sobre su tronco sentado
El señor de aquella tierra
De su ganado la yerba
Presencia alegre tal vez;
O tomando el *matecito*
Bajo sus ramos frondosos,
Pone paz á dos esposos,
O en las carreras es juez.
A su pie trazan sus planes
Haciendo círculo al fuego,
Los que van á salir luego
A correr el avestruz...
Y quizá para recuerdo
De que allí murió un cristiano,
Levantó piadosa mano
Bajo su copa una cruz.
Y si en pos de amarga ausencia
Vuelve el gaucho á su partido,
Echa penas al olvido
Cuando alcanza á divisar
El ombú, solemne, aislado,
De gallarda, hermosa planta,
Que á las nubes se levanta
Como faro de aquel mar.

A Montevideo

De las entrañas de América
Dos raudales se desatan:
El Paraná, faz de perlas,
Y el Uruguay, faz de nácar.
Los dos entre bosques corren
O entre floridas barrancas,
Como dos grandes espejos
Entre marcos de esmeralda.
Salúdanlos en su paso
La melancólica pava,
El picaflor y el jilguero,
El zorzal y la torcaza.
Como ante reyes se inclinan
Ante ellos ceibos y palmas,
Y arrójanles flor del aire,
Aroma y flor de naranja.
Así siguiendo su senda
Sobre sus lechos se arrastran;
Luego en el Guazú se encuentran,
Y reuniendo sus aguas,
Mezclando nácar y perlas
Se derraman en el Plata.

¿El Plata? y es verdad. Ancha llanura
Del bruñido metal que nunca acaba
Parece el río, cuya diestra lava
De Buenos Aires el soberbio pie.
Cuya izquierda tendiendo hacia el Oriente,
De una joven beldad la falda toca;

Beldad guardada por gigante roca,
Que el Plata inmenso desde lejos ve.
Y es fama que esa roca majestuosa
A la bella ciudad pusiera el nombre,
Cuando en medio del mar al verla un hombre
¡Monte veo! del mástil exclamó;
En frente de ese monte nació un pueblo
Con un cinto de muros y cañones!
Do clavaron tres reyes sus pendones,
Que colérico el Plata contempló.
Te envidiaron los reyes, rica joya,
Y un día en sus coronas te ostentaron,
Y al mirarte otro día sólo hallaron
En vez de joya duro pedernal.
Entonces adornaste la diadema
De la joven república de Oriente,
Que te muestra á los pueblos en su frente
Desde el Cerro, su eterno pedestal.

Ahí está Montevideo
Extendida sobre el río,
Como virgen que en estío
Se ve en un lago nadar.
La Matriz es tu cabeza.
Es la Aguada tu guirnalda,
Blancos techos son tu espalda
Y tu cintura la mar.
Ciudad coqueta, sonríes
Cuando ves los pabellones
De poderosas naciones
Flamear en rico bajel,
Y les pagas las ofrendas
Que ellos traen á tu belleza,
Con tu campo, y la riqueza
Que derrama Dios en él.
En tu puerto á centenares

Mécense los masteleros
Como bosques de palmeros
Que sacude el vendaval,
Y si en él se ve de noche
Navegar rápida vela,
Parece garza que vuela
De algún lago en el juncal.
En las noches sin estrellas
Tenebrosas del invierno,
Cuando el mar es un infierno
Que al marino hace temblar,
Tú, benéfica, iluminas
Sobre tu roca gigante
Un fanal que al navegante
Seguro norte va á dar.
En otro tiempo los reyes
Levantaron alta valla
De impenetrable muralla
Para oprimirte, Beldad.
Pero el hierro del esclavo
Sacudiste de tus brazos,
Y los muros á pedazos
Derrumbó la libertad.
Eres tú, Montevideo,
Del Plata blanca sirena,
Y es tu entraña una colmena
Cuya miel es el amor.
Feliz el labio que guste
De tu miel, ciudad de amores,
Que tus hijas son las flores
Que dan tan dulce licor.
Tus hijas todas son ángeles
En dulzura y en pureza;
Son estrellas en belleza,
De la vida el iris son.
Por ellas, sólo por ellas,

Eres tú, Montevideo,
De mi memoria, recreo,
De mis sueños, ilusión.
Y si tú crees en los sueños,
escucha, ¡oh pueblo! uno mío:
Yo soñé que veía al río
Salir de su ancho cristal,
Y que á ti y á Buenos Aires
En sus brazos estrechaba,
Y así unidos os dejaba
En un abrazo inmortal!

Si eres sólo un ensueño, dulce idea,
Que fascinas mi ardiente fantasía,
No amanezca jamás el triste día
Que te borre de mí.
¡Pero no! que en los cielos está escrito
En la página de oro del destino,
La unión del Oriental y el Argentino
Que en mis ensueños vi.



Esteban Echeverria

Echevarría, Esteban

El desierto

(De *La Cautiva)*

Era la tarde, y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes.—El desierto,
Inconmensurable, abierto
Y misterioso, á sus pies
Se extiende;—triste el semblante,
Solitario y taciturno
Como el mar, cuando un instante
Al crepúsculo nocturno,
Pone rienda á su altivez.

Gira en vano, reconcentra
Su inmensidad, y no encuentra
La vista, en su vivo anhelo,
De fijar su fugaz vuelo,
Como el pájaro en el mar.
Doquier campos y heredades
Del ave y bruto guaridas,
Doquier cielo y soledades
De Dios sólo conocidas,
Que él slo puóede sondar.

A veces la tribu errante
Sobre el potro rozagante,
Cuyas crines altaneras
Flotan al viento ligeras,
Lo cruza cual torbellino,
Y pasa; ó su toldería
Sobre la grama frondosa
Asienta, esperando el día
Duerme, tranquila reposa,
Sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas,
Sublimes y á par sencillas,
Sembró la fecunda mano
De Dios allí! —¡Cuánto arcano
Que no es dado al mundo ver!
La humilde hierba, el insecto,
La aura aromática y pura;
El silencio, el triste aspecto
De la grandiosa llanura,
El pálido anochecer,

Las armonías del viento,
Dicen más al pensamiento,
Que todo cuanto á porfía
La vana filosofía
Pretende altiva enseñar,
¿Qué pincel podrá pintarlas,
Sin deslucir su belleza?
¡Qué lengua humana alabarlas!
Sólo el genio su grandeza
Puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente
Reclinaba en occidente,
Derramando por la esfera

De su rubia cabellera
El desmaya lo fulgor,
Sereno y diáfano el cielo,
Sobre la gala verdosa
De la llanura, azul velo
Esparcía, misteriosa
Sombra dando á su color.

El aura, moviendo apenas
Sus olas de aroma llenas,
Entre la hierba bullía
Del campo que parecía
Como un piélago ondear.
Y la tierra, contemplando
Del astro rey la partida,
Callaba, manifestando,
Como en una despedida,
En su semblante pesar.

Sólo á ratos, altanero
Relinchaba un bruto fiero
Aquí ó allá, en la campaña;
Bramaba un toro de saña,
Rugía un tigre feroz:
O las nubes contemplando,
Como estático y gozoso,
El yajá, de cuando en cuando
Turbaba el mudo reposo
Con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía
Que el vasto horizonte ardía:
La silenciosa llanura
Fué quedando más obscura
Más pardo el cielo, y en él,
Con luz trémula brillaba

Una que otra estrella, y luego
A los ojos se ocultaba,
Como vacilante fuego
En soberbio chapitel.

El crepúsculo entre tanto,
Con su claroscuro manto,
Veló la tierra; una faja
Negra como una mortaja,
El occidente cubrió;
Mientras la noche bajando
Lenta venía, la calma
Que contempla suspirando,
Inquieta á veces el alma,
Con el silencio reinó.

Entonces como el rüido
Que suele hacer el tronido
Cuando retumba lejano,
Se oyó en el tranquilo llano
Sordo y confuso clamor;
Se perdió... y luego violento,
Como baladro espantoso,
De turba inmensa, en el viento
Se dilató sonoroso
Dando á los brutos pavor.

Bajo la planta sonante
Del ágil potro arrogante
El duro suelo temblaba,
Y envuelto en polvo cruzaba,
Como animado tropel,
Velozmente cabalgando;
Víanse lanzas agudas,
Cabezas, crines ondeando,

Y como formas desnudas
De aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba
Con su alarido perturba
Las calladas soledades
De Dios, do las tempestades
Sólo se oyen resonar?
¿Qué humana planta orgullosa
Se atreve á hollar el desierto
Cuando todo en él reposa?
¿Quién viene seguro puerto
En sus yermos á buscar?

¡Oid! Ya se acerca el bando
De salvajes atronando
Todo el campo convecino;
¡Mirad! – Como torbellino
Hiende el espacio veloz.
El fiero ímpetu no enfrena
Del bruto que arroja espuma;
Vaga al viento su melena,
Y con ligereza suma
Pasa en ademán atroz.

¿Dónde va? ¿de dónde viene?
¿De qué su gozo proviene?
¿Por qué grita, corre, vuela,
Clavando al bruto la espuela,
Sin mirar al rededor?
¡Ved! que las puntas ufanas
De sus lanzas, por despojos,
Llevan cabezas humanas,
Cuyos inflamados ojos
Respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje
Al indomable coraje
Que abatió su alevosía;
Y su rencor todavía
Mira con torpe placer,
Las cabezas que cortaron
Sus inhumanos cuchillos,
Exclamando:—«Ya pagaron
Del cristiano los caudillos
El feudo á nuestro poder.

«Ya los ranchos do vivieron
Presa de las llamas fueron,
Y muerde el polvo abatida
Su pujanza tan erguida.
¿Dónde sus bravos están?
Vengan hoy del vituperio,
Sus mujeres, sus infantes,
Que gimen en cautiverio,
A libertar, y como antes
Nuestras lanzas probarán.»

Tal decía; y bajo el callo
Del indómito caballo,
Crujiendo el suelo temblaba;
Hueco y sordo retumbaba
Su grito en la soledad.
Mientras la noche, cubierto
El rostro en manto nubloso,
Echó en el vasto desierto,
Su silencio pavoroso,
Su sombría majestad.

¡Salve, oh Plata! (1)

¡Salve ó Plata! en tu puesencia
multiplicarse yo siento
sublimarse mi existencia,
lo que hay de humanal en mí;
y ora quieta, ora iracunda
se muestre, hirviendo la vida
rebosar en mí fecunda,
como rebosa ahora en ti.

Y toda vez que el Pampero
sobre tus espaldas monta
y arrojar espuma fiero,
bramar te hace de furor;
y te azota, y tú soberbio,
tú indomable te agigantas
por millares de gargantas
lanzando eco atronador.

Tú á mis ojos representas
de la pasión y del hombre
el afán y las tormentas
y la convulsión febril;
y el incesante murmullo,
y el tesón infatigable

(1) Fragmento del *Angel caído*.

y de su indómito orgullo
la pujanza varonil.

Cuando agitado te miro,
el corazón se me ensancha,
alegre y libre respiro
de cuidado mundanal;
y todo olvido, y mi mente
en su inspiración sublime
abarca, concibe, siente
lo infinito y eternal.

Acá en la tierra que piso
no hallan aire mis pulmones,
sólo entre fango diviso
las reliquias del *no ser*;—
misteriosa y escondida
tú me revelas la fuente
del deleite y de la vida
que no tiene ni hoy ni ayer;

esa inagotable fuente
que insaciables, delirando
mi corazón y mi mente
van buscando en el vivir;
cuya agua sólo el abismo
insondable de pasiones
calmar podrá, que en mí mismo,
palpitante siento hervir.

¡Oh! la tierra me fastidia
con sus mezquinos afanes,
con su miserable envidia,
con su odiosa ingratitud,
con el humo de su gloria,
con sus frívolos amores,

con su ambición irrisoria,
con su mentida virtud.

Me fastidia la dulzura
de su gozo y sus deleites,
que refrigerio ni hartura
jamás á mi labio dan;—
todo cuanto toco en ella
apetezco y acaricio,
y hasta el beso de la bella
que busqué con tanto afán.

Junto á ti mi pensamiento
algo tiene de divino,
en todo ser y elemento
columbra el soplo de un Dios; —
y la vida de la muerte
surgir ve,—armónico el orden
del aparente desorden,
la luz viva del caos.

Tu voz ¡oh Plata estupendo!
gigantesca, habla un idioma
que me deleita y comprendo,
que nunca en el mundo oí;—
hay en ella una armonía
que mi espíritu apetece,
un arrullo que adormece
lo que hay de carnal en mí.

¡Quién pudiera, hermoso Plata,
cabalgar sobre tus ondas
y de tus entrañas hondas
los misterios descubrir;—
ó en raudo torbellino
de la tormenta engolfarse,

en su atmósfera bañarse
y de su vida vivir!

Me place con el Pampero
esa tu lidia gigante
y el incansable hervidero
de tus olas á mis pies;
y la espuma y los bramidos
de tu cólera soberbia
que atolondran mis sentidos
llevan á mi alma embriaguez.

Y me place verte en calma
dormir, como suele á veces
dormitar, tranquila mi alma
ó mi vida material:—
cuando la luna barniza
tu faz de plata, y jugando
el aura apenas te riza
la melena de cristal.

Me places como el Océano,
tu rival en poderío,
cuando lo surcaba ufano
en mi albor de juventud,
con el corazón de luto,
pero con el alma nutrida
de savia fértil de vida,
de fe y sueños de virtud.

Me places cual la llanura
con su horizonte infinito,
con su gala de verdura
y su vaga ondulación,
cuando en los lomos del bruto
la cruzaba velozmente
para aturdir de mi mente
la febril cavilación.

Y te quiero ¡oh Plata! tanto
como te quise algún día,
porque tienes un encanto
indecible para mí;
porque en tu orilla mi cuna
feliz se meció, aunque el brillo
del astro de mi fortuna
jamás en tu cielo ví.

Te quiero como el recuerdo
más dichoso de mi vida,
como reliquia querida
de lo que fué ya no es;
como la tumba do yacen
esperanzas, ambiciones,
todo un mundo de ilusiones,
que vi en sueño alguna vez.

¡Oh Plata! al verte gigante
me agiganto, iluso siento
la ilusión y arrobamiento
de un inefable placer;
y mi vida incorporarse
con la tuya turbulenta,
y en inmortal transformarse
mi perecedero ser.

Si algo pedirte pudiera,
si me oyeses, en tus ondas
sepulcro encontrar quisiera,
mi cuerpo entregarte, sí,
para que no viese el hombre
sobre lápida ninguna
jamás escrito mi nombre,
ni preguntase quien fuí.

Encina, Carlos

Canto al arte

I

Sentimiento y razón! Dualismo augusto,
Gloria y dolor del hombre,
Si sois verdad ¿por qué luchar crueles
Mientras la humanidad vaga perdida,
Náufraga en los oceanos de la vida?

¿No hay más allá en el mundo,
Tras la prisión que la mirada abarca?
Y el vuelo del espíritu, ¿detiene
El horizonte que la ciencia marca?

¿Lo bello no es verdad? ¿Acaso el Arte
Que creó el sentimiento del poeta,
Es un sueño de la mente inquieta?

La idea que ardorosa
Labra el cerebro y hasta el cielo llega,
¿Será quizá engañosa
Transformación de la materia ciega?

Virtud, justicia! ¿sois también mentira,
Atributo del átomo que gira?

¿Y el Dios, del alma anhelo,
Vana ilusión del miserable suelo?

¡Sentimiento y razón! Fatal misterio
De la humana existencia,
¿Quién llevará del vencedor la palma
En la lucha del alma contra el alma?

II

¿Qué es el arte? Un destello de Dios vivo
Que hasta el alma del hombre se desprende
Allí sus formas el artista encuentra;
Allí el poeta su palabra enciende;
Y el músico, al buscar sus harmonías,
Las harmonías del Creador sorprende.

Ante el problema del ideal divino,
La ciencia calla, y la razón, postrada,
Se siente por el vértigo atraída
Hacia el abismo de su propia nada.
Allí principia el Arte! Allí se eleva
Por la fe revestido
De indecible poder, de virtud nueva;
Y, siguiendo el impulso
Que el sentimiento creador le imprime,
Se lanza á la región de lo sublime!
Es rápido cometa que en su vuelo
Atraviesa las órbitas del cielo,
Y que, eterno girando
En torno al ideal, el infinito,
De esferas en esferas, va buscando.

Como dos cuerdas vibran y responden
Cuando están al unísono ajustadas,

El artista se templa
En las notas sagradas,
Y es la obra del genio que se admira,
Reflejo de lo eterno que le inspira.

Así, bajo el ardiente colorido,
El lienzo mudo vive y se sublima;
Y, de suaves formas revestido,
Al duro mármol la pasión anima;
Así el poeta revelarse siente
El mundo de la luz allá en su mente;
Y los vagos acordes
Que al imperio del ritmo se conciertan,
Sed de infinito al corazón despiertan!

III

¡Sentimientos purísimos que al alma
Sois corona de gloria!
Verdad, justicia, ¡aspiración perpetua
Que no cabe en la forma transitoria!
¿Qué de vosotros fuera
Sin el Arte que al hombre diviniza?
¿Qué deciros supiera
Esa razón que todo lo analiza?

La ciencia intenta conocer el cielo
Y la unidad descubre de las fuerzas;
Pero mira allí mismo el sentimiento
Y ve los mundos, que en su marcha eterna
Una suprema voluntad gobierna!

La razón quiso penetrar al hombre
Y sólo halló un cerebro;
Pero el Arte ha encontrado la conciencia,

Y ha visto á Dios, allí, donde no alcanza
El severo rigor de la balanza!

No! no es una ilusión! no es un delirio
El ideal supremo
Que á la más noble aspiración responde!
No puede ser mentira
La visión inmortal que el alma esconde!

La fiera en su guarida,
Es feliz y perfecta
Por la gruta ó el bosque protegida;
El águila que sube
A las regiones de la parda nube,
Los hierros no sospecha
De la atracción que su dominio estrecha;
El bruto muere sin pavor: en su alma
Elemental, no existe
De la severa ley, la imagen triste.

¿Por qué al hombre no llega
Esa harmonía que al insecto alcanza?
¿Por qué esperar, si es vana la esperanza?
¿Por qué el ideal, si la razón lo niega?
No! no es una ilusión; no es un delirio
La santidad del bien! luz escondida
De la conciencia humana en el misterio!
Hay algo más que el átomo y la fuerza;
Hay algo más que moles poderosas
Sometidas del número al imperio!

Del fondo de mi pecho un eco ardiente
Al labio llega que mi voz inflama:
Lo bello, lo sublime, no es material
¡No es materia el sér que lo proclama!

El canto poderoso de Bethoven
El pincel de Rafael, de Dante el verso,
Todo eso es inmortal, todo es divino,
Como es luz transformada el Universo!

¿Qué sabe de esto la razón? ¿Qué sabe
La ciencia atea que borrar pretende
Toda virtud y gloria de la tierra?
¡Lo que sobre el secreto de la vida
Sabe el cadáver que la tumba encierra!

IV

Hay fuerzas que atraviesan
De infinito á infinito
Los espacios profundos;
Son cadenas de luz en que reposa
La unidad de los mundos.
El ávido saber las interroga;
Y el planeta descubre
Que á la paciente observación se encubre,
Y en el pálido rayo
De la remota estrella
Sabe leer su presente, y de su historia
Tal vez un día encontrará la hüella.

El sentimiento tiene
También sus harmonías. Sus acordes
Vagan de lo infinito á lo creado;
No hay voz que los exprese, pero se oyen
Con acento no hablado.
El genio los admira
Y á ellos ajusta la inspirada lira;
El átomo pensante se armoniza,
Y raro encanto su existir hechiza.

¡Es del arpa de Dios sagrada nota
Que en el misterio de los mundos brota!

Eso es lo que sentimos
Cuando en las horas de silencio y calma,
Vago ideal que en la razón no cabe,
Que se presiente, pero no se sabe,
Con secreto anhelar aspira el alma.

¡Gravitación sublime! á cuyo influjo
Los mundos del espíritu se rigen;
Cadena de armonía, que vincula
El sér creado á su celeste origen.

V

Cuando en la edad primera
El hombre de las selvas
Su vida con el bruto confundía
Y el dominio del suelo dividía,
De su cerebro apenas
El rayo de la idea
Vagaba obscuro al labio balbuciente;
Y preso en las cadenas
De la materia ruda,
Al suelo hundía en nublada frente.

Y los tiempos pasaron
En su eternal camino,
Y las formas cambiaron
Bajo el imperio del cincel divino.

Hasta que al fin la llama creadora
Que al planeta circunda,
Iluminó la noche de su mente,

Como la luz de la primera aurora;
Alzó su faz al cielo
Que un reflejo inmortal transfiguraba,
Y á la bóveda inmensa
Demandó su misterio,
La frente altiva, la mirada intensa;
Y con grito sin nombre:—
¡Hay un Dios! exclamó; y aquella hora
La hora sagrada fué del primer hombre.

Así la humanidad se alzó del polvo,
Para vencer los tiempos
En inmortal carrera.
Su primer sacerdote fué un poeta;
Un canto al infinito fué la forma
Que revistió la religión primera.

Desde entonces, por siempre,
Como valla insalvable
Entre el hombre y el bruto colocada,
Está la imagen del Creador alzada;
Imagen pura, limpia, transparente,
Que la razón no ve —que el alma siente.
Ella es el manantial de lo sublime
Que el corazón en sus raudales baña;
Ella fecunda el pecho de los héroes,
Ella es la fe que al mártir acompaña!

El frío escepticismo
Alza su estéril mano,
Y borrar lo imborrable intenta en vano;
Antes la luz que los espacios llena
Su propia faz velara,
Y el caos, el Universo sepultara!

No volverán los días
De aquel sér de las selvas primitivo,
Para cuyo existir fuera bastante
La tierra fecundante.
El hombre ya no vive de materia:
¡Vive de la verdad! Su alma tocada
Por el fuego divino,
Presa no puede ser de muerte incierta;
¡Tiene ante sí la inmensidad abierta!
¡Allí, su aspiración y su destino!

Artistas, ¡sacerdotes de lo bello!
Vuestra misión sobre la tierra es santa:
—Dios es del arte la sublime idea:
¡Que su revelación el arte sea!

Suprema luz increada,
Artista de los mundos! ¡Yo te invoco!
Hacia la humanidad tu mano extiende,
Y un rayo de tu llama
En los altares de mi patria enciende!

Estrada, Angel (hijo)

Los espejos

En las penumbras misteriosas viven
Meditabundos, con la faz nublada;
Al reflejar las cosas, las conciben
Con tristezas de ensueño en la mirada,

Y acentuado el silencio por rumores
Fugitivos y leves acaricia,
Sus adormidos lánguidos fulgores
Con muelle y blanda singular delicia.



Cuando la luna soñadora lanza
Sus besos blancos, y á filtrarse empieza
Por los cristales, si á un espejo alcanza,
Florece su fantástica belleza.

Hace él con nieve de la luz, espuma,
Y espuma desterrada de su astro;
Lágrimas llora de impalpable bruma
Prisionera en contornos de alabastro.

***

Ved cual retrata la celeste esfera
Vivo espejo de lago rutilante,
Y ved al mundo del dolor, quimera
Que se evapora en su cristal sonante.

Conque gloriosa lumbre llena el seno
De las profundas aguas lo infinito,
Bajo la curva del zafir sereno
En paz inmensa, sin la voz de un grito;

Y entre los dos espacios, suspendida,
Su Ensueño mece con hechizo el alma,
Como una nube de algodón dormida
En un ambiente de sublime calma!

***

Entre exóticas hojas de esmeralda
Brillan al son de la febril orquesta,
Y tejen sus reflejos, la guirnalda
De la alegría en la galante fiesta.

Si se miran las lunas nigromantes,
De una imagen, imágenes difunden,
Ligándolas así como vibrantes
Arpas, sonidos acordados funden.

Y flotantes, aéreas, repetidas
En sus nimbos quiméricos las cosas,
Encienden al morir desvanecidas
El ansia de las huellas luminos s.

Así lejos de labios convulsivos,

Entre los tules de espumoso rastro,
La blonda mata de sus oros vivos
Contemplé destellante como un astro.

¡Y hacía padecer! ¡Oh caravana
Del Ensueño inmortal! por el espejo
Vedle á la luz de sensación lejana
En el encanto del gentil reflejo.

***

Se incendian con las púrpuras triunfales,
Los tonos claros con amor suavizan;
Y con miradas de mujeres reales
Arreboles ideales armonizan;

Las siluetas afirman resaltantes,
Emblanquecen las nítidas blancuras,
Y así lucen los mármoles radiantes
Contentos de sus propias hermosuras.

Los arabescos en los campos de oro,
Porcelanas, bujías, resplandores,
Las leves formas del cristal sonoro
Desplegando sus risas de colores;

Pensamientos de vírgenes del cielo
Corporizados en fragantes rosas,
Lienzos que cantan el febril anhelo
De las almas con tintas prodigiosas;

Todo lo hechizan, todo se hermosea
En la fuente dormida del semblante,
Como si el soplo que estremece y crea
Los abrasara en lumbre palpitante.

Ah! Si sentís la plenitud del cielo,
Con los ojos cargados de tristeza,
Y lo que vive, con el vivo anhelo
De hallar el alma de su ideal belleza;

Y toda sensación, como sonido
Huye en alas de leve movimiento,
Y os deja con recuerdos sin sentido,
Angustias al estéril pensamiento:

Al mirar como rozan un espejo
Los engarces de luces y colores,
Y contornos y líneas, sin un dejo
Estelar del tumulto de primores;

Crecerá vuestra pena palpitante
Sobre su nimbo luminoso y yerto,
En que armoniza con la luz vibrante
El frío extraño de la piel de un muerto.



En el hogar que reflejara un día
Opulento y feliz, leyó en aurora,
Sin sol de regocijo, la elegía
De los adioses que entre cirios llora.

Mujeres, danzas, y la danza aquella
Encantadora de los trajes, nunca
Volvió á mirar en los salones, bella;
¡Hiedra envolvía la columna trunca!

Desde entonces parece que refleja
La pensativa luna de la casa,

Una sombra, que es símbolo de queja
   En el recuerdo del dolor que abrasa

Al mustio corazón del que la mira,
   Y al evocar el rostro, la cabeza
Que ya no puede reflejar, suspira
   Cubriendo su cristal con su tristeza.

***

Severas las ferales colgaduras
   Tapizan el salón: sin un ruido,
Está el aire entre viejas envolturas
   En el silencio sepulcral dormido.

Un billete de letra amarillenta
   Nostálgico de un tiempo de fulgores,
Galante intriga de aventuras cuenta,
   Al polvo tenue de olvidadas flores.

Se piensa que si se abren los armarios
   Esparciránse en voluptuosos giros,
Sacudiendo sus gláciles sudarios
   Madrigales, perfumes y suspiros.

Y numen elegiaco de la sala,
   Sobre fondo sombrío en un testero,
Sutil tristeza misteriosa exhala
   El retrato de noble caballero.

Entre dibujos de espejuelos blancos
   Redonda luna de Venecia, crece;
Platineas sierpes corren por sus flancos,
   Y en el hastío estéril, envejece.

Cual arpa muda que el pesar concibe
 Está el reloj ornamental, erguido;
Meditandó en que el tiempo ya no vive
 En el vaivén del péndulo mecido.

Parece que el espejo reverbera
 Con la quietud de los tapices mudos,
El solemne silencio de su esfera
 Coronada por ángeles desnudos:

Y por sobre él, sobre la luna, vivos,
 Con inquietante lucidez que asombra,
Reflejan pensamientos aflictivos,
 Los ojos del retrato de la sombra!

***

Es un desván, dentro de marco de oro
 Sin brillo, de la vida desterrado,
Está el vetusto reflector, tesoro
 De una gentil generación amado.

Al último viviente que sus bellos
 Rulos dorados reflejó de niño,
Fijaba taciturno en sus destellos
 Tocado ya por el fatal armiño.

Y un día ante su imagen reflejada
 Vertió el viejo dos lágrimas ansiosas;
Quizá al ver del espejo en la mirada
 El adiós pensativo de las cosas.

Vinieron otros, pero ya evocados
 No vieron en su luna antiguos días,

Ni extinguidos semblantes adorados
   Con recuerdos de penas y alegrías.

Y es su asilo el desván: de las cornisas
   Cuelga en girones polvorosa malla;
Húmedo aliento de las acres brisas
   Corrompe el oro de su dura talla.

Y al mirarse un instante en sus reflejos
   En pleno amor de juventud sonriente,
Con el tinte amarillo de los viejos
   De la caricia de su luz; se siente:

La rara angustia con que el alba roza
   Del cuerpo insomne las nocturnas huellas,
Cuando Psiqué tras de la fiesta hermosa
   Ve apagarse las pálidas estrellas.



Diego Fernández Espiro

Fernández Espiro, Diego

Luzbel

No es el ángel rebelde condenado
A la eterna expiación de su delito,
Es el soberbio criminal maldito
Que en la tiniebla se revuelve airado.

Demoniaco fantasma del pecado,
Lanza en las sombras estridente grito
Y cruza sobre el piélago infinito
En la heroica actitud del renegado.

Bello y altivo y orgulloso y fuerte
Invade con satánica alegría
Los obscuros dominios de la muerte.

Su flamígera espada centellea,
La cólera celeste desafía
Y en los umbrales del Edén bravea.

Cristo

Su vida fué un relámpago. Su historia,
Grabada en el martirio de su suerte,
Se derramó en la sangre de su muerte
Para llenar el mundo de su gloria.

A través de los siglos su memoria
Guía á la humanidad, que osada y fuerte
Lucha como Él, que triunfador inerte
Sobre la cruz clavaba la victoria.

Apóstol de la fe noble y severo,
Más grande en su inmortal filosofía
Que Sócrates famoso y justiciero,

La libertad su genio iluminaba
Cuando al hombre del hombre redimía
Y la augusta verdad le revelaba.

Suicida

¿Fatalidad?... Vencido en la pelea,
Fuera en el mundo su derrota gloria,
Y su heroica caída una victoria
De su amarga y anónima odisea.

De aquel noble soldado de la idea,
Que con sus triunfos ilustró su historia,
Apenas si conserva la memoria
Un cadáver que flota en la marea.

Sintió las alas y ensayó su vuelo;
Estaba su alma en grandeza ungida;
Le abrió el amor esplendoroso el cielo;

Y audaz, altivo, luchador y fuerte...
¡Halló, al salir del sueño de la vida,
La realidad del sueño de la muerte!

Resúrgam

No estoy vencido. Mi orgullosa frente
Levanto de la vida en el combate
Y altivo espero el enemigo embate,
Como el peñón la furia del torrente.

Mi espíritu genial temor no siente,
El golpe de la suerte no me abate.
Mi corazón en la esperanza late
De luchar y vencer mientras aliente.

El espacio es del águila altanera
Que, con las alas azotando el viento,
Navega audaz en la azulada esfera.

También yo, cual el águila arrogante,
Triunfador me alzaré—tengo su aliento,—
Y á través de las tumbas, ¡adelante!



Martín García Merola

García Mérou, Martín

Entra á un convento

> Get thee lo anunnery: why wouldst thou a breeder cf sin, ners?... We are arrant knaves-all; believe none of us. Gothy ways to anunnery!...
>
> HAMLET.

Yo que veo tu gracia y tu pureza
perdidas entre el ruido y el tumulto;
yo que absorbo la luz de tu belleza;
yo que te rindo culto;

yo que en la noche solitaria, aspiro
la fresca emanación de tu perfume,
y apago en el rumor de tu suspiro
la sed que me consume;

yo que he puesto en tu fe mis ilusiones,
yo que te amo en silencio, vida mía,
¡maldigo la impureza y las pasiones
de esta perpetua orgía!

¡Mira, y deplora nuestra triste historia!
Uno rueda en la sima de la suerte,
otro va á la pasión, otro á la gloria...
¡Y todos á la muerte!

Aquél vuelve con paso vacilante
del seno de las torpes bacanales,
y prostituye en vértigo incesante
sus obras virginales.

Este se abraza á la ambición, y el mundo
de cadáveres siembra su camino,
mientras lo alumbra el esplendor fecundo
de su inmortal destino!...

Tú que contemplas sin rencor ni pena
la turba que se arrastra ante tu planta,
ángel que sufre su mortal condena
y en el destierro canta;

tú que eres pura, como el sol que extiende
su púrpura en la nieve de la cumbre,
y, al caer el crepúsculo, la enciende
con moribunda lumbre;

dí, ¿no comprendes con pesar profundo
que te mata la hiel de la existencia,
y que el mismo turbión seca en el mundo
la flor y la conciencia?

¡Huye de sus halagos! Su veneno
lacera el pecho. Su desdén lo agita.
Su odio lo impregna de dolor... ¡Sileno
corrompe á Margarita!

¡Y, al hundirla en las sombras solitarias,
va tras otro placer, siempre risueño,
sin dejar á esa muerta sus plegarias
para arrullar su sueño!...

¡Oh! ¡yo lo sé! Cuando agitado espío

tu forma palpitante y seductora
que cruza en el crepúsculo sombrío
como una blanca aurora;

cuando lleno de gloria me imagino
ver una confidencia en tus sonrojos,
y llevar, por estrella, en mi camino
la llama de tus ojos;

cuando contemplo en la penumbra incierta
tu rostro libre de pesar y agravios,
y, al mismo tiempo que la voz, despierta
el iris en tus labios;

cuando todas tus gracias centellean;
cuando mi triste corazón te invoca;
y, como aves de amor, revolotean
los besos en tu boca;

cuando el triste pasado se derrumba
y todo marcha á agonizar perdido:
la barca al mar, los hombres á la tumba,
las almas al olvido;

cuando digo á las brisas rumorosas
una palabra que, al pasar, te agita,
y encierro en las estrofas harmoniosas
el verso que palpita;

¡cuando te llamo trémulo y te imploro,
me ciega la visión de tu pureza,
Virgen! ¡me quema tu esplendor, y lloro
tu espléndida belleza!

Escucho de las turbas el murmullo;
la loca vanidad de la opulencia;

siempre el vicio, la muerte y el orgullo...
¡y nunca la inocencia!

¡Sondeo la tiniebla descarnada
donde cruzan las almas expiatorias,
para hallar en la nada de esa nada
alguna de mis glorias!

Y ¡ay! ¡todo hiere al corazón sombrío!...
La flor dobla su tallo macilento
y el placer en el fondo del hastío,
deja remordimiento!

Todo es tortura, vanidad, mentira;
la gloria un sueño, la verdad un nombre;
besa la mano del poder la lira;
y el hombre huye del hombre!...

¿No oyes brotar el doloroso grito
de la pasión, los odios, las quimeras
que arrojan en el vértigo infinito
sus voces lastimeras?

¿No ves al hombre combatiendo, presa
de un tirano fatal que lo domina,
unir al labio que la herida besa,
la mano que asesina?

¡Oh! ¡si lo ves! ¡Cuando en la noche gime
el viento en la arboleda solitaria,
algo cuenta tu espíritu sublime
á Dios en la plegaria!

¡Algo que enciende tu emoción; que vela
el límpido cristal de tu ternura

y, como el canto de las aves vuela
perdido en la espesura!

¡Algo que te habla con rumor doliente
y te lleva al abismo del pasado,
como un nido que arrastra la corriente
del río desbordado!...

Pero el mundo te espera. ¡Sus fulgores
te embriagan, sus sonrisas te iluminan;
y ante su paso sus vistosas flores
con emoción se inclinan!

Y, cuando, al fin, la ráfaga impetuosa
de la pasión, marchite tus encantos,
y respondan á tu alma quejumbrosa,
risas en vez de llantos;

cuando descubras el pesar inquieto
debajo de la máscara sonriente,
y la tormenta de un dolor secreto
haga estallar tu frente;

cuando en los brazos del liviano
agotes el placer de los sentidos,
y en tu desierto corazón, en vano
quieras buscar latidos;

marchitarás tu juventud inquieta,
te arrancarás del corazón su llama,
como el histrión se arranca la careta
cuando termina el drama!

¡Huye! ¡no escuches la palabra impía
del crimen que devora la conciencia;

guarda pura en tu pecho, vida mía,
la luz de tu inocencia!

Huye del vicio y la maldad sin nombre;
del vértigo terrible de un momento;
de la mentida majestad del hombre...
Y pronto entra á un convento...

A solas

¿Por qué el dolor nos oprime
y la duda nos espanta?
¿Por qué, cuando el ave canta,
la fuente solloza y gime?
¿Quién dió al viento sus rumores
en la tormenta ó la calma,
y puso la fe en el alma
como el perfume en las flores?
¡Oh Dios! Mi pecho se espande
cuando se abisma en tu seno,
concibiéndote más bueno
al concebirte más grande.
Te ve doquiera. Te siente
con entusiasmo profundo
en el astro moribundo
como en la estrella naciente.
De la cuna al ataúd
pide, al cruzar la existencia,
como un báculo la ciencia,
como un fanal la virtud.

El león

Estaba mudo y bravío
en la jaula aprisionado,
como evocando el pasado
de su destino sombrío.
¡Ay! El monarca del monte
inclinaba la cabeza,
lleno de rabia y tristeza,
al mirar el horizonte.
Dominando sus pasiones,
cautivo de extraña zona,
era aquel rey sin corona
juguete de los histriones.
La turba se reunía
con temores comprimidos,
y al escuchar sus rugidos
con horror se estremecía.
¡Ay si su frente altanera
de la abyección se levanta!
¡Ay si sus hierros quebranta
la melancólica fiera!
¡Ay si le llega el murmullo
de su solitario asilo!
¡Dejad al león tranquilo!...
¡Mujer, no hieras mi orgullo!

¡Evohé!...

¡Evohé!... Vamos, amantes,
á los llanos
donde, ávidos y jadeantes,
corren desnudas bacantes
persiguiendo á los silvanos...
El sátiro nos espera
en la sombra...
Brilla un sol de primavera
sobre la fresca pradera...
¡Vamos á la verde alfombra!...
¡Evohé!... Despierta, hermosa,
la mañana;
abre su cáliz la rosa,
y en el baño, pudorosa,
Acteón sorprende á Diana...
Sobre el cristal de la fuente
la arboleda
se refleja mansamente...
Pasa una sombra sonriente:
¡la blanca sombra de Leda!...
Todo rebosa armonía
luz y encanto;
todo inspira la alegría,
y el ave en la selva umbría
eleva al cielo su canto...

El gran libro

Para elevar á Dios el pensamiento
y admirar su poder en los espacios,
no es necesario un mar siempre violento,
ni un sol que vierta lumbre de topacios.

Basta un valle alejado de rumores
al que se llegue por oculta vía,
que embalsame el ambiente con sus flores
y que temple el ardor del mediodía.

Basta fijar la vista en el lucero
pálido y triste que en las noches arde,
y escuchar el quejido lastimero
del ave errante al espirar la tarde.

Basta el rocío que en las hojas brilla
y que el rayo del sol pronto evapora;
basta del río en la desierta orilla
mirar el sauce que se inclina y llora.

Basta la sombra con la luz mezclada,
basta el insecto que en el aire zumba,
basta la flor que nace abandonada
y se marchita al borde de una tumba.

Basta la hierba en el verjel nacida,
basta un arroyo que fecunde el suelo,
una espiga de trigo bendecida,
un pedazo de selva, otro de cielo.

La Natura es el libro en que se admira
la grandeza de Dios, do se halla escrito
ese poema que al mortal inspira
el himno arrobador al infinito,

Su página más íntima y obscura
un rayo celestial de Dios refleja...
Todo en el mundo tiene su hermosura,
menos aquel que de su amor se aleja.

Así, el manto flotante de los cielos
que Dios tendiera con su excelsa mano,
se refleja, sin límites ni velos,
en una gota como en un oceano.

Ghiraldo, Alberto

Lo que dice la ola

El viento ruge su canción extraña.
La ola salada. triunfadora, invade
el arenal estéril; ya ha cubierto
la roca más altiva; ahora se espande
con impulso espasmódico en la triste
llanura, hasta que reina en el salvaje
escenario.
Entonces alza un clamoroso
grito dominador y se diría
que está al cielo retando, tal su acento
resuena.
Hasta aquí llego, dice el grito;
encajonada estoy, mas me desbordo:
fermentos del abismo me dan fuerzas
y ansias de libertad llevo en mi seno
para inundar el orbe.
Soy un símbolo
de rebelión, mi cresta es mi bandera
de combate; y es blanca y lumincsa
como un ideal; sobre mi lomo luce
como aureola.
El himno de la muerte
con bandera de luz cruzo cantando!...

¡Felices!

Felices, sí, vosotros, los imbéciles,
los que en nada pensáis, ni sentís nada,
huecos de corazón y de cerebro,
espíritus sin luz, almas sin alma.
Felices, sí; felices los que sólo
alimentáis famélicos la panza,
y flotáis en los mares de la vida
como flota lo fofo sobre el agua.
¡Quién pudiera matar el pensamiento,
aniquilar el corazón y el alma,
y vivir en las sombras sumergido
sin conciencia, sin luz, sin sol, sin ansias!

Para ti

Las aguas del mar son verdes,
verdes como la esperanza,
y el mar se traga las naves,
y siguen verdes sus aguas.
De tus ojos el abismo
es tumba de muchas almas...,
y también tus ojos tienen
el color de la esperanza.



Joaquin V. González

González, Joaquín V.

Rima

El águila remontase al espacio,
el cóndor en las nubes tiene el nido,
y en las altas regiones de la idea
agítase el espíritu.
La nube sigue al viento en el espacio,
la luz sigue las ondas del abismo,
y siguiendo la estela de tus alas
va en pos de ti mi espíritu.
Como se alumbran entre sí los soles
convirtiendo en hoguera el infinito;
cual cóndores andinos en las cumbres
se guían por las rutas del vacío,
por los cielos de luz del pensamiento
se guiarán tu espíritu y mi espíritu.



RICARDO GUTIÉRREZ

El hondo pesar que siento
y ya el alma me desgarra
solloza en esta guitarra
y está llorando en mi acento:
como es mi propio tormento
fuente de mi inspiración,
cada pie de la canción
lleva del alma un pedazo
y en cada nota que enlazo
se me arranca el corazón.

. . . .
. . . .

(Fragmento de TROVA, del poema *Lázaro*)

Gutiérrez, Ricardo

El misionero

Cuando el mundo pasado
la órbita del Olimpo recorría
en un cielo sin Dios, desamparado;
cuando la ciencia idólatra mentía;
y el arte prostituído blasfemaba,
y en el estruendo de perpetua orgía
la miserable humanidad rodaba...
Abrió la Cruz sus descarnados brazos
con su gigante sombra cubrió el suelo,
y el hombre en ella al estampar sus pasos
sintiendo al Dios que el Universo encierra,
alzó la frente al cielo
¡y cayó de rodillas en la tierra!

¡Así la humanidad fué redimida,
así el Cristo en la Cruz cambió su suerte;
así desde el espanto de la muerte
á la inmortalidad alzó la vida!
Desde el polvo del hombre hasta Dios mismo
sólo la Cruz alcanza:
¡ella es la tabla en que salvó el abismo
desde la tierra al cielo la esperanza!

Las creencias pasan, la razón vacila
el ideal del arte se transforma;
la estirpe humana misma
girando en el perpetuo torbellino
donde la guía el resplandor divino,
acercándose á Dios cambia de forma.
La ciencia balbuciente
llama al dintel de la verdad en vano,
sin encontrar siquiera
la ley que rige la materia inerte,
¡y enciende el pensamiento soberano,
que en la frente del hombre reverbera
como diadema del linaje humano!

¿Qué ha sido de la espada,
qué ha sido del poder y de la gloria
con que la España deslumbró la historia
al pisar en la América ignorada?
¡Lo que fué de la estela
que en las olas del mar dejó el sendero
de la audaz carabela
que guió de Colón la fe cristiana!
¡Sólo quedó la cruz del Misionero
abrazando la tierra americana!

Con júbilo profundo
lo ve la mente que la ciencia absorbe,
lo escucha el alma en su esperanza tierna:
todo pasa en el mundo,
todo cambia en los ámbitos del orbe:
¡la Cruz sólo es eterna!

. . . .

Hombre mortal que brillas
en la aureola de Dios como una estrella,

¡yo soy el *Fraile* que en tu burla humillas,
yo levanto la Cruz... yo muero en ella!...
Yo soy su misionero,
yo soy su combatiente solitario;
¡todas las sendas sobre el mundo entero
son para mí la senda del Calvario!

Soy el hijo proscrito
de la familia humana,
¡el hogar de la paz y la alegría
se cierra para siempre al alma mía,
que ata el lazo bendito
que el padre al hijo ligará mañana!

En la cuna inocente
donde tú ensayas tu primer respiro,
pongo el sello de Dios sobre tu frente;
y en el lecho doliente
donde exhalas el último suspiro
de la vida precaria,
¡yo aliento tu partida,
te enseño el rumbo de la eterna vida
y te levanto al cielo en mi plegaria!

Cuando tu pecho late
bajo la noble cota del soldado,
yo te sigo á la brecha del combate
con la sandalia de mi pie llagado;
y entre el humo y la sangre y la metralla
que ocultan á los cielos tus despojos,
¡te hago besar la Cruz en la batalla
y te cierro los ojos!

Y yo también en la existencia triste
¡soy soldado de Cristo sobre el mundo!...

Bajo la saya que mi cuerpo viste
llevo el arma divina,
llevo la Cruz sagrada
que las tribus caribes ilumina:
¡la Cruz, más poderosa que la Espada!

La Cruz, que guarda en el hogar paterno
la fe sublime en que tu amor reposa;
la Cruz, donde repite el niño tierno
la oración de la madre y de la esposa;
¡la Cruz, que en el regazo
de la sagrada tierra
que las cenizas de tu padre encierra,
cubre tus hijos con su eterno abrazo!

Cuando las hordas bárbaras rugieron
y á la sombra de Atila se lanzaron
y á la espantada Europa sorprendieron
y entre sus propias ruinas la abismaron,
el *Fraile* moribundo
hasta en las Catacumbas perseguido,
salvó en las Catacumbas escondido
el progreso del mundo:
¡la ciencia, el arte, la verdad, la historia,
la civilización, que alza en su huella
el hombre hasta la gloria,
al resurgir la Cruz renació en ella!

¿Qué fué un tiempo tu mansión paterna,
qué fué el hogar donde tu amor sonríe,
qué fué tu patria entera
donde hoy sus pasos el progreso estampa?...
Antes de alzar mi cruz, ¿sabes lo que era?
¡El salvaje desierto de la Pampa!

¡Yo caigo en él! ¡Soy el primer cristiano
que recibe del bárbaro la flecha,

y abre en sus hordas la primera brecha
al pensamiento humano!
¡Y sobre el rastro de la sangre mía
con que el desierto indómito fecundo,
tiende la libertad la férrea vía
por donde cruza el porvenir del mundo!

¡Yo caigo en él! ¿Qué pierdo
en la vida de glorias rodeada
cuando la muerte mi pupila cierra?...
¿Qué puede sollozar en mi recuerdo?
¡El pedazo de piedra
que me sirvió de almohada,
y el mendrugo de pan con que la tierra
alimentó mi paso en mi jornada!

¡Sobre la huesa mía
en el mundo feliz, sólo un lamento
viene á llorar bajo la noche umbría...
el gemido del viento!

Caigo bajo la Cruz con que combato
por la gloria del hombre eternamente...
Y ahora, mundo ateo, mundo ingrato,
¡escúpeme en la frente!

Trova

(Del poema *Lázaro*)

El hondo pesar que siento
y ya el alma me desgarra
solloza en esta guitarra
y está llorando en mi acento:

como es mi propio tormento
fuente de mi inspiración,
cada pie de la canción
lleva del alma un pedazo
y en cada nota que enlazo
se me arranca el corazón.

Te ví y aunque no sentiste,
en mi corazón te amé
con esa profunda fe
que hay sólo en un alma triste:
tú en un palacio naciste,
yo en un desierto nací,
y aunque en el alma sentí
fuerzas para alzarme al cielo,
el hombre cortó mi vuelo
y hasta el infierno caí.

La estrella de mi destino
—no importa - un rayo lanzaba
que á disipar alcanzaba
las brumas de mi camino:
Ya ese rayo mortecino
para siempre se apagó
y sólo á alumbrar sirvió
esta eterna noche impía
cuando en tu alma, la mía
también el desprecio halló.

Como fiera perseguida
piso una senda de abrojos,
sin sueño para mis ojos
ni venda para mi herida,
sin descanso, ni guarida,
ni esperanza, ni piedad,
y en fúnebre soledad,

á mi dolor amarrado,
voy á la muerte arrastrado,
por mi propia tempestad.

El cielo me ha maldecido;
el mundo me ha despreciado,
¡dónde, sin verme acosado,
sentaré el pie dolorido!...
¡No hay recuerdo, no hay olvido
para engañar mi aflicción,
sólo hay desesperación
para mí en el mundo ajeno...
Yo mismo huyo, de horror lleno,
de mi propio corazón.

Dedicatoria

(Del poema *Lázaro)*

Cuando en la noche de sombría calma
me despierta el sollozo á mi quebranto,
mi arpa pulso y, á su acorde, canto
para engañar la soledad del alma.

Temo que en mi vigilia hasta la aurora
me arrastre la aflicción á la locura,
si hundido en el recuerdo y la amargura
me abandono al pesar que me devora.

Así fué que arrullando mi memoria
con la voz de mis cantos fugitivos,
llené para tus ojos pensativos,
las páginas sombrías de esta historia.

¡Oh! para ti, no más!—por eso en ella
el pesar de mi alma se ha volcado,
la desesperación que la ha cruzado
con tan rasgada y dolorosa huella;

aquel profundo hastío de la vida
que todo el cielo á obscurecer alcanza,
cuando por fin la última esperanza
se desprende del alma estremecida;

aquel inconmovible abatimiento
que pesa sobre el alma como un mundo,
aquel salvaje vértigo profundo
que envuelve la razón y el sentimiento;

¡Oh! la desgracia de la vida entera
que cruza el corazón como una espada,
—el corazón misántropo—que nada
busca en el mundo ni del mundo espera.

¡Nada!—vuelve tus ojos á las huellas
que parten á la gloria y la fortuna,
y no hallarás perdida entre ninguna
la estampa de mis pies cruzando en ellas.

¡Nada!—que yo no encuentro sensaciones
donde los otros en su afán se agitan,
donde las fuerzas de su alma excitan
Buscando desengaños ó ilusiones.

Yo no parto su gloria, su riqueza,
su dicha, sus pesares ni su hastío
á cambio solamente de que el mío
no vengan á turbar con su franqueza.

Nunca habrás visto blanquear mi frente
cuando tus ojos con afán vagaron

y de extremo en extremo la buscaron
entre las oleadas de la gente.

Yo vivo en el hogar de mi destierro,
sin misión sobre el mundo en mi caída;
solo, con la desgracia de la vida,
entre mi propio corazón me encierro.

Ya ves entonces que el afán de gloria
no ha llenado mi libro con mi canto,
que es ya en el mundo para mí su encanto
como un jirón de miserable escoria.

Canto, porque en mis sueños de desvelo
se engañan mi recuerdo y mi amargura;
para robar mi alma á la locura
que se agita en el fondo de mi duelo.

Canto, para que sepas que en mi frente
no se rebulle el alma de un idiota,
aunque vencida y agobiada y rota
se abisma en su ansiedad tan hondamente.

Canto, para enseñarte que en la tierra
crecen dolores que el amor no calma,
por más que en ese amor que arrulla el alma
su única ambición el alma encierra.

¿Y no penetras la mortal congoja
que tu recuerdo mismo me envenena,
y vertiendo el horror de que está llena
verso por verso va y hoja por hoja?

¡El peso de un fatal remordimiento!
—Esta espantosa llaga de mi vida,

que en lo más hondo de mi ser caída
hace de mi conciencia su alimento, —

nada ya de mi espíritu agitado
disipará esta sombra de la muerte:—
el golpe irremediable de la suerte,
que me apartó por siempre de tu lado!

Deja que huya entonces de mí mismo
para arrancarme del pesar eterno:
el más cruel demonio del infierno
vive de mi memoria en el abismo.

¡Deja que cante!—Si nací poeta,
arrullaré tu sueño desolado:
guarda estas tristes flores que he arrancado
del roto corazón, grieta por grieta.

Y vale más que en mi dolor profundo
pueda mecer mi pena el canto mío,
¡ah! ¡qué sino, para engañar mi hastío,
qué me da ya sin tu recuerdo el mundo!

Lágrima

Angel de mi terrestre paraíso,
estrella de mi noche funeraria,
arrullo de mi sueño desolado,
música de las selvas de mi patria,
tórtola triste
como una lágrima,
sombra de mi reposo,
¿adónde va tu alma sin mi alma?

Vibración de mi espíritu, armonioso
impulso de mi carne fatigada,
atmósfera celeste de mi vida,
rumbo de mi existencia solitaria,
mitad errante
de mi esperanza,
ya no te ven mis ojos.
¡*Allí* quedó tu alma sin mi alma!

Patria de mis risueñas ilusiones
pupila de mis ojos arrancada,
caricias de mi madre enternecida
descanso ¡ay! de la feroz batalla
templo caído
de mi plegaria,
en la tierra, en el cielo,
¿ádónde irá tu alma sin mi alma?

Muda como los cráneos de la fosa,
sola como el desierto de la pampa,
mustia como los sauces del sepulcro,
triste como la última mirada,
como un sollozo,
como una lágrima,
¿así quedó tu alma sin la mía?
¡Así quedó mi alma sin tu alma!

Gutiérrez, Juan María

A mi caballo

Rey de los llanos de la patria mía,
mi tostado alazán, ¿quién me volviera
tu fiel y generosa compañía
y tu mirada inteligente y fiera?
¿Has llorado por mí, cuando otra mano
limpia el polvo á la crín de tus melenas?
¿Recibes las caricias siempre ufano,
adviertes, alazán, que son ajenas?
Tu pobre dueño, errante, vagabundo,
tan sólo de recuerdos ha vivido,
y en todos los caminos de este mundo
la imagen de la Patria le ha seguido.
Patria es amor, es entusiasmo, es gloria,
es el aliento de la vida humana,
la constante visión de la memoria,
el sueño de la noche y la mañana.
Tú mismo, el cuello de dolor doblado,
la nativa llanura abandonaste,
y el lago cristalino y azulado
en el rico pesebre recordaste.
¡Es tan hermoso el cielo! ¡Son tan bellos
los astros que en el Plata se reflejan!
Con renegridos ojos y cabellos,
esclavo el corazón sus hijas dejan.

Crecen allí las flores y las mieses
sin el cansancio de la frente humana,
y señala el camino de los meses
fruto sabroso que perfume emana...
¿Te acuerdas, mi alazán, de aquella aurora
cuando llegando á la ventana mía,
hallaste mi cabeza indagadora
ante el libro doblada que mentía?
Ya del Oriente el resplandor velaba
del lucero de amor la mustia lumbre,
y la aromada brisa que reinaba,
el pecho me llenó de mansedumbre.
Un no sé qué sentí; como incompleto
mi ser me pareció: tendí los brazos,
y sólo sombras y silencio quieto
halló mi corazón hecho pedazos.
Era el amor, la luz de la existencia,
que en mi inocente corazón nacía,
y á mi joven incauta inexperiencia
placeres y deleites prometía.
¡Placer! ¡Deleite! Espinas y dolores
sólo encontré, cuando clavé los ojos
en los de una mujer, tan seductores,
que alfombra hizo á su pie de mis despojos.
¡Oh! yo la amé cual se ama la primera,
la vez primera que el amor sentimos,
cuando está el corazón en primavera,
y al sol de las pasiones nos abrimos.
La idolatré y hasta la estampa leve
besé de sus pisadas vagorosas
sobre la hierba de la senda breve,
formada de jazmines y de rosas;
y en el aroma de mi patrio río
cuando ella entre las bellas argentinas,
en las auroras dulces del estío
se bañaba en las ondas cristalinas.

Tú, mi alazán, amigo fiel ausente
más de una vez has inundado el seno
de otro alazán fogoso y diligente,
con la argentada espuma de tu freno.
Tus huellas á las suyas confundidas
se vieron muchas veces en la arena,
cuando en voces del alma desprendidas
conversaba de amor con mi morena.
Tú conocías como yo el sendero
por mi amada en los campos preferido,
y el paso redoblabas placentero
de mi impaciente látigo al chasquido.
Más de una vez, desde tu inquieta espalda
de flores despobié la enredadera
para adornar su sien de una guirnalda
que jugase en su negra cabellera.
Tú entre las calles de mi patria hallabas
puesto ya el sol, su calle y su ventana
é inclinando la frente te parabas
ante la que era el sol de mi mañana.
¡Todo pasó! Del pobre desterrado,
en el variable pecho de la bella,
no hay ni un recuerdo del amor pasado,
ni en sus paternos campos una huella.

La bandera de Mayo

Al cielo arrebataron nuestros gigantes padres
el blanco y el celeste de nuestro pabellón,
por eso en las regiones de la victoria ondea
ese hijo de los cielos que no degeneró.

Cual águila en acecho se alza sobre el mundo
para saber qué pueblos necesitaban de él;

y llanos y montañas atravesando y ríos
la libertad clavaba donde clavaba el pie.

Del cóndor de los Andes las alas no pudieron
seguir en sus victorias al pabellón azul;
ni la pupila impávida del águila un momento
pudo mirar de frente su inextinguible luz.

¡Alcemos sus colores con vanidad, hermanos!
de nuestra gran familia el apellido es él;
dos bandos fratricidas le llevan en sus lanzas,
mañana en torno suyo se abrazarán también.

Hogaño et antaño

(En tiempo de la tiranía de Rosas)

Las cosas de hogaño me causan grant pena;
por ende en la fabla y en trova de Mena
mi pénnola quiere sus cuitas decir.
Vocablo vetusto, guisado, sabrido,
con nuestras usanzas es bien avenido
ansí que tres picos con luengo espadín.

Garridos et apuestos coidanse donzeles
de agora, gayados de mil oropeles
de bajo quilate, menguado valer.
Et solo en las farsas de Carnestolendas
las nuestras casacas asaz reverendas,
gregüesco et coleta se suelen meter.

El seso fuscado les ha las novelas
que allegan de estranjis esas caravelas
que otro si la villa truecan en Babel.

Germano apellidan á todo extranjero,
nin paran las mientes si es noble ó pechero,
que en siendo de allende se pagan de él.

Ansi de las Galias et de Ingalaterra
los fijos osados nos facen la guerra,
non ya con mosquetes, con arma peor.
En libros polidos de gaya semblanza,
con frasis polida que cualquier alcanza,
sus artes asconden con grande primor.

Enantes folgaban garzones crecidos
volando cometas, et hogaño engreídos
cobdician ser sabios como homes de pro.
Enantes oraban la su letanía
et non se curaban de filosofía,
ca non eso atañe que al preste de Dios.

¡Por ende en usanzas qué grant trocamiento!
El mundo avecina del su finamiento,
la villa semeja mansión de Luzbel.
Si en las sus fachadas se paran las mientes,
guarnidas veránse de enseñas pendientes
con luengo letrero labrado á pincel.

De Francia los sastres et las confituras,
atristan y apenan las gentes maduras
que los sus doblones saben recatar.
Sorber chocolate se tiene á grand mengua,
aplacen las viandas que escuecen la lengua,
¡malditos brebajes que son rejalgar!

El muro almenado et regios torreones
derriban sin tino, é enalzan pendones
de azur et de blanco do meten al sol.

Muy grand malquerencia tienen á los reyes,
sabidos se tienen en facer las leyes.
¡Grand desapostura et grand sinrazón!

Con fuertes galeras et peon et caballo,
al Cid de grand cuenta entienden domallo,
que judga en la villa de allende la mar.
Que diz que es torcido el su mandamiento,
que á los sus vasallos lleva á perdimiento,
por ende le quieren ferir é matar.

Et non es ansina, que á tal rico-home
juntar el ditado de bueno á su nome
por las sus pramáticas merece endemás.
A todo el que fabla le mete en picota,
et pone mordaza, et empotra et azota,
ansí que facían los reyes atrás.

Don Cristo le meta por buen derecero
et ponga en sus mientes acuerdo certero
et allegue su armada á nos redimir.—
Placiente al miralla serános su enseña,
ca entonce la vida será falagüeña,
et el siglo de antaño tornará á lucir.



Carlos Guido Spano

Guido y Spano, Carlos

¡Adelante!

¡Ea, muchachos, es la aurora! ¡arriba!
tomad el hacha y el martillo, y vamos;
si como ayer tenaces trabajamos,
el monte derribado caerá.
Alcemos con sus troncos nuestras casas,
asilo de la enérgica pobreza;
donde creció el jaral y la maleza,
la viña lujuriante medrará.

Que el muelle cortesano la fortuna
busque adulando á su señor adusto,
el torpe corazón siempre con susto
de perder de su afán el fruto vil.
Mientras él siembra el odio y la cizaña,
nuestras robustas manos siembren trigo;
mientras ve en cada hombre un enemigo,
amémonos con pecho varonil.

El vínculo sagrado que nos une,
se apretará con la honradez probada;
¡Sús, al combate! á la conquista ansiada
del trabajo fecundo en la legión.

¡Victoria al más intrépido! bizarro,
sus pensamientos en la patria fijos,
ese llegue á tener hermosos hijos,
hombres libres, de limpio corazón.

La gran naturaleza nos invita
á su festín suntuoso; seamos parcos,
y al repasar por sus triunfales arcos,
la libertad nos guíe con su luz:
bajo su influjo bienhechor, la dicha,
la paz y la abundancia nos esperan;
á los valientes que en la lucha mueran,
un recuerdo, una palma y una cruz!

No desmayéis, conscriptos del progreso:
rasgue el arado el seno de la tierra,
guerra á la incuria, á la ignorancia guerra,
amor á Dios, respeto por la ley.
Diques al mar pongamos, freno al vicio,
allanemos la ríspida montaña,
y sea nuestro orgullo y noble hazaña
en cada ciudadano ver un rey.

Así avancemos como un haz; la ruta
nos la haga más liviana al noble canto
del poeta; las artes con su encanto
á nuestro rudo afán den galardón;
busquemos la gran patria en que los hombres
se reconozcan prósperos y hermanos,
invitando á los pueblos soberanos
á seguir de los libres el pendón.

Y dulce será ver en nuestros lares
de la jornada al fin, todos reunidos,
á los seres amables y queridos
que ennobleció el trabajo y la virtud,—

recordando los triunfos del pasado
en las largas veladas del invierno,
ó elevando sus preces al Eterno
que nos da la Esperanza la salud!

A mi hija

Tengo en el valle de la vida un lirio:
mi dulce hija. Placidez, candor,
luz en la noche acerba del martirio,
perla del mar en que se hundió mi amor.

Su nombre es armonía. Todo en ella
gentileza, ternura, suavidad:
destello azul de mi eclipsada estrella
que reflejó otro mundo y otra edad.

Color de bronce antiguo es su caballo;
de las espigas en sazón, la tez;
el talle de Polimnia, erguido el cuello,
dátil nuevo de Smirna es su esbeltez.

Su labio carmesí destila el zumo
de la fresca granada, y es su andar
gracïoso y ligero como el humo
de los perfumes suaves del altar.

Dicen sus grandes ojos inocencia;
su frente, inspiración; y es tanto así
que de ella emana la divina esencia
del estro bullidor surgente en mí.

Dina y Raquel llamáranla su hermana;
la clara fuente, ninfa; el campo, flor;
yo, de mi huerto la primer manzana,
de mi selva salvaje el ruiseñor.

Parece que su mente siempre al cielo
levanta, y se arrobase en contemplar
las azuladas cumbres del Carmelo
ó la profunda inmensidad del mar.

A su lado el espíritu se eleva
y se aspira el olor de la virtud,
mi vida en ondas mansas se renueva
remontando á la noble juventud.

Si envuelta entre sus velos la contemplo,
me aparecen las vírgenes de Sión
cruzando con sus lámparas el templo,
palpitante en los labios la oración.

Y cuando fina á recibirme avanza,
la imagino en su tierna languidez
el ángel soñador de la esperanza
que me sonrió en la tierra alguna vez.

De sus caricias el tesoro es mío;
ella mi lira de marfil templó,
y con rosas fragantes del estío
mis nevados cabellos coronó.

¡Si la viese hoy la madre! ¡Quién podría
su júbilo, su gloria traducir!
¡Oh mi muerta adorada!... ¡Oh mi Sofía!...
¿Por qué tan sola te dejé partir?...

La que mimara infante, es virgen pura
coronada de mirto y azahar.

Mirra escogida, incienso de la altura,
en mi zozobra oriente y luminar...

Busqué la playa y encontré el desierto,
las arenas quemáronme los pies:
marcho al azar de mi destino incierto,
sin hoy y sin mañana y sin después.

Ven, hija, ven, que el templo está derruido;
sus columnas tumbara el vendaval.
Salva el fuego sagrado allí encendido
por un amor que se sintió inmortal.

Arca viva, tus rumbos en la sombra,
custodio de tu dicha, seguiré.
La campiña á tu paso es verde alfombra,
contigo en claras linfas beberé.

El tronco aislado te dará su arrimo,
aun hay murmullos en la agreste vid.
Yo el pámpano incoloro, tú el racimo.
¡Aves del cielo, céfiros, venid!

El hálito vital de tu alborada
refresque puro, halagador mi sien.
Tú empiezas, yo termino la jornada:
¡Dios te conduzca al suspirado edén!

Lafinur, Juan C.

Canto elegiaco

Á LA MUERTE DEL GENERAL DON MANUEL BELGRANO

¿Por qué tiembla el sepulcro, y desquiciadas
Sus sempiternas losas de repente,
Al pálido brillar de las antorchas
Los justos y la tierra se conmueven?
El luto se derrama por el suelo,
Al ángel entregado de la muerte,
Que á la virtud persigue: ella medrosa
Al túmulo volóse para siempre.
Que el campeón ya no muestra el rostro altivo
Fatal á los tiranos, ni la hueste
Repite de la *Patria* el sacro nombre,
Decreto de victoria tantas veces.

Hoy, enlutado su pendón y al eco
Del clarín angustiado, el paso tiende,
Y lo embarga el dolor: ¡dolor terrible
Que el llanto asoma so la faz del héroe!...
Y el lamento responde pavoroso:
Murió Belgrano, ¡oh Dios! ¡así sucede
La tumba al carro, el *ay* doliente al *viva*,
La pálida azucena á los laureles!

¡Hoja efímera cae! ¡tal resististe
Al Noto embravecido y sus vaivenes!
La tierra fría cobra sus despojos
Que abarcará por siempre; mas no puede,
Campeón ilustre, atleta esclarecido,
La mano que te roba hollar las leyes
Que el corazón conoce; el jaspe eterno
Tu nombre mostrará á los descendientes
De la generación que te lamenta.
La patria desolada el cuello tiende
Al puñal parricida que la amaga
En anárquico horror: la ambición prende
En los ánimos grandes, y la copa
Da la venganza al miedo diligente.
Aun de Temis el ínclito santuario
Profanado y sin brillo: el inocente,
El inocente pueblo, ilustre un día,
Á la angustia entregado: el combatiente,
Sus heridas inútiles llorando,
Escapa al atambor: el país se enciende
En guerra asoladora, que lo ayerma:
Asoma la miseria, pues que cede
La espiga al pie feroz que la quebranta.
¿Y ora faltas, Belgrano?... Así la muerte,
Y el crimen, y el destino de consuno
Deshacen la obra santa, que torrentes
Vale de sangre, y siglos mil de gloria,
¡Y diez años de afán!... ¡Todo se pierde!
Tu celo, tu virtud, tu arte, tu genio,
Tu nombre, en fin, que todo lo comprende,
Flores fueron un día, marchitólas
La nieve del sepulcro. Así os lamente
La legión que á la gloria condujiste:
Con tu ejemplo inmortal probó el deleite,
La magia del honor, y con destreza
Amar le hicisteis el tesón perenne,

La hambre angustiadora, el frío agudo...
Suspende, ¡oh musa! y al dolor concede
Una mísera tregua. Yo lo he visto
Al soldado acorrer que desfallece,
Y abrazarlo, cubrirlo y consolarlo.
Ora rayo de Marte se desprende,
Y al combate amenaza, y triunfa, y luego...
¿Qué más hacer?... El desairar la suerte...
Y ser grande por sí: esta no es gloria
Del común de los héroes, él la ofrece
En pro de los rendidos, que perdona.
Ora al genio se presta, y lo engrandece:
Corre la juventud, y á la natura
Espía en sus arcanos, la sorprende,
Y en sus almas revienta de antemano
El germen de las glorias. ¡Oh! ¿quién puede
Describir su piedad inmaculada,
Su corazón de fuego, su ferviente
Anhelo por el bien? Sólo á ti es dado,
Historia de los hombres: á ti, que eres
La maestra de los tiempos: la arca de oro
De los hechos ilustres de mi héroe
En ti se deposita: recogedla
Y al mundo dadla en signos indelebles.
Y vos, sombras preciosas de Balcarce,
De Olivera, Colet, Martínez, Vélez,
Ved vuestro general, ya es con vosotros,
Abri·lle el templo, que os mostró valiente.
¡Tucumán! ¡Salta! ¡pueblos generosos!
Al héroe de febrero y de setiembre
Alzad el postrer himno; mas vosotras,
Vírgenes tiernas, que otra vez sus sienes
Coronásteis de flores, id á la urna,
Y deponed con ansia reverente
El apenado lirio: émulo hacedlo
De los mármoles, bronces y cipreses.

Lamarque, Adolfo

Canto de guerra de los querandíes

I

¡Del Paraná señores, el llano sin fronteras,
vagar queremos libres! Las armas extranjeras
nunca han llegado aquí!
La no domada tribu valor y fe atesora,
y fuerte nuestro brazo, arroja silbadora
la flecha querandí!

II

Otra arma, de su flanco el Querandí desata,
¡que como el viento vuela, que como el rayo mata:
la bola Querandí!
No hay tribu que como ésta enderezarle sepa;
es arma querandiana: sn patria es la ancha estepa
del Tubichá miní!

III

Son nuestros esos llanos do caben mil naciones
de pajonal cubiertos, que hermosas brillazones
transforman en un mar;

son nuestros esos lagos que alternan con las lomas,
do cisnes y flamencos y garzas y palomas
se miran juguetear.

IV

¡Los médanos son nuestros do el águila se posa,
la copa de las palmas, la arena deliciosa,
la sombra del ombú;
de la calandria el canto que el ánimo enagena,
el seibo de flor roja, los prados de verbena,
las ondas del Guazú!

V

¡Para alcanzar el término de larga travesía
los aires y los llanos nos dan su cacería,
su pesca el río-mar;
y libres recorremos después de la batalla
en campo de victoria y nuestra sed acalla
la sangre del jaguar!

VI

¡Que vengan los que quieran probar nuestra bravura!
¡cual huracán rugiente que arrasa la llanura
sobre ellos no tendrán!
Se place en la pelea el Querandí guerrero
y con valor se bate, porque no teme fiero
ni el trueno de Tupán!

VII

¡Que crucen en sus naves el Paraná anchuroso!...
al abordaje intrépido del Querandí animoso,
su audacia pagarán!
Que asienten en un plano del llano sus moradas!
¡Cual *quemazón* que agita mil ondas inflamadas,
ardiendo las verán!

VIII

Vencido el enemigo querrá escapar en vano:
nosotros alcanzamos la gama que en el llano
va huyendo hasta el confín:
vencido el enemigo, su anonadada empresa
ejemplo será al mundo; su lívida cabeza
será nuestro botín!

IX

Si vienen como hermanos, con ellos gozaremos
de un cielo siempre puro; con ellos libaremos
en paz el *abatí*.
Si guerra quieren... ¡guerra! de asalto y emboscada
¡tal vez será destruída... mas nunca esclavizada
la tribu Querandí!

A ella

Cuando la luz se aleja del espirante día,
no llega repentina la densa obscuridad:
crepúsculo se llama la amiga misteriosa
del luto que se acerca y el astro que se va.

Cuando los fríos cesan del riguroso invierno,
no nos envuelve ardiente la túnica estival;
la primavera entreabre su búcaro de flores
al hielo que nos deja y al fuego que vendrá.

Cuando las altas olas del piélago agitado
arroja hasta las peñas el recio vendaval,
la arena de la playa parece que eslabona
lo duro de la roca, lo blando de la mar.

Doquiera que dirijas, hermosa, tu mirada,
de bruscas transiciones el cuadro no verás;
así, nunca se chocan el día con la noche,
el frío con el fuego, las peñas con el mar.

Si alguna vez, mi vida, te cansas de quererme
y en ese horrible día te voy á acariciar,
¡no me huyas y desdeñes!.. ¡Que la mortal herida
no vaya á abrir, salvaje, de golpe tu puñal!

Yo regaré tu huella de lágrimas y flores;
te ofreceré la palma de mi pasión tenaz;

y si un instante me oyes, has de escuchar palabras
á cuyos tiernos ecos tu amor despertará. .

Así podré á lo menos de la extinguida llama
con el fulgor postrero mi ruta iluminar:
el adorado beso de tus perjuros labios
separará suave mi dicha de mi afán.

Y aunque á la cima llegue más bella de la tierra,
de tu recuerdo el fuego mi sien abrasará,
y cuando yerto caiga, sobre mi losa fría,
una invisible mano tu nombre ha de grabar.

Lamberti, A.

A Juanita del Castillo y Quesada

Gentil y hermosa, dijo que eras Montes,
el bardo ya glorioso que te adora,
y es, dijo, con mirada pensadora,
esplendor de mis nuevos horizontes.

¡Ví la novia! las horas de alegría,
el amor en coloquio con el cielo,
el alma que ha escuchado en su desvelo
canto de alondras al venir el día!

Y mi trova volando á tus altares
vibró en la noche límpida y desierta;
y los viejos naranjos de mi huerta
abrieron temblorosos sus azahares.

López y Planes, Vicente

En la victoria de Maipo

¡Oh! ¡Si hoy mi poderío
la esfera de mis votos igualase
para cantar el belicoso brío
de la legión maipuana
que hundió en el polvo la soberbia hispana!

De Homero tomaría
de Pindaro, de Horacio y del Mantuano
aquel estro, grandeza y armonía,
que á los siglos quebrantan,
y siempre el alma con su magia encantan.

De Euridice al esposo
la deliciosa voz demandaría.
El mismo Apolo su eco victorioso
me daría con gusto,
que siempre ha sido con los héroes justo.

Después, al rutilante
carro del sol con majestad subiendo
de la cordura y rectitud amante—
cual Faetón no fuera,
principiaría la inmortal carrera...

Por delante la Aurora,
más graciosa, más cándida, más bella
que en el cielo jamás se vió hasta ahora
las puertas me abriría
y el camino de rosas sembraría.

Los pueblos del Oriente,
admirados quedando al presentarse
fenómeno tan raro y esplendente,
corriendo á las alturas
dejarían talleres y culturas.

Y entre tanto ocupando
del grande Tauro el hiperbóreo alcázar
y el humilde horizonte atrás dejando
con ráfagas de lumbre
más vistosas brillara que es costumbre.

Mi manto al desplegarse
deliciosos poemas sembraría,
que al leerse por el mundo y meditarse,
de Maipo la victoria
perpetuasen del mundo en la memoria.

El cénit más cercano
y ya a la vista general la noche.
Entonara mi canto sobrehumano:
melodiosos torrentes
moverían las piedras y las gentes.

¡Oh Patria! Tú serías
de mis loores el sublime objeto:
tu pasmosa constancia en tantos días
de apremio y de fatiga
con que incansable el español te hostiga.

Solitaria en la lucha
cual si no hubiera pueblos generosos,
nadie en el mundo tu clamor escucha;
todos te dejan sola
en brazos de la cólera española.

Audaz sobre la arena
vertiendo sangre y en sudor bañada
con la mano de truenos y rayos llena,
luchas con tus rivales,
y venciendo enriqueces tus anales.

Mas tu riesgo no cesa
que en sus pérdidas mismas recobrado,
el tirano otra vez la lid empieza,
y te arrostra atrevido,
como si vencedor hubiera sido.

Tus fuerzas desfallecen:
¡tanta sangre preciosa has derramado!
¡Ah! Tus conflictos á la par acrecen
mil monstruos parricidas
que remueven atroces tus heridas.

Mas, San Martín, ese hijo
que en sus favores te ha donado el cielo
para colmo de gloria y regocijo,
se arroja á la palestra
y arma en tu auxilio la robusta diestra.

A la hidra que vomita
por millares de bocas cruda muerte,
el hercúleo campeón se precipita,
su gran maza levanta
y la tiende mortal bajo su planta.

Así fué la jornada
de las célebres márgenes del Maipo
en donde fu ste ¡oh patria! coronada
de lauro inmarcesible
por San Martín y su legión terrible.

¡Gloria á tantos varones
que á los más grandes en la guerra igualan,
y los vencen en muchas proporciones!
En igual circunstancia
no hubo mayor destreza, ardor, constancia.

Aquesto por extenso
con majestuoso acento cantaría,
y asombrado al oirme el orbe inmenso,
prorrumpiera cantando
América y sus bravos alabando.

Después celebraría
tu rico suelo que llenó Natura
de dones abundosos á porfía:
suelo privilegiado
para asilo del mundo destinado.

Y la crueldad ibera
también diría, que en cruenta lucha
arrebatar á todo el orbe espera
este terreno amigo
donde todo extranjero tiene abrigo.

Y votos muy ardientes
por doquier hasta el cielo subirían,
deseando gloria á los independientes,
y paz pronta y durable
que á la España negar no sea dable.

Paz que á todos ofrezca
el mercado más fácil y abundante;
á cuya sombra la opulencia crezca,
y nazcan relaciones
que hagan felices todas las naciones.

Yo, entretanto, gozoso
bajaría el gran carro al horizonte,
y celajes de un gusto primoroso
pondrían fin al día
que te ofrecen mis votos, patria mía.

Luca, Esteban de

Canto lírico á la libertad de Lima

(FRAGMENTOS)

No es dado á los tiranos
eterno hacer su tenebroso imperio
sobre el globo infeliz, llevando insanos
á doquier el terror, el llanto, el duelo,
la viudez y orfandad: en vano el trono
ven con ardiente celo
guardar á los ministros de su furia;
en vano fieros desde el alto asiento
de su injusto poder, miran los males
de pueblos oprimidos, y obedientes
por largo espacio al ímpetu violento
de su cruel ambición: ya las señales
de su ruina y oprobio están presentes:
llega por fin èl día en que hasta el polvo
su soberbia humillada
será de las naciones execrada.

. . . .

Cuando allá de los altos Pirineos
hasta el soberbio muro gaditano,
los brillantes trofeos
las águilas francesas anunciaban
del César más altivo, heroicos gritos

por todo el nuevo mundo resonaban
contra la antigua España y sus decretos,
que del colono con la sangre escritos,
á eterna esclavitud lo condenaban.
Diez años á los hijos de Colombia
sobre los montes y tendidos llanos,
vió el sol entre fatiga
y muerte y destrucción, la horrenda liga
combatir de los bárbaros tiranos,
invocar de la patria el santo nombre,
y constantes y fieles
su vida consagrarle y sus laureles.

Mas súbito, al estruendo formidable
y confuso clamor, alto silencio
se sigue, comparable
al que vemos reinar en el Océano,
cuando ya cesa el aquilón furioso
de agitarlo y bramar; cuando sus aguas
blandamente del céfiro movidas,
calma dan y reposo
á las almas de espanto confundidas;
silencio majestuoso,
que á la opulenta Lima ya cercano
San Martín interrumpe cuando clama:
INDEPENDENCIA AL SUELO AMERICANO.

Oye el atroz tirano
este augusto decreto del Eterno
con profundo terror: el negro averno
abierto ve á sus pies, cual otras veces
al oir la voz del trueno retumbante
que la acusa de crímenes horrendos.

¡Oh gloria! San Martín ya entra triunfante
á la gran capital, donde reinaba

el sangriento poder, la vil codicia,
que á ejemplo de Pizarro devoraba
al visir orgulloso;
aquí los fieros déspotas viviendo
tres siglos en deleite escandaloso,
la miserable suerte
del colono un momento no aliviaron,
y á servidumbre y muerte,
gozándose en el mal, lo condenaron.

Al frente de las huestes de la Patria
Marcha la LIBERTAD, hermosa brilla,
y augusta la RAZÓN: ¡glorioso día!
ya disipan sus rayos luminosos
la noche del error que antes cubría
con un velo fatal los espantosos
designios del tirano:
ya en toda Lima el himno soberano
de LIBERTAD resuena;
ya rota la cadena
de amarga esclavitud, canta las glorias
del grande capitán; ya los clamores
de un pueblo agradecido, las victorias
publican de los libres:
¡LIBERTAD! ¡LIBERTAD! sublime acento
que lleva el eco desde el hondo valle
á los montes más altos y fragosos,
y repiten los mares procelosos.

. . . .

Cese, pues, gran Colombia,
el compasivo llanto que derramas
sobre las tumbas de tus caros hijos,
que vibrando su espada,
del Septentrion al Sur por ti murieron;
tus ojos, largo tiempo encadenada,

harto llanto vertieron:
hoy, libre de opresión, en ellos brilla
la más dulce alegría;
los himnos oye, con que te saludan
de un polo al otro polo tus guerreros
en tan dichoso día.
Ved cómo, vencedores del tirano,
levantan á porfía
altares á tu nombre soberano.
Á ti, Patria querida, han consagrado
el Código sublime
de nuevas sabias leyes que han formado.
Ellas fruto sagrado
son de virtud y sangre generosa,
con que la faz de tu hemisferio hermosa
en lides mil y mil enrojecieron,
cuando de esclavitud te redimieron.

En tu fecundo suelo
crecerá majestuoso
de libertad el árbol sacrosanto;
sobre los montes alzará su frente,
y sus ramas pomposas
cubrirán el más vasto continente.
Sí, que el día ha llegado
en que el antiguo déspota humillado
en su rabia inhumana,
los hombres todos de diversos climas
den aumento á la gente americana.

Ya tus altos destinos
se pronuncian, oh Patria, en los consejos
de tus sabios varones:
tus fieles hijos todas las regiones
pueden ya visitar, no, no está lejos
el día en que los libres de Occidente

que habitan en tu imperio,
lleven al Indo y Ganges caudalosos,
sus frutos y tesoros más preciosos.
Por más breve, más próspero camino
sus naves llegarán al Golfo indiano,
no como el lusitano (1),
cuando en el Tormentorio navegaba,
y el furor de sus ondas afrontaba.

Ya no podréis jamás, crueles tiranos,
tanta dicha estorbar, que el cielo envía
á la angustiada tierra;
ni la superstición, ni el fiero orgullo,
que en vuestros pechos de crueldad se encierra,
renovarán nuestros pasados males.
¡Feliz posteridad! De vuestros bienes
hoy nos da la razón claras señales:
¡Mi mente, al contemplarlos, cuál se agita
en un furor divino!
Yo veo del alcázar del destino
súbito abrirse las ferradas puertas,
y allí en letras de fuego escrita leo
vuestra dicha futura:
no, no es grata ilusión, vano deseo;
que fiel me lo asegura
la sagrada *Opinión* que al Nuevo Mundo,
al Orbe, á todos clama:
Libertad, libertad, fuera tiranos,
que toda esclavitud al hombre infama.
¡Época memorable! Ya los pueblos
que tan altos acentos hoy escuchan,
como las olas de la mar se agitan,
el carro de la guerra precipitan
contra el cruel despotismo, y fieros luchan.

(1) Vasco de Gama fué el primero que en demanda de las Indias Orientales dobló el cabo de las Tormentas, hoy llamado de Buena Esperanza.

Y tú, España, que largo tiempo esclava
del poder más fanático y sangriento,
con sangre y fanatismo esclavizaste
al Nuevo Mundo, empieza ya á ser justa.
Si es verdad que respiras hoy el aura
de libertad augusta,
de esta eterna deidad que el Orbe adora,
no quieras por más tiempo ser señora
de Colombia inocente;
reconócela libre, independiente
del trono de tus reyes.
Si hoy al fin olvidada
de tus sangrientas leyes,
aceptares la paz, que te ofrecemos,
con fervor sacro, y en un mismo idioma
la libertad del mundo cantaremos.

¿Pero qué monumento, oh gran Colombia,
consagrarte debemos,
cuando á la faz de todas las naciones
libre, joven y hermosa te presentas?
¿Dónde el sublime artífice hallaremos
que en su obra muestre cuanto bella ostentas?
¿Para ensalzar tu nombre imitaremos
de Egipto las pirámides enormes,
los grandes obeliscos consagrados
hasta ahora al fanatismo y al orgullo?
No, que tus fuertes hijos inflamados
del entusiasmo ardiente,
te alzarán al Olimpo
de un modo más grandioso y permanente
que el griego y el romano,
cuando con mano experta y atrevida
á mármoles y bronces dieron vida.
Tu prole venturo‧a
subirá á la alta cima

de los nevados Andes; allí el genio
inflamará su audacia hasta que imprima
gigante humana forma y asombrosa
al mayor de los montes; en la estatua
de la divina Libertad la tierra
lo verá convertido;
estatua que resista al gran torrente
de los siglos, y triunfe del olvido;
estatua colosal, nuevo portento,
que domine las tierras y los mares.
Así los navegantes
que osados dejen los paternos lares,
así los fatigados caminantes,
al ver de un horizonte más lejano
tan alto monumento,
saludarán con alma reverente
á la deidad, al numen soberano,
que por siempre será de gente en gente
invocado en el mundo americano.

Lugones, Leopoldo

La voz contra la roca

Es una gran columna de silencio y de ideas
en marcha.

El canto grave que entonan las mareas
respondiendo á los ritmos de los mundos lejanos;
el rumor que los bosques soberbiamente ancianos
dan, como si debajo de largas sepulturas
sintiéranse crujidos de enormes coyunturas;
las sordas evasiones de las razas, que arroja
el heroísmo nómade á la vendimia roja,
el *¡han!* de los supremos designios, que se escucha
en el postrer hachazo que acabará la lucha,
ya sea que se trate de un cedro ó de un gigante;
las torres que no alcanza con su talón triunfante
la horda, el trágico viento de las batallas:

todo
lo que es grande, ó solemne, ó heroico de algún modo,
—clamores de conquistas, rumores de mareas—
va en esa gran columna de silencio y de ideas
que el poeta ve alzarse desde las hondas grutas.
¡El sol es su vanguardia!

—Por las eternas rutas
que accidentan la historia, van los pasos enormes.
Es un largo desfile de tinieblas informes.

Mas, dominando aquella procesión tenebrosa,
el alba se levanta como una húmeda rosa
cuyos pétalos caen en una lluvia de oro.
El poeta apostrofa con su clarín sonoro
á la columna en marcha; lo que dice, resuena
como el flujo de bronce de una hornalla harto llena.
Tan fuertes son sus alas, que aquel sér de ancho aliento
parece que en los hombros lleva amarrado el viento.
Es el gran luminoso y él es gran tenebroso.
La rubia Primavera le elige por esposo.
Él se acuesta con todas las flores de las cimas;
las flores le dan besos para que él les dé rimas.
El sol le dora el pecho; Dios le sonríe—apenas
hay nada más sublime que esas sonrisas llenas
de divinidad, que hacen surgir sobre la obscura
silueta de los montes una inmensa blancura
zodiacal.—Forja el hierro de su peto y su casco
la Paciencia en los yunques de un ideal Damasco.
Y el Silencio custodia la hoguera donde amasa
con bronce y sombra el verbo que templará en la brasa.
Á fin de que los hombres alcancen con sus bocas
su oreja, enormemente sentado entre dos rocas
como un afable cóndor les escucha; y los hombres
creen que están á un mismo nivel, almas, y nombres,
y cabezas. Los grandes hombres y las montañas
es forzoso que siempre estén de pie. Extrañas
son las voces del antro á la cumbre. La oruga
que esconde entre las hierbas su imperceptible fuga,
ve al águila y opina: «eres un sér monstruoso,
águila!»—En cambio el águila no ve á la oruga. Hermoso
y divino es el cielo porque es indiferente
á las nubes que le hacen mal. El cielo es la frente
de Dios, sobre la eterna serenidad suspensa:
cuando se llena de astros y sombra, es que Dios piensa.
El cielo se repite en las frentes radiosas.
No importa que ellas sean claras, ó misteriosas

ó formidables, siendo capaces del martirio,
¡no de la infamia! Tanto vale rasgar un lirio
como manchar un astro; el viejo Cosmos gime
por la flor y la estrella con un amor sublime
y total. ¡Grave enigma de amor! Esto consiste
en que el gran Sér no quiere que ninguno esté triste
y el dolor, ese fuego que exalta todo nombre
(Cristo sangriento, brilla; triste, suda como hombre.)
Es un heroico vino que ignora la tristeza.
Hombres! no escupáis nunca sobre una gran cabeza:
no seáis mancha cuando pudiérais ser herida,
el hierro sufre en el hondo de la fragua encendida,
pero hasta hoy nadie ha visto las lágrimas del hierro.

El poeta es el astro de su propio destierro.
Él tiene su cabeza junto á Dios, como todos,
pero su carne es fruto de los cósmicos lodos
de la vida. Su espíritu del mismo yugo es siervo,
pero en su frente brilla la integridad del Verbo.
Cada vez que una de esas columnas, que en la historia
trazan nuevos caminos de esfuerzo y de victoria,
emprende su jornada, dejando detrás de ella
rastros de lumbre como los pasos de una estrella,
noches siniestras, ecos de lúgubres clarines,
huracanes colgados de gigantescas crines
y montes descarnados como imponentes huesos:
uno de esos engendros del prodigio, uno de esos
harmoniosos doctores del Espíritu Santo,
alza sobre la cumbre de la noche su canto.
(La alondra y el sol tienen de común estos puntos:
que reinan en el cielo y se levantan juntos.)
El canto de esos grandes es como un tren de guerra
cuyas sonoras llantas surcan toda la tierra.
Cantan por sus heridas, ensangrentadas bocas
de trompeta que mueven el alma de las rocas
y de los mares. Hugo con su talón fatiga

los olímpicos potros de su imperial cuadriga;
y, como de un océano que el sol naciente dora,
de sus grandes cabellos se ve surgir la aurora.
Dante alumbra el abismo con su alma. Dante piensa.
Alza entre dos crepúsculos una portada inmensa,
y pasa transportando su empresa y sus escombros:
una carga de montes y noches en los hombros.
Whitman entona un canto serenamente noble.
Whitman es el glorioso trabajador del roble;
él adora la vida que erumpe en toda siembra
el grande amor que labra los flancos de la hembra;
y todo cuanto es fuerza, creación, universo,
posa sobre las vértebras enormes de su verso.
Homero es la pirámide sonora que sustenta
los talones de Júpiter, goznes de la tormenta;
es la boca de lumbre surgiendo del abismo.
Tan de cerca le ha hablado Dios, que él habla lo mismo.

Aquella gran columna se ha poblado de voces:

«Las cosechas profícuas esperan nuestras hoces.
Los metales, esclavos de inmutable obediencia,
trazan la ruta. El índice severo de la ciencia
señala el paraíso de la grandeza humana.
El yunque y el martillo, sí: más no la campana.
La razón es el lábaro del ideal eterno;
la razón que no admite ni el cielo ni el infierno.
Dios es un viejo amo, desterrado monarca
que agoniza en la inmensa desolación de su arca.
—Substituir la noche por la aurora, y el falso
culto por la evidencia de la luz, y el cadalso
por el libro; ser astro, ser cumbre, ser progreso;
sentir sobre la frente la dicha como un beso
floral: prender al flanco de la tiniebla el rayo
cual flamífera espuela; contradecir el fallo
de los siglos; dar cimas á la conciencia augusta;

romper los viejos dogmas de la creencia injusta;
confiscar á la sombra su vasto calabozo;
anegar las tinieblas en un vasto alborozo;
deshacer para siempre las coronas de espinas;
sembrar modernas rosas sobre el altar en ruinas;
desencajar las claves del formidable techo
que encubre la sombría negación del derecho;
bautizar con vitales perfumes toda frente;
esprimir frescas uvas sobre el deseo ardiente;
desafiar las borrascas con la altivez de un cedro
secular; pedir cuentas á César como á Pedro
—«César que mata y Pedro que miente»;—alzar la mano
hasta la consagrada mejilla del tirano,
y con el mismo esfuerzo que inicie la venganza
ante el culto de muerte proclamar la Esperanza:
¡He aquí el nuevo dogma! Dios, lacerante yugo,
es el primer tirano y es el primer verdugo.
La libertad le niega, la ciencia le suprime:
la lib-rtad que alumbra, la ciencia que redime.
¡Á destronarle, picas! ¡Guerra á Dios! ¡Muerte al mito!»

—Mas ¿con qué váis, entonces, á llenar lo infinito?

¡No! la fe es la suprema reveladora. El mundo
es un milagro eterno de fe. Lo que es fecundo,
ó luminoso, ó bello —amor, estrella, rosa—
certifica el imperio de una ley misteriosa
que combina la trama de los destinos, y hace
converger los esfuerzos de todo lo que nace
sobre un eterno foco que ejecuta y que piensa,
tal como el haz de músculos de una derecha inmensa.
La fe es una montaña llena de precipicios,
en sus cavernas moran las larvas de los vicios:
lo negro es lo monstruoso. Su cuesta es agria y dura.
En todas las montañas sólo la cima es pura.

La cima es el esfuerzo visible del abismo
que lucha en las tinieblas por salir de sí mismo.
El alma tiene una: Dios. Si el alma descuella
sobre su propio vuelo, se reconoce en ella.

Pueblo, sé poderoso, sé grande, sé fecundo;
ábrete nuevos cauces en este Nuevo Mundo,
respira en las montañas saludables alientos,
destuerce los cerrojos del antro de los vientos;
recoge las primicias de los frutos opimos;
cíñete la corona de espinas y racimos;
desarma la muñeca y el calcañar del fuerte
cuyos sobacos huelen á bravío y á muerte;
funda en las nuevas aras los dogmas fraternales
noblemente rodeados de nimbos siderales;
borra de tus encías la hiel de todo insulto,
y haz que las hostias sean, en tu radiante culto,
no de carne sangrienta, sino de dulce trigo.
El tío Sam es fuerte. Arraigado en su ombligo
tiene la cepa de Hércules. En su vasta cabeza
hay no sé qué proyectos de una informe grandeza;
aprende el recio canto que esfuerzan sus martillos,
muerde con sus tenazas la cuña de tus grillos,
pon en las férreas ancas de sus locomotoras
una gigante carga de nubes y de auroras,
desflora con su hierro las cumbres familiares;
y alzándote desde esos gigantescos altares,
proclama á Dios, en frente de las excelsas lumbres
del sol. Los arrabales del cielo son las cumbres.
Castiga, si hay infamia que castigar; nivela
los antros, no las cimas; alza tu blanca vela
sobre el egregio mástil de la fe; tiende al viento
como un plumaje de oro todo tu pensamiento,
y abre á la aurora tu alma como un bosque harmonioso.
El astro de tu suerte flota en lo misterioso.
Algo, como una sorda germinación que abraza

con sus potentes vástagos la carne de la Raza,
algo que sobre el monte de tus espaldas pesa
cual la triunfante garra de un cóndor que hace presa,
pretende libertarte de tu peñón sombrío:
salvadora borrasca que sacude al navío,
obscuras expansiones del oculto renuevo,
alas que se presienten en la *eclosión* del huevo...
Tú eres el arca errante del abismo. Tu frente
es el lecho de sombra del ideal naciente.
Los siglos te desean, pero tu alma está obscura
todavía; la llama divina que fulgura
sobre el total esfuerzo de las razas, no brilla
en tu cabeza. El árbol duerme aún en la semilla;
mas la semilla en el hondo del porvenir vegeta.
de ella surgirá este átomo, este sol:

¡Un poeta!

¿Un poeta? Es preciso, Dios no trabaja en vano.
Cuando sobre las cumbres del pensamiento humano
la noche se constela de lejanos fulgores,
cuando las grandes lenguas del viento dan rumores
inauditos, y cuando sobre esas cumbres flota
la inefable caricia de una harmonía ignota,
la luz presiente el astro, la fe presiente el alma.

Dios trabaja en el seno de una inmutable calma.
Pero las grandes voces: el trueno, el mar, el viento,
dicen las predicciones de aquel advenimiento.
—Yo escuché esas tres grandes voces; Dios ha querido
que esas tres grandes voces sonaran en mi oído.
Dios ha dicho palabras á la hoja de hierba.

Pueblo del Nuevo Mundo, tú eres la gran reserva
del Porvenir. Tu grave destino que medita
el vasto pensamiento de la sombra, palpita

como el feto de un astro futuro entre oleaje
de las causas divinas. Tu frente alta y salvaje
deja correr en olas pensamientos sombríos,
tal como una montaña madre de muchos ríos,
tus esperanzas, formas que en lo vago se mecen
llenando excelsitudes luminosas, parecen
una visión de torres bajo una alba dorada.
Allí está Dios. Su mano fraternal levantada
sobre el abismo enseña las proficuas cosechas.
En su mirada de oro vibran sublimes flechas.
Su seno es inefable. Su poder no fatiga
ni un pétalo de rosa, ni una antena de hormiga.
Vosotros los siniestros que le llamáis tirano,
vosotros los campeones del ideal humano,
vosotros los intérpretes austeros de la Vida,
vosotros los apóstoles de la razón deicida,
los que queréis derecho, libertad, luz, aurora,
para todo el que sufre, para todo el que llora,
para todo el que piensa, para todo el que canta,
¡oh! admirables rebeldes de la luz: si os espanta
que Dios reine en sus cielos, que su grandeza impere
en todo lo que vive y en todo lo que muere,
que su palabra, llena de celestes cariños,
cubra de bendiciones las cunas de los niños,
que el trueno de su boca desarraigue los montes,
que el fulgor de su gloria llene los horizontes,
que el rayo de sus ojos omnipotentes vibre,
¡dejadle, por lo menos, que sea un hombre libre!...

—Los astros centelleaban de furores divinos,
y daban fuertes sones, como un bosque de pinos
flameantes cabalgado por el huracán: sones
que flotaban cual nubes sobre los escuadrones
de aquella gran columna blasfema. El mar oía,
oía la montaña, la selva, el antro, el día,
presintiendo un cercano temblor de cataclismo

ante esas formidables alarmas del abismo,
aquellos sones eran las palabras de una ira
tenebrosa que hablaba como el viento en la lira.
«¡El alma está en peligro!» – clamaban.—Desde el cielo
caían sordas lágrimas de sangre y luz; el duelo
de las sombras pesaba sobre la tierra inerte
como un árbol sobre una meditación de muerte.
La Cruz austral radiaba desde la enorme esfera
con sus cuatro flamígeros clavos, cual si quisiera
en sus terribles brazos crucificar al polo.
En medio de aquel trágico horror, yo estaba solo
entre el pensamiento y la eternidad. Iba
cruzando con dantescos pasos la noche. Arriba
los astros continuaban levantando sus quejas
que ninguno sentía sonar en sus orejas.
Rugían como bestias luminosas, heridas
en el flanco, mas nadie sujetaba las bridas;
nadie alzaba los ojos para mirar aquellas
gigantes convulsiones de las locas estrellas;
nadie les preguntaba su divino secreto,
nadie urdía la clave de su largo alfabeto,
nadie seguía el curso sangriento de sus rastros...

Y decidí ponerme de parte de los astros.

Gesta magna

DIANA

Emperador de púrpura que atraviesas la historia,
como una vena de oro la desligada escoria,
traduciendo en la ahullante voz de tu clarinada
el inaudito acento de la palabra armada
del Dios de los Ejércitos; libertador que aspiras
el aire de las albas en tu montaña de iras,
y echas sobre el escombro de los altares falsos
cepas de dulces viñas en postes de cadalsos,
á fin de que florezca bajo el haz de los soles
la redención soñada de las futuras proles—
abriéndote en los flancos una herida tan vasta
que en ella quepa toda la noche; fuerte casta
de los insignes, que alzas en plinto de trofeos,
sobre torsos de Alcides, testas de Macabeos,
dorando con tus cóleras empresas y episodios,
y absorbiendo las sombras en llamaradas de odios
así como la tea para alumbrar devora;
apóstol que violentas las puestas de la aurora
para que la esperanza, como un pimpollo, se abra
ante tus formidables torrentes de palabra
que tuercen el cabestro vil de las servidumbres;
héroes de la historia, señores de las cumbres,
grandes almas, videntes, mártires, pensadores,
víctimas en los Gólgotas, dioses en los Tabores,
terribles en los Eufrates, mansos en los Jordanes;
Antíocos, Dantones, Kosciuskos, Pablos, Juanes,
—Brazos de Dios, columnas de los cuatro horizontes—

todos los que sois astros, todos los que sois montes
de gloria ó de prodigio sobre el nivel humano,
oid!

CÓMO HABLAN EN LAS CIMAS

Sintiendo un día cierto rumor lejano
de olas ó batallones, que asaltando las cuestas
ascendía del lado de las hondas florestas,
el Tupungato, el monte de los cráteres blancos
que desata en cascadas las venas de sus flancos,
y cuya cima es lanza sumergida en la aurora
cuando el Sol, como un ojo de oro flameante, explora
la extensión de la inmóvil población de granito
desde aquel gigantesco balcón del infinito;
el Tupungato, almena de los vientos, morada
de las tormentas, blanco cual inmensa almohada
sobre la cual reposan los sueños seculares
de cien generaciones—hizo oir á los mares,
á las selvas, en donde con sonoro lamento
en las agonizantes noches se queja el viento,
y á las verdes llanuras surcadas de rebaños,
su gran voz, que no hablaba desde hacía mil años.
Y dijo al Chimborazo esta palabra:
—¡Alerta!
El Chimborazo estaba durmiendo. Gloria muerta
de los cultos vencidos, aquel canoso abuelo
siendo cadáver, no era sino un pilar del cielo.
Inmóvil sobre una desolación de escombros
dejó que cien inviernos nevaran en sus hombros
y anidaran los cóndores en sus barbas; en vano
el huracán mesaba con agresiva mano
la catarata enorme de sus canas; raíces
de robles perforaban sus costados; matices
de ocasos y de auroras cubrían su arrogancia
feroz. Aquel cerro era terrible en la distancia.

Cuando las nubes nimbus velaban su reposo,
parecía que estaba pensando aquel coloso—
pues quizás esas nubes eran sus pensamientos.
Las tormentas le hablaban, le injuriaban los vientos,
el alba en su florido candor le sonreía.
El gigante callaba, desdeñaba. Dormía.

Al escuchar el grito que movió las montañas,
alzó el gigante el velo de sus blancas pestañas
y miró los glaciares de la vasta cadena
doradas por un éxtasis de luz. La mar serena
el día que asomaba limpio como un diamante.
Las caravanas de árboles en el perfil distante
de los valles. Y abajo, casi á sus pies, la hoguera
del Sol. Todo flotaba en su fulgor. Todo era
silencioso. Las cumbres blanqueadas por la escarcha,
confundían sus grupas como un rebaño en marcha.
Sobre el cuadro volcaba su copa el firmamento.
El monte excelso dijo al monte huraño:
—Siento
un tropel de borrasca que rugiendo se acerca
por los valles. Diríase que el mar está más cerca.
Los árboles se doblan; polvaredas enormes
suben de las llanuras conmovidas; informes
masas negras encréspanse con flujo de torrente...
Y añadió el otro monte:
—Es el viento.
Su frente
se sumergió en las nubes toda llena de sueño.
El Tupungato alzóse tres leguas. En su empeño
de mirar aquel ancho galope que ascendía
cebrado de relámpagos en el cristal del día,
solivió el firmamento sobre su espalda inmensa.
Y cuando hubo mirado:
—No es el viento. Eso piensa!
—Es Dios que pasa!

—No, es la Libertad. Bronces
y aceros la coronan de centellas.
Entonces
el Chimborazo alzando su voz sobre el abismo,
entre un fragor de rocas le respondió:
—Es lo mismo!

LOS HÉROES

Galopan en la llama de oro del sol naciente,
son cuatro mil bravuras en un solo torrente.
Son los libertadores. La montaña les mira
con un sombrío ceño de sobresalto y de ira
vibrando en el sonoro temblor de sus peñascos.
Sobre los pedernales riegan chispas los cascos
que la espuela apresura. Los sables echan llamas.
El aire de las cumbres silba en las oriflamas
erizando cabellos y revolviendo crines.
Resuellan las gargantas de oro de los clarines.
A trechos, un caballo cuyo brío estrepita,
sobre la mancha roja del alba se encabrita.
Relinchan las narices, piafan los corazones,
como un huracán negro suben los escuadrones.
Aquel viento de cóleras cuelga sobre el abismo.
Los héroes atraviesan una nube. Lo mismo
que una faja de guerra se envuelve en sus cinturas.
ese vapor, pues miden tanto sus estaturas,
que aun se ve las espuelas de la hueste que sube
cuando ya los penachos flotan sobre la nube.
Sus pulmones respiran flameantes desahogos.
Si Dios tiene jaurías, así serán sus dogos.
Nada ven; mas acaso guardando el contrafuerte
de la opuesta ladera, los espía la muerte.
Y á este presagio, vuélvese el asalto bravío
sombríamente mudo, pues nada hay más sombrío
que esos grandes silencios de almas sobre las cimas.

Ya han dejado á sus plantas flores, lluvias y climas,
y solo entre las claras nieves del firmamento
con un trémor de orquesta les acompaña el viento.
La cumbre sube tanto por los éteres vagos,
que sus árboles viéndose tan lejos de los lagos,
reflejan sus ramajes en el azul del cielo.
Y cuando las tinieblas dejan caer su velo
sobre los viejos troncos que hacharon las centellas;
tan cerca de las copas fulguran las estrellas,
que parecen, borrando todo humano vestigio,
el rocío de aquellos árboles de prodigio.
En tanto que la hueste sube por las laderas
un solemne silencio cae de las banderas.
El soplo de las nieves sobre las carnes vibra
como un filo de acero, pero ninguna fibra
se estremece, pues fieros en su obstinado brío,
prefieran la muerte á temblar—aun el frío!
El Sol escolta aquella bravura. Unos tras otros
cruzan los paladines. Los pechos de sus potros
sumérgense en la pálida inmensidad celeste.
Diríase mirando la ascensión de la hueste,
que esos jinetes, sombras de un huracán de guerra,
al darse con los vértigos donde acaba la tierra,
espoleando fantásticas bestias de cataclismo
van á cruzar á nado los golfos del abismo.
En ese instante el drama tiene una peripecia,
bajo el pliegue del viento que sordamente arrecia,
aparece una línea de alas negras. La cumbre
sobre la cual despunta el Sol flechas de lumbre,
al mirar ese enjambre que sube en la mañana
rompiendo el ígneo copo de una nube lejana,
como un tropel de proas, que esfumado en la bruma
revienta la onda en una soberbia flor de espuma
se estremece sintiendo maternal sobresalto.
«Ya están aquí los cóndores», dice. La hueste hace alto
para verlos. Son reyes; son verdugos; sus zarpas

asesinan; sus plumas vibran cual sordas arpas;
tienen el ala siendo la fiera; cuando acecha
su mirada, en el arco de los cielos es flecha;
huelen la guerra: el vuelo de sus alas potentes
como un ancho estandarte cubre los continentes.
Cuando aparece el cóndor la gloria está cercana
los pájaros oyendo la invocadora diana,
que dieron los clarines en el alba, han venido
para ver, olvidando las tibiezas del nido.
Y á tal altura encuentran á los héroes, que cuando
se contempla los cerros que á sus pies van quedando
parece que asombrados de tantas maravillas
todos aquellos montes se han puesto de rodillas.

LA AVENTURA

¿Qué dijeron los cóndores al volver con la nueva
á las cumbres, en donde el firmamento nieva
sus copos fríos, como un lago que deshoja
los lirios de su margen, sobre la cual arroja
una ancha cinta negra la noche circunstante?

Los cóndores hablaron de una visión gigante:
la guerra, coronada de palma redentora,
algo así como un cráter vomitando una aurora,
algo como un oceano, cuyas ondas salobres
al desatar sus flujos sobre los suelos pobres,
fecundan lo que amargan, siendo bonanza en la ira
más allá de las pampas donde el pulmón respira
los atlánticos vientos, ásperos de salitres;
más allá de la cumbre que visitan los buitres;
en la trágica púrpura del ocaso que abate
sus nubes, como rotas banderas de combate
sobre las agonías de lontananzas grises,
era una formidable surrección de países.

Batallas. – Sordos trotes en la tierra. – Clamores
de iras en el viento.—Salvas de vencedores
el espanto sirviendo de vanguardia á la gloria.

Redenciones.—Labrando los flancos de la historia
con sus espuelas, iban en pos de una quimérica
ilusión, los obscuros sembradores; y América
alzábase al empuje de la Rebelión, salva,
con sus largos cabellos bañándose en el alba.
En el arca fecunda de sus nobles caderas
palpitaban sazones, brotaban primaveras.
La esperanza nacía; una salvaje infancia
de pueblos, rica de alma, de vida y de fragancia
torpes alas tendían vagamente á los cielos.
Había un temblor de astros sobre esos torpes vuelos.
Esplendores, presagios de proezas futuras,
Coronaban los vértigos de todas las alturas
hablábase en voz alta al Porvenir. La espada
abría á las auroras una eterna portada
sobre cuyos pilares el Sol se detenía.

Tal hicieron los altos caminantes que un día
vieron pasar las cumbres en visión de heroísmo.

A su frente, midiendo á pasos el abismo
iba un hombre, un soldado de frente vencedora.
El

ÉL

Era el luminoso cómplice de la aurora
el fiero concurrente del Destino. El consorte
de la espada.
El era su estrella.
Un solo corte
de su acero hizo trizas el baluarte funesto
de la sombra. El espanto decía «soy su gesto»,
y el prodigio «soy su caballo». Sordamente

las tormentas bajaban á visitar su frente
como si se tratase de una sagrada encina.
Su brazo era el martillo de una industria divina,
frío, tenía un solo color, pero este era
el del bronce. Profundo, su gigante carrera
más conmovió las rocas que removió la arcilla.
Su sable era el arado, su sangre la semilla.
La gloria le trataba fraternalmente. El viento
le abría paso. Un vasto fulgor de pensamiento
alumbraba las nubes detrás de su cabeza.
Su vecina más próxima se llamaba «grandeza».
El cóndor le decía *señor* y las naciones
abuelo. Era beluario de águilas y leones.
El pendón de los reyes temblaba en su presencia,
tenía dos blancuras: su espada y su conciencia.
A su espalda quedaba la noche. A su costado
rugía el mar. La dura suerte lo hizo esforzado,
siendo el fuerte la barra cuando el yunque es la suerte
su nudo gordiano era la victoria. La muerte.
Meditaba en presencia de aquel rostro de justo,
no iluminaba, ardía; no era hermoso, era augusto,
su espíritu animaba toda su esperanza trunca,
la fuga aseguraba no haberle visto nunca,
detrás de sus talones se detenía el miedo.
Cuando esbozaba triunfos, la punta de su dedo
escribía la guerra como una áspera pluma.
Bajo sus fuertes riendas el mar echaba espuma,
En la lucha, dorado por cárdenas vislumbres,
al ergüirse medía con sus hombros las cumbres
de la cercana sierra coronada de inviernos,
recibía el saludo de los montes eternos
con esa bondad grave que á la grandeza auxilia.
Montañas, mares y astros eran de su familia.
La suerte de los pueblos galopaba en el anca
de su caballo heroico, y su espada era blanca
como una virgen, siendo terrible como el rayo,

cuando la servidumbre, la pena ó el desmayo,
encorvaban las nucas y afligían los pechos,
descerrajando el arca santa de los derechos
que es como el tizón donde duerme la brasa de oro—
aquella hoja asomaba cual celeste meteoro
ante el cual la siniestra noche retrocedía,
pues su filo trazaba la longitud del día.
Tales espadas eran para brazos tan grandes,

en aquel tiempo estaba San Martín en los Andes.

DE MONTE Á MONTE

Flotó sobre las cumbres un rumor. El sereno
azul se puso turbio como si oyera el trueno.
Algo hablaba:
—Le he visto, murmuró el Chimborazo.
Y el Tupungato dijo:
—Le percibí: era un brazo,
esgrimiendo una lanza tan enorme en el viento,
que al ver como su punta rayaba el firmamento
de nube en nube, á impulsos de una heroica pujanza,
el cielo parecía prendido á aquella lanza.
A menos que todo eso no fuese una bandera.
La libertad es dulce como la primavera.
Yo he aprendido de ella un sublime lenguaje
definido en los nobles ritmos del oleaje.
Sé expresar la palabra que las alturas puebla
de esplendores, siendo astro sobre toda tiniebla,
y proclamar las guisas en que el laurel abunda.

Así habló el viejo monte con su voz más profunda,
teniendo á un lado el viento y al otro el oceano.
Mas, viendo que callaba su gigantesco hermano
cuya frente, en las nubes solemne aparecía:
—Y tú ¿qué has aprendido á decir?
—¡Madre mía!



José Mármol

Y al sonar de Mayo las luces divinales
¿por qué ya no se escucha la salva del cañón,
los ¡vivas! de los libres, los cánticos triunfales,
el aire entre las ondas del patrio pabellón?

La cuna de los libres, la Emperatriz del Plata
¿por qué está de rodillas sin victoriarte? ¡oh sol!
¿Por qué, como otros días, sus ecos no dilata
cuando los cielos tiñes con oro y arrebol?

III

Emboza ¡oh sol de Mayo! tus rayos en la esfera,
que hay manchas en el suelo donde tu luz brilló.
Suspende, sí, suspende tu espléndida carrera,
no es esa Buenos Aires la de tu gloria, no.

La luz de los recuerdos con que á mis ojos brillas,
para evitar su mengua, sepúltala ¡por Dios!
La Emperatriz del Plata te espera de rodillas
ahogada entre gemidos su dolorida voz!!!

Un hombre ha renegado de tu homenaje eterno,
robando de tus hijos la herencia de laurel:
¡salvaje de la pampa que vomitó el infierno
para vengar acaso su maldición con él!

IV

¡Ah, Rosas! No se puede reverenciar á Mayo
sin arrojarte eterna, terrible maldición;
sin demandar de hinojos un justiciero rayo
que súbito y ardiente te parta el corazón.

Levanta tu cabeza del lodazal sangriento
¿qué has hecho de la patria que te guardaba en sí?
Contempla lo que viene cruzando el firmamento
y dinos de sus glorias la que te debe á ti.

La mancha que en el suelo no borrarán los años,
porque la tierra en sangre la convertiste ya,
contempla, y un instante responde sin engaños,
quién la arrojó, y gozando de contemplarla está!!

V

Contempla lo que viene cruzando el firmamento
con rayos que indelebles en la memoria están,
y dinos si conservan memoria de tu aliento
los inmortales campos de Salta y Tucumán.

Si el sello de tu planta se mirará en los Andes,
ó acaso en Chacabuco, ó en Maipo, ó en Junín;
ó si marcando hazañas más célebres y grandes,
habremos de encontrarlo por Ayacucho, en fin.

Enséñanos siquiera la herida que te abruma
pero que hermosa y noble sobre tu pecho está,
y dinos que lidiando la hubiste en Ayuma,
ó acaso en Vilcapujio, Torata, ó Moqueguá.

VI

¡Ah, Rosas! ¡Nada hiciste por el eterno y santo
sublime juramento que Mayo pronunció,
por eso vilipendias y lo abominas tanto,
y hasta en sus tiernos hijos tu maldición cayó!

Cuando de bayonetas se despeñó un torrente
bordando de victorias el mundo de Colón,
salvaje, tú dormías tranquilo solamente
sin entreabrir tus ojos al trueno del cañón.

Y cuando tus hermanos al pie del Chimborazo
sus altaneras sienes vestían de laurel,
al viento la melena, jugando con tu lazo,
por la desierta pampa llevabas tu corcel.

VII

¡Ah! ¡Nada te debemos los argentinos, nada,
sino miseria, sangre, desolación sin fin;
jamás en las batallas se divisó tu espada,
pero mostraste pronto la daga de Caín!

Cuando á tu patria viste debilitado el brazo
dejaste satisfecho la sombra del ombú,
y, al viento la melena, jugando con tu lazo,
las hordas sublevaste salvajes como tú.

Y tu primer proeza, tu primitivo fallo
fué abrir con tu cuchillo su virgen corazón,
y atar ante tus hordas al pie de tu caballo
sus códigos, sus palmas y el rico pabellón.

VIII

Tan sólo sangre y cráneos tus ojos anhelaron,
y sangre, sangre á ríos se derramó doquier,
y de partidos cráneos los campos se cuajaron
donde alcanzó la mano de tu brutal poder.

¿Qué sed hay en tu alma? ¿Qué hiel en cada fibra?
¿Qué espíritu ó demonio su inspiración te da
cuando en tu rudo labio tu pensamiento vibra,
y en pos de la palabra la puñalada va?

¿Qué fiera en tus entrañas alimentó tu vida
nutriéndote las venas su ponzoñosa hiel?
¿Qué atmósfera aspiraste? ¿Qué fuente maldecida
para bautismo tuyo te preparó Luzbel?

IX

¿Qué sér velado tienes que te resguarda el paso,
para poder buscarlo con el puñal en pos?
¿Cuál es de las estrellas la que te alumbra, acaso,
para pedir sobre ella la maldición de Dios?

¿En qué hora sientes miedo dentro tu férreo pecho
para evocar visiones que su pavor te den?
¿En qué hora te adormeces tranquilo sobre el lecho,
para llamar los muertos á sacudir tu sien?

¡Prestadme, tempestades, vuestro rugir violento
cuando revienta el trueno bramando el aquilón;
cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento
para arrojarle eterna tremenda MALDICIÓN!...

X

Cuando á los pueblos postra la bárbara inclemencia
de un déspota que abriga sangriento frenesí,
el corazón rechaza la bíblica indulgencia:
de tigres nada dijo la voz del Sinaí.

El bueno de los buenos, desde su trono santo
la renegada frente maldijo de Luzbel;
la humanidad, entonces, cuando la vejan tanto,
también tiene derecho á maldecir como él.

¡Sí, Rosas, te maldigo! Jamás dentro mis venas
la hiel de la venganza mis horas agitó:
como hombre te perdono mi cárcel y cadenas;
pero como argentino las de mi pátria, NO.

XI

Por ti esa Buenos Aires que alzaba y oprimía
sobre su espalda un mundo, bajo sus pies un león,
hoy, débil y postrada, no puede en su agonía
ni domeñar siquiera tu bárbara ambición.

Por ti esa Buenos Aires más crímenes ha visto
que hay vientos en la pampa y arenas en el mar;
pues, de los hombres harto, para ofender á Cristo
tu imagen colocaste sobre el sagrado altar.

¡Por ti sus buenos hijos, acongojado el pecho,
la frente doblegamos bajo glacial dolor,
y hasta en la tierra extraña que nos ofrece un techo
nos viene persiguiendo, salvaje, tu rencor!...

XII

Mas ¡ay! de la tormenta los enlutados velos
se cambian en celajes de nácar y zafir,
y el sol de los recuerdos nos grita de los cielos
que en pos de la desgracia nos viene el porvenir.

Hay más allá, es el lema de su divina frente
grabado por la mano purísima de Dios,
y el Chimborazo al verlo lucir en el oriente:
Hay más allá, responde con su gigante voz.

Al espirar los héroes, hay más allá, exclamaron,
su acento conmoviendo de América el confín;
y, al trueno de los bronces, hay más allá, gritaron
los campos de Ayacucho, de Maipo, y de Junín!!!

XIII

Sí, Rosas, vilipendia con tu mirar siniestro
el sol de las victorias que iluminando está:
disfruta del presente, que el porvenir es nuestro,
y entonces ni tus huesos la América tendrá.

Sí, Rosas, vendrá un día terrible de venganza
que temblará en el pecho tu espíritu infernal:
cuando tu trono tumben los botes de la lanza,
ó el corazón te rasgue la punta del puñal.

Como revienta el Etna tremendo de repente,
reventarán los pueblos que oprime tu ambición;
y, cual vomita nubes de su ceniza hirviente,
vomitarán los pueblos el humo del cañón.

XIV

Entonces, sol de Mayo, los días inmortales
sobre mi libre patria recordarán en ti;
y te dirán entonces los cánticos triunfales,
que es esa Buenos Aires la de tu gloria, sí.

Entonces desde el Plata, sin negra pesadumbre
te mirarán tus hijos latiendo el corazón,
pues opulenta entonces reflejará tu lumbre
en códigos y palmas y noble pabellón.

Y al extenderse hermoso tu brillantino manto,
ni esclavos ni tiranos con mengua cubrirá;
que entonces de ese Rosas que te abomina tanto,
ni el polvo de sus huesos la América tendrá.

Rosas

EL 25 DE MAYO DE 1850

¡Rosas! ¡Rosas! un genio sin segundo
formó á su antojo tu destino extraño:
después de Satanás, nadie en el mundo,
cual tú, hizo menos bien ni tanto daño.

Abortado de un crimen has querido
que se hermanen tus obras con tu origen;
y, jamás del delito arrepentido,
sólo las horas de quietud te afligen.

Con las llamas del Tártaro encendida
una nube de sangre te rodea;
y en todo el horizonte de tu vida
sangre ¡bárbaro! y sangre y sangre humea.

Tu mano conmoviera como el rayo
los cimientos de un templo; y, de repente,
desde el altar los ídolos de Mayo
vertieron sangre de su rota frente.

La Justicia se acerca religiosa
á llamar en la tumba de Belgrano:
y ese muerto inmortal le abre su losa,
alzando al cielo su impotente mano.

La libertad se escapa con la Gloria
á esconderse en las grietas de los Andes;
reclamando á los hielos la memoria
de aquellos tiempos en que fueron grandes.

Los ídolos y el tiempo desparecen:
se apagan los radiantes luminares;
y en sangre inmaculada se enrojecen
los fragmentos de piras y de altares.

Gloria, nombre, virtud, patria argentina,
todo perece do tu pie se estampa,
todo hacen polvo, en tu ambión de ruina,
bajo el casco los potros de tu pampa.

Y bien, Rosas, ¿después? tal es - atiende—
la pregunta de Dios y de la historia:
Ese DESPUÉS que acusa ó que defiende
En la ruina de un pueblo, ó en su gloria.

Ese DESPUÉS fatal á que te reta
sobre el cadáver de la patria mía,
es mi voz inspirada de poeta,
la voz tremenda del que alumbra el día.

Habla: y, en pos la destrucción, responde:
¿Dó están las obras que brotó tu mano?
¿Dónde tu creación? ¿Las bases dónde
de grande idea ó pensamiento vano?

¿Qué mente hubiste en tu sangriento insomnio

que á tanto crimen te impeliese tanto?
¡Aparta, aparta, aborto del demonio,
que haces el mal para gozar del llanto!

La raza humana se horroriza al verte,
hiena del Indo transformada en hombre;
mas ¡ay de ti que un día al comprenderte
no te odiará, despreciará tu nombre!

El tiempo sus momentos te ha ofrecido:
la fortuna ha rozado tu cabeza;
y, bárbaro y no más, tú no has sabido
ni ganar tiempo, ni ganar grandeza.

Tumbaste una república, y tu frente
con diadema imperial no elevas ledo;
murió la libertad, y, omnipotente,
esclavo vives de tu propio miedo.

Quieres ser rey, y temes se convierta
en la corona de Milán la tuya;
quieres ser grande, y tu ánima no acierta
cómo elevarte de la esfera suya.

Tu reino es el imperio de la muerte;
tu grandeza el terror por tus delitos;
y tu ambición, tu libertad, tu suerte
abrir sepulcros y formar proscritos.

Gaucho salvaje de la pampa ruda,
eso no es gloria, ni valor, ni vida;
eso es sólo matar porque desnuda
te dieron una espada fratricida.

Y, grande criminal en la memoria
del mundo entero, de tu crimen lleno,

serás reptil que pisará la historia
con asco de tu forma y tu veneno!

Nerón da fuego á Roma y lo contempla,
y hay no sé qué de heroico en tal delito;
mas tú, con alma que el demonio templa,
cuanto haces lleva tu miseria escrito.

Ningún Atrida al peligrar vacila,
y tú, más que ellos para el mal, temblaste;
y, más sangriento que el sangriento Atila,
jamás la sangre de la lid miraste.

En todas esas águilas que asieron
la humanidad y, en fiebre carnicera,
con sus garras metálicas la hirieron,
cupo alguna virtud: valor siquiera!

Pero tu corazón sólo rebosa
de miserias y crímenes y vicios,
con una sed estúpida y rabiosa
de hacer el mal y de inventar suplicios.

Ni siquiera te debes el destino
con que tu sed de sangre has apagado;
tigre que te encontraste en el camino
un herido león que has devorado.

Espíritu del mal, nacido al mundo,
no has sido bueno ni contigo mismo;
y sólo dejarás un nombre inmundo
al descender á tu primer abismo.

Te nombrarán las madres á sus hijos
cuando asustarles en la cuna quieran;

y ellos temblando y en tu imagen fijos
se dormirán soñando que te vieran.

Los trovadores pagarán tributo
á los cuentos que invente tu memoria;
y, execrando tus crímenes sin fruto,
rudo y vulgar te llamará la historia.

¡Ah, que casi tus crímenes bendigo,
ante el enojo de la patria mía,
porque sufras tan bárbaro castigo
mientras alumbre el luminar del día!

Porque mientras el sol brille en la Plata
aquel castigo sufrirás eterno;
nunca á tu nombre la memoria, ingrata:
nunca á tu maldición el pecho, tierno;

Y por último azote de tu suerte,
verás, al espirar, que se levanta
bello y triunfante y poderoso y fuerte
el pueblo que ultrajaste con tu planta.

Pues no habrá en él, de tus aleves manos,
más que una mancha sobre el cuello apenas;
que tú no sabes, vulgo de tiranos,
ni dejar la señal de tus cadenas.

Los trópicos

¡Los trópicos! ¡radiante palacio del Crucero,
foco de luz que vierte torrentes por doquir!
entre vosotros toda la creación rebosa
de gracia y opulencia, vigor y robuztez.

Cuando miró imperfecta la creación terrena
y le arrojó el diluvio la mano de Dïos,
Naturaleza llena de timidez y frío,
huyendo de los polos al trópico subió.

Y cuando dijo: «¡basta!» volviéndole sus ojos,
y decretando al mundo su nuevo porvenir,
el aire de su boca los trópicos sintieron,
y reflejarse el rayo de su mirada allí.

Entonces, como premio del hospedaje santo,
naturaleza en ellos su trono levantó,
dorado con las luces de la primer mirada,
bañado con el ámbar del hálito de Dios.

Y derramó las rosas, las cristalinas fuentes,
los bosques de azucenas, de mirtos y arrayán,
las aves que la arrullan en armonía eterna,
y por su linde ríos más anchos que la mar.

Las sierras y los montes en colosales formas,
se visten con las nubes de la cintura al pie;
las tempestades ruedan, y cuando al sol ocultan
se mira de los montes la esmeraltada sien.

Su seno, engalanado de primavera eterna,
no habita ese bandido, del Andes morador,
que de las duras placas de sempiterna nieve
se escapa entre las nubes á desafiar al sol.

Habitan confundidos el tigre y el jilguero,
tucanes, guacamayos, el león y la torcaz,
y todos, cuando tiende su obscuridad la noche,
se duermen bajo el dátil, en lechos de azahar.

La tierra, de sus poros vegetación exhala,

formando pabellones para burlar al sol,
ya que su luz desdeña, pues tiene del diamante,
del oro y del topacio magnífico esplendor.

Naturaleza virgen, hermosa, radïante,
no emana sino vida y amor y brillantez:
donde cayó una gota del llanto de la aurora,
sin ver pintadas flores no muere el astro rey;

así como la niña de quince primaveras,
de gracias rebosando, de virginal amor,
no bien recibe el soplo de enamorado aliento,
cuando á su rostro brotan las rosas del rubor.

¡Los trópicos! El aire, la brisa de la tarde,
resbala como tibio suspiro de mujer,
y en voluptuosos giros besándonos la frente,
se nos desmaya el alma con dulce languidez.

¡Mas ¡ay! otra indecible, sublime maravilla,
los trópicos encierran, magnífica: la luz;
la luz, ardiente, roja, cual sangre de quince años,
en ondas se derrama por el espacio azul.

¿A dónde está el acento que describir pudiera
el alba, el medio día, la tarde tropical,
un rayo solamente del sol en el ocaso,
ó del millón de estrellas un astro nada más?

Allí la luz que baña los cielos y los montes,
se toca, se resiste, se siente difundir;
es una catarata de fuego despeñada
en olas perceptibles que bajan del cenit.

El ojo se resiente de su punzante brillo,
que cual si reflectase de placas de metal,

traspasa como flecha de imperceptible punta
la cristalina esfera de la pupila audaz.

Semeja los destellos, espléndidos, radiantes,
que en torbellino brota la frente de Jehová,
parado en las alturas del Ecuador, mirando
los ejes de la tierra por si á doblarse van.

Y con la misma llama que abrasa, vivifica
la tierra que recibe los rayos de su sien,
é hidrópica de vida, revienta por los poros,
vegetación manando para alfombrar su pie.

Y cuando el horizonte le toma entre sus brazos
partidas las montañas, fluctuando entre vapor,
las luces son entonces vivientes inflamados
que en grupos se amontonan á despedir al sol.

Enrojecidas sierpes entre doradas mieses
caracoleando giran en derredor á él.
Y azules mariposas en bosques de rosales
coronan esparcidas su rubicunda sien.

Y más arriba cisnes de nítido plumaje
nadando sobre lagos con lindes de coral,
saludan el postrero suspiro de la tarde,
que vaga como pardo perfume del altar;

y muere silenciosa mirando las estrellas,
que muestran indecisas escuálido color,
así como las hijas en torno de la madre
cuando recibe su alma la mano de Dïos.

Si en peregrina vida por los etéreos llanos
las fantasías bellas de los poetas van,

son ellas las que brillan en rutilantes mares
allá en los horizontes del cielo tropical.

Allí las afecciones se avivan en el alma,
allí se poetiza la voz del corazón;
allí es poeta el hombre; allí los pensamientos
discurren solamente por la región de Dios.

Un poco más... y el mustio color de las estrellas
al paso de la noche se aviva en el cenit,
hasta quedar el cielo bordado de diamantes
que por engaste llevan aureolas de rubí.

Brillantes, despejadas, inspiradoras, bellas,
parecen las ideas del infinito Ser,
que vagan en el éter en glóbulos de lumbre
no bien que de su labio se escapan una vez.

Y en medio de ellas, rubia, cercana, transparente,
con iris y aureolas magníficas de luz,
la luna se presenta como la virgen madre
que pasa bendiciendo los hijos de Jesús.



Domingo Martinto

Martinto, Domingo D.

Tristeza

No extrañes, dulce amiga, la tristeza
que en mis ojos se extiende como un velo
y hace doblar mi juvenil cabeza.

Mi corazón cansado lleva el duelo
de muchas ilusiones, agostadas
en él cual plantas en estéril suelo.

¡Y qué hermosas las vi cuando en bandadas
volando en torno de mi frente pura,
eran luz de mis noches encantadas!

Eternas las creía en mi locura,
porque ignoraba entonces que en el mundo
sólo el dolor eternamente dura.

También, cuando me huyeron, y el fecundo
resplandor de sus alas se extinguía,
sentíme hundido en un pesar profundo.

Algunas veces ¡ay! me parecía
que al alejarse, ingratas, de mi lado,
llevaban toda la existencia mía.

Otras, el rostro en lágrimas bañado,
ansiaba detener las breves horas
ó con ellas hundirme en el pasado.

¡Era inútil!... Ya nunca, seductoras,
volverán á engañar mi pensamiento
con sus dulces promesas tentadoras.

Un amargo y profundo desaliento,
en vez de mis antiguas ambiciones,
como el soldado en la derrota, siento.

No busco ya las hondas sensaciones
ni el aplauso del triunfo, ni en mi vida
caben tampoco nuevas decepciones.

La gloria, que mi mente enardecida
persiguió tanto tiempo, no ha tenido
ningún laurel para mi sien herida.

Sé que en la eterna noche del olvido
se extinguirá mi nombre, como leve
rayo de luz en la extensión perdido.

Lo sé, y sin quejas lentamente bebe
mi labio el cáliz de un dolor que, acaso,
nunca agotarse en este mundo debe.

Triste se hundió mi sol en el ocaso,
é indiferente á todo, mi camino
siguiendo voy con vacilante paso.

Que ni una mano generosa vino
á prestarme su ayuda, y cada día
es más obscuro mi fatal destino.

¡Si al menos, victorioso, todavía,
como un rayo de luz, llegar pudiera
un destello de amor al alma mía!

¡Si, como el árbol mustio en primavera,
otra vez por mi cuerpo fatigado
robusta savia circular sintiera!

Quizás entonces... Pero nunca el hado
propicio ya se mostrará á mi vida,
ni con sueños volverá el pasado.

Y siempre solo marcharé, vencida
y rota el alma, en su profundo seno
llevando oculta mi incurable herida.

Por eso, de mis versos, el veneno
de un frío excepticismo se derrama
como de un vaso hasta los bordes lleno;

por eso inclino, como endeble rama,
bajo el dolor mi juvenil cabeza,
y cuando todo resucita y ama
más honda se hace mi inmortal tristeza.



Gervasio Méndez

Méndez, Gervasio

Lucha

Yo tenía un hogar pequeño y pobre,
digna cuna del mártir y del paria,
sin techo en la tormenta de su suerte,
sin pan en su hambre, y en su sed sin agua.

Era un humilde nido, casi oculto
en las frondosas y flexibles ramas
de un bosque de fragantes madreselvas,
albos jazmines y encendidas dalias.

En su estrecho recinto no cabía
la pequeñez de la grandeza humana,
¡pero ofrecía ilimitado espacio
á la gigante aspiración de mi alma!

¡Ebrio de corrupción, jamás el mundo
hizo estallar en él su carcajada,
ni en su celeste atmósfera fué el vicio
á derramar sus repugnantes miasmas!

Allí abrían las rosas sus capullos
á la caricia de la luz del alba,
como al calor de los primeros besos
se abren los frescos labios de la infancia.

Embriagados de esencia, los jazmines
sobre sus verdes tallos se inclinaban;
encorvados ancianos parecían,
envueltos en la nieve de sus canas.

Como regia diadema de brillantes
que centellea en una frente casta,
las luminosas gotas de rocío
sobre la flor del azahar chispeaban.

Los perfumes, la luz, la melodía
del canto del zorzal y la calandria,
todo formaba un colosal poema
en aquel libro de pequeñas páginas.

Deslumbrado una tarde por el brillo
de sus hermosas y radiantes galas,
ví de pronto caer una paloma
bajo la fuerza de sangrienta garra.

¡Era mi juventud, rica de ensueños,
ilusiones, anhelos y esperanzas,
que el buitre del dolor acometía
con sed de sangre y convulsión de rabia!

Desde entonces arrastro la cadena
que oprime mi existencia desolada,
luchando día á día, sin rendirme,
con el hambre, la sed y la desgracia.

¡No es posible triunfar! Pero que al menos,
Cuando en el polvo de la tumba caiga,
sepan que no he ganado los laureles
ocultando la frente en la batalla.

A...

Por más que cause á tu modestia enojos,
te diré que un astrónomo porfía
que no es el sol el que ilumina el día,
sino la luz del cielo de tus ojos.

A...

Si es verdad lo que un sabio me decía,
hablando ayer de la celeste esfera,
que del ardiente beso de dos astros
nacieron una noche las estrellas;
tú, que eres la esencia del perfume,
de la luz, del candor y la modestia,
¿por qué no suponer que hayas nacido
de algún beso del sol á una violeta?



Bartolomé Mitre

Mitre, Bartolomé

Al 25 de Mayo

¡Cascada de Niágara y Toquendama,
donde el agua del mundo se derrama
para apagar de América la sed!
¡Amazonas, Misoury, bello Plata,
donde la virgen pura se retrata
en tu margen bañándose los pies!

¡Pampas inmensas, selvas olorosas,
del Andes cordilleras orgullosas
que corona la ardiente cruz del Sud:
perfumaos como nube de incensario,
armonizaos cual himno del santuario,
para decir de mayo al sol.—¡Salud!

Salud, página inmensa de la historia,
divino resplandor de la memoria,
fuente de personal inspiración;
en tus alas de fuego me sublimas
y al entusiasmo sacro en que me animas
calientes mi cabeza y corazón.

Irrefragable manantial de vida
que enriquece la savia bendecida
del árbol de la hermosa Libertad,

donde crecen las flores inmortales
teñidas de colores celestiales
en que perfuma Dios la humanidad.

Inextinguible cifra que concreta
las utopías doradas del poeta,
y la idea de genio pensador;
como de mil cabezas agitadas
uniforma las creencias encontradas
el madero del sacro Redentor.

Del gran día celeste monumento,
donde arde su divino pensamiento
como el fuego sagrado en el altar,
que bañará del mundo las edades,
en medio de las densas tempestades
para impedir al hombre naufragar.

Hoguera abrasadora del gran Mayo
do se incendió terrible como el rayo
el fuego de un pensar generador,
que el corazón templó cual hierro fuerte
y dió existencia á la materia inerte,
como el soplo divino del Creador.

Al vivífico rayo de tu lumbre,
se estremeció la inmensa muchedumbre
y el polvo del esclavo sacudió.
Allí surgió la dignidad humana,
y una nación potente y soberana
que el soplo democrático animó.

Allí genios pujantes inspirados,
formuloron derechos pisoteados,
en solo una palabra: Libertad;
y ella vertió con generosa mano

perfumes sobre el mundo Americano,
y en ideas de gloria lo embriagó.

La inspiración de la alta inteligencia
el calor de la intrépida elocuencia
en el astro de mayo concentró;
y del ardiente labio de Moreno
se desprendió de su palabra el trueno,
y el programa de Mayo formuló.

«Derribemos su trono al despotismo:
»abramos ancha vía al patriotismo:
»alcemos los fanales de la ley:
»rompamos su barrera á la ignorancia:
»alumbremos la mente de la infancia,
»y ennoblezcamos al humano sér.»

Al mirar tan magnífico programa,
prendió en los corazones noble llama,
que como chispa eléctrica cundió:
como hierve entre escollos la marea,
hirvió entre las cabezas una idea
que dió vida á la gran revolución.

Revolución sin lanzas, ni fusiles,
un alto pensamiento fué su Aquiles,
y la razón su escudo tutelar;
revolución nacida de las cosas
que rugiendo como olas tempestuosas,
derribaron la estatua personal.

Revolución con cauda de cometa
que atravesó los aires cual saeta
despedida del arco del Señor:
parto de mil ideas generosas

que volaron cual chispas luminosas
por todo el continente de Colón.

Sólo una vez brillaron sus espadas
para romper cadenas execradas
y sostener las tablas de la ley;
para postrar esclavos y tiranos,
para firmar los vínculos de hermanos
y atarlos con coronas de laurel.

Tuvo ejércitos grandes, generales
que pasearon gloriosos y triunfales
las banderas del pueblo paladión;
y de los Andes en la blanca cima,
en Chile hermoso y opulento Lima,
postraron al ibérico león.

Legisladores de alta inteligencia,
que encendieron la luz de la experiencia.
Para alumbrar su vía al porvenir,
en Tucumán el acta formularon
y libre é independiente declararon
al pueblo que rompió su yugo vil.

Sol de mayo que entonces refulgente,
suspendido por Dios en el Oriente
alumbraste la gran revolución:
al fecundar de Mayo la semilla,
hoy te doblan humildes la rodilla
los nietos de esa audaz generación.

Mira al árbol sembrado por sus manos
que enarbola sus gajos soberanos
sembrando al Sud, al Norte y Ecuador
á cuyo pie la libertad divina,

vagando por el mundo peregrina,
la tienda americana levantó.

En vano las segures cortadoras
en su tronco se hundieron destructoras
sin conseguir sus ramas marchitar,
y aunque hollado por hondas cicatrices
extiende poderosas sus raíces,
la América abarcando cual Titán.

Contempla al Norte con trece fajas bellas,
como flamea el pabellón de estrellas,
símbolo de la gloria de la Unión
y en la torre de su alto Capitolio
la democracia encima del gran solio
que elevó la justicia y la razón.

De allí voló de Mayo la simiente,
de allí la libertad el soplo ardiente
que la mente del pueblo calentó,
como se prestan jugos y calores
en el polen fecundo de las flores
que la brisa en sus alas derramó.

Contempla al pueblo libre que en el Istmo
se labró con intrépido heroismo
el acta de su gloria y Libertad:
al formarle parece que Dios quiso
dar á su americano paraíso
vínculo de eternal fraternidad.

Al Sud siete repúblicas hermanas
enarbolaron banderas soberanas,
en vez del rojo trapo Colonial:
y al soplo tempestuoso de la guerra

fortifican sus astas en la tierra,
cual árbol que sacude el vendaval.

Las repúblicas hijas de Bolívar
beben gotas de mieles y de acíbar;
caminando á un hermoso porvenir;
y Chile, cual fanal del marinero,
va mostrando el seguro derrotero
porque debe la America seguir.

¿Y qué es de la república que un día
hizo surgir de entre la noche fría,
de esclavitud un mundo colosal?
¿La que dando patrióticas lecciones
fundó en el continente tres naciones,
sobre el polvo del trono colonial?

¿De aquella que con brazos vigorosos,
derribó los guerrilleros orgullosos
del Brasil, de la España y de Albión?
¿La que abatió la cima de los Andes,
y dió á la historia de los pechos grandes
páginas de belleza y esplendor?

¿La que envuelta en el manto de la gloria
sobre el carro triunfal de la victoria
se coronó la frente de laurel,
y en vez del negro trono de los reyes,
hizo elevar el ara de las leyes,
y derramó sobre ella mirra y miel?

¿La que libre feliz y soberana
bebía la virtud republicana
en el soplo del férvido huracán?
¿La que en alas del rápido pampero,

parecía decirle al mundo entero:
«á donde va mi viento el brazo va?»

¿La que Atenas del mundo americano
distribuyó con generosa mano
de ilustración y de verdad el pan,
y en la mente sin luz de la criatura
encerraba la ardiente levadura
que con la edad debía fomentar?

Ahí la tenéis encima de un calvario
envuelta por el fúnebre sudario
que le arrojó la torpe esclavitud:
reina con el cabello pisoteado,
laurel á quien la lluvia no ha regado
y se marchita en flor de juventud.

La sociedad sin leyes, desquiciada,
y bajo férrea mano nive'ada
armada del cuchillo del terror:
los nombres de patriotas eminentes
no grabados en bronces relucientes
sino en tablas de horrible proscripción.

Los principios de Mayo conculcados
los derechos del hombre pisoteados,
sin que pueda decir: «yo tengo pan.»
Un pueblo destinado al sacrificio
sobre el horrendo tajo del suplicio,
que sangre pura destilando está.

Al deshonor sus hijas entregadas,
las madres en los templos azotadas
coronadas del moño de irrisión,
arrastrando cual mulas sucio carro,

donde llevan un ídolo de barro
que colocan al lado del Señor.

La tribuna de Paso y de Dorrego,
cuya palabra descendió cual riego
en medio de la barra popular;
hoy la ocupan estúpidos sectarios
donde leen un papel sin comentarios
en defensa del crimen y maldad.

La bandera que guiaba al combatiente
despojada del sol resplandeciente,
y ennegrecido su divino azul;
desterrado el valor de su milicia;
derrumbado el altar de la justicia;
los poetas sin patria y sin laúd.

En todo impreso del demonio el sello,
el robo y el incesto y el degüello
sancionados por ley y religión.
Coágulo de los vicios más inmundos
que emponzoñara el aire de mil mundos
si no se contuviese su explosión.

El genio que preside la anarquía
entre el vapor espeso de la orgía
desparrama en su aliento corrupción:
aborto abominable del infierno,
ó maldición tremenda del Eterno,
porque el lazo rompimos de la unión.

Salvaje, que en sus raptos de demencia
volcó la hermosa antorcha de la ciencia
para encender con ella su fogón.
Allí quemó del pueblo los derechos,

el bello libro de los grandes hechos...
pero su cifra está en el corazón.

Entonces á demanda tuya ¡oh Mayo!
armemos nuestra diestra con tu rayo
para acorrer la patria en su orfandad,
dando al viento de nuevo los colores,
que engalanó en tus nítidos albores,
á los gritos de patria y libertad.

Pero la diestra que mi patria azota
le revolcó en el campo de la rota,
y vió abatido su inmortal perdón.
Los buenos argentinos sucumbieron
y en el seno de Oriente se acogieron
cual la paloma que huye del halcón.

Hijo del pabellón del argentino
su bandera dió sombra al peregrino,
como el palmero al pobre viajador:
pero el feroz tirano en torvo ceño,
los despertó de su agitado sueño
en la tierra de lenta proscripción.

Al mirar levantarse agigantado
un pueblo por las leyes gobernado,
vió su trono sangriento bambolear,
ante la ley retrocedió el salvaje
y sus hordas hambrientas de pillaje
bajo rojo pendón hizo juntar.

Y dijo: -«Al otro lado de ese río,
»se levanta con fuerte poderío,
»el odiado pendón de Libertad:
»corred allí, mis bravos federales,

»y quemad esos libros infernales
»en que se habla de Patria y de Igualdad.

»¡A la carga! ¡á degüello! mis sicarios:
»que mueran los salvajes unitarios
»por mi mazorca á filo de puñal:
»despedazad sus cráneos con la bola,
»y arrastrad de los potros á la cola,
»sus cabezas en medio de un cardal.

»Que vista en pocos días triste luto
»y que me pague en llanto su tributo
»la que llaman República Oriental.
»Atádmela á la cincha con un lazo;
»quedando espuela y rienda y mi picazo,
»la veréis por las pampas arrastrar.

»Predicad que á los pies de mi caballo
»he borrado los códigos que en Mayo
»una turba de locos escribió.
»Y he formado en la palma de mi mano
»un famoso «Sistema Americano»
»para reinar sobre las leyes yo.»

La mesnada de torpes asesinos
que deshonran el nombre de argentinos
volaron cual hambriento gavilán;
y al barbárico son del clamoreo,
llegan ante la gran Montevideo
donde los libres en su puesto están.

Llegan y se detienen asombrados
ante los fuertes muros levantados
del pueblo por la mano colosal.
Y en el Cerrito de inmortal memoria,

donde Rondó se coronó de gloria,
el miserable esclavo alzó su real.

No ya, cual otro tiempo en las almenas
van á trozar las bárbaras cadenas
de tres siglos de oprobio y opresión,
renegando la gloria de esos días,
vienen á traer satánicas orgías,
el degüello y la cruel confiscación.

Por las orillas fértiles del Plata
la gavilla de Rosas se dilata,
amenazando hundir la libertad.
Montevideo grande, fiel, sublime,
bajo el enorme peso que la oprime,
alza sobre sus hombros la igualdad.

Oponiendo la espalda á la venganza,
guarda el arca de la última esperanza
en el recinto de la gran ciudad;
en ella cual depósito sagrado,
se encierra el porvenir ilimitado
que asombrados los hombres dejará.

En ella de estos países venturosos
fructifican los gérmenes hermosos
de libertad y civilización;
y día y noche la ciudad invicta,
guardando con amor su arca bendita,
vela al pie del sagrado pabellón.

Funde cañones, arma ciudadanos,
y al niño, á la mujer y á los ancianos,
les infunde el aliento varonil.
Amasa con su sangre sus murallas

bajo el fuego de la hórrida metralla
y el mortífero plomo del fusil.

La pólvora y la sangre siempre humea,
el cañón y la lanza centellean,
y uno á uno sus hijos ve caer;
pero ella más heroica y más constante,
los envuelve en su manto rutilante,
y le ciñen coronas de laurel.

En vano viejos pueblos enervados
escriben en sus libros despreciados
«el oro, el oro es de la tierra Dios.»
Que ella dice con hechos elocuentes:
«En dos pueblos viriles y valientes
»el Dios es de la patria el santo amor »

Al que infame, cobarde y miserable
deserta á su defensa inimitable,
le estampa el sello ardiente de traidor.
Y teje siempre-viva y mustio lirio
para ceñir corona de martirio
al que le dé su vida en oblación.

Y sus hijos también, con patriotismo,
vendan al que cayó con heroismo
peleando por su hogar y castidad;
y comprendiendo su misión inmensa,
se entrega de la patria á la defensa
ofreciendo sus hijos en su altar.

¡Oh! la misión de la mujer es santa
ella la flor de las virtudes planta
del niño en el fecundo corazón;
y cuando ve la patria que agoniza,

desprende de su seno á él ancha liza
de patriotas audaz generación.

De los niños confiados á sus manos
salen fuertes y buenos ciudadanos,
formados en el halda maternal;
do aprendieron á odiar la tiranía
y á combatir con ínclita porfía
por los santos principios de igualdad.

Así en Mayo nacieron los campeones
que rompieron los duros eslabones
que nos forjó la torpe iniquidad:
y con la leche encima de los labios,
fuertes guerreros, gobernantes sabios,
contempló con asombro aquella edad.

Y hoy en la lucha santa que emprendimos
niños sobre la arena descendimos
para arrimar al hombre al patrio altar,
y al darnos nuestra madre abrazo estrecho,
nos pone sollozando sobre el pecho
los colores de Salta y Tucumán.

¡Oh! mil veces, mil veces venturosa
la juventud que en causa tan hermosa
puede toda su sangre derramar:
la que serena ante el combate rudo
de tiranía cae en el escudo
del mártir de una causa universal.

Esos tus hijos son los que á tu dogma
les tributan sus cánticos y aromas,
su brazo y su poder intelectual:
que acaudillan de Mayo aquellos hombres

cuyos gloriosos é inmortales nombres,
son nuestro patrimonio nacional.

Cada viejo de Mayo es flor divina
de la corona cívica Argentina,
y la corona cívica Oriental;
y si el viento le arranca alguna hoja,
tu luz seca las gotas de congoja
de nuestras patrias en la bella faz.

Detente ¡oh sol! y mira á ese caído,
porque ese era un guerrero esclarecido
que en holocausto tuyo se ofreció;
y hasta lanzar su postrimer aliento,
á ti te dedicó su pensamiento,
y al ver tu faz contento pareció.

Grande entre los gigantes de aquel Mayo
que robaron á Dios su ardiente rayo
para decir al pueblo—*Fiat lux*—
hoy miró su postrer aniversario
sirviéndole de espléndido sudario
de la ciudad el estandarte azul.

Tuvo seis hijos, del amor el fruto,
que presentó á la patria por tributo
cuando miró su estatua bambolear;
y á la cabeza de su prole hermosa
desenvainó su espada victoriosa
para poner á raya la maldad.

Y en cien combates de eternal memoria
do la ciudad se coronó de gloria,
relampagueó su acero vencedor:
y el entusiasmo puro en que él ardía

á sus valientes hijos lo infundía
entre el silbo del polvo matador.

Hermosa cual su vida fué su muerte,
con el aliento varonil del fuerte,
peleando por su patria sucumbió.
En hombros de sus hijos esforzados
de balazos el pecho acribillado,
el campo de batalla abandonó.

Y tendido en el lecho de agonía
reconcentró de su alma la energía
para poderte contemplar ¡oh sol!
y á veces repetía el fuerte anciano:
«¡Pueda mirar el astro soberano
»que el día de la América alumbró!»

El cielo oyó su ruego: esta mañana
cuando tocaba á vuelo la campana
y tronaba la salva del cañón,
sintió fuego patriótico en el alma,
y cual hojas al tronco de la palma,
su valerosa prole le rodeó.

Sobre su calva é inspirada frente
relucía la chispa refulgente
que fijó con su dedo el Hacedor.
Abrió sus ojos á la luz suave,
y arrojó una mirada dulce y grave
á sus retoños que en amor regó.

Los estrechó con paternal terneza,
y elevando exaltada su cabeza,
en las nubes de Oriente se fijó;
cayeron de rodillas ante el lecho,

el corazón en lágrimas deshecho,
y él así les echó su bendición.

«Benditos seáis para salvar la patria
»y fecundar de Mayo la simiente;
»para adornar con palma refulgente
»de nuestra patria el pabellón triunfal.

»Benditos seáis para morir por ella
»entre el ardor de la feral batalla;
»para imponer incontrastable valla
»en la tribuna al despotismo audaz.

»Benditos seáis para rasgar el pecho
»del torpe Rosas con robusta mano,
»y dar al pueblo en que nació Belgrano
»de libertad y gloria la señal.

»El mundo entero aplaudirá ese golpe
»la humanidad os colmará de loores
»y el cincel de los grandes escultores
»os armará del salvador puñal.

»Himnos sin cuento os rendirán los vates
»párvulos tiernos, santas bendiciones,
»casta doncella, puras emociones,
»y admiración la noble ancianidad.

»El pueblo grato os ceñirá de lauros:
»enjugaréis de una nación el lloro;
»que vuestro nombre escribirá con oro
»en las fajas del Lábaro triunfal.

»Grandes seréis por mil generaciones
»y vuestra gloria inundará este suelo,

»y vuestro padre desde el alto cielo
»os enviará su bendición de paz.

»Benditos seáis para salvar la patria
»y dar al mundo ese inmortal ejemplo,
»volar de gloria al sacrosanto templo
»y de Mayo las aras levantar...»

—Dijo el anciano—y el gran sol de Mayo
vertió sobre su frente un puro rayo
que en misteriosa aureola lo ciñó.
Lo contempló con ojo entusiasmado
diciendo: «Patria mía...» y apagado
quedó su inteligente resplandor.

Así de libertad sucumbe el hijo
sobre la patria el pensamiento fijo,
abrazando las gradas de su altar;
como Casteli y cual Berón de Astrada,
como Lavalle de alma no domada,
muere para vivir vida inmortal.

Con mártires de grandes corazones,
se alzan y regeneran las naciones
y su sangre es la ofrenda que le dan,
mártir fué el Redentor: y de un madero
do lo enclavó el impío, al mundo entero
regeneró con su misión de paz.

Bebiendo el entusiasmo de sus hechos,
buscaremos del hombre los derechos
á la radiante luz de la verdad.
El templo del gran Mayo concluiremos
con la caliente sangre que le demos
peleando por su dogma celestial.

Profética la mente vi otros días
en que se oirán sub imes armonías
bajo el domo que habremos de elevar:
no habrá tiranos ni sangrienta guerra;
tierra de promisión será esta tierra,
norma de la afligida humanidad.

¡Oh, Mayo! de tu espíritu invisible
penetrarás un mundo indivisible
como el aire, de Dios la inmensidad;
y al esplender tu sol del alto cielo,
se elevará sublime desde el suelo
un coro de alabanza universal.

«¡Gran lámpara del templo soberano!
»¡vasta concretación del ser humano!
»¡monumento grandioso de igualdad,
»cuya piedra fué puesta por gigantes,
»dejándonos sus hijos, que pujantes
»alzarán su cimborio colosal!

»Tú guardas de los hombres el tesoro
»y en los altares de tus urnas de oro
»derramas democrático raudal;
»con que bañas del mundo las naciones
»que entrelazan sus ínclitos pendones
»para beber tu universal maná.

»Bajo la inmensa cruz del cristianismo
»que domina tu domo, el despotismo
»yace herido del rayo popular,
»y la divina imagen que soñaron
»los hombres que tu base levantaron
»le oprime con su planta de Titán.»

Lo que es amor

Hija mía, el amor es un espejo
do la coqueta busca su reflejo,
llena de vanidad.
Más tarde al corazón da grata calma
é inoculando la virtud en su alma,
la empapa en castidad.
También es un abismo en que la mano
un borde de que asirse busca en vano
y resbalan los pies,
como el incauto niño que inocente
se contempla y se baña en una fuente,
y se ahoga después.

A Colón

(Imitación de Schiller)

Voga, voga con ánimo valiente,
Empuñando el timón con firme mano,
Y no te arredre ese murmullo vano
Del vulgo necio y del motín rugiente.
Marcha, marcha derecho al Occidente:
Allí de un nuevo mundo está el arcano,
Que adivinó tu genio soberano,
Y que ves con los ojos de la mente.
Fíate en Dios cuando los mares sondas,
Que si no existen mundos ignorados,
Han de surgir del seno de las ondas:
Naturaleza y genio son aliados,
Y todo cuanto el genio ha prometido,
Naturaleza siempre lo ha cumplido.

Una flor del alma

A una amiga anciana

Yo te diera una flor de los jardines
Para adornar tu blanca cabellera
Si su vida no fuese tan ligera
Que nace, brilla y muere con un sol;
Y darte quiero cosa más durable
Que no marchite el viento del olvido,
Y que á pesar del tiempo transcurrido
Guarde siempre su aroma y su color.

Como hay una que llaman *flor del aire*,
Hay otra que se llama *flor del alma,*
Que á veces brota en apacible calma
O al soplo de la recia tempestad:
Nacida en horas quietas y serenas
Hoy te ofrezco una flor del alma mía,
Bañada en el raudal de simpatía
Que la vieja amistad hace brotar.

Toma esa flor humilde é inodora,
Y si quieres que viva eternamente
Báñala con el rayo de occidente
Que en tus sienes aun vierte resplandor;
Refrésquela el recuerdo de otros años,
Reanímela benévola sonrisa,
Y que de dos edades una brisa
Le preste su perfume y su frescor.

Mas, antes de hacer esto, mira el cáliz
De la flor que te ofrezco, y escondida
Hallarás una lágrima vertida,

Que en la aurora cayó sobre el vergel:
Vierte otra gota en tu sereno ocaso,
Que dos gotas de llanto derramadas
Son amargas, si se hallan separadas,
Y juntas son dos lágrimas de miel.

En un álbum

Que á cada hoja del álbum de tu vida
Que desdoble la mano del destino,
Al seguir los inviernos su camino
Las primaveras queden en tu sien;
Y así, que en cada año que transcurra
Añadas una flor á tu guirnalda,
Y que cruzando prados de esmeralda
Llegues hasta las puertas del Edén.

Molina, José Agustín

A la cordillera de los Andes

(CANTO)

¡En qué tiempo, en cuál día ó en qué hora
no es grandioso, soberbio é imponente,
altísima montaña,
tu aspecto majestuoso!
Grande, si el primer rayo de la aurora
se refleja en las nieves de tu frente;
grande, si desde en medio del espacio
el sol las ilumina;
y magnífico, en fin, si en el ocaso
tras de la onda salada y cristalina
su disco refulgente se ha escondido
dejando en tu alta cumbre
algún rayo de luz que nos alumbre,
aunque no veamos ya de do ha partido.

¿Qué mortal atrevido es el que ha osado
á tus excelentes cimas elevarse?
¿Quién es el que ha estampado
en las eternas nieves que las cubren
el rastro de su planta?
El condor que en su vuelo
más allá de las nubes se levanta,
y que á escalar el cielo

parece destinado,
jamás fijó la garra ensangrentada
en tus crestas altísimas en donde
á la tierra argentina donde el sol se esconde.

¡Qué sublime y grandiosa es la presencia
de tu gigante mole inmensurable
en las ardientes noches del verano,
cuando la luz incierta de la luna
alumbra una por una
las hondas quiebras de tu frente altiva.
Al contemplar mi mente
la siempre caprichosa alternativa
de eminencias sin límite patente,
y de profundidades sin medida,
absorta y conmovida
cree estar viendo los pliegues del ropaje
de un fantasma nocturno cuya planta
en la tierra está fija,
y su cabeza al cielo se levanta.

¿Qué serían los Alpes, el Caucaso,
el Pirineo, el Atlas y Apeninos,
si se hallaran vecinos
al agreste empinado Chimborazo?
Sólo tú. Dolhaguer, de las alturas
que el mortal ha podido
sujetar á mensuras,
más alto te levantas;
pero, ¿quién ha medido
el gran Soncomús; ni el Illimani?
¿Y quién del Tupungato inaccesible
la enorme elevación ha calculado?
Cordilleras inmensas donde el hielo
á los fuegos del sol es insensible,
forman el pedestal donde su asiento

tiene esta mole, cuya helada cima
parece que sostiene el firmamento.

Huye sañudo ó iracundo el viento
y las selvas y torres estremece,
y su espanto, su furia tanto crece
que arranca los peñascos de su asiento.
Las nubes sobre nubes amontona;
y de la tempestad el ronco estruendo
de valle en valle su furor pregona.
Rasgan mil rayos de la nube el seno,
y el horrendo estampido
del pavoroso trueno,
de la obscura guarida hace que huya
el león despavorido.
Mas cuando en las montañas
de un orden inferior y en las llanuras,
todo anuncia el estrago y exterminio
de las selvas, peñascos y criaturas,
la tempestad no extiende su dominio
á la cumbre elevada, inconmovible,
del siempre encanecido Tupungato,
do fluye el éter puro y apacible.

En la edad primitiva de la tierra,
cuando el fuego voraz que en lo más hondo
de sus senos recóndito se encierra
más á la superficie se acercaba;
y cuando en cada una
de tus cumbres altísimas se vía,
que en torbellinos de humo, ardiente lava,
el cráter inflamado despedía
de cien volcanes, cuyas erupciones
nuevos montes y valles, nuevos lagos
dejaron por señal de sus estragos;
cuando las convulsiones

que agitaron la tierra de contino
á los mares abrieron el camino
que después Magallanes descubriera,
entonces, ¿qué mortal hubiera visto
impávido y sereno
su cabeza amagada por el trueno,
y el pie no hallar asiento
que seguro le fuera,
cuando la tierra estaba en movimiento?

Si fué en aquella era
en la que la salvaje Patagonia
una raza habitaba de gigantes,
de más gran corazón que lo es ahora
el hombre envilecido;
oiría en el rugido
que la explosión violenta producía,
el Orbe conmoviendo en sus cimientos,
la voz del Grande Espíritu ordenando
á los astros distintos movimientos,
hacer la división de noche y día
y las varias sazones arreglando.
En el fuego, vería, que arrojaban
las cóncavas entrañas
de las crestas y altísimas montañas,
otras tantas antorchas con que quiso
iluminar su trono,
el Ente eterno que los mundos hizo.

Si á la tierra bajara
la libertad querida, hija del cielo,
¿do su trono fijara
él el mísero suelo,
sino donde el aliento emponzoñado
del despotismo mancillar no pudo
el aire primitivo?

¿Y cuál lugar, en fin, no ha profanado
en su inquieto furor la tiranía?
La corva quilla de guerrera nave
corta la onda agitada del Oceano,
y el despotismo fiero que no cabe
en el recinto que ocupar solía,
extiende su poder al país lejano;
nuevas víctimas halla
en que ejercer sus bárbaros furores,
y el hombre gime bajo el yugo odioso
á que unce las naciones que avasalla.
¡Mas qué extraño será que la cadena
lleve el hombre infeliz, del despotismo,
cuando ni la ballena
en lo más hondo del salado abismo
de su influjo fatal se mira exenta,
y fuera de su alcance no se cuenta!

El pino, de los bosques ornamento,
en el recinto oculto y solitario
la erguida copa ostenta
mecida blandamente por el viento;
pero el brazo nefario
la cortante segur al tronco aplica,
y en el fugaz período de un instante,
el mismo que hasta al cielo
elevarse orgulloso parecía,
sin vida cae tendido sobre el suelo.
De allí á la húmeda playa
el esfuerzo del hombre hace que vaya:
en bajel se transforma y ¡quién creyera
que este árbol tan gallardo, tan lozano,
que en la remota selva había nacido,
exento no estuviera
del poder formidable de un tirano!

Él ordenó que nave se volviera,
y nave se volvió, do ahora truena
el cañón matador cuando él lo ordena.

Empero ¿por ventura,
la mísera morada
al hombre destinada,
sería la mansión augusta y pura
en que la libertad moró algún día?
No; que á la tiranía,
el hombre como el bruto,
le pagan de dolor triste tributo;
los míseros humanos
bajo el yugo doquier de los tiranos
arrastraron su mísera existencia.
Doquiera que hombre hubo
alzó la tiranía
su estandarte sangriento en mano impía.
Tan sólo en la eminencia,
do nieves entre nieves amontona
la sabia Providencia,
cual en los polos fríos
do ni el viento ni el sol las desmorona,
y el surtidero son de grandes ríos,
no pueden los tiranos,
como en los hondos valles y los llanos,
el suelo mancillar con pies impíos.

¡Oh dulce Patria mía! ¿Quién creyera
cuando al salir del sueño de la infancia
admiradas te vieron las naciones
alzarte como el águila altanera,
y que en tu vuelo audaz, con arrogancia,
humillabas los leones
de Castilla, que tanto respetaron,
y ante los cuales á su vez temblaron?

¿Quién creyera, repito, que algún día
doblases la cerviz al yugo duro
á que te había de uncir la tiranía
bajo la planta de un tirano obscuro?
Pero todo en tu seno lo ha manchado
ese funesto aborto del abismo;
por miles las cabezas ha cortado,
con la sonrisa aleve del cinismo,
y en todo lo que abarca
tu suelo desde el Plata á Catamarca,
y del pie de los Andes á Corrientes,
con sangre señalaron su camino
sus bárbaros tenientes.
Sólo la nieve eterna de la cumbre
de ese cordón que ciñe al occidente
tus inmensas llanuras,
no sostuvo jamás la pesadumbre
de sus plantas impuras.

Mas tus picos nevados
no así se resistieron
en otro tiempo, altísima montaña,
para no ser hollados
de aquellos que valientes combatieron
por libertarse del poder de España.
Legiones de mi Patria enarbolando
el bicolor do el sol su faz ostenta,
vi yo escalar tu cima;
y el yugo de Fernando,
que tres centurias de existencia cuenta,
roto lo vi caer en Chile y Lima.
Libertad en tus cumbres se proclama,
y desde el cabo helado de la tierra
con que el sañudo mar siempre está en guerra,
á la desierta arena de Atacama,
de monte en monte se repite el grito;

por la libertad que á tantos dieron
no alcanzaron jamás ¡oh verdad triste!

Yo saludo las cumbres en que ostentas
nieves que una edad cuentan con el mundo,
montaña inaccesible,
y al contemplar las fases que presentas,
desde el valle profundo,
que mísero gusano imperceptible,
me diera el Sér eterno por morada:
al beber de los ríos y torrentes
que se desprenden de tu helada cima,
y que rugiendo van por la quebrada
en que Dios encerrara sus corrientes:
el soplo del Eterno que me anima
bendice su Hacedor, y agradecido
se postra en su presencia enmudecido.

Yo veo en esa mole gigantesca
la obra de un Ente eterno,
y de la eternidad me da la norma.
Llegará, tal vez, tiempo en que perezca
á la voz de gobierno
con que los soles y los mundos forma:
quizás en los arcanos de su mente
está ya decretado
que en polvo se disuelva de repente,
pero mi entendimiento
débil y limitado
á comprender no alcanza
el Supremo poder que movimiento
al Universo ha dado,
fijando el equilibrio y la pujanza
de los cuerpos que pueblan el vacío,
do ejercen su poder y señorío.
Mas su saber y su grandeza admiro

cuando el insecto imperceptible miro;
y siento que su mano,
que todo lo sacara de la nada,
ha podido arrojar sobre ancho llano
una montaña enorme y elevada,
y á polvo reducirla en un momento
arrancando de cuajo su cimiento.

Cuando las tempestades
las razas exterminen de los hombres,
extinguiendo los nombres
de naciones, imperios y ciudades;
cuando el fuego del cielo
por la mano de Dios lanzado sea,
y descendiendo al suelo
hecho pavesas por doquier se vea,
y que los altos montes y collados
como la cera fluyan liquidados;
cuando el fiero Aquilón embravecido
sublevando las aguas del Oceano
las saque del abismo do han yacido,
el escarpado cerro y ancho llano
bajo sus ondas cubran encrespadas;
cuando ninguna voz viviente, unida
al mugir de las olas agitadas,
deje sentir la vida
un eco sólo que repita el monte;
entonces esas puntas siempre heladas
respetarán la furia de los mares;
y en el vasto horizonte
el punto enseñarán donde algún día
la libertad tuviera sus altares.
Y así como los mástiles indican,
el lugar do la nave ha zozobrado,
y que mudos publican

el fracaso que allí los ha fijado;
ó cual cruz solitaria en el desierto
anuncia al caminante,
que en aquel punto ha muerto
y sepultado está su semejante:
así esas crestas que orgullosa elevas
del naufragio del mundo y los mortales
vendrán á ser las únicas señales
que puedan consultar las razas nuevas,
hasta que un gesto del Eterno obrero
la grandeza les vuelva y ser primero.


Sr D. PEDRO J. NAON
DISTINGUIDO POETA ARGENTINO

Naón, Pedro J.

Espumas

A Rodolfo G. Godoy

I

Hoja seca que hacia el valle sobre el ala empuja el
[viento,
el misterio de tu idioma, la nostalgia de tu acento,
de tu vuelo la infinita, la doliente soledad:
incorporan como sombras en la tumba de mi pecho
los ensueños de un pasado, que las olas han desecho,
raudas olas de un destino que empujó la tempestad.

II

Niebla plúmbea, niebla errante, tenebrario del espacio,
que te mueves sobre el río cual fantástico palacio,
y que oscilas y te alejas y evaporas como un tul;
el silencio de tu viaje, tu altivez meditabunda,
me recuerda mis martirios—ronda pérfida, iracunda,
que apagó los prismas áureos de un flotante lago azul.

III

Flecha obscura de los aires, temporaria golondrina,
de la diosa de las flores nunciadora sibilina,
que murmuras tu plegaria bajo el velo de crespón;

en los pliegues funerarios de tu densa vestidura,
del alción de mis pesares pienso ver el ala obscura,
ala negra á cuyo empuje cayó muerta la ilusión.

Fugitiva

A Leonardo A. Bazzano

Vaga, leve, intangible,
visión que riza con su sombra el césped,
se esfuma entre el bocado de lilas,
tejida en oro la apolínea frente;
la magia de su pie, que entre las blondas
descubre el vuelo de su blanca veste,
semeja un relicario, en que se funden
los irídeos cambiantes de la nieve;
su cuello es como una ala, en que la espuma
sinfoniza el cristal de sus joyeles,
y al tremante esplendor de las estrellas
sus cabellos, fantásticos, florecen.
Mis versos, mariposas de la noche,
sueñan la aurora de su amor celeste,
y al través de las folias vacilantes
vuelan en busca de sus níveas sienes;
pero en los lampos de su giro errante,
velada en bruma de flotantes pliegues,
la undosa estela de su frágil sombra
cual rauda nube su fulgor disuelve,
y entre una aureola de vapor de luna
su blanco peinador se desvanece.

Navarro Viola, Alberto

Nocturno

Dóblome enfermo de honda tristeza
porque te marchas, mi dulce amor:
siento la fiebre de la cabeza,
siento el vacío del corazón.

Tuya es mi vida. Con tu mirada
priman los sueños á la razón.
Hállome grande. Sin ti, soy nada:
tú perfeccionas la obra de Dios.

¿Qué es el talento sin el cariño?...
¿Que es el carácter sin el amor?...
Te doy mi pobre nombre de niño,
dame la aurora de tu pasión.

Te doy mis rimas, mis esperanzas,
mis regocijos de trovador;
de mis recuerdos las ondas mansas;
de mis anhelos la agitación.

Te doy mi suerte, mi independencia,
con mis defectos á ti me doy.
Tienes rivales: una, la ciencia;
otra, la patria; dignas las dos.

Dame tú encantos, dame impresiones,
luz, aire, fuego, vida, esplendor,
dame las tibias inspiraciones
que sólo parten del corazón.

Dame el aliento que tú respiras,
tus ilusiones, tu fe, tu ardor;
dame el espacio por donde giras,
tus ojos ebrios de seducción.

Pues nos aleja la suerte dura,
para estrecharnos démonos hoy,
tú, los halagos de tu ternura,
yo, la firmeza de mi pasión.

Y si nos toman meditabundos
las horas tristes de la expiación,
aspiraremos ritmos fecundos
que vida han sido de nuestro amor.

Noé, Eugenio C.

Psicológicas

Al poeta y cariñoso amigo Casimiro Prieto

EL POETA

Hijo del siglo y mártir de una idea
que en mi cerebro persistente late,
marcho, como el recluta á la pelea,
temiendo los rigores del combate.

¡Triste verdad! Mi espíritu cansado
con nervioso fervor se reconcentra
y busca, en los vestigios del pasado,
felicidad que el corazón no encuentra.

El fénix del dolor levanta el vuelo
cual si darle quisiera nueva calma;
pero ¡todo es inútil! no hay consuelo
ni más quietud en la región del alma.

Mariposas de luz,—las ilusiones,—
aquellas de la mente peregrinas,
se fueron en alados escuadrones,
como en ronda del sol las golondrinas.

¡Infelice de mí! La caravana
del mundo voy siguiendo sin objeto:

mi vida es un collar que se desgrana;
su porvenir, ¡un mísere esqueleto!

LA CONCIENCIA

Aparta de tu frente la tristeza,
reprime su pesar, detén su llanto
y en brazos de la gran naturaleza,
modula el himno de tu noble canto.

Ella te da su sol enrojecido
envuelto en los crespones de la tarde,
cuando cesa la música del nido
y el corazón de los recuerdos arde.

Te da del mar, sus ondas, su ribera,
bajo un cielo de lúcidos vapores,
y al llegar la graciosa primavera,
paleta, luz, inspiración y flores.

Sí, retempla, retémplate y levanta
como la alondra que trasciende el monte
y desde el risco, cuya altura espanta,
busca la magnitud de otro horizonte.

LA DUDA

¿Por qué creer con ciego fanatismo
en la utópica farsa de un consuelo,
cuando es mentira hasta el encanto mismo
de ese azul que el mortal le llama cielo?

¿Quién justifica que la excelsa gloria
no es quimérico sueño de la mente
y su vida, la vida transitoria
del ave, de las flores, del torrente?

EL POETA

Ya no tiene el vigor mi pensamiento
del condor más audaz de la montaña;
densa nube le oculta el firmamento,
pálida luz su derrotero baña...

Sus cantos no serán los inmortales
ni el ardor de sus ansias comprendido;
es la hoja que llevan los raudales
á la cripta más negra del olvido.

EL EGOÍSMO

¡Oh desdichado ser! En breves años
del solaz te quedó la remembranza;
quisiste amar, y torpes desengaños
te obligan á existir sin esperanza.

La generosa savia de tu vida
cayó en surco de fútiles quimeras;
hoy no consigues restañar la herida
y de la dicha en pos te desesperas.

No más, como en otrora, ilusionado,
persigas con ardor inextinguible,
bajo el estrecho mundo de lo creado
la perspectiva azul de un imposible.

¿Por qué empeñarte en una lid austera
que aumentará el encono de tu pecho,
si no obtendrás al fin de la carrera
ni un gajo de laurel en tu provecho?

EL POETA

¡Yo me siento morir! Mi ser palpita
á impulsos de la fiebre destructora:
la grandeza del mar será infinita,
mas no como esta sed que me devora...

LA FE

Apóstol del dolor, poëta impío,
tú que maldices al libar apena
la repudiada copa del hastío,
que dices ver hasta los bordes llena.

Aleja de tus labios el veneno,
recurre á Dios y en su bondad confía
si anhelas ver el ámbito sereno
que no soñó jamás tu fantasía.

LA ESPERANZA

¿Por qué te desalientas y enmudeces
si fatalismo no hay, si eres tú mismo
verdugo de un amor que no mereces
y arrastras con estúpido egoísmo?

Acércate, mortal, y cuando llores
al borde del averno más profundo,
do se igualan esclavos y señores,
te enseñaré la luz de un nuevo mundo.

EL POETA

Cuando el incauto corazón no sabe
más que llorar con su dolor á solas,

la existencia del hombre es una nave
condenada al capricho de las olas.

LA ESPERANZA

Yo la quietud devolveré á tu vida,
cuando en tropel se alleguen á la mente
recuerdos de una dicha ya perdida,
dulces, sí, pero tristes al presente.

Yo cubriré de rosas tu camino,
daré al mar de tus penas la bonanza
y en la noche fatal de tu destino
será tu salvación: ¡una esperanza!

EL POETA

¡Me siento revivir!... ¿Acaso sea
una nueva ficción del alma mía,
que en forma de celeste panacea
la musa bella del amor me envía?

Pero, no; es ella misma, la esperanza,
la virgen ideal, la soñadora,
surgiendo del país de lontananza
como una tenue claridad de aurora.

Por eso yo, febril, como el que aspira
al laurel inmarchito del que crea,
busco otra vez, para cantar, la lira;
busco otra vez, para cantar, la idea.

Porque ella tiene un corazón de oro
y el alma noble del mejor amigo;

en los momentos p'ácidos ¡la adoro!
y en las horas de angustia ¡la bendigo!

¡Oh graciosa y espléndida hechicera,
tanto más bella cuanto más querida,
toma, toma mi ser y regenera
las gastadas raíces de su vida!

La Musa

SONETO

Ardorosa, profética, elocuente,
viene al mundo la musa encantadora;
su blasón es el arpa vibradora
que fecunda los sueños de la mente.

Bella como las hadas del Oriente
y envuelta en rósea claridad de aurora,
surge su inspiración fascinadora,
como Dios para el alma del creyente.

El estro de sus rimas interpreta
en inmortales versos el poeta
que en aras de la turba se levanta;

y ella, que es nervio, movimiento y vida,
sin agitar su frente enardecida,
como la alondra, sus anhelos canta.



Rafael Obligado

Obligado, Rafael

La flor del seibo

A Calixto Oyuela

Tu «Flor de la caña»,
ó Plácido amigo,
no tuvo unos ojos
más negros y lindos,
que cierta morocha
del suelo argentino
llamada... Su nombre
jamás lo he sabido;
mas, tiene unos labios
de un rojo tan vivo,
difúndese de ella
tal fuego escondido,
que aquí, en la comarca,
la dan los vecinos
por único nombre,
la flor del seibo.

Un día,—una tarde
serena de estío,—
pasó por la puerta
del rancho que habito.
Vestía una falda

ligera de lino;
cubríala el seno,
velando el corpiño,
un chal tucumano,
de mallas tejido;
y el negro cabello,
sin moños ni rizos,
cayendo abundoso,
brillaba ceñido
con una guirnalda
de flor de seibo.

Miréla, y sus ojos
buscaron los míos...
Tal vez un secreto
los dos nos dijimos,
porque ella, turbada,
quizá por descuido
su blanco pañuelo
perdió en el camino.
Corrí á levantarlo,
y al tiempo de asirlo,
el alma inundóme
su olor á tomillo.
Al dárselo, «gracias,
mil gracias!»—me dijo,
poniéndose roja
cual flor de seibo.

Ignoro si entonces
pequé de atrevido,
pero ello es lo cierto
que juntos seguimos
la senda, cubierta
de sauces dormidos;
y mientras sus ojos,

modestos y esquivos,
fijaba en sus breves
zapatos pulidos,
con moños de raso
color de jacinto,
mi amor de poeta
la dije al oído;
mi amor, más hermoso
que flor de seíbo.

La frente inclinada
y el paso furtivo,
guardó aquel silencio
que vale un suspiro.
Mas, viendo en la arena
la sombra de un nido
que al soplo temblaba
del aire tranquilo,
—«Allí se columpian
dos aves, me dijo:
dos aves que se aman
y juntas he visto
bebiendo las gotas
de fresco rocío
que absorbe en la noche
la flor del seíbo.»

Oyendo embriagado
Su acento divino,
también, como ella
quedé pensativo.
Mas, como en un claro
del bosque sombrío,
se alzara, ya cerca,
su hogar campesino:
detuvo sus pasos,

y, llena de hechizos,
en paso y en prenda
de nuestro cariño,
hurtando á las sienes
su adorno sencillo,
me dió, sonrojada,
la flor del seíbo.

El seíbo

Yo tengo mis recuerdos unidos á tus hojas
yo te amo como se ama la sombra del hogar,
risueño compañero del aura de mi vida,
seíbo esplendoroso del regio Paraná.

Las horas del estío pasadas á tu sombra,
pendiente de tus brazos mi hamaca guaramí,
eternas vibraciones dejaron en mi pecho,
tesoros de armonías que llevo al porvenir.

Y muchas veces, muchas, mi frente enardecida,
tostada por el rayo del sol meridional,
brumosa con la niebla de luz y pensamiento,
buscó bajo su copa frescura y soledad.

Allí bajo las ramas nerviosas y apartadas,
teniendo por doseles tus flores de carmín,
también su hogar aéreo suspenden los boyeros,
columpio predilecto del céfiro feliz.

Se arrojan en tus brazos pidiéndoles apoyo,

mil suertes de lianas de múltiple color;
y abriendo venturosos tus flores carmesíes,
guirnaldas de las islas, coronas su mansión.

Recuerdo aquellas ondas azules y risueñas,
que en torno repetían las glorias de tu sien,
y aquellas que el pampero, sonoras y tendidas,
lanzaba cual un manto de espumas á tus pies.

Evoco aquellas tardes doradas y tranquilas,
cargadas de perfumes, de cantos y de amor,
en que los vagos sueños que duermen en el alma,
despiertan en las notas de blanda vibración.

Entonces los rumores que viven en tus hojas,
confunden con las olas su música fugaz,
y se oyen de las aves los vuelos y los roces,
vagando entre las cintas del verde totoral.

¡Momentos deliciosos de olvido, de esperanza!
¡destellos que iluminan la hermosa juventud!
¡Aquí es donde se sueña la virgen prometida
y es lumbre de sus ojos la ráfaga de luz!

Amigo de la infancia, te pido de rodillas
que en el día en que á mi amada la sirvas de dosel,
me des una flor tuya, la flor mejor abierta,
para ceñir con ella la nieve de su sien.

¡Que nunca Dios me niegue tu sombra bienhechora,
seibo de mis islas, señor del Paraná!
¡que pueda con mis versos dejar contigo el alma,
viviendo de tu vida, gozando de tu paz!

¡Ah! cuando nada reste de tu cantor y seas

su solo monumento, su pompa funeral,
yo sé que en la corteza de tu musgoso tronco
alguna mano amiga mi nombre ha de grabar!

Semejanzas

Brisa que en medio de la selva canta,
apacible rumor del oleaje,
es el susurro de su blanco traje
al deslizarse su ligera planta.
Luz de la estrella que, al caer la tarde,
de moribunda palidez se viste,
es el reflejo cariñoso y triste
que en los cristales de sus ojos arde.
Luna del seno de la mar naciente
que va escalando en silencioso vuelo
y con tranquila majestad el cielo,
es el relieve de su tersa frente.
Plácido arrullo, que ocultar no sabe
de la paloma la ignorada pena
y en el silencio de los bosques suena,
es la armonía de su voz suave.
Cielo sin nubes que á la tierra envía
la luz y el fuego de su sol fecundo,
cielo sin nubes de un azul profundo,
es el cariño de la amada mía.

A una niña

¿Versos? ¡Y tienes dieciséis años!
Mira, los versos mejores son
no tener penas ni desengaños,
vivir esclava de una ilusión.
Cantos alados, rimas inquietas
desde tu seno vienen á mí:
más que en la lira de los poetas
hay armonías dentro de ti.
Deja que vuele tu fantasía,
pon en sus alas todo tu ser,
que allí se encuentra la poesía
donde va el alma de una mujer.
Nunca las bellas formas ligeras
que los poetas hacen vivir
vierten la lumbre de esas quimeras
que hay en el fondo del porvenir.
Duérmete y sueña. Mientras reposas
verás cuál vuelan en derredor,
como un enjambre de mariposas,
tus ilusiones de flor en flor.
Hay en la vida sólo una hora
de inexplicable santa embriaguez,
y es cuando el alma, como una aurora,
rompe las sombras de la niñez.
Se aclaran, brillan los horizontes,
sienten las selvas vaga inquietud,
florece el día sobre los montes,
ama y palpita la juventud.

¡Santos delirios! De esos engaños
huye vencida la inspiración:
cuando se tienen tan pocos años,
no hay mejor lira que el corazón.

Hojas

¿Ves aquel sauce, bien mío,
que en doliente languidez
se inclina al cauce sombrío,
enamorado tal vez
de las espumas del río?
¿Oyes el roce constante
de su ramaje sediento,
y aquel suspiro incesante
que de su copa oscilante
arranca tímido el viento?
Mañana, cuando sus rojas
auroras pierda el estío,
lo verás, húmedo y frío,
ir arrojando sus hojas
sobre la espuma del río.
Y que ella, en rizos livianos
llevando la hoja caída,
la selva cruza y los llanos,
para dejarla sin vida
en los recodos lejanos.
¡Ah! ¡Cuán ingrata serías,
y cuán hondo mi dolor,
si estas hojas, que son mías,
abandonara, ya frías
como la espuma, tu amor!

Pensamiento

A bañarse en la gota de rocío
que halló en las flores vacilante cuna,
en las noches de estío
desciende un rayo de la blanca luna.
Así en las horas de ventura y calma
y dulce desvarío
hay en mi alma una gota de tu alma
donde se baña el pensamiento mío.

El alma del payador

Cuando la tarde se inciina
sollozando al occidente,
corre una sombra doliente
sobre la pampa argentina.
Y cuando el sol ilumina
con luz brillante y serena
del ancho campo la escena
la melancólica sombra
huye besando su alfombra
con el afán de la pena.
Cuentan los criollos del suelo
que, en tibia noche de luna
en solitaria laguna
para la sombra su vuelo;
que allí se ensancha y un velo

va sobre el agua formando,
mientras se goza escuchando
por singular beneficio,
el incesante bullicio
que hacen las olas rodando.
Dicen que, en noche nublaba
si su guitarra algún mozo
en el crucero del pozo
deja de intento colgada,
llega la sombra callada,
y, al envolverla en su manto,
suena el preludio de un canto
entre las cuerdas dormidas,
cuerdas que vibran heridas
como por gotas de llanto.
Cuentan que en noche de aquellas
en que la Pampa se abisma
en la extensión de sí misma,
sin su corona de estrellas,
sobre las lomas más bellas,
donde hay más trébol risueño
luce una antorcha sin dueño
entre una niebla indecisa,
para que temple la brisa
las blandas alas del sueño.
Mas, si trocado el desmayo
en tempestad de su seno,
estalla el cóncavo trueno,
que es la palabra del rayo,
hiere al ombú de soslayo
rojiza sierpe de llamas,
que, calcinando sus ramas,
serpea, corre y asciende,
y en la alta copa desprende
brillante lluvia de escamas.
Cuando en las siestas de estío,

las brillazones remedan
vastos oleajes que ruedan
sobre fantástico río,
mudo, abismado y sombrío
baja un jinete la falda
tinta de bella esmeralda;
llega á las márgenes solas...
y hunde su potro en las olas,
con la guitarra á la espalda!

Cerró la noche. Un momento
quedó la Pampa en reposo,
cuando un rasgueo armonioso
pobló de notas el viento.
Luego, en dulce instrumento
vibró una endecha de amor,
y en el hombro del cantor,
llena de amante tristeza,
ella dobló la cabeza
para escucharlo mejor.

«Yo soy la nube lejana
(Vega en su canto decía)
que con la noche sombría
huye al venir la mañana;
soy la luz que en tu ventana
filtra en manojos la luna;
la que de niña en la cuna,
abrió tus ojos risueños;
la que dibuja tus sueños
en la desierta laguna.

»Yo soy la música vaga
que en los confines se escucha,
esa armonía que lucha
con el silencio, y se apaga;
el aire tibio, que halaga
con su incesante volar
que del ombú, vacilar

hace la copa bizarra;
y la doliente guitarra
que suele hacerte llorar!...»
Leve rumor de un gemido
de una caricia llorosa,
hendió la sombra medrosa,
crujió en el árbol dormido.
Después, el ronco estallido
de rotas cuerdas se oyó;
un remolino pasó
batiendo el rancho cercano,
y en el circuito del llano
todo en silencio quedó.
Luego, inflamando el vacío,
se levantó la alborada,
con esa blanca mirada
que hace chispear el rocío;
y cuando el sol en el río
vertió su lumbre primera
se vió una sombra ligera
en occidente ocultarse,
y el alto ombú balancearse
sobre una antigua tapera.

Las quintas de mi tiempo

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
jardines sabiamente dibujados,
fueron un tiempo rústicos cercados
de enhiesta pita y suculenta mora.

Y aquellas que allí ves altas mansiones

de mil primores llenas, antes fueron
modestas granjas donde en paz latieron
más nobles y sencillos corazones.

Naturaleza entonce á sus anchuras
por estos sus dominios discurría,
y como es dada á la labor, tejía
mil suertes de galanas vestiduras.

Aquí, rastreando la humedad del suelo,
las violetas silvestres agrupaba,
y por todas las quintas derramaba
un fresco aroma que llegaba al cielo.

Pródiga aquí de sus mejores galas
prendía á las ventanas de una hermosa,
de mosqueta ó jazmín red olorosa
que desflocaba el aire con sus alas.

Por cima de los cándidos rebaños
que agrupaba el pastor en los oteros,
derramaban en flor los durazneros
una alegre sonrisa de quince años.

Y no bien tapizaba la pradera
y en los verdes naranjos florecía,
de sus maternas manos recibía
su corona nupcial la primavera.

Mas tú dirás, amigo, que al presente,
aquella nuestra madre, de igual modo
sustenta, anima y embellece todo,
y quien dijera lo contrario miente.

¡Infeliz! ¡cuál te engañas! Tú no sabes
lo que eran estos sitios, cuánta escena

de amor y paz y venturanza llena
huyó con las violetas y las aves.

Figúrate: es domingo; el aire en calma;
mucho sol, mucha luz, mucha alegría;
una de esas mañanas en que ansía
verse trocada en golondrina el alma.

Verás aquí y allá, por los senderos,
confundidos los pobres y los ricos,
la madre, las amigas y los chicos
con sus lucientes trajes domingueros.

Dan al viento los niños infinitas
pandorgas, con navaja, y en batalla,
y á cada triunfo un clamoreo estalla
en el hueco inmortal de Cabecitas.

Se oye el rumor del biznagal que abrasa
el adobe en los hornos; el ligero
grato sonar de tarros del lechero
que á largo trote por las quintas pasa.

Y allá van, salpicando las veredas,
guiadas por un criollo ó un navarro,
las carretas de pasto, que en el barro
vuelven crujiendo las pesadas ruedas.

Torna ahora los ojos, Fabio, y mira
aquel grupo de un árbol á la sombra,
que tiene el césped por mullida alfombra
y la guitarra nacional por lira.

¿Qué ves allí? De un asador pendiente,
asándose el cordero apetitoso,

y circular el mate generoso
en vez de la botella de aguardiente.

¡Oh campestres paseos! ¡Oh manjares
jamás llorados cual se debe ahora!
¡oh sencillez antigua y bienhechora,
salud un tiempo de los patrios lares!...

Mas calle, amigo, vuestra queja vana,
que si un remedio á vuestras ansias veo,
es quedar como Lope ante el Liceo
llorando la vejez de su sotana.

Juro, Fabio, por todos los poetas,
que no hay porteñas hoy más regaladas
que aquellas que acudían en bandadas
á nuestras quintas á juntar violetas.

¡Las vieras, preparándose al asedio,
cuando aquellos piecitos voladores
no podían llegar hasta las flores
porque estaba una zanja de por medio!

¡Cuánto ardid para asirse del ramaje
y traspasar el cenagoso abismo,
alzando con angélico heroísmo
la muselina del sencillo traje!

Mas no faltaba un vástago de mora,
cual un brazo flexible, que de intento
para ayudarlas inclinaba el viento...
que tanto puede una mujer que llora.

Las veo aún, con las mejillas rojas
como granadas de Engadí partidas,

y las húmedas manos florecidas
mariposeando entre las verdes hojas;

Y correr, y chillar, y ser más bellas
cuando, lanzada como rauda fija (1),
cruzaba una medrosa lagartija
con grave susto disparando de ellas;

Y, ya en violetas rebosando el seno,
búcaro ardiente que las flores aman,
cómo por los senderos se derraman
dejando el aire de perfumes lleno.

¡Oh, mi dulce porteña, amada mía!
¡ya no hay violetas ni silvestres moras;
huyeron ya de la niñez las horas
dulces y alegres cuando Dios quería!...

El himno del payador

En pos del alba azulada,
ya por los campos rutila
del sol la grande, tranquila
y victoriosa mirada.
Sobre la curva lomada
que asalta el cardo bravío,
y allá en el bajo sombrío
donde el arroyo serpea,
de cada hierba gotea
la viva luz del rocío.

(1) *Fija:* arpón, fisga.

De los opuestos confines
de la Pampa, uno tras otro,
sobre el indómito potro
que vuelca y bate las crines,
abandonando fortines,
estancias, rancho, mujer,
vienen mil gauchos á ver
si en otro pago distante,
hay quien se ponga delante
cuando se grita: ¡á vencer!

Sobre el inmenso escenario
vanse formando en dos alas,
y el sol reluce en las galas
de cada bando contrario;
puéblase el aire del vario
rumor que en torno desata
la brillante cabalgata
que hace sonar, de luz llenas,
las espuelas nazarenas
y las virolas de plata.

De entre ellos el más anciano
divide el campo después,
señalando de través
larga huella por el llano;
y alzando luego en su mano
una pelota de cuero
con dos manijas, certero
la arroja al aire, gritando:
—«¡Vuela el *pato!*... ¡Va buscando
un valiente verdadero!»

Y cada bando á correr
suelta el potro vigoroso,

y aquél sale victorioso
que logra asirlo al caer.
Puesto el que supo vencer
en medio, la turba calla.
y á ambos lados de la valla
de nuevo parten el llano,
esperando del anciano
la alta señal de batalla.

Dala al fin. Hondo clamor
ronco truena en el circuíto,
y el caballo salta al grito
de su impávido señor;
y vencido y vencedor,
del noble triunfo sedientos,
se atropellan turbulentos
en largas filas cerradas,
cual dos olas encrespadas
que azotan contrarios vientos.

Alza en alto la presea
su feliz conquistador,
y su bando en derredor
le defiende y clamorea.
Uno y otro aguijonea
el ágil bruto, y chocando
entre sí, corren dejando
por los inciertos caminos,
polvorosos remolinos
sobre las pampas rodando.

Uno al fin, tras la pechada
del caballo, recia y fija,
logra asir de la manija
la presea codiciada;
cae su dueño, atropellada

su horda sufre mil azares,
y, la espuela en los ijares,
la triunfante abate, huella,
revolviendo por sobre ella
cual la tromba de los mares.

Vuela el símbolo del fuego,
por el campo arrebatado,
de los unos conquistado,
de los otros presa luego;
vense, entre hálitos de fuego,
varios jinetes rodar,
otros súbito avanzar
pisoteando los caídos,
y, en el aire sacudidos,
rojos ponchos ondear.

Huyen en tanto, azoradas,
de las lagunas vecinas,
como vivientes neblinas,
estrepitosas bandadas;
las grandes plumas cansadas
tiende el chajá corpulento;
y con veloz movimiento,
y como silban las balas,
bate el carancho las alas
hiriendo á hachazos el viento.

Con fuerte brazo les quita
robustó joven la prenda,
y tendido, á toda rienda:
—«¡Yo solo me basto!» grita.
En pos de él se precipita,
y tierra y cielos asorda,
lanzada á escape la horda
tras el audaz desafío,

con la pujanza de un río
que anchuroso se desborda.

Y allá van, todos unidos,
y él los azuza y provoca,
golpeándose la boca,
con salvajes alaridos.
Danle caza, y confundidos,
todos el cuerpo inclinado
sobre el arzón del recado,
temen que el triunfo les roben
cuando, volviéndose, el joven
echa al tropel su tostado...

El sol ya la hermosa frente
abatía, y, silencioso,
su abanico luminoso,
desplegaba en Occidente,
cuando un grito de repente
llenó el campo, y al clamor
cesó la lucha, en honor
de un solo nombre bendito,
que aquel grito era este grito:
«¡Santos Vega, el payador!»

Mudos ante él se volvieron,
y, ya la rienda sujeta,
en derredor del poeta
un vasto círculo hicieron.
Todos el alma pusieron
en los atentos oídos,
porque los labios queridos
de Santos Vega cantaban,
y en su guitarra zumbaban
estos vibrantes sonidos:

—«Los que tengan corazón,
los que el alma libre tengan,
los valientes, esos vengan
á escuchar esa canción;
nuestro dueño es la nación
que en el mar vence la ola,
que en los montes reina sola,
que en los campos nos domina,
y que en la tierra argentina
nos da su patria española.

»Hoy mi guitarra, en los llanos
cuerda por cuerda, así vibre:
hasta el chimango es más libre
en nuestra tierra, paisanos!
Mujeres, niños, ancianos,
el rancho aquel que primero
lleno con solo un ¡te quiero!
la dulce prenda querida,
¡todo!... el amor y la vida,
es de un monarca extranjero!

»Ya Buenos Aires, que encierra
como las nubes, el rayo,
el Veinticinco de Mayo
clamó de súbito: ¡guerra!
¡Hijos del llano y la sierra,
pueblo argentino! ¿qué haremos?
¿Menos valientes seremos
que los que libres se aclaman?...
¡De Buenos Aires nos llaman,
á Buenos Aires volemos!

»¡Ah, si es mi voz impotente
para arrojar, con vosotros
nuestra lanza y nuestros potros

por el vasto continente,
si jamás independiente
veo el suelo en que he cantado,
no me entierren en sagrado
donde una cruz me recuerde:
entiérrenme en campo verde
donde me pise el ganado!»

»Cuando cesó esta armonía,
que los conmueve y asombra,
era ya Vega una sombra
que allá en la noche se hundía...
¡Patria! á sus almas decía
el cielo, de astros cubierto,
¡Patria! el sonoro concierto
de las lagunas de plata,
¡Patria! la trémula rnata
del pajonal del desierto.

Y á Buenos Aires volaron,
y el himno audaz repitieron,
cuando á Belgrano siguieron,
cuando con Güemes lucharon,
cuando por fin se lanzaron
tras el Andes colosal,
hasta aquel día inmortal
en que el Héroe americano.
batió al sol ecuatoriano
nuestra enseña nacional.

El camalote

Hay en los ríos americanos
que al sud descienden del ecuador,
un camalote, que mis paisanos
le llaman *hojas de corazón.*

En cierto arroyo manso y profundo,
nace, en un día primaveral,
y, ya crecido, se arroja al mundo
de las corrientes del Paraná.

Mueven sus hojas auras amigas;
á toda vela marcha feliz;
y en él descansan de sus fatigas
las mil abejas del camuatí.

Verde y pomposo, va sin descanso
arrebatado por el raudal;
ó, prisionero de algún remanso,
gira irradiando felicidad.

Hasta que un día de acerbo duelo,
hierven las aguas, se nubla el sol,
estalla el trueno, y el alto cielo
despide el rayo deslumbrador.

Las ondas se alzan; en sus furores,
se despedazan en el juncal;

y en fácil vuelo, los rayadores
segando cortan el huracán.

¿Creeréis que entonces muere ó desmaya
el camalote de corazón?
Pues bien, sabedlo: corre á la playa,
y allí se arraiga y alza su flor.

Sin las tormentas, la hierba iría
entre caricias al vasto mar...
Será un misterio, pero hay un día
en que nos salva la tempestad.

Ortiz, Carlos

Canción de los retoños

A Federico L. Gutiérrez

El padre de los vientos, las nieblas y la escarcha,
se aleja á sus dominios: las gélidas regiones
del Bóreas, conducido por roncos aquilones
que rápidos lo llevan con impetuosa marcha,
el padre de los vientos, las nieblas y la escarcha.

La virgen Primavera rimando sus canciones
se acerca entre gorjeos y palpitantes alas,
y tiende sobre el mundo la gloria de sus galas,
y puebla los cerebros de mágicas visiones,
la virgen Primavera rimando sus canciones.

La sangre de las flores en el floral imperio
se agita fecundante; se entreabren las corolas,
los prados se constelan de lirios y amapolas,
y canta de los castos amores el misterio,
la sangre de las flores en el floral imperio.

En olas de perfumes revientan los capullos,
y ofrecen á los Silfos sus senos virginales
las flores que celebran sus regios esponsales

con lánguidos suspiros, y místicos murmullos,
en olas de perfumes revientan los capullos.

El agua del arroyo, cubierta ayer de hielo,
entre floridas márgenes con músicas se aleja;
y espejo de las ninfas, que límpido refleja
la esplendidez del día, la majestad del cielo,
es el arroyo claro cubierto ayer de hielo.

Huyeron las tristezas al tenebroso Bórea,
y han vuelto con las rosas las golondrinas rápidas;
todo sonríe—¿Todo?—Bajo las tristes lápidas
duermen las blancas vírgenes en rigidez marmórea,
frías como los témpanos del tenebroso Bórea.

¡Oh Primavera!—sólo con trepadoras hiedras
el olvido engalana los sepulcros desiertos;
mas, sírvannos tus galas para ofrendar los muertos,
y ornemos con tus flores las sepulcrales piedras
do sólo hay parietarias y trepadoras hiedras.

El poema de la mañana

Palidecen las lámparas astrales
que alumbran los palacios siderales,
y como un cisne de radiantes plumas
llega la Aurora entre rosadas brumas.

¡Diaria Natividad!—Con el ardiente
despertar de la luz, brilla el oriente,
y en mágica explosión de resplandores
surge el sol bajo un palio de fulgores.

La virgen se despierta, y en sus rubios
cabellos, pone el astro un nimbo místico;
la virgen se despierta,—lirio pálido.—

Y soñando con besos y connubios
se estremece su grácil cuerpo artístico
en las alburas de su lecho cálido.

Armonía de la tarde

Idilio vesperal.—En occidente
la bruna sombra con la luz se besa;
la voz de las campanas, el ambiente
con lentas vibraciones atraviesa.

Misteriosa y triunfal llega la bruma,
y en la pálida lumbre vespertina
la tierra melancólica se esfuma
como en ligera túnica opalina.

Floración luminosa de la noche,
emergen las estrellas de topacio,
como rosas de luz que abren el broche
en la calma sombría del espacio.

La luna, solitaria peregrina
la blanca inspiradora de Beethoven,
con sus místicos rayos ilumina
la cabeza del bardo, Apolo joven.

Como pálida virgen, el planeta
con el beso de luz de sus destellos,
acaricia su frente de poeta
y el sombrío toisón de sus cabellos.

Es el bardo que sueña y que medita
mientras la vida terrenal reposa,
y en los abismos lóbregos, gravita
la estrella de las tardes, misteriosa;

mientras las nubes en ocaso tiñe
el Sol, desde el confín de otro hemisferio,
y su corona sideral se ciñe
la augusta soberana del misterio;

mientras surge en la calma, tremulante
el rumor de las brisas en las folias,
que llega á sus oídos, suspirante
como un vago gemir de arpas eólias.

Y contempla la bóveda infinita
constelada de ardientes luminares,
y levanta su voz, donde palpita
la nostalgia de incógnitos pesares.

Y dice: ¿«Qué plegaria, qué armonía,
qué rumor á los cielos se levanta?
es que solemne al espirar el día
la Lira Universal solloza y canta.

»La Lira Universal trémula gime,
y brota de sus cuerdas rumorosas,
¡oh! tarde augusta, en tu quietud sublime
la mágica armonía de las cosas.

»Murmura una plegaria cada fibra,
gorjea el ave, tiemblan los capullos,
y es un himno magnífico que vibra
formado de suspiros y de arrullos.

»Y las notas de ese himno que derrama
en estas horas la Creación inmensa,
hablan al corazón, y dicen: «¡ama!»
vibran en el cerebro y dicen: «¡piensa!»

»Y «¡amor!» murmuran las secretas frondas
con eólico ritmo, dulce y vago,
y «¡amor!»—repiten las errantes ondas
del lago azul, del armonioso lago.

»Y «¡amor!»—la estrella que en los cielos arde,
faro de las alturas misteriosas,
y la música vaga de la tarde,
y el perfume exquisito de las rosas.

«¡Y amo!—luminosa se adelanta
fugitiva visión de blancas huellas,
y el azul de los cielos se abrillanta
con la luz de las pálidas estrellas.

»Y roza con sus dedos virginales
mi frente sin color la Poesía,
y escalo las regiones siderales
con las alas del Ritmo y la Harmonía.

»Y navega mi espíritu en los rastros
de luz, estelas siderales de oro,
y escucho la armonía de los astros
del templo del Azur excelso coro.

»Y allá voy, llena el alma de quimeras,
dulces delirios y rosados sueños,
en busca de las mágicas riberas
del encantado Edén de mis ensueños.

»¡Oh! Lira Universal!—vibra tu canto
en la paz de la tarde solitaria,
y surge un himno melodioso y santo,
que es la inmensa ascensión de una plegaria.

»Alzan su voz los encrespados mares,
sus endechas eólicas el viento,
y las vírgenes selvas sus cantares,
y su astral armonía el firmamento.

»Y florecen cual rosas luminosas
las pálidas estrellas taciturnas,
como rosas que vuelcan misteriosas
sobre el mundo el secreto de sus urnas.

»Tenue soplo de amor cruza los prados,
se estremecen los áridos desiertos,
y te escuchan los cielos asombrados
con sus ojos de cíclopes, abiertos;

»A tu voz, de los antros, las entrañas
despiertan de sus tétricos mutismos,
y sueñan las graníticas montañas,
y sollozan los lóbregos abismos!»

Calló el poeta, y surge tremulante
el rumor de las brisas en las folias,
que llega á sus oídos, suspirante
como un vago gemir de arpas eólias.

Y nostálgica sueña en su palacio
la Luna, reina de los antros, única,
mientras tiende la Noche en el espacio
los amplios pliegues de su negra túnica.



Iris

Guardo en el fondo de mi alma un vaso
desbordante de aromas y armonías,
que al reflejar tu límpida mirada
un haz derrama de esplendentes luces.
¡Profundo y dulce arcano
que no del hombre la mentida ciencia
comprenderá jamás! Hasta él no alcanzan
ni el poder impalpable de la idea,
ni la indomable voluntad, ni el ruido

de la afanada multitud, que el mundo
vuelve y revuelve sin hallar reposo.
Mas ¡oh! ¡cuál se abre transparente y puro
cuando la voz del sentimiento, envuelta
en célicas caricias,
dulce penetra en el amante pecho!
Entonces se respiran
auras de un mundo superior, cerrado
al que en la magia del amor no cree.
Y ruedan por la mente
raudales de suavísima armonía,
que fecundando su virtud creadora,
de mil visiones sus dominios pueblan,
y luego en forma espléndida encarnadas,
cobran vida perenne
hallando en triunfo los pasmados siglos.
¡Oh, amor, oh, amor, encanto
eterno y solo del mortal! ¡Tú sabes
con qué inefable gozo,
con qué emoción conmovedora y honda,
mi alma entonces virgen,
recibió un día tu primer caricia!
¡Tú sabes cuántas horas
de insomnio y de inquietud y de delirio
sobre mi ardiente corazón cayeron!
Mas no á agostar su juventud naciente,
como tal vez del sol la lumbre viva
sobre la nueva flor, de aromas llena;
sino á infundirle aliento poderoso,
y fuego y entusiasmo,
y el amor de la gloria, y la constancia
contra los dardos que el adverso numen
lanza empapados en dolor, al alma
del que Dios hizo al sentimiento dócil.
Tú me enseñaste fulgurante y viva
la dulce virgen de mis sueños de oro,

la de rica y flotante cabellera,
cuyo mirar purísimo y sereno
del alma aduerme las inquietas ondas.
¡Cómo, al verla, mi vida,
hasta entonces sin norma é infecunda,
se llenó de misterios! Savia nueva
mi ser transfiguró; miré del seno
de nuestra inmensa y generosa madre,
brotar deslumbradores
torrentes mil de fuego y hermosura,
en tanto que mi espíritu, templado
para el arduo luchar de la existencia,
surgía á respirar las frescas auras
de risueña y florida primavera.
¡Angel de amor! Si iluminó mi mente
una chispa, no más, del regio incendio
que arde en los grandes; si escuché extasiado
ese rumor universal que hiende
de mundo en mundo las etéreas ondas;
si el mudo carro de las raudas Horas
vertió sobre mi frente
nutrida lluvia de fragantes rosas,
y sus perfumes aspiré, y la vida
vi levantarse espléndida y radiante,
ostentando engarzado en su corona
el fúlgido joyel de la esperanza;
á ti, amada, lo debo, á ti tan sólo,
huerto oloroso del amor; rocío
dulcísimo y fecundo,
que hace lozano erguirse, y rico en frutos
cuanto débil retoño en mí se cría.
¡Cuando la luz que del obscuro seno
de las tormentas brota,
fatídica en mi frente centellea,
y rueda inmenso el trueno airado y ronco,
una sola, mi amor, de tus sonrisas

en la áurea luz de tu mirada envuelta,
basta á calmar los ímpetus soberbios
de indomable Titán, que agigantarse
siento dentro de mí, y honda y funesta
ansia de horror y destrucción me inspiran!
¡Sí! que tan sólo una palabra tenue
de tus labios amantes derramada,
es bálsamo celeste,
es luz de luna, plácida y serena,
que amor le infunde por lo grande y bueno,
y le torna la paz y la alegría
á este tu corazón, de amor sediento.
Ver desprenderse de tus negros ojos
la luz de la pasión; oir el timbre
de tu voz argentina y melodiosa;
la idea sorprender que rauda cruza
por tu frente serena,
y aun ver rodar por tu mejilla el llanto
brotado al roce de fugaz querella
que injusto provoqué: he ahí el tesoro
de mis ocultos goces; la suave
música siempre varia,
que suena en mí cual eco
de una armonía que vibró en el cielo.
¡Cuánto secreto angelical no cela
un alma, cual la tuya, amante y virgen!
¡Cuán frescas aguas al ardiente labio!
¿Y ha de desviar de mí su cauce amado
dejando mustias las hermosas flores
con que mi senda engalanó? ¿Un día
no llegará, en que al verte esquiva y dura
por mi lado pasar, sepultar deba
dentro del pecho la palabra ardiente?...
¡Perdona, dulce amada, si insensato
con tales dudas tu constancia ofendo!
¡Hijas son de mi amor, de ese deleite

excelso é inenarrable,
de que en oleadas inundarme siento
cuando en mi alma el iris
de tu cariño, su fulgor despliega!
¡Ah! ¡no me olvides, y seré dichoso!
¡No me olvides, mi bien! Sé tú la sombra
donde los ígneos rayos
pueda templar del mundanal bochorno.
Sé tú la blanca inmaculada venda
que restañe la sangre
de quien hollando aún verdes senderos
hondos males presiente, y corta vida...
Y cuando vuelto en polvo el frágil vaso
que mi anhelante espíritu
aprisiona hasta hoy, triunfante y libre
vuele á esperarte al inmortal seguro,
cierre tu mano con amor mis ojos
que en contemplarte su placer cifraban,
y haz que en torno á mi tumba solitaria
la triste flor de los recúerdos brote.

Ensueño

Siempre grata á mi oído
sonó tu dulce voz, y la armonía
de tu gentil semblante, otra más honda
y vibradora por mi ser difunde.
Cuando llegas á mí, siento que vuela
el polvo que en el alma
va la vida sin tregua acumulando,
y todo en ella fresco reverdece

con vigor juvenil, como la tierra
húmeda aun tras la fecunda lluvia
y sonreída por el sol. ¡Qué lumbres
de amor despiden tus radiantes ojos!
¡Y qué tenaz enjambre de deseos
de tu redondo cuello en torno vuela
y el ritmo sigue de tu andar! Asciendes,
astro de amor, inmenso y solitario,
por el sombrío espacio de mi alma,
y abriendo á trechos sus flotantes nubes,
con tu esplendor sereno la iluminas.
Y tú este afecto ignorarás por siempre,
y esa secreta conmoción profunda
en que mi triste corazón se agita
al mirarte pasar, cuando inflamado
en amor, en tormentos y delicias,
en lo infinito del sentir se pierde.

En viaje

¡Aves que os lanzáis á vuelo
sobre las ondas del mar,
con aquel incierto anhelo
del que ignora el blando suelo
adonde quiere llegar!

Cual vos, presiente errabundo
mi espíritu un más allá,
y con anhelo profundo
sobre las olas del mundo
ansioso volando va!

Canto al arte [1]

Á LA MEMORIA DE MI PADRE

Á mi madre

Cuando al FIAT solemne
Del abismo profundo
Surgió, ceñido de hermosura, el mundo,
Y el hombre, absorto en mágico embeleso,
Unió su voz al coro de armonías
Que en las etéreas vías
Rico y sonoro sin cesar se expande;
Cuando confusa su razón clamaba
Por descifrar el misterioso arcano
Que el giro soberano
De las esferas, tras de sí ocultaba:
Desprendió Dios de su divina esencia
Una ráfaga ardiente
Que descendiendo vivida y gloriosa,
Ardió en su alma y centelleó en su frente.

¡Llama de inspiración! Por ella el hombre
Vislumbró el infinito; el sentimiento
Su ser transfigurando, la materia
Doblegó á su albedrío; al duro mármol
Dió vida y alma su virtud creadora;

(1) Premiado con pensamiento de oro y esmalte (ofrecido al mejor del tema por el Ateneo Español), en los JUEGOS FLORALES celebrados en Buenos Aires el 12 de Octubre de 1881, en conmemoración del descubrimiento de América.

Ritmo y cadencia y norma y armonía
Al sonido fugaz; á la palabra
Luz que los cielos ilumina y dora.
Ruedan los pueblos á la nada. El Tiempo
Sepulta en sus abismos
Una edad y otra edad: el Arte sólo
Resiste y triunfa, y en amante lazo
Une pasado y porvenir. La idea
Y la pasión; combates, cataclismos,
Gritos del alma, irradiación de gloria,
Coronas de victoria,
Rumor de tempestad, sol de ventura:
Todo en la triste humanidad perece,
Todo en el Arte se abrillanta y crece
Velado en el cendal de la hermosura.

¡Grecia! ¡Madre inmortal! ¡Cuna dorada
De libertad é inspiración! ¡Maestra
Eternamente venerable! En vano
Caiste derribada
Al rudo empuje de los siglos. Joven
Vives del Arte en el sagrado templo,
Y tu genio fecundo
Volando vencedor de mundo en mundo,
Culto es feliz de admiración y ejemplo.
¡No! ¡tus dioses no han muerto! Aun, radiante,
De tus cerúleas ondas
Nace gentil la voluptuosa Venus;
Aun rige Apolo el rutilante carro
Del Sol, y sus flamígeros corceles;
Y al sátiro lascivo
Huyendo raudas las gallardas ninfas,
Van, cercadas de cándidos amores,
Cabe la margen de las claras linfas
Tejiendo danzas y esparciendo flores.
Aun de rubias espigas coronada

Céres la paz y la abundancia vierte,
Y de Ixïon sacrílego, callada
Gira en el Orco la espantable rueda,
Aun Píndaro divino
El lauro esplendoroso
Ciñe á la sien del púgil de Nemea,
Y el fallo del Destino
Demóstenes suspende
Al rayo que en sus labios centellea.

¡Tal el Arte triunfó! Tal siempre ha sido
Su mágico poder. El Universo
Se muestra ante él de resplandor vestido.
Rueda á su voz sus fugitivas ondas
El plácido arroyuelo; en la enramada
Modula dulces trinos
El ave enamorada;
Retumba el trueno en la extensión vacía;
En densos torbellinos
Se alza, soberbio, el mar; la selva umbría
Sacude el viento con furor, y el hombre,
De la severa Ciencia
Los inflexibles límites salvando,
Desata los raudales
De su rica ardorosa fantasía,
Y se embriaga de amor y de armonía
En las fulgentes lumbres eternales.

¡Divina emanación! ¡Fuente serena
En que mitiga el alma
Su inextinguible sed! ¡Lira sublime
En donde el Himno Universal resuena!
Lloras con el dolor; con la intranquila
Virgen palpitas, que en amores arde,
Y si al ruidoso alarde
De la alegría y del placer te lanzas,

Ruedan en torno á tu brillante cetro
Festivos juegos, cadenciosas danzas.
Tu voz robusta en los combates truena,
Presagio al héroe de inmortal victoria;
Palmas al mártir das; contra el tirano
Sagrado hervor de indignación levantas,
Y en himno soberano
De Dios la gloria sempiterna cantas.

Mandas: y al punto las ferradas puertas
Del mudo Porvenir, fáciles giran,
Y arrancando el secreto á las edades
Que aun en el seno de los tiempos duermen,
Alumbras el camino
De la cansada humanidad, que el rumbo
Sigue con fe y valor, de su destino.
Y cuando presa de inquietud suprema,
La duda acerba sus entrañas roe,
Y vacilan alcázares y templos,
Y perecen las joyas peregrinas
Del alma en lo recóndito engarzadas,
Cual tierna flor en las revueltas ondas
Del férvido torrente; cuando airadas
Las forágines roncas precipitan
Cuanto en el mundo se adoró por santo,
Y sólo quedan de la horrenda lucha
Sombra en la mente y en los ojos llanto:
Tú brindas al espíritu anhelante
Un manantial purísimo y sereno,
Donde refleja, desde excelsa cumbre,
Vivífico y radiante,
Un sol perenne su celeste lumbre.

¡Gloria al Arte inmortal! ¡Vuestros acentos
Unid, Poetas, á mi voz! ¡Resuenen
Llenos de amor en los alados vientos!

Tejed guirnaldas; sus galanas flores
Con áureas cintas enlazad, y llenen
Su templo augusto palmas y loores.
¡Gloria al ARTE inmortal! Su luz divina
La esfera cristalina
Baña y colora; su natura arcana
Cuanto hay de grande y generoso encierra,
Y hendiendo el éter con triunfal decoro,
Derrama en lluvia de oro
La bendición de Dios sobre la tierra.

A...

Cual ruedan entre márgenes floridas
del arroyuelo las radiantes aguas,
así mis horas
entre las rosas de tu amor resbalan.

Cual se deshace en el ardiente estío
lo nube obscura en transparente gasa,
así mis duelos
se funden al calor de tu mirada.

Cual se envuelve la noche en sus crespones,
del sol llorando la lejana marcha,
así en mi espíritu
surgen las sombras si tu luz le falta.



P. B. Palacios (Almafuerte)

Jesús

Para mi amigo Eduardo Sáenz

I

Como brota del charco sombrío
y á conjuros de luz meridiana,
yo no sé por qué afán de lo triste,
gracioso nenúfar de flores de nácar:

La presión secular exprimiendo
de la fétida chusma, la entraña,
conjuró de aquel barro de sangre,
la noble azucena doliente de su alma!

II

Gota pura del bien absoluto,
de la estirpe mortal, destilada:
prodigioso perfil de la errante
visión de justicia que sueña la raza:

Profundísimo beso errabundo
que al rozar tus dolores, estalla:

perdurable tristeza divina
cubriendo las viles tristezas humanas!

III

Celestial mensajero que siente,
mientras cruza los orbes y baja,
la precisa intuición espantable
del hondo vacío voraz que lo traga!

Femenina zozobra que al mundo,
como palio de lágrimas, guarda:
gemebunda torcaz valerosa,
que al prófugo crimen le tiende sus alas!

IV

Corazón matinal, todo blanco,
cuyo fuego de hoguera ofrendaria,
con efluvios de mirra, perfuma,
de Job, la rabiosa, la trágica sarna!

Corazón cuyo amor intangible,
sin buscar otro amor, se dilata,
como estuvo en el Caos el Eterno,
sin peso ni forma, sin rumbos ni vallas!

V

Cual se tuercen y escurren flexibles,
sin lograr abatir la muralla,
ya tenaces, ya febles, ya locos,
bramando y silbando, los vientos que pasan;

la invasora legión de cariños
que á la vida real nos amarra,
no logró reducirle, siquiera,
ni al sacro, materno dogal de la patria!

VI

Nebulosa de amor: de amor mismo;
sin la paz del hogar, que coarta,
ni la fiel amistad, que suprime,
ni aquel inefable deleite, que sacia!

—No asirás, hombre fórmula y ergo,
su inasible figura esfumada:
como polvo de aurora, difuso,
difuso en la vida su espíritu vaga!

VII

Proyectó sugestiones de nimbo,
su perpetua niñez inspirada;
rechazó lo carnal, de sus carnes,
cual cisne jocundo que hiende las aguas;

No sufrió lobreguecees de ocaso,
su fulgor de lucero del alba:
blanco César triunfal de lo puro!
querube incorpóreo que preña las almas!

VIII

Como diestros, por sí se detienen
los caudales del mar, en la playa;

cual germina, y retoña, y produce,
silvestre, salvaje, libérrima planta:

Ni el saber, ni el sofisma turbaron
su sagaz, pensativa ignorancia:
floración cerebral; tierra virgen;
flamígero foco del Verbo que irradia!

IX

Como aquél, predilecto que siente,
por geniales virtudes innatas,
la explosión de las notas que surgen,
y ondean, y rien, cual ninfas hermanas:

Pudo Aquél predilecto admirable,
como disco luciente de plata,
reflejar, en la noche futura,
la eterna, la sola Verdad soberana!

X

Formidable saber que redujo,
como á loca jauria, en su alma,
cual recoges el cielo en tus ojos,
y el mar, y la selva, y el río, y la pampa!

Formidable saber que sanciona,
que tu bien y tu mal son palabras:
resonantes palabras vacías!
cilicio de penas internas que arrastras!

XI

Porque luz, y color, y sonido
sólo son cerebrales fantasmas,
mientras vibran espacios y soles
sumidos en mudas tinieblas heladas!

Y así toda tu ciencia y la mía...
nada más que impresión comparada,
nada más que ilusiones eternas
que aloja en nosotros el Caos que no acaba!

XII

Pues si aquel escozor de la herida
que produjo en tu carne, la daga,
ni le sufre tu músculo roto,
ni aquel cincelado prodigio que mata:

La estupenda, la simple, la hermosa,
la cabal creación que proclamas,
con la misma inconsciencia que vives,
debajo del cráneo, vil necio, la fraguas!

XIII

Allí está el Universo! Allí mismo
puso Dios su taller y su patria!
Desde aquella ruïn madriguera,
colora el vacío y esculpe la nada!

Y esos lampos de luz que fulguras,
su divino cincel los arranca!
Y esos torpes impulsos que sigues,
no son más que alientos de Dios que trabaja!

XIV

Puesto que, si el bacterio más breve,
breves horas, apenas, pensara,
llenaría, cual tú, su conciencia
de leyes, y dudas, y luces, y manchas!

Porque cada cerebro es el nudo
de la misma labor que le arrancan,
como el triste gusano cautivo
del frágil capullo de seda que labra!

XV

Puesto que, de infinito á infinito,
lo que es,—no su aspecto: su masa,—
te conquista, te absorbe, te agota,
cual Eva incansable que nunca se sacia;

Mientras tú, viejo Adán de la vida,
poseído en la sombra le amas,
con la inerte caricia profunda
del joven dormido que violan las hadas!

XVI

Y esto dijo Jesús, en tu abono,
cuando puso, en la jerga que hablas,

su perdón ilegal, que ha vencido,
y es esa, que gozas, legal tolerancia!

Tolerancia que va, paulatina,
como crece la fruta en la rama,
laborando, en tu ley, el derecho
de abrir su repliegue más hondo las almas!

XVII

Y esto quiso Jesús, en tu abono,
cuando echó, por tu bien, á su espalda,
no la cruz de tus culpas, que dicen:
¡La cruz de la imbécil sapiencia pasada!

Y esto quiso Jesús, en tu abono,
fugitiva miseria de paja,
diminuto vibrión que conduces,
del plan del Eterno los hilos de llamas!

XVIII

No redujo su amor á linderos,
pero no fué su egoísmo el que amaba;
ni alcanzó la virtud, con ser ella,
de aquel soberano la mínima gracia;

ni logró la mujer ablandarle,
nada más que cubierta de faltas;
y á sus pies, en la cruz, retorcióse,
de celos del crimen, su madre sagrada!

XIX

Convirtió su fracaso en victoria;
y en reflejos de solio, su infamia;
y á la cruz de su muerte, en el signo
que besan y besan las hordas que pasan!

Se abrazó de lo vil, con sus brazos;
le sentó junto á Dios, que callaba;
y abrazados así, te sonríen,
cual dos prefulgentes deidades hermanas!

XX

Discurrió su criterio de madre,
por el haz de la recua postrada,
como ruedan, filtrando la nube,
jirones de luna por sobre la piara;

Y un gemir de titanes vencidos,
y un hervor de sudores y llagas,
y un bramar de reptiles rebeldes,
subieron, cual roja, fugaz llamarada!

XXI

Y lo mismo que el paso de Febo,
por el aire sutil, se dilatan
resplandores difusos, que corren
por valles, y cumbres, y fuentes, y charcas.

La primera, la sola caricia,
de su pecho fluyó sobrehumana,

como el mar, como el sol, como el éter,
cual todos los besos de amor que sonaran!

XXII

¡Sí! La fiera de ayer languidece!
sólo es puro el amor que no ama!
no son más que resortes que crujen,
los padres, los hijos, la aldea y la raza!

Como ya construídos los arcos,
Las inútiles cimbras arrancas,
Sobrará mucho barro de bestia
La vez que despliegues del todo tu talla!

XXIII

Se vislumbra, en la historia, su mole,
como azul eminencia lejana,
cuyos flancos enormes conquistan
los pueblos que crecen, á luengas jornadas!

Migración á la cumbre del Cosmos,
cuyas níveas regiones más altas,
cruzarás, si no abdicas, tan puro,
cual cándida tropa de lirios con alas!

XIV

Como el tierno capullo de loto,
con su lívida frente de nácar,
sobre charcos malditos, preside
la prófuga serie de soles que bajan;

Su perfil soñador de azucena,
rematando la cúpula humana,
como luz hecha flor, simboliza
la fúlgida serie de soles que avanzan!

Cantar de cantares

I

Niveo cáliz de magnolia
Decorando los retoños de la rama
Cual un ánfora de sueños,—es tu frente!...
Sí, tu frente,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Es el gótico remate de la rama.
Su divino corolario;
Es el grave, pausadísimo incensario
Cuya mirra de sapiencia por mi templo se derrama!

II

Radiaciones de las mieses,—
Rubias ondas encrespadas y brillantes
Y crujientes de los trigos,—tus cabellos!...
Tus cabellos,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son las hebras rubicundas y brillantes
De la testa de las diosas
De las diosas imperiosas y graciosas
Con el casco de sus crines enrizadas y flotantes!

III

Como sellos de turquesas,—
De turquesas bien profundas, bien extrañas,
Bien azules como el aire, son tus ojos!...
Sí, tus ojos.
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son dos piedras bien azules, bien extrañas,
Que clavaron los querubes
Que sumergen á los astros en las nubes,
Bajo el arco y en el fleco de tus cejas y pestañas!

IV

Florecitas de durazno
Que la veste de las auras amontona
Bajo el cielo de la tarde,—tus carrillos!...
Tus carrillos.
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son las flores que un arcángel amoniona
Bajo el cielo de tus ojos,
Por los valles de rubores y sonrojos
Que divide tu severa naricita de matrona!

V

Cicatrices de caricias,—
Cicatrices de dos besos fraternales
De las almas de dos lirios,—tus hoyuelos!...
Tus hoyuelos,
Hija mía, madre mía, novia mía;
Son las huellas de dos besos fraternales

Que te dieron al venirte,
Que te dieron al salir á despedirte
Los dos ángeles más puros de los coros celestiales!

VI

Como pétalos de rosa,
Como pétalos de rosa purpurada,—
Purpurada como sangre,—son tus labios!...
Sí, tus labios,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son dos pétalos de rosa purpurada
Que cayeron en la nieve:
Son el borde que resuena, que se mueve,
De aquel vaso de Sajonia de tu barba nacarada!

VII

Blanco polvo sacarino
Que decora rojos néctares de fresas,
Tamarindos y granadas,—son tus dientes!...
Sí, tus dientes,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son azúcar en la crátera de fresas
De tu boca cuando ríes;
Son diamantes de Golconda que deslíes
En el bálsamo bendito de tus besos cuando besas!

VIII

Caracoles nacarados,—
Nacarados caracoles pequeñitos
De la playa de los mares,—tus orejas!...
Tus orejas,

Hija mía, madre mía, novia mía:
Son dos bellos caracoles pequeñitos
Que te llevan el augurio,
Que le llevan á tu espíritu el murmurio
De las cosas venideras, de los tiempos infinitos!

IX

Minarete de alabastro,—
Torrecilla de alabastro cimbradora
Cual pedúculo vibrátil,—es tu cuello!...
Sí, tu cuello,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Es la blanca columnita cimbradora
Que se yergue y balancea,
Que se yergue columpiando la presea
De tus rizos, de tus ojos, de tu faz encantadora!

X

Como bloques de azucenas,—
Como bloques de azucenas de la aurora,
Tras la gasa de la niebla,—son tus pechos!...
Sí, tus pechos,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son dos ramos de azucenas de la aurora
Que pusieron las vestales.
Que pusieron, bajo tules virginales,
En el trono de Carrara de la Virgen mi Señora!

XI

Ramilletes maternales
De claveles y mosquetas y alelíes

Rodeados de cedrones,—son tus manos!...
Sí, tus manos,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son tisanas maternales de alelíes
Para todos los dolores:
Napoleones del azúcar y las flores,
De vendajes y brocatos, de utensilios y rubíes!

XII

Mecanismo de diamantes,—
De diamantes en espumas incrustados
Por milagro de Natura,—son tus pies!...
Sí, tus pies,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son diamantes en aljófar incrustados;
Son motores cadenciosos.
Que golpean cadenciosos y orgullosos
De sentirse con la gloria de tu cuerpo coronados!

XIII

Arreboles matinales,
Matinales arreboles como velos
Recamados de oro puro,— son tus ropas!...
Sí, tus ropas,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son celajes recamados como velos
Con la luz de la mañana,
Con la luz que va filtrando soberana
Por el tul abullonado del ropaje de los cielos!

XIV

Bella página de un libro,—
Bella página de un libro de oraciones,
Con estampas bizantinas,—tus afectos!...
Tus afectos,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son la página del libro de oraciones
Donde rezan los nenitos,
Donde buscan los nenitos, ¡pobrecitos!
Las Madonas y los Cristos de radiantes corazones!

XV

Como cítaras angélicas,—
Como notas inefables de ocarines
Que bajaran de lo alto,—tus acentos!...
Tus acentos,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son acentos inefables de ocarines,
Ora tiples, ora graves;
Son escalas fugitivas de los claves,
Y vibrantes pizzicatos de los tiernos mandolines!

XVI

Como lámpara votiva
Que llenase de fulgores el santuario
De algún pálido Eccehomo,—tu gran alma!...
Sí, tu alma,
Hija mía, madre mía, novia mía:

Es la lámpara votiva del santuario
Que fulgura dulcemente,
Que derrama dulcemente, tiernamente,
Sus caricias luminosas en la cruz de mi Calvario!

XVII

Como el bíblico poeta,—
Como el Rey de los proverbios seculares,
Que no pasan, que no mueren,—yo te canto!...
Sí, te canto,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Con palabras que retumben seculares,
Que no pasen, que no mueran,
Que los hombres para siempre las profieran
Como al cántico sublime del cantar de los cantares!

Cristianas

I

Aristarco feroz que acaricias
la labor de los otros, con garras,
de la propia manera que aquellas
mujeres sin hijos, los hijos que amparan:
no te guardo ojeriza ninguna
por el haz de laurel que me arrancas:
de la eterna belleza, padeces
la horrible, infecunda preñez sobrehumana!

II

Vanidoso doncel que paseas
con olímpico garbo, tus galas,
como el pavo oriental su plumaje
de rico zafiro con flecos de gualda:
yo doy paso cortés á tu enorme
personilla hiperbólica y vana:
la visión de Alcibiades, en ella,
brillando y rampante, contemplo que pasa!

III

Pretendiente sagaz que te doblas
refugiando en el pecho la cara.
Cuando surgen del sacro recinto,
los ojos que ofrecen al par que amenazan:
hay un corte sutil en tus labios,—
de tu estirpe de dios, atalaya,
que les haces reir, sin que rían,
de aquel que despojas echado á sus plantas.

IV

Clandestino malvado que vistes
con virtudes sociales, tus lacras,
como esconde su faz el abismo,
de luz temoroso, con flores y zarzas;
no pretendo rasgar la careta
que tu vida nocturna me ataja:
yo bendigo el instinto que cubre
los públicos hombres de hipócritas gasas!

V

¡Iracundo varón que no alientas
nada más que rencor y venganza,
cuando, en pos de la injuria, te vuelves
lo mismo que negra serpiente africana:
yo descubro, á pesar del acceso
que te impregna de hiel las entrañas,
como un rayo fugaz de justicia
rasgando los cielos profundos de tu alma!

VI

¡Obcecada matrona que buscas
del mancebo gentil, las miradas,
ó en la frígida noche, le sueñas,
decrépita Venus, mesando tus canas:
sobre el rudo vaivén de las olas
de aquel lúbrico mar que te asalta,
flota errante una célula excelsa
de madre que admira, de madre que aguarda!

VII

¡Maldiciente cruël que te places
refiriendo torpezas extrañas;
cuya lengua insidiosa circunda
las vidas ajenas de ruin filigrana:
no me aparto de ti, como aquellos
que no ven la belleza de nada:
me descubro y admiro al artista
que pinta con lodo y esculpe con daga!

VIII

¡Perezoso genial que reposas
mientras tejen su red las arañas,
á manera de islote flotante
que impelen, y besan y azotan las aguas.
Por debajo de aquella morbosa
laxitud exterior que te embarga,
el batán de la idea percibo,
cerebro sin brazos, noción sin palabra!

IX

¡Protegido del fuerte, del sabio,
de cualquier caridad soberana,
que repudias, y escupes, y muerdes
la mano refugio, la mano enseñanza:
yace un dejo de honor en la misma
miserable traición con que pagas:
toda vida completa es un cóndor
que hiende la cumbre si tiende las alas!

X

¡Mesalina glacial que abandonas
al anónimo estéril, tus gracias,
así como el agua de pública fuente
la sed de las turbas ignotas aplaca:
tú palpitas, impúdica virgen
de un esposo ideal, pasionaria:
en la rápida vez que le logras
la madre Natura bendice tu falta!

XI

¡Furibundo, protervo sectario,
de cualquier religión, entusiasta,
que por Dios, ó la ley, ó el derecho
torturas y violas, derribas y talas:
para ti, la bondad absoluta,
puramente reside en tu causa:
formidable espolón de abordaje
de cosas tan bellas, tan justas y mansas!

XII

¡Inspirado de Dios que desdoblas
de tu mente la púrpura sacra,
para echarla, en el día oportuno,
adonde la corte del César, aplauda:
yo he bajado á tu propia conciencia;
yo la he visto sombría y huraña,
cada vez que tu genio traspuso
las horcas caudinas del hambre y la fama!

XIII

¡Sacerdote de espíritu negro,
como lo es, por vacía, la nada,
que después de oficiar me bendices
trazando en los aires la cruz sacrosanta:
yo no sé qué poder te visita;
pero salgo cubierto de gracia:
miserable reptil que gobiernas,
incrédulo y frío, la fe y la esperanza!

XIV

¡Taciturno tirano que niegas
el sentido común de las masas,
para uncirlas al carro, inconscientes,
tal como á las mulas los ojos les tapan:
resplandece, en mitad de tu pecho,
circuída de sombras y miasmas,
la cesárea pasión del apóstol
que impone á los hombres su molde y su pauta!

XV

¡Coronado Iscariote que vendes
á la patria enemiga, tu patria,
como quien á su propio consorte,
de adúltero lecho, corriese las mantas:
yo diviso, á lo largo del tiempo,
la visión de lo vil que desgarra
la envoltura de un mundo celeste,
sin odios, ni muros, ni lenguas, ni razas!

XVI

No: ¡no existe el vacío absoluto
donde Dios derramó su palabra!
No; ¡no cabe la noche completa
allí donde gira la estrella de un alma!
¡Vive un juez prisionero en el hombre,
que jamás prevarica, ni calla!
¡Hay un golpe de luz en el fondo
de aquellas más viles vilezas humanas!

Olímpicos

I

Vislumbrar una luz á lo lejos,
cuya luz en el yo se retrata,
cual se observa, á la vez, una estrella
rodando en el éter, rielando en las aguas:
es tener vocación y sentirla;
guerrear con divisa y con armas:
armas propias, divisa de fuego
que el arduo pasaje del héroe señalan.

II

Avanzar con la carne en el polvo,
carne vil que del polvo no se alza,
mientras forja la mente indomable
la escena y el cuadro, la estrofa y la estatua:
es haber aflojado las cuerdas
que á la torpe materia nos atan:
ostentar como el clásico Alcides,
la leche de Juno vibrando en la casta.

III

Recibir el dolor y sufrirlo
con no sé qué mental arrogancia,
cual pudieran sentir,—si sintiesen,—

los nobles metales la acción de la fragua:
es tenerse por hombre y gozarse
en su propia virtud y substancia:
merecer la corona de espinas
que es nimbo y diadema, que es yelmo y tiära.

IV

Aceptar el placer y vivirlo
con un dedo de hastío y nostalgia,
cual pudiera entregarse á los faunos,
forzada de Jove, la púdica Diana:
es probar un espíritu fuerte
refractario á las artes de Onfalia:
sacudir, todavía, en los hombros,
del ángel caído las místicas alas.

V

Sospechar una mano en la sombra
que combina fantásticos dramas,
que describe una red de caminos
por donde las fuerzas del orbe se lanzan:
es tener la intuición de la ciencia,
de una ciencia profunda y exacta,
que á esta suma de causas y efectos
supone un efecto; supone una causa.

VI

Esperar esa vida futura,
vida plena, sin nubes ni pausas,
donde todo es amable, y adonde

no cabe, siquiera, la cólera santa:
es sentir la pasión de lo hermoso
al supremo nivel exaltada:
presumir la estrategia sublime
de aquel que en el seno del tiempo trabaja.

VII

Percibir en la propia conciencia
la noción de lo bueno que canta,
como el eco de un mundo invisible
que es centro, y es fuerza y es vida, y es gracia:
es tener un blasón sobre el pecho;
es llevar las insignias humanas;
es reinar sobre el lodo y las bestias
y ser hijo de Dios y ser alma!



Roberto J. Payró

Payró, Roberto J.

Madre é hija

—¿Te llamas la Argentina?
—La Argentina
—¿Cuál es el nombre de tu madre?
—¡Gloria!
—¿Tu raza fué?
—Mi raza fué divina.
—¿Quién te lo reveló?
—La Musa Historia.
—¿Fué tu raza muy noble?
—Una corona
de reyes, un castillo con almenas.
—¿Y era buena tu madre?
—Sí, lo abona
el que todas las madres son muy buenas...
—¿De mí, ¿qué piensas?
—Que esa faz altiva,
ese noble ademán, esa apostura
no admiten del amor la negativa.
—¿Me quieres, pues?
—Te quiero con locura.
—Mas, ¿quién eres, señora, que en mi pecho
formas para el amor caliente nido?
Quién eres, ¡oh! señora, la que has hecho
que se despierte el corazón dormido?...
—Yo... yo fuí reina del inmenso mundo,

potente soberana por doquiera,
y el fulgurante sol, siempre errabundo
ha alumbrado perenne mi bandera.
  Yo soy aquella que á la Europa toda
dictó su voluntad, marcó su sino.
Yo... soy la madre de la raza goda
que sujetó la rueda del destino.
  Yo soy aquella que ensanchó del mundo
el límite ruin, con noble alarde.
Yo soy la madre que en mi amor confundo
á Cervantes, á Lope y á Velarde!
  Yo soy aquella que venció del hado
con firmeza y valor la ruda saña.
Soy la mujer sublime que ha marcado
derroteros al mundo... ¡Soy España!
  —Mil y mil veces escuché tu nombre;
también brilla en mi frente tu aureola;
y aunque soy la Argentina, no te asombre;
tú eres España, y yo... soy española.
  ¡Española! En mis venas, como fuego,
corre esa sangre del valor emblema.
¡Española! Cual tú no me doblego.
¿Quién, teniendo tu sangre, habrá que tema?
  Una hija tuve yo, que de mi lado
quiso apartarse. Ya tu edad tendría.
¡Hoy estará tan bella! La he soñado.
Soberana del orbe... ¡Es hija mía!
  —Se separó ¿por qué?—Ya lo he sabido.
  —Por Dios, sólo á una madre se abandona.
  —¿Lo hizo así? ¿Fué por Dios?—Siempre lo ha sido
  la noble libertad y eso la abona!
  —A esa historia parécese mi historia.
Amo á mi madre y tuve que dejarla:
¡Quién á su madre deja por la gloria!
Si más la aflige, es para más honrarla.
  —¿Lo hiciste? El año diez.—¿Cuando afanosa

busqué la libertad, tú la buscabas?
¿Cuándo, muriendo, triste y dolorosa,
la hallé, Argentina, tú también la hallabas?
Mi hija predilecta, en aquel año
logró, también su libertad querida.
Si no temiera un nuevo desengaño,
prometiera á tu amor tu hija perdida.
- Reclinada en las márgenes de un río,
sobre el césped menudo de la orilla,
la que nació de este seno mío,
como una diosa resplandece y brilla.
—Junto á un río de plata, murmurante,
también habito yo. Mi reino llega
desde la Pampa inmensa hasta el Atlante,
desde el Andes al mar, que ruge ó ruega.
En la espesura de los bosques míos
todo es hermoso, pájaros y flores;
cual bruñido cristal lucen mis ríos;
mi cielo es fuente perennal de amores.
—La hija mía que adoro y es ingrata,
supo vencer á usurpador artero.
— Junto á la margen del tranquilo Plata,
vencido mordió el polvo del extranjero.
— Oh ¡conozco tu orgullo! Estrecho lazo
á las dos unirá desde este día!
¡Tu madre soy! Abraza cual te abrazo
hija del alma! ¡Amada madre mía!...
Y la matrona y la gentil doncella,
en mutuo y dulce amor el alma fija,
santas las dos, las dos á cual más bella,
preséntanse ante el mundo Madre é Hija.

Quevedo, José M.

Quimera

Me enamoras y apenas te concibo;
me subyugas y sólo eres un sueño,
una silueta nívea,
una vaga espiral de humo de incienso.

Siento tus besos tibios en la frente;
te quisiera abrazar... y no te veo.
Porque subes, y subes,
y te espandes, quizá, como el incienso.

Eres un imposible y te persigo.
¿Qué me importa que vueles hacia el cielo?
si supo diseñarte,
¿no te podrá alcanzar mi pensamiento?

Ante la muerte

¡Oh, la muerte! ¡La que besa
tan helada y largamente,
que deja, en la carne joven,
blancura y frío de nieve!

¡Cómo nubla las pupilas
con su tiniebla perenne!
¡Cómo alarga las pestañas
bajo los párpados breves!

¡Cómo marchita los labios
y empalidece las sienes!
¡Cómo inmoviliza el seno
y endurece los relieves!

¡Oh, la muerte! ¡Oh la doncella
inviolable, invicta y fuerte,
que ama en blancos mausoleos
bajo negruzcos cipreses!

¡Oh, la maga de las sombras
eternales... la perenne
guardiana del espacio
y los tiempos! ¡Oh, la muerte!...



E. Rivarola

Rivarola, Enrique E.

Primavera lúgubre

Primavera gentil, al mundo tornas;
vida, luz, esplendor sobre él derramas;
de hojas, flores y pájaros adornas
las antes secas y desnudas ramas.

Las leves alas fúlgidas abiertas,
tocas los llanos y las altas cimas;
te acercas á la flor y la despiertas,
te avecinas al sol y lo reanimas.

Pasas sobre los campos y levantas
el débil tallo, las menudas hierbas;
en el murmullo de las aguas cantas
y la bravura de la ola enervas.

Nido la golondrina hace en tu manto,
y, del hogar bajo el tranquilo techo
resuena el canto, el harmonioso canto
que alegra el alma y que conforta el pecho.

Doquiera vas el júbilo te espera,
perfume al aire das, música al viento,
y parece que el mundo recibiera
en tus cálidos besos el sustento.

Yo, solo en mis tristezas, Primavera,
ciego para tu luz, sordo á tu arrullo,
ni hallo en tu cielo el sol que el alma espera,
ni músicas encuentro en tu murmullo.

Ya no me atrae el campo silencioso,
ni á su plácida sombra la arboleda,
ni el turbio arroyo, manso y perezoso,
que en hondas grietas por el llano rueda.

Ni tus puestas de sol, ni tus auroras,
dicen nada á mi espíritu sin bríos,
ni es mi delicia ya pasar las horas
jugando en la corriente de los ríos.

¿Por qué? Porque estoy solo, sin alientos,
y lejos de volar, que antes solía,
entrega á los caprichos de los vientos
sus alas rotas la esperanza mía.

Porque la enamorada compañera
que encanto fué de mis mejores días,
ya no pude como antes, Primavera,
conmigo compartir tus alegrías.

Y aunque el retoño vigoroso rompa,
por asomar al día, la corteza,
y vista el mundo deslumbrante pompa,
y prodiguen los cielos su belleza;

en la honda pena en que sin fuerzas yace
envuelto en noche triste, en noche negra,
sólo mi corazón ya no renace,
sólo mi corazón ya no se alegra.

Al través del velo

A mis amigos María Fernández Cutiellos y Florencio Villar

EN SUS BODAS

I

Flota el velo nupcial. ¡Bella existencia
la que el alma columbra
al través de su blanca transparencia!...
La vida no es la vida: es un paisaje
al que, amorosa, con su disco alumbra
la luna, al despuntar tras el follaje.

II

Aquí, la tierra virgen nunca hollada;
la tierra en que, indeciso,
se posa el pie; la senda deseada,
que, sin tropiezo y por la recta vía,
conduce al venturoso paraíso
do sonó el primer beso el primer día.

III

Los árboles, mecidos suavemente,
murmuran, cuchichean,
de arrullos pueblan el sereno ambiente;

y en el seno amoroso de los nidos,
soñando con los cielos, aletean
las parejas de pájaros dormidos.

IV

Abre el lirio su estuche perfumado,
como la mariposa
que, fatigada asiéntase en el prado;
y, cual bella cabeza enamorada
de un bien perdido, inclínase la rosa,
lánguida, soñadora, abandonada.

V

Arriba, un cielo azul,—inmensa esfera
do la celeste llama
de innumerables astros reverbera;
do, radiante de púdica hermosura,
Venus, la estrella del amor, derrama
más viva claridad, lumbre más pura.

VI

Es la noche de bodas... ¡Cuánto anhelo
toca, al pasar, la frente,
como el ala de un pájaro del cielo!
¡Cuánta imagen de dicha sin ocaso!
¡cuánta flor sin espinas, dulcemente
esparce el mundo de la novia al paso!

VII

Tras el velo nupcial, la vida al punto
se trueca en un poema
de gran ternura y de sencillo asunto:
dos corazones, de pasión henchidos,
que el mismo fuego devorante quema
y déjales en uno convertidos.

VIII

¡Oh! siempre vaporoso en vuestro cielo
de estrellas salpicado,
flote radiante de la novia el velo,
y, al través de su blanca transparencia,
más feliz, más tranquilo, más rosado,
extienda su paisaje la existencia!

Rodríguez, Horacio F.

A María Ester Aragón

IDEAL

¿La conocéis? Al sonreir parece
la inspiración de luz de mis cantares;
es una diosa y tiene en sus altares
el culto que mi espíritu la ofrece.

Vaga en mi sueño y en lo azul se mece
como visión que calma mis pesares;
su perfume le dan los azahares
y de dulces nostalgias languidece.

Las rosas que envidiaron su hermosura,
al contemplar las que en su faz se encienden,
ya sin aroma están ni galanura;

y por besarla, el inefable vuelo
desde la gloria hasta la tierra emprenden
sus hermanos, los ángeles del cielo.

BELDAD

No hay voz que cual su voz arrulle tanto,
ni luz cual la que vierte su mirada,

ni del sol más espléndido es el manto
que su áurea cabellera destrenzada.

Si solloza, sus lágrimas de llanto
brillan sobre su faz inmaculada,
cual gotas de rocío en el camino
de un jazmín entreabierto en la alborada.

A veces, con su mimo que enamora,
fingiendo enojos mi caricia esquiva,
y entonces más mi corazón la adora;

y en mi existencia, de su amor cautiva,
difundiendo su gracia soñadora,
parece una doliente sensitiva.

ÚNICA GLORIA

Es su acento dulcísima cadencia
que me trae la brisa á la mañana,
cuando en los ecos de su voz galana
llega á mí su amorosa confidencia.

Su mirada, celeste refulgencia
que, como estrella mística y lejana,
envía su hermosura soberana
al infecundo erial de mi existencia.

Ya en su voz sus ternuras iufundiendo,
ya en su mirar el alma concentrando,
la gloria sólo así sueño y comprendo;

que, al éxtasis mi espíritu llevando,
cuando me habla de amor al cielo asciendo,
y creo en Dios cuando la estoy mirando.

OYE, AMOR

Sé tú la inspiración: que el alma mía,
ave de otra región y de otro cielo,
tienda dichosa y redimida el vuelo
á tus playas de luz y de harmonía.

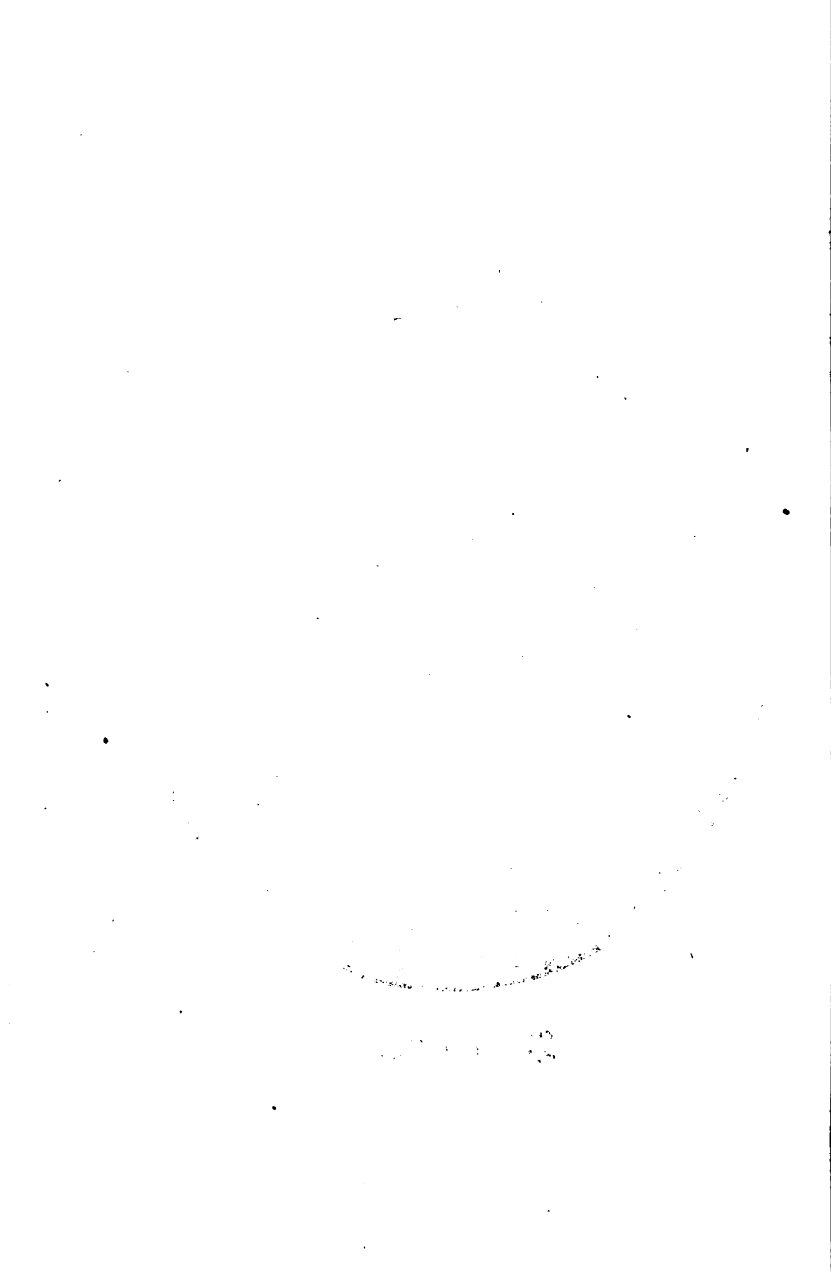
Deja que en ti mi ardiente fantasía
forje otro amor y busque otro consuelo,
que los que ofrece el miserable suelo
á nuestra eterna sed de poesía.

Si á ti también los párpados te moja
el tristísimo llanto del proscrito
en este valle á que el dolor te arroja,

ven, y mi frente, cariñoso dueño,
reclinaré en tu corazón bendito
para que inspires mi sublime ensueño.



F. Soto y Calvo



Soto y Calvo, Francisco

Colores

Bajo un ardiente sol de mediodía
cano de espumas cabrillea el mar;
y el inmenso vapor busca su asiento
como cetáceo que á dormirse va...

Las amarillas puntas de las rocas
á cuyos pies la población se ve,
dominan de la escuálida comarca
la bochornosa y áspera aridez.

Como silbe el vapor, diez barquichuelos
la playa en un instante desprendió;
y, por do el mar se estrella más violento,
salen volando en ímpetu veloz.

Ora son leños que á la espuma pálida
en dos mitades tratan de partir...
Ora se acercan... y creciendo... rompen
en gama inquieta de colores mil...

Los rotos trajes que arrojó el viajero
y el mar viscoso revistió en betún,
ora negros, verdosos, azulados,
muestran las carnes á la ardiente luz.

Bajo sus tintas los bronceados pechos
de los barqueros que retuesta el sol
jadear se ven, al provocar con fuerzas
del largo remo la vivaz tracción.

Y, como insectos que la carne asaltan,
los esquifes—hirviente colmenar—
casi se estrellan contra el barco impávido
que guarda su soberbia majestad.

Turban del agua los reflejos rojos
del casco y su ancha faja de carmín,
volviéndolos sangrientas cuchilladas
sobre la piel movible de zafir.

Y con mil gritos guturales piden
una moneda... Sobre el agua azul
la pieza choca... se desvisten todos...
y brilla el cuadro á la chispeante luz!

Uno, tres, diez, al mar se precipitan,
que turban con inquieto revolver...
Luego aparecen... la cabeza enjugan...
y sus barcos recobran á la vez.

Mas cuando ya, tornados casi todos,
el lomo aquieta el rebruñido mar,
de allá de lo hondo, junto al casco inmenso,
carnosa mancha apareciendo va...

Surge, de pronto, floreciendo el agua,
el bronceado cuerpo del carbón:
luciendo el oro en la retinta mano,
los blancos dientes esplendiendo al sol!

Fijos los ojos en la borda altísima
ríe y se agita en contorsiones mil,

el suelto cuerpo revolviendo en la onda
con los flexibles dengues de un delfín.

Y es bello entonces el salvaje anfibio
encuadrado en la escena de aridez,
bajo esa luz, que con el agua, pule,
del liso cuerpo la tostada piel!

Consuelo

Allá muy distante, detrás de los mares,
me guarda un tesoro la tierra argentina:
por eso á las veces, ligera neblina
mis ojos enturbia mostrando pesares.

¡Tres cabezas amadas quien me pusiera
apretadas al pecho la vida entera:
esta cabeza tuya que tanto adoro
y las dos de mis padres, que ausentes lloro!

¿Qué tengo?—me dices.—¿Por qué lo preguntas,
si saben sus penas mi alma y tu alma:
casal de palomas que anidan en calma
en medio la selva rendidas y juntas?

Bien quisiera decírselo, como es debido,
mi corazón al tuyo con el latido:
mas tus ojos que ahondan en mis dolores
fueron ya de los míos los confesores...

¿Recuerdas? Distante, detrás de los mares,
me guarda un tesoro la tierra argentina:
dos almas que el goce, si gozo, ilumina;
dos almas que penan si sufro pesares.

Pero en vez de palabras, siempre incoloras,
que repitan tristezas que tú no ignoras,
la vida con sus hondas melancolías
te bordará en contorno sus poesías.

Ayer era fecha feliz de correo...
cantando, las horas, á mi alma llegaron;
y todas las horas por ella pasaron,
mas ¡ay! no saciaron mi ardiente deseo.

Sé que Dios cuida mucho la gente buena,
y que la vida ante ella tiende y serena;
y para que, aunque lejos, estén tranquilos,
une los corazones con leves hilos...

No creas, entonces, que me halle muy triste.
Es dulce la pena que alienta á vivir...
de pardos celajes el día se viste
y acaso mis ojos se anublan así.

Quisiera ser, ahora, como esos niños
que llorando y riendo piden cariños;
y porque eres tan noble que me consuelas,
me verás tan contento como lo anhelas.

Mas ¡ay! no sé qué tengo... que, ahogando mi alegría,
á impulsos, me acometen amargos pensamientos...
quisiera, como un pájaro, lanzar el alma mía
y transponer con ella los mares y los vientos.

¡Tres cabecitas dulces, quién me pusiera
apretadas al pecho la vida entera!

con tu amante cabeza que tanto adoro,
las de mis viejos padres, que ausentes lloro.

Los buenos viejecitos, muy tristes, están lejos:
junto al platense estuario de orillas perfumadas...
¡quisiera con mi frente tocar sus labios viejos,
con mis ardientes labios sus frentes adoradas!

¿Dices que hierve el prado de frescas flores,
los árboles de pájaros enredadores;
y que ríen, ansiosos de mis ternuras,
esos tus ojos, fuente de mis venturas?

Ya sé que el campo brilla cubierto de esmeraldas,
y que el ambiente puro respiras á mi lado:
ya sé que la alegría, por cumbres y por faldas,
desborda con los pájaros como un torrente alado...

Pero esas tres cabezas, á más, quisiera
aquí, juntas al pecho, la vida entera:
en posesión entonces de mi tesoro,
me entregara á los sueños que tanto adoro.

La tarde espira triste, con hondo parpadeo;
estíranse las sombras que vemos avanzar...
entre las altas ramas nuestra casita veo
que, cual caliente nido, llamándonos está.

En el atrio descubro gente que espera;
la criada excelente viene hasta afuera:
le arrebato la carta que anhelo tanto
y, besando su sobre, contengo el llanto...

Es que detrás del largo desierto de los mares
llegóme con la tarde callada la ventura:

la vida tiene siempre consuelo á sus pesares,
el día viene siempre tras de la noche obscura.

Y aunque reinan las sombras, lucen las flores
y prorrumpen en salva los ruiseñores;
y tu risa y mis risas, prenda querida,
saludan al Consuelo, sol de la vida!

Es que las tres cabezas se han encontrado
como en amante cita bajo mi techo:
dos, en la dulce carta que me ha embriagado,
y la tercera es ésta, que has apretado,
¡oh mi adorada prenda, contra mi pecho!

Tiberio, Oscar

Bohemia

Es verdad... - Metafísico y artista,
cabalgando en mis sueños juveniles,
vagué un tiempo á través de los pensiles,
donde el mundo rëal no está á la vista.

Amé entonces,—platónico optimista,—
la mujer-perfección, de alma y perfiles,
y esculpí sobre diáfanos marfiles
la visión de mi espíritu idealista.

Pero al irla á concluir, ví con tristeza
que era huérfana de alma, y que en sus dones
un negro fondo había de impureza.

¡Y por eso, entre mil desolaciones,
hoy me siento á llorar sobre la huesa
donde el mundo enterró mis ilusiones!

Varela; Florencio

La libertad de Grecia

Se abrió á mi vista la remota historia,
y en sus ricos anales
la ruina, los trastornos ó la gloria
de mil naciones admiré. Asombrado
ví brillar en sus páginas de fuego
el nombre y las hazañas inmortales
con que ilustró su edad el noble griego.
Allí á Leonidas contener miraba
el torrente impetuoso
con que el altivo Persa se avanzaba
á buscar en Termópilas su ruina.
Allí ví de Temistocles alzado
el brazo poderoso,
y en Platea abatir y en Salamina
el terrible coloso
con que Jerjes al mundo amenazaba.
¡Cómo mi mente en entusiasmo ardía
al ver tantas hazañas! Pero, abierta
otra página aun más luminosa,
de Licurgo y Solón venceré el nombre,
de Homero y de Demóstenes, dictando
leyes que hicieran venturoso al hombre,
ó en caudaloso metro celebrando
las glorias de la Grecia, ó los derechos
del ciudadano, en el senado augusto,

con elocuencia varonil mostrando.
Allí en Atenas y en Esparta el templo
miré, do florecían
las ciencias y las artes, que de ejemplo
alguna vez al mundo servirían,
y de grandes modelos. ¡Gloria á Grecia!
clamó mi labio, de entusiasmo lleno;
¡gloria sin fin al ilustrado Heleno! —
Mas Grecia, ¿dónde está?—También la historia
los progresos fatales
de la ignorancia vil y el fanatismo
registra con dolor en sus anales,
y consagra llorando en la memoria
la esclavitud de un pueblo generoso,
doblado bajo yugo ignominioso.
Mirad ¡ay! á la Grecia. De repente,
desde el inculto fondo del desierto,
lánzase á Europa el Árabe insolente,
y en una mano el Alcorán abierto,
el hierro asolador con la otra esgrime;
y en torrentes de sangre anuncia al hombre
la ley de Meca y de Mahoma el nombre.
Europa toda amedrentada gime
bajo aquel yugo estúpido y sangriento;
la peste se propaga, y en el Asia
el Novator feroz fija su asiento.
El Turco vagabundo en él insiste,
ciego se postra ante el audaz profeta,
y con ruda piedad intolerante,
la nueva ley que idólatra respeta,
con el hierro iracundo
también anuncia el azorado mundo.
La Grecia luego se ofreció á su vista,
y á la Grecia voló: con torpe insulto
las leyes de conquista
feroz le impuso y profanó su culto.

¿Qué valió resistir? Como las olas
del Océano sañoso,
cuyo ímpetu la roca no quebranta,
así lanzóse el musulmán furioso
sobre el mísero griego;
sojó la cimitarra su garganta,
y su rica campaña asoló el fuego.
¡Y la Grecia es esclava!—¡Ay! ¿Qué se hicieron
sus antiguas hazañas? ¿Cómo pudo
apagarse la antorcha luminosa
que aun hoy la senda del saber nos muestra;
la antorcha que en otra época dichosa,
hizo á la Grecia universal maestra?
Todo, todo pasó. ¿Mas por ventura
la sangre que heredaron
los hijos de Milciades y Leonidas,
sin sublevarse de ira entre las venas
consentirá la servidumbre dura?
¿Arrastrará por siempre las cadenas
una nación que en perdurable gloria,
recuerda en cada sitio una victoria,
y en cada tumba un héroe? No.—Bramando
de indignación. Botzaris se levanta;
¡fuera tiranos! grita, y á su acento,
renace el valor griego en el momento,
y la infame cadena se quebranta.
Y arde en furor el musulmán entonces,
la Grecia inundan sus terribles haces,
las campañas feraces
retiemblan al estruendo de los bronces,
y desastrosa guerra
truena en los mares, cual tronó en la tierra.
¡Ay de la humanidad! La temblorosa
ancianidad, el ternezuelo infante,
la inmaculada virgen y la esposa
envueltos caen al golpe fulminante

de la cuchilla idólatra: atronando,
pérfida mina estalla;
y en escombros volando
la mísera ciudad, el Turco mira
allanarse del muro la ancha valla,
y del estrago con placer se admira.
¡Bárbara atrocidad! Pero si el hado
puede de un pueblo decretar la ruina,
la humilla á más, y el que con gloria
entre escombros parece sepultado,
para nunca morir vive en la historia,
y deja al mundo de su fama lleno.
Así clamaba el desgraciado Heleno,
y ardiendo se lanzaba
tras el pendón de libertad glorioso,
que en sus manos Botzaris tremolaba.
Aquí se estrella en la feroz falange,
y, si muere matando,
cae con placer bajo el filoso alfange.
Allí entre las murallas estrechado
por el brutal bajá, solo en la tierra,
lucha contra las plagas de la guerra.
Gran tiempo el muro á su defensa sirve;
pero el golpe feroz y redoblado
sucumbe Missolonghi contrastado.
¿Qué importa? Se estrellaron, se rompieron
bramando las legiones otomanas;
y si después la fuerza y la fortuna
el laurel, no la gloria, les cedieron,
sobre ruinas no más, á sangre y fuego,
logró Ibraím plantar la media-luna,
pero no al yugo sujetar un griego.

¡Loor á Missolonghi! Los valientes
que en sus gloriosas ruinas perecieron
piden venganza aun. Pero no en vano
la griega sangre se vertió á torrentes

en tan tremenda lid; también mezclada
á raudales hirvientes
corrió sangre otomana en cien batallas;
y también desolada
la orgullosa y feroz Constantinopla
clam r de muerte en torno á sus murallas
oyó vagar mil veces, y los lutos
que entonces sus murallas revistieron
digno holocausto para Grecia fueron.
Y mientras horrendo Marte
sembraba en todo el funeral estrago,
y, al flamear de mortífero estandarte,
la ruina truena do se oyó el amago;
mientras la humanidad despedazada
alza el clamor á la celeste esfera,
del Eterno implorando la clemencia;
¿será que Europa entera
tolerará con fría indiferencia
la desastrosa ruina
de los hijos de Esperanza y Salamina?
¿No es que el caudal honroso
de luces, con que brilla el europeo,
con empeño afanoso
lo bebiera en las fuentes del Liseo?
¿No es de Grecia su gloria? ¿En sus escritos
los sabios no pagaron
de alabanza el tributo respetuoso
á la nación ilustre que imitaron?
Todo, todo es verdad: ¿y cómo ahora
á la faz de la Europa en voz doliente
favor la Grecia escarnecida implora
y el escarnio de Grecia ella consiente?
¿Y siempre será así? No: que aun vivía,
para honor de Inglaterra,
el hombre grande á quien el siglo llora,

y llorarán los libres de la tierra;
el ministro ilustrado, en cuya mano
el poder fué consuelo al oprimido
y freno al opresor. ¡Eterna gloria,
llanto sin fin á CANNING! Era digna,
digna era de su nombre esclarecido
la generosa empresa
de proteger al griego desvalido.
El en su mente la abrigó primero,
y si al bajar á la callada huesa
no la vió realizada,
y no dejó la humanidad vengada,
tal vez á su llamado se formaba
entonces ya la liga que aquel día
el cielo en su justicia destinaba
á humillar de los Turcos la osadía.
Y este día lució: que al fin sintieron
los monarcas de Europa en sus oídos
del oprimido griego los gemidos,
y un freno al opresor poner quisieron.
Su voz, alzada entonces, preparaba
una tregua al furor: el crudo acero,
tras tantos años de combate fiero,
la primer vez entonces se envainaba;
y, en la fe de la tregua reposando,
crédulo el griego á descansar se daba.
¡Y era muerte el descanso! ¿Cuándo, cuándo
la fe se alberga en los feroces pechos?
¿Cuándo de las naciones los derechos
respetaron los bárbaros? Bramando
de furor, y sedientos de matanza,
el idólatra aleve se abalanza
sobre el tranquilo é indefenso griego;
el acero y el fuego
propagan la cruel carnicería,
y los monstruos, con júbilo batiendo

las manos todavía ensangrentadas,
se aplauden de su infame alevosía.
Al escándalo horrible conmovida,
estremecióse Europa, y al instante
alzóse á la venganza apercibida.
Entonces vióse numerosa flota
surcar el ancho mar, que, furibundo,
de las tres partes del antiguo mundo
las altas costas bramador azota;
y, sosteniendo el Dios por sus Tritones,
alzó la frente desde la honda arena,
por ver flamear al viento los pendones
del Ruso habitador del yermo helado,
del hijo audaz del Sena,
y el Bretón en los mares afamado.
Hélo al Turco á su vez. ¡Sombra terrible
del marino de Albión! No se ha perdido
de tus heroicos hechos la memoria;
no se perdió el ejemplo de osadía
que al mundo diste un día,
al sucumbir en Trafalgar con gloria.
Aun tienes sucesores, y el destino
la suerte de la Grecia hoy ha confiado
al jefe formidable
que hará eterna su fama en Naverino.
¡Día de destrucción! Rabia implacable
las escuadras dirige: en un momento
entre el humo y el fuego
se envuelve todo en torbellino ciego:
la muerte por mil bocas arrojada
á ninguno respeta;
ábrese el mar al espantoso trueno,
y sepulta las naves en su seno.
¡Allah!—clamaba el hijo del profeta;
¡por tos fieles allah! pero era en vano,

que el cielo no responde á sus blasfemias,
y da victoria al pabellón cristiano.

¡Salud, nobles Helenos! Esa liga
que en medio de la Europa se levanta,
será el apoyo de la causa santa
que sostuviste con tenaz fatiga.

¿Ni cómo abandonaros? ¿O en su boca
suena de Dios el sacrosanto nombre
sólo para con él destruir al hombre,
sin que brillen las armas en sus manos
para librar del yugo de Mahoma
una nación de mártires cristianos?

¡Ah! tal no puede ser: acaso en breve
lucir veremos la féliz aurora
de nuestra libertad; y los desastres
que la afligida humanidad hoy llora
cesarán para siempre. Pero en tanto
sabed que hay, de este lado de los mares,
una nación que os apellida hermanos,
donde la libertad tiene su templo,
y que sabrá, siguiendo vuestro ejemplo,
sucumbir sin rendirse á los tiranos.



Ventura de la Vega

Ventura de la Vega

Imitación de los Salmos

¡Ay! ¡No vuelvas Señor, tu rostro airado
 á un pescador contrito!
Ya abandoné, de lágrimas bañado,
 la senda del delito,

y en ti humilde ¡oh, mi Dios! la vista clavo
 y me aterra tu ceño.
Como fija sus ojos el esclavo
 en la diestra del dueño.

Que, en dudas engolfado, hasta tu esfèra
 se alzó mi orgullo ciego,
y cayó aniquilado cual la cera
 junto al ardiente fuego.

Si en profano laúd lanzó mi boca
 torpes himnos al viento,
yo estrellaré, Señor, contra una roca
 el impuro instrumento.

¡Levántate del polvo, arpa sagrada
 henchida de armonía!
¡Y tú, por el perdón purificada,
 levántate, alma mía!

Y yo también al despuntar la aurora,
y por el ancho mundo,
cantemos de la diestra vengadora
el poder sin segundo.

Te cantaré ¡oh mi Dios! cuando te plugo
bajo tu amparo y guía
á Israel acoger, que bajo el yugo
de Faraón gemía.

Del tirano en el pecho diamantino
pusiste fiero espanto.
Tembló: tu brazo conoció divino;
soltó tu pueblo santo.

El mar lo vió y huyó: de enjuta arena
ancha senda le ofrece;
síguelo Faraón.. —¡La mar serena
lo traga, y desparece!

Viólo el Jordán y huyó: monte y collado
cual tierno corderillo
saltaron de placer: el risco alzado
cual suelto cabritillo.

¡Oh, mar! ¿Por qué tus aguas dividiste
y á Faraón tragaste?
¿Por qué, humilde Jordán, retrocediste?
monte ¿por qué saltaste?

¡Ante el Dios de Jacob tembló la tierra;
las trompetas sonaron;
paróse el sol, y *Gabaon* se aterra,
y los tuyos triunfaron!

Y brotaste, Señor, de piedra dura
agua en mansa corriente,

y aplacó de tu pueblo su dulzura
allí la sed ardiente.

«Canta, Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,
«al que enjugó tu lloro:
«acompañe la cítara tu canto
«y el tímpano sonoro.»

Lánzase al hondo mar, con mente ciega,
osado el marinero,
y pide al polo el que la mar le niega
ya borrado sendero.

Huye á tu voz el céfiro süave;
y el hondo mar turbando
cruzan los vientos, y la triste nave
combaten rebramando.

Ya sube al firmamento, ya desciende
al abismo horroroso;
ruge el trueno; veloz el aire hiende
tu rayo fragoroso.

Gime el nauta y te implora, y aplacado
lo miras con ternura.—
El vendaval es céfiro: el hinchado
mar tranquila llanura.

Los tiranos del mundo en liga impía
para el mal se adunaron,
y á la incauta Israel: «¡Dios nos envía!»
desde el solio gritaron.

Y entre sí concertados: «¡fiera lucha
«al justo renovemos:
«blasfememos, que Dios no nos escucha;
«Dios no ve: degollemos!»

Dijeron, y no son. Su raza impía
cual humo se deshizo. -
¿No oirá quien dió el oído? ¿No vería
el que los ojos hizo?

Los impíos que tus casas allanaron
de uno á otro horizonte,
y con hachas sus puertas destrozaron
como leña del monte;

los fuertes que se alzaban, cual montaña
que á las nubes se eleva,
desparecieron como débil caña
que el huracán se lleva.

Los robustos de *Edón* y los tiranos
de *Moáb*, ¿qué se hicieron?
¡El Señor los miró, y abrió sus manos,
y al abismo se hundieron!

«Canta, Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,
«al que enjugó tu lloro:
«acompañe la cítara tu canto
«y el tímpano sonoro.»

FIN



ÍNDICE

Páginas

Páginas

NAÓN, PEDRO J.

NAVARRO VIOLA, ALBERTO

NOÉ, EUGENIO C.

OBLIGADO, RAFAEL

ORTIZ, CARLOS

OYUELA, CALIXTO

PALACIOS, PEDRO B. (ALMAFUERTE)



ÍNDICE

DE LOS RETRATOS QUE CONTIENE ESTA OBRA


HS
61




UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3024400959
0 5917 3024400959